



TODAS LAS VECES QUE SE TE ACELERA EL CORAZÓN

CARMEN ARTEAGA

TODAS LAS VECES QUE SE TE ACELERA EL CORAZÓN

Carmen Arteaga

© Carmen Arteaga

1ª edición, mayo de 2023

Diseño de portada: Juan Hidalgo

ISBN: 9798393667016

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para quienes siguen sonriendo a pesar de todo

«Si pudiera decir lo que siento, no valdría la pena bailarlo»
Isadora Duncan

EN ALGÚN LUGAR DE KANSAS

Ignoro el dolor punzante en mi pierna izquierda y piso el acelerador con fuerza, esperando que mi pie derecho tenga alguna capacidad de decisión respecto a mi próximo destino. Dejo atrás una cafetería estilo años cincuenta y un motel por horas, donde seguro se esconde algún asesino en serie, y abandono otro de esos pueblos semidesérticos cuyo nombre no se molesta ni en memorizar el GPS.

Frente a mí se extiende una carretera llana y recta que parece arrastrarme hacia un agujero negro, al que solo consigo mantener a distancia gracias a los faros del Chevrolet de alquiler más barato que encontré cuando decidí largarme de Nueva York, hace ya cuatro días. O puede que fueran cinco...

La noche es calurosa y húmeda, de esas que dejan una sensación pegajosa en la piel. El reloj del coche marca las cuatro y cuarenta y siete de la madrugada en azul fosforito. Las horas han comenzado a difuminarse en mi cabeza de tal forma que no sabría si dar los buenos días o las buenas noches. Tampoco es que tenga a nadie a mano para comentar el protocolo de los saludos. En el asiento del copiloto solo viaja mi bolso, acompañado de mi cartera, casi tan vacía como el paisaje que me acompaña. El resto, ropa y sueños rotos, va en el maletero.

En la radio comienza a sonar *Hitchin' a Ride*. Hago una mueca para amortiguar la patada directa en las costillas que siento al escuchar una canción de Green Day. Mi vena masoquista me hace subir el volumen al máximo y piso el acelerador hasta alcanzar las noventa millas por hora. Calculo que un impacto contra un árbol a esta velocidad equivale a caer desde una altura de cien metros, sin embargo, no hay ninguna señal que me exija frenar. Ni física ni mental.

Nunca he creído en ningún dios, pero sí me fío de las señales. La gente como yo, que no encuentra su camino porque, para empezar, no estaba segura de estar presente para recorrerlo, las necesita. Sobre todo aquellos que no sabemos tomar buenas decisiones. Soy Minerva, por cierto. Mini para los amigos, aunque eso reduce de manera drástica el número de personas que me llaman así.

«*Don't know where to go*», repite machaconamente Green Day a grito pelado, rozando con la batería los límites tolerables del sonido. Yo tampoco sé a dónde ir.

A lo mejor la oscuridad no es tan mala. Llevo años esquivándola. Quizá la ausencia de luz es precisamente la señal que ando buscando. Podría dejarme llevar. Dejar que me engulla por voluntad propia en lugar de tenerle tanto miedo.

Estoy cansada de tener miedo. Es agotador.

Acelero un poco más. El volante comienza a vibrar bajo mis dedos y el motor se queja con un silbido.

¿Dolerá? La pregunta se desliza por mi mente con rapidez y envía órdenes a todo mi cuerpo. Mis brazos se vuelven rígidos, mi respiración se agita, el corazón empieza a aporrearme el pecho y el pulso me late hasta en la garganta.

Dolerá, sí, pero solo un segundo. Y luego dejará de doler.

Me aferro al volante con todas mis fuerzas y cierro los ojos.

Solo será un segundo.

Un segundo.

Un segundo.

«¡Ni se te ocurra!», chilla una voz en mi cabeza, obligándome a abrirlos y enderezar la marcha cuando estoy a punto de salirme de la carretera.

«¿Pero qué coño estás haciendo?!», me recrimina, adoptando el tono de Chris. «Tú sola, en el culo del mundo, espachurrada por carrocería barata para terminar siendo devorada por una manada de coyotes antes de que nadie pueda identificar tu cuerpo. ¿Qué forma tan cutre de morir es esa?!».

De mi garganta brota una especie de risa psicótica. Mi mejor amigo lo consideraría de un mal gusto tremendo. Debería, al menos, tener la consideración de dejar un cadáver bonito para mi funeral. Claro que yo no me considero lo bastante guapa como para ser exhibida, ni viva ni muerta. Supongo que podría catalogarme como del montón. De un montón enorme en el que suelo esforzarme por pasar desapercibida. A excepción de mi pelo violeta recién teñido. Otra mala decisión.

Joder, ¿pero a quién carajo le importa si soy guapa o no en este momento? Además, lo de morir con veintidós años seguro que eclipsa todo lo demás.

«¿Así es como quieres que se enteren tus padres, Mini? No solo vas a matarte tú, vas a matarlos a ellos del disgusto», añade Chris en esta conversación imaginaria que me asusta lo bastante como para frenar bruscamente y detener el coche en el arcén.

Apago la radio de un manotazo y me apoyo en el reposacabezas, tratando de contener unas repentinas ganas de vomitar.

El móvil suena dentro de mi bolso, impidiéndome reflexionar sobre la estupidez que he estado a punto de hacer. Pero necesito un momento, así que ignoro la llamada. Insisten una segunda vez. Y una tercera. A lo mejor es Elena. Otra vez...

La cuarta llamada no llega, es sustituida por el pitido de un mensaje.

Tardo otros cinco minutos en encontrar las fuerzas necesarias para dejar de temblar y coger el móvil. Es Chris. Abro el chat de WhatsApp y veo que acaba de enviarme su ubicación acompañada de un audio. Su voz, la real, invade el reducido espacio.

Vamos a ver, ya sé que es pronto en la capital del mundo, pero también sé de sobra que estás despierta, así que ¿por qué no me coges el teléfono? Espero que tengas una buena razón, en plan que Lin-Manuel Miranda te esté fichando ahora mismo para ser la bailarina principal de su nuevo musical o que te hayas quedado encerrada en un ascensor con Shawn Mendes y te esté dando como cajón que no cierra...

Tengo ganas de llorar y aun así no puedo reprimir la carcajada que explota en mi garganta. Chris es la única persona de este mundo que siempre consigue alejar la oscuridad.

Aunque, si te digo la verdad, contarte esto va a ser mucho más fácil así...

Un suspiro largo, seguido de unos segundos interminables de silencio, me hace tensarme en el asiento.

Mini, como mi mejor amiga que eres, estás cordialmente invitada a la fiesta que voy a organizar con motivo de mi muerte. Ya te he enviado la dirección, así que haz el favor de mover el culo hasta aquí. No me queda mucho tiempo. Te quiero.

Como un tiro en el centro del pecho. Ahí está. Mi señal.

DOS AÑOS Y OCHO MESES ANTES

Asustar al miedo

Las amistades se forjan de distintas formas y en distintas etapas de la vida. En el colegio, por algo tan aleatorio como la inicial de tu apellido, esa que te une al pupitre contiguo durante años; en el instituto, gracias a compartir con alguien un amor platónico pero desenfrenado por un grupo de K-pop ; o en la universidad, mientras una noche agarráis un pedal antológico a cuenta de chupitos de tequimango.

Chris y yo nos conocimos en el hospital, en un grupo de apoyo para pacientes con cáncer que a ambos nos había recomendado nuestra oncóloga. No es tan triste como suena. O sí, pero Chris no permitió que lo fuera. El destino —y también la única silla que quedaba libre, ya que llegué tarde a la sesión— hizo que aquel día me sentara a su lado. No tenía nada en contra de aquel grupo, pero me sentía una intrusa y solo acudí por contentar a mis padres. A pesar de llevar años divorciados, se habían puesto de acuerdo en que necesitaba ayuda para afrontar mi problema, que ya ni siquiera era el cáncer en sí, puesto que llevaba meses en remisión. Les preocupaba que a mis veinte años sintiera una apatía tan generalizada por la vida. Una vida que me había regalado una segunda oportunidad y que, por lo visto, yo no sabía agradecer.

Recuerdo que cuando llegué, Chris levantó las cejas al verme y sonrió. Calculé que tendría uno o dos años más que yo y estaba allí sentado con una maldita sonrisa radiante, como si la buena suerte le hubiera llevado hasta ese lugar. Aunque me entraron ganas de romperle los dientes, hubiera sido una pena dejarle sin ellos. Era muy mono. Y llamativo. Pelo negro y rizado que le rozaba los hombros, ojos enormes, azules y redondos que desprendían una mirada dulce, casi infantil. Vestía una camisa negra abierta hasta el pecho, una *bomber* cuyo estampado de colores me provocó dolor de cabeza y unos vaqueros pitillo combinados con botas de *cowboy*. Estaba escuchimizado, pero tenía su rollo. Era una mezcla entre Jared Leto y un Jesucristo flipado recién salido de Coachella.

No llevábamos ni diez minutos de reunión cuando se inclinó hacia mí.

—¿Tú qué crees que nos matará antes? —susurró frotándose la perilla perfectamente recortada—. ¿Nuestras células malignas reproduciéndose en una orgía sin control o esta reunión?

Mi respuesta fue una carcajada muy sonora, lo cual fue una falta de respeto hacia todos los presentes. La parte positiva de ganarnos unas cuantas miradas cabreadas fue que aquella salida de tono supuso la chispa de nuestra amistad. Tardamos muy poco en dejar aquel grupo y formar nuestro propio club: el de los inmunodeprimidos.

Somos inseparables desde entonces, lo cual no supone mucho tiempo en términos absolutos, pero para Chris y para mí el tiempo es un concepto relativo. Nadie sabe cuánto le queda en este mundo, sin embargo, nosotros somos un poco más conscientes de ese hecho que la mayoría. Forzosamente conscientes.

A los diecisiete años, cuando me estaba planteando cómo explicarles a mis padres —por separado— que pensaba dedicarme profesionalmente a la danza contemporánea en lugar de ir a la universidad, noté un bulto en la rodilla. Al principio lo achaqué a una sobrecarga muscular por la caña que me estaba dando con las clases de baile, pero no bajé el ritmo, porque mi máxima preocupación en la vida era perfeccionar el *grand jeté*, un movimiento que terminó por llevarme al hospital con un dolor muy fuerte en la pierna izquierda. Allí, mi radiografía le hizo levantar la ceja al médico y a esta la siguieron una analítica, una resonancia magnética y otra serie de

pruebas de las que nunca había oído hablar. Finalmente, obtuve mi diagnóstico: osteosarcoma en el fémur.

Mi mundo se vio obligado a reducir la velocidad de golpe y mi vida tomó un desvío que ni siquiera había imaginado que podía existir. Aquello supuso quimioterapia preoperatoria para necrosar el tumor, cirugía, más quimioterapia y una rehabilitación durísima que se llevó por delante mis posibilidades de bailar profesionalmente y el lujo de imaginarme el futuro que había soñado como cualquier chica sana.

La peor parte de estar enferma no la descubrí en el momento del diagnóstico. Ni al día siguiente, cuando seguía sin creermi mi mala lotería y me salvó el estado de *shock*. Tampoco al comenzar el tratamiento, ya que mi cerebro activó temporalmente un modo alerta y me invadió una especie de energía; una que me ayudó a convencerme de que sería lo bastante fuerte como para aniquilar al cabrón que se había instalado en mi cuerpo como un okupa. La peor parte fue el momento de la duda, el momento en el que temí no ser capaz de vencerlo.

Ese momento acaba de llegar para Chris. Lo sé.

A diferencia de mí, lleva pocos meses lidiando con su diagnóstico. Pero si algo he aprendido en los últimos tres años es que el miedo nunca discrimina, es el mismo para todos. Nos iguala. Y ahora lo veo reflejado en sus ojos, a punto de desbordarse mientras sostiene la máquina de afeitar encendida frente al espejo de su cuarto de baño. Ya hace unos cuantos días que el pelo se le deshace entre los dedos como consecuencia del segundo ciclo de quimio.

—Es solo pelo, no sé por qué me pongo así —musita limpiándose una lágrima—. Te parecerá una chorrada, y seguro que para ti fue peor.

No, no es solo pelo. Es un recordatorio constante de que tu cuerpo tiene que luchar por ganarse su sitio en este mundo. Es también una etiqueta que te señala y, de alguna forma, te aleja de los demás, aunque no quieras y no quieran.

—No puedo decirte nada bueno sobre ello... —Me acerco a su lado y cruzamos la mirada en el espejo—. Pero sí que puedo hacer algo.

Le quito la máquina y me la paso por la cabeza con decisión, desde el nacimiento del pelo hacia atrás.

—¿Qué haces, puta loca?! —me grita horrorizado llevándose las manos a la cabeza.

Repito el movimiento, lo cual lleva a Chris a agacharse y recoger los restos de mi media melena del suelo.

—¿Y qué vas a hacer tú, pegármelo? —Apago la máquina—. Mejor regálame unos pendientes supergrandes.

—¿Por qué lo has hecho, Mini? —me pregunta desconcertado.

—Porque, aunque no pueda decirte nada bueno sobre lo que te está pasando, ahora estamos juntos en esto. Hasta el final. Como Thelma y Louise.

Ayer me quedé a dormir en su casa y vimos la peli en su cuarto. Al principio nos burlamos un poco de ella, nos pareció viejuna y un poco chorra, pero terminamos llorando a mares con el final. Aunque yo me esforcé por disimularlo mientras Chris se limpiaba los mocos contra mi jersey.

Cuando lo comprende, se levanta y me abraza tan fuerte con sus huesudos brazos que los míos crujen.

—Me pido ser Thelma. Si voy a palmar, al menos poder beneficiarme a Brad Pitt de joven —susurra contra mi hombro—. Aunque tampoco me importaría tirármelo tal y como está ahora.

—Acepto ser Louise, pero solo porque tienes un día de mierda.

Al levantar la vista, me encuentro de frente con el hermano de Chris y me separo de mi amigo como si quemara. No sé por qué está ahí plantado, observándonos desde la puerta. Por lo visto, no le resulta incómodo el momento tan íntimo que estamos compartiendo su hermano pequeño y yo en el baño. Tampoco nos pregunta nada. Se limita a bostezar y rascarse la cabeza en un gesto descuidado que, dado el grado de buenorrismo que gasta, resulta sexi y acto seguido, me clava esos ojos que nunca consigo descifrar si son marrones o verdes.

Alex es guapo, por supuesto que es guapo. Incluso recién despertado, con cara de resaca y ese pelo castaño claro, corto por los lados, pero largo y alborotado hacia arriba, pidiendo a gritos una mano que se enrede en él. Aunque su belleza no es cualidad destacable en esta casa, puesto que los tres hermanos Ackermann son bastante impresionantes. Y no es que mi aspecto físico me preocupe demasiado, pero objetivamente salgo perdiendo a su lado, sobre todo porque ahora mismo llevo un trozo de cabeza rapada a lo mohicano.

Se acerca a mí despacio. Es muy alto y grande. O tal vez no es tan alto ni tan grande, pero todo es cuestión de perspectiva. A su lado, parezco un Funko. Señala la máquina con un gesto de cabeza.

—¿Me la prestas? —pregunta con esa manera de hablar tan perezosa, arrastrando las palabras como si estas no quisieran despegarse del todo de su boca. Pero las comprendo. No me importaría mudarme a esa boca.

—Eeehm...

Es todo lo que soy capaz de responder. En mi defensa alegaré que no soy así de lerda todo el tiempo, es que me ha pillado desprevenida. Es la primera vez que me dirige la palabra, más allá de un «hola» desganado. ¿Y he mencionado que solo va vestido con la parte de abajo del pijama? Joder, si estamos en enero. Y sí, también exhibe un *sixpack* completo que ya tiene a mis feromonas bailando bachata.

Le cedo el turno con la máquina y se coloca frente al espejo.

—Alex, no, tú no. No lo hagas —le advierte su hermano con voz grave—. Lo de Mini tiene un pase, pero lo tuyo sí que no.

—¡Eh! ¿Por qué lo mío cuenta menos?

—No te ofendas, ha sido un gesto precioso por tu parte, pero ¿tú te has fijado en ese pelazo? Joder, es que no puedo ni mirar. —Se tapa los ojos y niega con la cabeza—. Es terrorismo capilar.

Mientras Alex se rapa al cero, escucho a Chris farfullar por debajo del zumbido de la máquina. Juraría que está rezando a santos que no conoce por esa melena perdida. Me lo confirma al santiguarse.

—¿Qué? —Alex se frota el cráneo desnudo cuando acaba—. Me queda de puta madre.

Es cierto. «Capullo asqueroso», lo insulto mentalmente. Que ande medio colgada de él no significa que esté conforme con ello.

—Tu turno, *bro* —anima a Chris—. A ti te va a quedar bien también. Eres casi tan guapo como yo —añade con una sonrisa de medio lado y ese aire de «me la pela todo en esta vida». O todo no, me queda claro que su hermano no.

Quince minutos más tarde, los tres nos encontramos frente al espejo. El suelo lo hemos convertido en una alfombra de pelo de diferentes colores: rubio oscuro, el mío; castaño claro, el de Alex; y negro, el de Chris.

—Menudo cuadro, parecemos una banda de *skinheads* —se descojona Chris.

Alex y yo cruzamos una mirada fugaz en el espejo que no necesita aclaración. Chris se está

riendo y eso es lo que cuenta. Al menos hoy hemos conseguido asustar al miedo.

Los Ackermann

Llamo al timbre de la casa de los Ackermann, como tantas otras veces en los últimos meses, aunque hoy me sudan un poco las manos. Mi idea de comer aquí es tumbarme en la cama de Chris y atiborrarme de patatas fritas mientras vemos películas. Pero hoy la invitación es formal y procede de su madre, Camila. Hace un par de días, me acorraló en la puerta cuando me iba, y no es que me apetezca mucho colarme en su comida familiar de domingo, pero ella parecía entusiasmada con la idea y tiene una sonrisa idéntica a la de Chris que te impide decir que no.

Alzo la vista y, al contemplar la imponente fachada de granito, me siento pequeña. Y eso que ya de base apenas paso del metro sesenta. La primera vez que puse un pie aquí entendí el verdadero significado de ser rico. Ser rico es tener un ascensor dentro de tu propia casa —aunque no lo necesites— y poder hacer pis cada día de la semana en un baño diferente. También tener una piscina de dimensiones olímpicas, una pista de tenis que nadie se molesta en usar, una sala de juegos en la que nadie juega y podría seguir así un rato, pero ya te haces a la idea.

Es la madre de Chris quien abre la puerta.

—Mini, cariño, ¡ya estás aquí! —exclama sorprendida, a pesar de que el vigilante de la garita de seguridad de la entrada ha avisado de mi llegada a la urbanización, una de las más exclusivas de la ciudad—. Qué desastre.

—¿Perdón?

—O sea, desastre yo, no tú. —Se ríe—. Es que se me ha echado el tiempo encima.

Por regla general, Camila va maquillada y su atuendo consiste en blusas, pantalones de vestir y zapatos de tacón. Hoy lleva unos *leggings* deportivos y una camiseta llena de manchas, tiene las mejillas coloradas y el pelo recogido en un moño del que salen mechones sueltos y desordenados.

—Pasa y perdona que no te dé dos besos, pero estoy sudando. —Se abanica vigorosamente con la mano—. Ay, ¡pero qué encanto eres! No tenías que molestarte en traer nada.

Se refiere a la planta que sostengo pegada al pecho. Yo no soy rica, ni mucho menos, pero educada sí, y si has sido invitada a una casa no te presentas con las manos vacías. Al menos eso me aseguró mi madre ayer. Su sugerencia, un vino en oferta de Mercadona, quedó descartada cuando le expliqué que aquí disponen de una bodega con botellas que cuestan más que un año entero de nuestra hipoteca.

—Chris me dijo que te gusta la jardinería.

—Me encanta. De hecho, me gusta más el invernadero que toda esta casa —asegura en tono confidente.

Me pide que la acompañe y la sigo por el amplio y luminoso *hall*. Avanzamos hasta dejar atrás la escalera de cristal que conduce a los dormitorios y accedemos a otra entrada que comunica el comedor con el salón y con la sala de televisión.

Entrar en casa de la familia Ackermann es como aterrizar en las páginas de un catálogo de decoración. El suyo propio, puesto que el negocio familiar consiste en un conglomerado de tiendas de muebles de lujo repartidas por el territorio nacional.

La casa se divide en tres plantas y diferentes ambientes, pero en general predominan los colores neutros combinados con tonos tierra. Los muebles siguen líneas rectas y puras, y mezclan madera, piedra y cerámica, salpicados con detalles étnicos y algunas piezas *shabby chic*. Y casi

mejor pregunta a Chris qué significa todo eso, fue él quien me lo explicó la primera vez que estuve aquí.

Mi impresión se reduce a que todo es tan pulcro y perfecto que me da miedo tocarlo y contaminarlo. Al menos hasta que entramos en la cocina y Camila me pide que deje la planta sobre la isla de centro. Es un bloque de mármol enorme y, aun así, no hay un hueco libre entre tantos cacharros sucios amontonados. La poso como puedo en una esquina y rezo para que no se caiga, aunque tampoco se notaría demasiado el destrozo. Es como si la cocina hubiera explotado.

—Le he dado el día libre a la asistenta para que pudiéramos tener una comida más íntima y ya ves la que he montado. Perdí la costumbre de cocinar hace años —confiesa mientras abre el horno y el olor a pescado invade la estancia—. La parte positiva es que todavía no he tenido que llamar a los bomberos.

—Puedo ayudarte si quieres.

—De eso nada, eres la invitada, y ya lo tengo todo más o menos controlado, aunque no lo parezca.

Saca del frigorífico una jarra de cristal con agua, hielo y limón y a continuación llena un vaso que acepto agradecida. Me bebo la mitad de un solo trago porque tengo la garganta seca.

—Y dime, ¿qué planta es? Sé que es tropical, pero ahora mismo no caigo.

—Es un anturio —responde una voz a mi espalda.

Un cosquilleo viaja por mi nuca y no puedo evitar girarme. Es Alex. Está a unos cuantos pasos de distancia, algo más lejos de lo que ha intuido mi piel. No le he visto desde nuestra sesión de peluquería radical de la semana pasada.

—¡Anturio! ¡Eso es! —Camila chasquea los dedos y sonrío a su hijo—. Te he enseñado bien, ya sabes más que yo.

—Es una elección arriesgada —comenta él, colocándose delante de la planta de brazos cruzados y observándola con genuino interés—. La gente suele regalar una orquídea o un bambú.

—Me pareció más original —defiendo.

De hecho, busqué en Google «plantas originales para regalar» y esa fue la que apareció como primer resultado.

—Antiguamente se regalaba como símbolo de fertilidad a las mujeres que querían quedarse embarazadas —me explica—. El espádice tiene forma de órgano sexual masculino, ¿lo ves? —Lo señala y entrecierro los ojos para observarlo bien. Me doy cuenta de que es cierto—. Vamos, que le has regalado a mi madre un pene.

—No le hagas ni caso, Mini. —Camila me da un suave apretón en el hombro—. Adoro mi nuevo pene. Y a mi hijo le encanta provocar a todo el mundo. Es lo que tiene ser el mediano, siempre intentando llamar la atención. De niño, si no le hacía caso, se bajaba los pantalones, se sacaba su espádice y me perseguía por toda la casa.

—¡Joder, mamá! —se queja él con una voz infantil que me hace reír.

—Hijo, ten presente siempre el poder de una madre. Dispongo de información para avergonzarte más y mejor que nadie... Y ahora recoge un poco la cocina mientras subo a cambiarme.

—Creo que va a ser más rápido declararla zona catastrófica —se burla justo antes de hacerle caso como el hijo obediente que nunca hubiera apostado que es.

Camila me pide que avise a Chris para comer y subo a su cuarto. Al entrar pienso que me he equivocado de habitación. Normalmente es una leonera, pero hoy todo está recogido. Su ropa, sus libros, su colección de gafas de sol. Hasta la cama está hecha sin una arruga. Aunque puede

que también me haya equivocado de persona. Mi amigo, el que posee un fondo de armario de lo más camaleónico y por el que mataría cualquier amante de la moda, está colocado frente al espejo, metiéndose una camisa blanca por dentro de unos chinos de color *beige*.

—¿De qué vas disfrazado? —pregunto al verle con un *look* tan anodino. Tan poco él.

—Mi padre ha vuelto, así que de heteronormatividad rancia.

—¿Por qué? Tu padre ya sabe que eres gay, ¿verdad?

—Saber algo y aceptarlo son dos cosas muy diferentes —matiza y se agacha para sacar unos mocasines del fondo del armario.

—Vestirte como si fueras a encabezar una manifestación provida no va a cambiar tu orientación.

—No es tan grave, deberías haber visto el uniforme que me hacían llevar en el colegio. Parecía un niño fantasma atrapado en un orfanato.

Me acerco al armario, cojo la primera camisa que pillo y se la ofrezco.

—Tu ropa es parte de ti, de tu personalidad, y no tienes por qué esconderla.

—Ya, pero mi padre es tradicional, por decirlo suavemente, y mis pezones transparentándose en esa camisa, por muy Versace que sea, desentonan en su mesa de fresno maciza y cien por cien machote —espeta impostando la voz con tono grave.

—Que le den.

—Me encantaría ver a alguien decírselo. —Se ríe con incredulidad y se sienta en la cama para calzarse—. Pero si no te importa, prefiero hacer las cosas a mi modo.

—Es que ese no es tu modo para nada.

—Tú no lo conoces, Mini. —Suspira con cansancio—. No sabes cómo es.

—Es verdad, perdona. —Devuelvo la camisa a su sitio—. Estoy hablando sin saber.

Literalmente sin saber, ya que Chris apenas me ha hablado de su padre.

—Y tú lo has dicho, la forma en que me vista no va a cambiar lo que soy. No me avergüenzo, es solo que así es más fácil. Mi padre cada vez trabaja más y pasa más tiempo fuera de casa, así que esta *performance* familiar solo la representamos dos o tres veces al año. No pasa nada —remarca con una sonrisa que no es real, aunque la tenga casi perfeccionada.

Genial. Estoy deseando asistir a la *performance* familiar.

La performance familiar

Cuando Chris y yo bajamos de su cuarto, la temperatura del comedor marca veintitrés grados y el sol se cuela entre los inmensos ventanales que dan al jardín, caldeando aún más la estancia. Pero yo tengo frío. Siempre tengo frío. O quizá es el padre de Chris, de pie frente a la chimenea, quien hace descender mi temperatura corporal.

Hasta hoy solo lo conocía por el retrato que cuelga justamente sobre su cabeza ahora mismo, presidiendo el salón. En él, los cinco miembros de la familia posan y miran hacia el frente, aunque ninguno parece feliz. Excepto Chris. Es el único que sonríe.

Philipp Ackermann me saluda con un apretón de manos como si acabáramos de cerrar un acuerdo comercial. Es alto, de pelo rubio salpicado con algunas hebras blancas, tiene ojos de color azul glaciar y toda la cara de alemán. Porque lo es. Pero no de los que viajan a Mallorca y están felices de poder ver el sol y beber tinto de verano en abril, no. Philipp Ackermann bebe Bloody Mary y cuando me dice que está encantado de conocerme —con un perfecto acento castellano— no lo parece. Además, su forma de curvar la boca en un amago de sonrisa me recuerda a un villano de esas pelis de James Bond que le gustan a mi padre.

A su lado está Klaus, el hermano mayor de Chris, quien sí me saluda con dos besos. Parece una fotocopia rejuvenecida de su padre. De hecho, ambos visten casi igual y adoptan la misma postura, recta y algo envarada. Con Klaus solo he coincidido un par de veces. Chris me contó que tiene su propio piso. Claro que podría vivir aquí y daría igual. Para encontrar a alguien en esta casa hay que montar una expedición.

Nos sentamos a la mesa, que parece decorada como si fuera Navidad y está llena de aperitivos con muy buena pinta. Los padres de Chris la presiden, uno en cada extremo. Klaus se sienta al lado de su padre y yo, en la esquina contraria, al lado de mi amigo y de Camila. El último en llegar es Alex, que ocupa la silla vacía situada frente a mí.

No se ha molestado en cambiarse de ropa, lleva una sudadera negra y unos vaqueros claros y rotos por las rodillas. Lo agradezco porque yo también voy en vaqueros y con un simple jersey blanco. Con el pelo no he podido hacer nada, obviamente, aunque llevo un delineado perfecto y me he puesto unos pendientes de aro pequeños.

—¿Y tú por qué te has rapado? —le pregunta Klaus a Alex levantando una ceja.

—¿No te gusta?

—Pareces un matón a sueldo.

—Y nosotros que íbamos a proponerte que tú también lo hicieras —interviene Chris—. Ya sabes, en plan vínculo fraternal.

—No, gracias.

—Deberías pensártelo. En tu caso te estarías haciendo un favor a ti mismo —añade Alex—. Eres muy rubio y te empieza a asomar el cartón.

—No es verdad —bufa el aludido.

No lo es, solo le está vacilando. Estoy segura de que cada pelo de su cabeza es un soldado que no se atreve a salirse de la fila sin su permiso. Klaus podría dedicarse profesionalmente a anunciar champú en lugar de trabajar para su padre. Es el mayor y el más guapo de los tres hermanos Ackermann. Ojos azules y algo rasgados, nariz recta, boca proporcionada y una mandíbula con la que se pueden partir sandías. Parece que lo hubieran diseñado al milímetro, sin

dejar margen para el error. Klaus es perfecto, como este salón. Tal vez por eso a mí no me dice nada y es el matón de pelo rapado el que me provoca mariposas —o tal vez sean avispa cabreadas— en el estómago.

Los primeros veinte minutos de la comida consisten en un monólogo del padre de Chris — con alguna intervención de su hijo mayor y mano derecha— en el que sopesa las posibilidades de expandir el negocio a Estados Unidos y se dedica a calcular los millones de beneficio que eso les reportaría. Cuando mi madre y yo comemos juntas, lo hacemos en el sofá porque ella está reventada de trabajar limpiando habitaciones de hotel y jugamos a ver quién acierta más paneles de *La ruleta de la suerte*.

—Philipp, ¿podemos dejar de hablar de trabajo? —sugiere Camila—. Estamos aburriendo a la pobre Mini.

—No pasa nada, por mí no hay problema —afirmo levantando las manos para quitarle importancia.

Por no confesar que las interacciones sociales no son mi punto fuerte. Si pudiera, me sentaría en una esquina del salón. Me llevaría la tabla de quesos, eso sí, porque están todos de muerte.

—Camila tiene razón —responde él, aunque tengo la sensación de que no le gusta reconocerlo, y me mira fijamente. Con esos ojos de acero podría fabricar tenedores y cuchillos y venderlos en sus tiendas. De repente me siento como si me fueran a hacer una entrevista de trabajo—. ¿A qué te dedicas..., Mini? Imagino que estarás estudiando.

—No, no estudio. Soy recepcionista en una clínica dental.

—¿Y cuáles son tus expectativas?

—¿Mis expectativas?

—Supongo que eso no es lo que esperas hacer toda tu vida. —Entrelaza los dedos y apoya los codos en la mesa—. Aspirarás a algo más, ¿verdad?

Pues sí que es una entrevista de trabajo.

—Philipp, ¿qué clase de pregunta es esa? —le reprende su mujer.

Una que no sé responderme ni a mí misma y que me han hecho mis padres una docena de veces. Claro que son mis padres y no un señor que acaba de conocerme y se permite el lujo de juzgar mi modo de ganarme el sueldo.

—No todo el mundo necesita estudiar una carrera para sentir que es *alguien* en la vida —argumenta Alex.

—Que te lo digan a ti, que has dejado dos —le recuerda su padre—. Y no tiene nada de malo preguntar a una persona cuáles son sus objetivos. —Coge su copa de vino y la balancea suavemente—. Especialmente si sale con Christoph.

—Eh, yo no...

—Mini y yo no estamos juntos, papá. —Mi amigo sale al rescate—. Y aunque hayas estado dos meses fuera, siento mucho comunicarte que sigo siendo gay.

—Eres joven, ya decidirás —responde despreocupado, con la vista clavada en su copa justo antes de llevársela a los labios.

Chris chasquea la lengua, pero no dice nada más.

—Tres, papá —apunta Alex—. No dos.

—¿Qué?

—Que he dejado tres carreras. —Lo recalca levantando los tres últimos dedos—. Dejé Derecho la semana pasada.

La mesa se queda en silencio. Nadie se mueve. Nadie habla. Juraría que nadie respira.

—¿Tú lo sabías? —pregunta Philipp a su mujer con una calma inquietante.

—¡No, claro que no! —exclama con contundencia y mira a su hijo como diciendo «ya hablaremos tú y yo»—. Pero también tenía claro desde el principio que Derecho no era para él.

—¿Y qué piensas hacer? —Se dirige esta vez a Alex—. Tienes veinticuatro años y no pienso seguir malgastando el dinero contigo.

—Podría trabajar en la empresa.

—De ninguna manera.

—A lo mejor Klaus tiene algo que decir —interviene Chris—. Es el director de Operaciones.

—No me parece lo más adecuado dado su —frunce el ceño y carraspea intentando encontrar la palabra precisa— historial.

—Claro que no te parece lo más adecuado, porque hay que tener huevos para llevarle la contraria al jefe, y tú no los tienes, campeón —espeta Alex palmeando el hombro de su hermano.

—Tu hermano tiene dos carreras y entiende bastante mejor que tú lo que supone la cultura del esfuerzo.

—No pretendo ser mi hermano ni ocupar su puesto. Puedo empezar desde abajo.

—Yo no he criado mozos de almacén.

—Tú no nos has criado, eso lo ha hecho mamá.

—Alex, por favor —musita su madre cerrando los ojos.

—Te he dado todas las oportunidades que has pedido y todas las has desperdiciado. No te has esforzado por nada en toda tu vida y mucho menos te has ganado un puesto en mi empresa.

—Ya... —Aprieta la mandíbula hasta convertirla en una línea dura y tensa—. Dudo hasta de haberme ganado mi puesto como hijo.

—¿Podemos tener la maldita comida en paz? —pide Camila, llevándose los dedos a las sienes—. Por no mencionar, otra vez, que tenemos una invitada a la que estamos haciendo sentir incómoda.

—Alexander, te lo advierto, no pienso mantener a un vago en esta casa —continúa Philipp, ignorando las palabras de su mujer.

—Me mantienes a mí. —Chris levanta la mano.

—Lo tuyo es diferente. —Aprieta los puños—. Tú tienes... Tienes...

Las patas de la silla chirrían con brusquedad cuando Camila se levanta y anuncia que va a traer el pescado.

—Cáncer. Tengo cáncer, papá... Vamos, puedes pronunciarlo en voz alta. Si te resulta más cómodo, puedes decirlo en alemán. Aunque todo suena fatal en alemán. A muerte inminente.

—¡Ya está bien! —Da un golpe seco en la mesa que hace rebotar los cubiertos—. Deja de tomártelo como si fuera un chiste.

Silencio.

Más silencio.

Se hace grande. Denso. Masticable.

—No se lo toma como un chiste.

La frase suena como un ligero murmullo, pero sale de mi boca sin que pueda contenerla.

Cinco pares de ojos se clavan en mí como flechas.

—¿Qué has dicho, cariño? No te hemos oído.

La pregunta me la hace Camila, pero yo me dirijo al padre de Chris.

—He dicho que no se lo toma como un chiste —repito, esta vez proyectando la voz para dejarlo claro—. Puede parecerlo, pero nadie que tenga cáncer se lo toma como un chiste. Pasas

por muchos estados y ninguno especialmente agradable. Yo solía estar triste o furiosa la mayor parte del tiempo. Se lo hice pasar muy mal a mis padres, más allá incluso de lo que suponía para ellos verme enferma. Dejé de salir, dejé de reírme y prácticamente dejé de hablar. Pero Chris es diferente. Se levanta con una sonrisa todos los días, a pesar de que muchos de ellos se encuentre fatal. Yo creo que es algo de lo que debería sentirse orgulloso.

Y si no salgo corriendo después de que Philipp Ackermann me desintegre con la mirada, es porque siento la mano de mi amigo agarrando fuerte la mía por debajo de la mesa.

Tras mi intervención solo vuelvo a abrir la boca para comer y cuando nos levantamos de la silla, una media hora más tarde —tres meses después según mi percepción temporal—, agradezco en el alma que Chris no haya tenido ganas de comer postre.

En cuanto llegamos a su cuarto y cierra la puerta, se empieza a descojonar.

—¡Joder! —Me llevo las manos a la cabeza—. Se me ha ido la pinza muchísimo, perdona.

—Ay, Mini, jamás he visto a nadie dejar a mi padre fuera de juego, te lo juro. Alex se esfuerza, pero no le sale tan bien como a ti.

—¿Crees que me vetará la entrada a partir de hoy?

—Espero que no porque a partir de ahora pienso invitarte a todas nuestras comidas. ¿Cómo tienes la Nochebuena? —Y se vuelve a reír.

—Aggg, cállate. —Me tumbo en la cama y le lanzo un cojín.

Él no tarda en acostarse a mi lado.

—Oye, tú estás aquí todos los días, a mi lado. Eres lo mejor que me ha pasado entre toda esta mierda, así que me da igual lo que diga mi padre. —Me da un beso en la mejilla que me obliga a sonreír—. Y ahora vamos a ver una peli viejuna.

—Pero que no sea de llorar. Solo vemos dramones.

—Tranquila, he visto por ahí una que se llama *La vida es bella*. Con ese nombre no puede acabar mal.

4

ALEX

El sobrado y la sabionda

Me lavo las manos en el fregadero del invernadero y mientras la tierra resbala por mis dedos, siento que también se lleva la tensión del día. Mi padre apenas lleva veinticuatro horas en casa y su mala hostia ya flota en el ambiente como una nube negra y tóxica. Cuando se va de viaje por negocios, todos respiramos un poco mejor. Pero cada vez que vuelve, es como si cogiera todo ese aire y nos lo quitara de golpe, solo para seguir demostrándonos quién manda aquí.

Una comida con él es suficiente para que mi madre eche mano del cajón de los ansiolíticos, Klaus se vuelva más lameculos e idiota de lo habitual y Chris se haga un poco más pequeño en la silla ante sus comentarios distraídamente homófobos, como si no tuviera bastante contra lo que luchar ahora mismo.

Respecto a mí, el papel no suele variar; tengo el honor de ser el vago cuyo único objetivo en la vida es restar lustre a su linaje.

A pesar de todo, el viejo se las apaña bastante bien para aparentar unión de cara al público y dárseles de hombre familiar de vez en cuando en alguna que otra entrevista de suplemento dominical. Porque para Philipp Ackermann la mierda se barre debajo de la alfombra. Y él vende alfombras tamaño XXL.

Cierro el grifo y me seco las manos en los vaqueros antes de revisar el nivel de agua de las jardineras. Nunca pensé que acabaría ideando un sistema de cultivo hidropónico. Y menos aún pensé que hacerlo sería mi válvula de escape para evitar darme de hostias contra la pared. O dárseles a mi padre, llegado el caso. Eso también lo he deseado muchas veces.

De hecho, mi rabia contra él me trajo hasta aquí por primera vez. Fue hace un par de años, tras explicarle que no quería ni podía seguir estudiando Económicas. Lo odiaba, me costaba un mundo aprobar cualquier asignatura y me hacía sentir estúpido. Aunque mis explicaciones le dieron igual, se limitó a escupirme que era un fracasado que se rendía a la mínima, entre otras lindezas.

Mi madre consiguió sacarme de casa antes de que yo hiciera algo para lo que no habría vuelta atrás. Me arrastró al invernadero, cogió una maceta y empezó a explicarme paso por paso cómo plantar hiedra. Yo no entendía qué cojones me estaba contando, me hervía la sangre y apenas podía respirar. Pero a medida que iba hundiendo las manos en la tierra y ella me daba las instrucciones, advirtiéndome de que el exceso de agua no era bueno, ya que podía desatar un crecimiento descontrolado, mi rabia se fue aplacando. No sé si en aquel momento pretendía hacer una metáfora con la jodida hiedra y mi carácter y si quería darme una lección a lo señor Miyagi, el caso es que funcionó. Me calmó. Y este sitio lo sigue haciendo. Tanto que ahora paso más tiempo aquí que ella y ya es un poco más mío que suyo.

Miro el reloj y decido que va siendo hora de entrar en casa. Son las dos y pico de la madrugada. A estas horas no me lo voy a cruzar por casa. Mi padre sigue un horario estricto. Se acuesta a las once y se levanta a las seis, ni un minuto antes ni un minuto después. Recojo el móvil de la mesa antes de apagar la luz y veo que Irene me ha llamado. Joder, había quedado en avisarla para vernos esta noche y se me ha olvidado.

Bufo con cansancio al ver sus cinco llamadas perdidas. Vale, sí, yo soy un malqueda, pero lo suyo empieza a rozar el acoso. Me ha enviado tropecientos mensajes. En los primeros me dice que me echa de menos y se muere por verme; en el último me llama cerdo y me exige saber qué

pasa con nuestra relación y si me estoy tirando a otras.

Creí dejar las cosas claras hace meses. Sexo y punto. Es lo que acordamos porque a ninguno nos interesaba nada más. O a ella sí, pero fingió lo contrario. Sinceramente, no entiendo muy bien qué interés emocional he podido suscitarle. Solo hablamos mientras follamos, y no son precisamente conversaciones trascendentales. Mañana me tocará recordárselo, y, aun así, me tocará ser el cabrón de toda esta movida.

Apago las luces y salgo del invernadero, pero decido dar un rodeo antes de entrar en casa y cruzo el jardín para comprobar el riego. Acabo de instalar un sistema automático a través de unos sensores inteligentes que determinan con exactitud la cantidad de agua que necesitan las flores. Voy sopesando también la posibilidad de comprar un robot cortacésped cuando una luz me llama la atención. Procede de una vela que está colocada en una de las mesitas de la zona de la piscina. A su lado, en una de las tumbonas hay un bulto tapado con una manta. Al acercarme noto el olor intenso a palomitas procedente de la vela. Debe de ser de Chris. Le encantan esas pijadas. Aunque el bulto de la tumbona no es él, sino su amiga. Reconozco sus Converse asomando por la manta.

Ella levanta la vista y la aviso de que soy yo mientras me acerco. Un tipo de casi metro noventa con la capucha de la sudadera puesta y en un jardín a oscuras acojona, por mucho que esté en su propia casa.

—¿Te has perdido? —pregunto al pararme delante de ella, bajándome la capucha.

—Ya ves, salí a tomar el aire y se me olvidó dejar migas de pan para encontrar el camino de vuelta.

Me fijo en el libro abierto que sostienen sus piernas y contengo una sonrisa. Lo reconozco porque es uno de los pocos que me gustan de la biblioteca.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Me quedé viendo películas con Chris y se me hizo tarde para pillar el último bus, así que me dijo que me quedara a dormir. Pero dormir no se me da muy allá.

—¿Y has pensado que la arquitectura paisajística lo va a arreglar? Porque mi padre tiene unos cuantos libros sobre el tratamiento de la madera que te ayudarían mucho más.

—Prefiero evitar a tu padre, creo que no le gusto mucho.

Se incorpora un poco y la luz de la vela ilumina su rostro. Es peculiar. Tiene ojos marrones, pequeños pero muy vivos, y una nariz respingona. Me recuerda a un hada de cuento, aunque con un aire de mala hostia. Tipo Campanilla. Eso sí, vestida con ropa dos tallas más grandes que la suya y con el pelo rapado, que le da el punto alternativo.

Debería irme, pero hay algo que me lo impide. Es una pregunta que me hice en la comida, e incluso horas después cuando trataba de averiguar por qué la germinación de las semillas de cilantro me está costando tanto trabajo, así que me acomodo en la tumbona que está a su lado y entrelazo los dedos debajo de la cabeza.

—¿Por qué te has enfrentado a él? Cualquiera en tu lugar se habría callado.

Cierra el libro y se lo piensa un buen rato antes de hablar.

—Hay personas que tienen un sitio especial al que ir cuando tienen un mal día. Una cafetería, una playa, un parque, incluso un cementerio, lo que sea... Un sitio que les hace sentir mejor solo con estar en él. —Asiento dándole la razón. Yo tengo el mío a unos pocos metros—. Chris se ha convertido en ese sitio especial para mí. Es mi lugar seguro. Mi refugio para los días malos y... para todos los días en realidad. Y no dejo que se metan con él. Ni tu padre ni nadie.

No tengo nada que objetar a esa advertencia. A pesar de su enfermedad, Chris todavía ve la

vida con ojos de niño. No seré yo quien le quite esa inocencia. Y alguien dispuesto a defenderlo de esa forma, lo quiero siempre en mi equipo.

—¿Por qué quieres trabajar para él? —inquire.

Yo le he hecho una pregunta personal y ella me la devuelve. Me parece justo.

—Klaus ha seguido siempre los pasos que le ha marcado mi padre, sin rechistar, así que es el heredero natural. En su caso lo de trabajar en el negocio familiar estaba cantado. Incluso Chris empezó sus prácticas y antes de enfermar estaba diseñando ya algunos proyectos... Pero a mí nunca me ha dado una oportunidad. A mi padre ni siquiera se le pasa por la cabeza, porque cometí el error imperdonable a los dieciocho años de no saber qué quería hacer con el resto de mi vida. Y sigo sin saberlo, así que soy un puto descarte. —Siento sus ojos fijos en mí y me doy cuenta de que estoy largando de más—. Aunque en el fondo se lo propuse porque me gusta tocarle los huevos.

—Ya. —Se abraza más fuerte a su manta.

—Oye, puedes leer dentro. Te estás congelando.

—Dentro no puedo ver las estrellas. ¿Sois tan ricos que os dan un cielo especial o algo así? Desde mi casa no se ven.

—Sabes que lo que estás mirando es un cielo de cadáveres, ¿verdad? Esas estrellas están a años luz de nosotros y murieron hace mucho tiempo.

Me quito la sudadera y se la paso.

—Gracias —espeta con cierto tonito de sorpresa antes de ponérsela. Juraría que se pierde en ella unos segundos antes de ser capaz de asomar la cabeza por la capucha negra—. Aunque te equivocas. Las estrellas pueden vivir miles de millones de años. Y las probabilidades de que una estrella visible desde la Tierra haya muerto son escasas. Menos del uno por cierto en concreto.

—Tú eres un poco sabionda, ¿no?

Sonríe sin despegar los labios y alza la vista al cielo.

—Pero estaría bien ser una estrella y que después de morir te sigan viendo. Permanecer. Que no te olviden.

—¿A millones de años luz y vagando por el espacio? No, gracias. Si me dan a elegir, prefiero ser un cactus. Pueden sobrevivir hasta doscientos cincuenta años. —Me mira ceñuda—. ¿Qué? Yo también sé cosas.

—¿Pretendes vivir doscientos cincuenta años como un vegetal?

—Mi padre ya cree que esa es mi meta en la vida. —Me encojo de hombros—. ¿Y por qué no? Que me adopte una buena familia y me den techo, agua y un poco de luz. Que me pongan también algo de música de vez en cuando. No estaría tan mal.

—No lo has pensado muy bien —insiste.

—Tampoco lo había pensado hasta este momento.

—¡Un cactus no se mueve! —argumenta—. Dios, yo no podría vivir sin moverme, y mucho menos me imagino mi vida sin poder...

La voz se le apaga de golpe.

—¿Sin poder qué?

Traga saliva y niega con la cabeza.

—Nada, da igual —responde cortante.

Sea lo que sea, asumo que se trata de algo privado, tal vez un recuerdo, del que no formo parte ni ella parece querer compartir. Apenas sé nada de su vida. Solo que estuvo enferma, como Chris, pero no creo que sea un tema del que le apetezca hablar. Y tampoco es asunto mío.

—¿Te vas ya? —me sorprende a mí mismo preguntando cuando la veo levantarse unos segundos después.

—Sí, voy a dar vueltas en la cama hasta que amanezca, como de costumbre. Y después me iré a mi trabajo de persona mediocre y sin expectativas.

—¿Cuánto llevas así?

—Algo más de un año, pero no está tan mal. En la clínica son bastante flexibles con los turnos, y las limpiezas bucales me salen gratis.

—Me refiero a que cuánto tiempo hace que no duermes bien.

—Ah, eso... —Chasquea la lengua y clava la mirada en sus zapatillas—. Pasé muchos meses en una cama y al final lo último que quería era dormir en ella. Llevo así cerca de dos años, más o menos.

Le digo que tengo una idea y le pido que me acompañe. Aunque frunce el ceño con desconfianza, me sigue. Atravesamos el jardín, la casa a oscuras y bajamos al garaje. Cuando llegamos a mi coche, abro la puerta del copiloto.

—Son las tres de la mañana, ¿a dónde quieres ir?

—A ninguna parte en concreto. —Reclino el asiento y cuando le hago un gesto para que suba, me mira mal. Muy mal.

¿En serio piensa que pretendo que nos lo montemos en el coche? Va lista. Aunque ese morro torcido que me advierte que ni lo sueño, me resulta gracioso. Y verla con mi sudadera igual hasta me pone un poco.

Vale, ahora sí me imagino montándomelo con ella.

—Yo voy a conducir y tú vas a dormir —le aclaro antes de bordear el coche para subirme en mi asiento.

—No va a funcionar.

—Sí va a funcionar. Sube. —Me hace caso no sin antes volver a fruncir el ceño. Debe ser su gesto favorito—. Funciona hasta con los bebés. El movimiento del vehículo ayuda a dormir.

—Yo no soy un bebé —protesta al ponerse el cinturón—. Y no es el movimiento en realidad, son las frecuencias de sonido del motor de combustión lo que relaja a los bebés.

—¿Cómo coño sabes eso?

—Soy una sabionda con insomnio, así que paso mucho tiempo en Google.

Arranco el motor y activo el asiento calefactable del copiloto. A continuación, pongo a reproducir mi lista favorita de Spotify. *Wake Me up When September Ends*, de Green Day, empieza a sonar bajito.

—No va a funcionar —repito mientras salimos del garaje—. He probado de todo.

—¿Has probado a dormir en el coche?

—No, porque no tengo coche. Además, conducir y dormir a la vez es físicamente imposible —apunta la graciosa.

—Por eso tienes suerte de que esté aquí. Tú relájate, que yo puedo aguantar toda la noche... Recuérдалo cuando me pasee por tus sueños —añado y suelta un bufido.

—Sobrado.

—Sabionda.

Noto como la sonrisa tira de sus labios, aunque se esfuerza por frenarla. Se recuesta en el asiento, se cruza de brazos y por fin cierra los ojos. Salgo a la carretera y veinte minutos más tarde demuestro que, al menos en esto, yo tenía razón. A la cuarta canción sus facciones parecen más suaves, la tensión de sus brazos se ha relajado y de su boca sale un pequeño ronroneo.

Sonrí y conduzco tres horas por la ciudad a oscuras, acompañado de Green Day y del ritmo pausado de su respiración.

Estupideces necesarias

Chris lleva una hora sin apartar la vista de su portátil ni emitir sonido alguno. Sentado con las piernas cruzadas frente a su escritorio y vestido con una sudadera y un pantalón de algodón, parece un estudiante universitario cualquiera. Está intentando ponerse al día con el temario de su máster en decoración. Hace unos meses se vio obligado a aparcar sus estudios y hoy, por primera vez, se siente con fuerzas para concentrarse.

Estudiar puede no parecer lo más apetecible del mundo, pero es la primera toma de contacto con su rutina perdida y una forma de recuperar un pedacito de normalidad. Además, le gusta y se nota.

Yo me limito a estar tirada en su cama fingiendo mirar Instagram. Aunque no se me daba mal estudiar en el instituto y era un hacha en matemáticas, el baile siempre fue mi prioridad. Lo era todo, lo ocupaba todo. Así que a los diecisiete no me preocupaba tener que buscar una alternativa a mi *todo*. Después, mi enfermedad no dejó espacio para nada más durante mucho tiempo.

—No te vas a morir, Mini —suelta Chris de espaldas a mí.

—¿Intentas leerme el pensamiento? —pregunto con despreocupación fingida, porque lo cierto es que ha acertado de pleno.

Se da la vuelta en su silla y me mira a través de sus gafas de montura al aire.

—No, es que pasamos tantas horas juntos que nuestros cerebros ya se han fusionado en uno solo.

—Pues entonces siento decirte que vas a ir de culo con el máster. Mi capacidad para combinar muebles y decorar salones es nula.

—Deja de pensarlo, porque no te vas a morir —insiste con gesto serio.

—Todos vamos a morir. Empezamos a morir desde que nacemos —sentencio sin dejar de trastear con el móvil.

—Qué reflexión más motivadora, deberías hacerte una taza de desayuno con ella.

—A lo mejor si no tuviera que escuchar a Laura Pausini todo el día en esta habitación, no tendría ganas de meterme bajo el edredón a llorar y sería más optimista.

Ni aun así lo sería, lo admito. Pero Laura Pausini desgarrándose la garganta por Marco y compañía no es precisamente un chute de endorfinas. Y dudo mucho que ayude a Chris a interiorizar los conceptos del módulo de antropometría y diseño ergonómico.

—Voy a tomarme un descanso para aclararte dos cosas. La primera es superimportante si quieres conservar esta amistad tan especial que tenemos. —Junta las palmas y se lleva las puntas de los dedos a los labios en un gesto muy solemne—. Laura Pausini es una diosa y no admito discusión al respecto. Puedo llegar a aceptar que no la adores, pero haz el favor de respetármela. —Finjo cerrarme la boca con una cremallera—. Y la segunda es que sigues curada, Mini. Estás cu-ra-da —remarca bien cada sílaba—. Y cuando te hagas la revisión en un par de semanas, me darás la razón.

Cáncer y curación son dos palabras esquivas entre sí. Los médicos no pueden asegurar al cien por cien que todas las células cancerosas han desaparecido de un cuerpo, así que prefieren utilizar el término remisión completa, pero no corrijo a Chris.

A pesar de que mi última revisión fue bien y no hubo evidencia en mis pruebas de que la enfermedad siguiera presente en mi organismo, continúo bajo un control estricto que me obliga a

visitar el hospital cada seis meses. Es como participar en una carrera eterna por etapas. Ahora toca la de las revisiones. Y con ella sobreviene el miedo a la recidiva. Es decir, la recaída.

—Pues en un par de semanas te daré la razón —convengo por no discutir.

Y hasta entonces los minutos se ralentizarán y los días me parecerán meses. Me esforzaré por no pensar en ello, pero una parte de mi mente es adicta a los pensamientos intrusivos. A medida que se acerca la fecha en cuestión, esos pensamientos dejan de ser un molesto eco en mi cabeza para convertirse en un bombardeo constante.

¿Sabes eso de que el aleteo de una mariposa en un lugar del mundo puede provocar devastaciones en otro lado del planeta? Pues imagina ese escenario dentro de mi mente.

—Mini, quedarte aquí tirada no va a ayudarte —razona mi amigo—. Además, mi cama está adoptando la forma de tu culo.

—Casi no tengo culo —protesto.

—Con la ropa que llevas es difícil saberlo, no te marca nada.

Llevo lo habitual, unos vaqueros tipo *boyfriend* y un jersey gris de punto trenzado que no adivina mis curvas, pero es que mis curvas son prácticamente rectas. Qué más da.

—¿Se puede saber qué problema tienes con mi ropa?

—Que es el equivalente textil a un concierto de Lana del Rey. Deprime. Toda esta estampa lo es. —Dibuja un círculo en el aire con la mano para dar mayor énfasis a sus palabras—. Es sábado por la noche y estás aquí escuchando a Laura Pausini, viendo a gente que ni conoces ni te importa postear sus vidas en Instagram en lugar de salir a hacer estupideces propias de tu edad.

—Sí que estoy haciendo estupideces, mira. —Le doy la vuelta a mi móvil y se lo enseño—. Estoy a punto de subir una historia con una foto de lo que ve mi cámara ahora mismo. Sin trampas, claro, porque si no tendré mala suerte para todo el mes.

—Te hablo de estupideces que no se pueden hacer en una cama... —Arruga la frente ante su propio comentario—. O sí, depende, pero sobre todo me refiero al tipo de estupideces que nunca podrás contar a tus hijos por vergüenza.

—Prefiero quedarme aquí.

—No es verdad. Lo haces por mí.

Sí y no. Es verdad que estoy aquí por él. La quimio es dura, aunque haya medicación para contrarrestar los efectos secundarios, y Chris suele estar demasiado cansado para salir y hacer lo que se considera vida normal. Pero a mí no me importa resguardarme el tiempo que sea necesario con él dentro de estas cuatro paredes. Yo misma pasé muchos días postrada en una cama sin poder moverme. Y hubiera estado bien tener compañía más allá del sonido de la tele.

—En serio, no sufras por mí. No tengo nada mejor que hacer —aseguro.

—Y ese es precisamente el problema. —Se gira en la silla y empieza a desordenar su ya de por sí caótico escritorio, hasta que encuentra un cuaderno de anillas.

—Vas a escribir una lista ahora mismo.

—No pienso escribir una lista de cosas que hacer antes de morir ni nada parecido —le advierto adivinando sus intenciones—. Eso sí que es deprimente.

Me lanza el cuaderno y me quejo cuando aterriza en mi pecho.

—Lo que vas a escribir es una lista de estupideces. De estupideces necesarias.

—¿Para qué?

—Para obligarte a hacerlas, Mini. Para vivir.

—Paso, no me apetece.

Echa la cabeza hacia atrás y suspira amargamente.

—Vale, pues te la escribo yo, pedazo de vaga.

Coge un boli, se levanta de la silla para salvar la escasa distancia que nos separa y se tumba bocabajo a mi lado.

—Empecemos por lo más básico, pero no por ello menos importante. —Abre el cuaderno por una página en blanco y empieza a escribir—. Pillar un buen ciego y bailar como si se fuera a acabar el mundo bajo tus pies.

—Yo no bailo —le recuerdo.

—Todo el mundo baila. Y tú también, que no vivimos en el pueblo de *Footloose*. Que no lo hagas en un auditorio lleno de público no significa que no puedas bailar. ¿Qué más?

—Yo qué sé. —Me encojo de hombros.

—Con esta actitud de cero unidades de ganas no vamos a ningún lado. Esfuérzate un poco y échale imaginación.

—Teñirme el pelo —sugiero solo para que se calle—. Cuando me crezca, claro.

—Mmm... Teñirte el pelo de un color muy loco —me corrige y lo escribe.

—No he dicho eso.

—Más.

—No sé... ¿Viajar al extranjero?

—Esto se te da regulinchi, ¿eh? Mejor vamos a poner «hacer un viaje por carretera y sin destino». ¿Cómo lo ves?

—No suena mal —admito a regañadientes.

—Ah, y robar en una tienda.

—No pienso ir al calabozo.

—Y hacerte un tatuaje absurdo del que te arrepientas al día siguiente —propone encantado mientras lo deja todo por escrito.

—Eso ni de coña, las agujas solo por prescripción médica.

—Vamos, chica, dame tú algo, no puedo hacerlo yo todo. —Levanta un dedo en señal de advertencia antes de darme tiempo a responder—. Pero que sea algo bueno.

Suspiro y hago un verdadero esfuerzo por participar. No tengo intención de cumplir la lista, pero al menos esta tontería supone una distracción momentánea para los dos.

—Nadar desnuda.

—Ya empezamos a entendernos. —Sonríe y me da un codazo de aprobación.

—Y perder la virginidad, ya que estamos. —Ahora sí me vengo arriba. Chris lo apunta en mayúsculas y lo subraya dos veces. Muy sutil.

Sé que no es una estupidez como tal, pero qué quieres que te diga, tengo veinte años, mi clitoris solo tiene el gusto de conocer a mi mano derecha y a mi virginidad le deben estar saliendo raíces. No está de más el recordatorio.

—Voy a incluir también «aprender a hacer mamadas», que lo vas a necesitar.

—Perdona, ¿es mi lista o la tuya?

—A ver, es importante en general. Siempre dicen que a un hombre se le conquista por el estómago, pero si quieres atajar, el camino más rápido es el rabo, te lo digo yo. Y da igual si es gay, hetero o un minion.

Nada más terminar de ponerlo por escrito, hace un recuento final en voz alta y tuerce la boca. No está del todo conforme. Siete puntos no le parecen suficientes, pero me pasa el boli porque le urge hacer pis. Antes de irse me amenaza con terminar él la lista cuando vuelva si no apunto nada y lo acompaña de un levantamiento de cejas maligno. Siempre dice que sus ideas más

creativas se le ocurren en el trono.

Aunque no funciono muy bien bajo presión, cuando Chris desaparece por la puerta me atrevo a anotar de mi puño y letra algo que me ronda la cabeza y no me he atrevido a verbalizar por vergüenza. Ni siquiera delante de mi mejor amigo. Suena estúpido si lo pronuncio en voz alta. Más incluso que lo de las mamadas. Aunque no es una estupidez, es más bien un deseo.

Un beso de verdad.

Di mi último beso a los diecisiete años, a un compañero de clase de baile que estaba bastante más interesado en mis pechos que en mis labios, por lo que no guardo un buen recuerdo. Que te agarren los pezones como si fueran tirachinas no es una experiencia que quieras repetir. Así que he tenido tres largos años para imaginar cómo sería un buen beso, un beso de verdad, y tal vez he idealizado un poco el concepto.

Por si fuera poco, sufro un empacho de películas cursis por culpa de mi «compañero de cama» y eso ha debido afectar también a la parte emocional de mi cerebro. De las drogas se sale, pero de *Love Actually*, no.

Al repasar la lista y comparar mis aportaciones con las de Chris, me reafirmo en que mis estupideces no lo son tanto. Solo aspiro a cosas que cualquier chica de mi edad ya habrá dejado atrás hace mucho.

Me planteo si añadir algo más, pero no se me ocurre nada. Claro que Laura Pausini y su «emergencia de amor» tampoco me dejan pensar con claridad. Me levanto de la cama y me acerco al escritorio de Chris para coger su móvil y detener la reproducción de su lista. «Lo siento, Laura, creo que vas a ser una prueba de fuego para nuestra amistad», me digo mientras busco novedades pop.

—Pillar un buen ciego y bailar como si se fuera a acabar el mundo bajo tus pies.

Pego un brinco en el sitio. ¡Joder! Esa voz. Me doy la vuelta. Y esa cara.

¿En serio? ¿En serio Alex está al pie de la cama, con el cuello estirado cual jirafa leyendo mi lista en voz alta? ¿Y por qué siempre me sorprende igual? No entiendo cómo puede ser tan sigiloso siendo así de alto.

—Oye, eso es privado.

Su cerebro debe de procesar justo lo contrario porque coge el cuaderno sin pedir permiso.

—Dámelo. —Camino hacia él y extendiendo el brazo, pero se aleja un par de pasos—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Creo que ya dejamos claro que soy el bala perdida de esta familia, así que no, no tengo nada mejor que hacer —asegura volviendo a centrarse en el cuaderno—. Anda, esto es interesante —añade con un brillo divertido en esos ojos que sigo sin saber si son castaños o verdes.

—Devuélvemelo —le exijo y me acerco de nuevo, esta vez con mayor rapidez. Trato de agarrar el cuaderno, pero le basta con alzar el brazo para impedírmelo. Lo vuelvo a intentar, aunque es inútil. Soy una hormiga tratando de trepar un árbol centenario.

—¡Joder! —Abre los ojos y baja la guardia lo suficiente para darme la oportunidad de pegar un salto y arrancarle el cuaderno de las manos—. ¿Esto lo has escrito tú? —pregunta con una sonrisa engañosamente inocente.

Ese gesto le valdría para librarse por asesinato ante un jurado popular, aunque le pillaran con el arma homicida en la mano y hasta las cejas de sangre de su víctima.

—Lárgate —respondo de mala manera.

La última vez que hablé con Alex fue después de quedarme dormida tres horas en su coche.

La parte positiva es que esa noche me ayudó con mi insomnio. La negativa es que cuando me desperté, lo hice con la boca pastosa y un hilo de baba colgando por la comisura. Y yo pensaba que no podía hacer más el ridículo en su presencia. Es evidente que me gusta retarme a mí misma.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya? Porque la verdad es que... —Se acerca a mí despacio, mordiéndose el labio inferior. Suficiente para que mi corazón aporree la puerta—. No me importaría ponerme a tu disposición para el penúltimo punto. —Y lo dice en un susurro grave que dispara señales eléctricas por todo mi cuerpo.

Vale, sí, es una insinuación sexual, y de las básicas. Y es evidente que se trata de una broma, él no piensa en mí de esa forma. Seguramente no piensa en mí y punto. Pero como nunca me he sentido deseada de verdad por nadie, me permito disfrutar del momento. De su cercanía. De su leve olor a tierra mojada y flores. Del calor que me produce en el estómago su media sonrisa. De mi respiración acelerándose cuando sus ojos se clavan en los míos, sin apartarse. Son verdes, sus ojos son verdes con motas marrones. Duda resuelta.

Me libro de darle una respuesta porque cualquier cosa que saliera de mi boca quedaría amortiguada por los gritos —repentinos, aunque cero sorprendentes— de Philipp y Camila. Sus broncas parecen el eco de esta casa.

El gesto de Alex se endurece y sus ojos parecen pasar del verde a un color más oscuro.

—Joder, antes al menos se molestaban en cerrar la puerta. —Resopla frustrado—. Ya no se cortan un pelo.

—Es por mi culpa —musita Chris con un hilo de voz entrando en la habitación.

—No es tu culpa —responde su hermano—. Ya son mayorcitos.

—Estaban bien hasta que... —Se deja caer en la cama—. Hasta que yo dejé de estarlo.

—No, Chris. —Alex se sienta a su lado—. Ni siquiera recuerdo si papá y mamá estuvieron bien alguna vez. No entiendo por qué se empeñan en seguir así, pero eso es problema suyo. Y no tiene nada que ver contigo.

Mi amigo asiente con la cabeza de manera automática, aunque no le calan esas palabras.

—¿Vemos una peli? —sugiero por la costumbre y porque no sé qué decir.

—No, no me apetece mucho.

—¿Y qué te apetece?

—Tener una noche normal y no estar aquí atrapado escuchando a mis padres echarse mierda el uno al otro —asegura sin tener que pensarlo dos veces.

—¿Te encuentras con fuerzas para salir? —le pregunta Alex.

—¡¿Qué?! —Abre los ojos como si fuera un niño delante de un espectáculo de fuegos artificiales—. Sí, sí, sí. ¡Claro que sí!

—Pues vístete, que nos vamos.

—¿A dónde? —le pregunto.

—A tachar el primer punto de tu lista.

Una noche libre de pensar

Después de aguantar las risas y las vaciladas pertinentes de Chris y Alex porque el portero me haya pedido el DNI para entrar en la discoteca, bajamos por unas escaleras estrechas y mal iluminadas con pinta de conducir a un sótano donde se ruedan *snuff movies*.

A pesar de eso, mi amigo sonrío. Lleva haciéndolo desde que salimos de su casa. Escaparse en plena noche sin que sus padres se enteraran no resultó complicado. Sus gritos amortiguaron el sonido de nuestros pasos hasta el garaje. Lo más difícil fue conseguir previamente que aquí mi amigo se decidiera por un modelito de fiesta. Aunque verlo probarse trapos durante veinte minutos delante del espejo valió la pena solo por contemplar su cara de emoción.

Lleva puesto un pantalón marrón de piel, una camisa de estampado psicodélico y como complemento, unas gafas de sol redondas. Poco le importa que esto sea una cueva o que el sol no vaya a lucir hasta dentro ocho o nueve horas. En cambio, Alex viste mucho más sobrio, con vaqueros negros y una sudadera verde oscura que ha perdido color con los lavados.

Viendo a los dos hermanos está claro que la masculinidad puede adoptar muchas formas. La de Alex, en concreto, me acalora. En especial cuando se quita la sudadera, sacándosela por la espalda en un solo movimiento. Tampoco ayuda que este antro al que nos ha traído tenga un serio problema de ventilación. Ya en el guardarropa, el calor humano emana desde la sala principal como si fuera una sauna.

Chris se quita el abrigo y me sugiere que deje mi jersey si no quiero desmayarme dentro. Le hago caso y me deshago de la prenda, sintiéndome desnuda de inmediato. El silbido de mi amigo ante mi atuendo y el —bastante más disimulado— vistazo que me echa Alex, demorándose —eso sí— un poco en mi pecho, confirman mi impresión. Lo único que me separa de practicar nudismo es un *crop top* blanco fino de tirantes que deja al aire mi estómago e incluye una vista bastante explícita de mis pezones. No llevo sujetador por costumbre. No tengo casi nada que sujetar y hace tiempo que paso de la incomodidad de clavarme los aros en las costillas y dejarme la marca de las costuras en la piel.

La sala es grande, aunque las paredes de color negro no dan sensación de amplitud, y está abarrotada. También es ruidosa, agobiante y las luces parpadeantes deberían venir con un aviso de peligro para gente fotosensible. Es como cualquier discoteca, vaya. No piso una desde los diecisiete, pero la cosa no ha cambiado demasiado.

La canción que está sonando es *All These Things That I've Done*. La he bailado cientos de veces. Hace años tuve que ensayarla para una coreografía grupal de la academia de baile. Todavía recuerdo cada paso, cada giro, cada movimiento. Conozco las notas, los patrones rítmicos, los momentos de aire. Puedo anticiparme a ellos. Están todavía vivos en mi cabeza, junto con los recuerdos de una vida que parece pertenecer a otra persona.

Chris me agarra de la mano y me trae de vuelta al presente para llevarme hasta la barra. Nos hacemos un hueco con relativa facilidad y a Alex no le cuesta mucho llamar la atención del camarero. Le pide una botella de agua y dos chupitos Thunder Bitch. No quiero ni saber los ingredientes.

—¿Tú no bebes? —pregunta Chris a su hermano cuando nos los sirven y él se queda con la botella de agua.

—Alguien tiene que ser el adulto responsable esta noche —admite con resignación—. Y tú no

puedes serlo con esa camisa, *bro*.

Hablando de responsabilidad... Me inclino hacia mi amigo y le hablo al oído.

—Igual tú también deberías beber agua.

—No necesito agua, mi cuerpo ya es noventa por ciento agua.

—Sesenta —corrijo.

—Bueno, lo que está claro es que ahora mismo es cero por ciento *whisky* y tengo toda la intención de cambiar ese porcentaje.

—Oye, ya sé que es una mierda decirte esto, pero el alcohol puede interferir con la medicación y...

—Mini, escúchame. —Se quita las gafas y se las cuelga del cuello de la camisa—. Eres mi senséi en este camino, de verdad que sí, pero necesitamos una noche libre. Mi cuerpo lo necesita y tu cabeza también. Además, el alcohol es un antiséptico de toda la vida. Seguro que me desinfecta algo ahí dentro. —Me sonrío y no puedo evitar devolverle el gesto.

Una noche libre de pensar suena bien. Suena genial.

Cogemos los chupitos, chocamos los vasos y bebemos a la vez. El líquido pica en la garganta en cuanto entra y me abrasa el esófago al bajar como si fuera lava. Aunque sospecho que es chili.

—¿Qué tal? —nos grita Alex para hacerse oír por encima de la música.

—Como si me hubieran apuñalado la lengua —tercio arqueándola y él asiente y se ríe.

—Buah, ya casi se me había olvidado lo asqueroso que es —apunta Chris con un gesto feliz que contradice sus palabras—. Sabe a libertad. ¡Me encanta! ¡Quiero otro!

—Otro y ya —lo avisa Alex, ejerciendo un papel de hermano mayor que pega muy poco con la imagen que su familia tiene de él. Quizá también con la imagen que tiene de sí mismo.

No nos han servido todavía la segunda ronda cuando una chica se acerca a Chris y le pregunta fascinada dónde ha comprado esa camisa. Su acompañante no pierde la oportunidad de engancharse al brazo de Alex como lo haría un koala a un árbol. Aunque a él no parece molestarle. En fin, lo entiendo. Está muy bueno y ella tiene tetas y pelo, eso ya hace mucho. Las hormonas flotan en el aire pegajoso, él se frota la nuca marcando bíceps, ella pestañea a cámara lenta y yo me obligo a apartar la mirada. Si el siguiente paso lógico es comerse la boca, prefiero no verlo.

En cuanto los chupitos tocan la barra, me bebo el mío de un trago rápido sin esperar a Chris y lo aviso de que voy al baño. Tardo diez minutos en encontrar los servicios y paso unas tres vidas más esperando en la cola. Las dos chicas que van delante de mí aporrean la puerta cerrada de uno de los cubículos y una le dice a la otra entre risas que está a punto de hacérselo encima.

¿Nadie se plantea que debería haber más baños de mujeres que de hombres? Y no porque nosotras necesitemos más espacio para socializar con desconocidas cerca de váteres malolientes y llenos de bacterias. La necesidad es puramente fisiológica. Las mujeres tardan más en orinar que los hombres, por lo que la proporción adecuada será de dos urinarios femeninos por uno masculino. Lo leí ayer en la cama, en un monográfico de treinta páginas sobre urbanismo con perspectiva de género. Mi insomnio sigue en plena forma, gracias.

Al salir decido que no me apetece bordear otra vez todo el local para volver a la barra, así que atajo atravesando la pista. Serpenteo como puedo entre espaldas sudorosas y cuando llego al centro comienza otra canción. El sonido de la intro con la guitarra es inconfundible. *Boulevard of Broken Dreams*, de Green Day. Además, la tengo fresca en la memoria porque la he escuchado hace un rato en el coche de Alex.

El juego de luces del techo se ralentiza y la luz blanca me ilumina directamente. Me detengo.

Es como estar en el centro de un escenario.

*I walk this empty street
On the Boulevard of Broken Dreams
Where the city sleeps
And I'm the only one, and I walk alone*

La gente se mueve alrededor de mí bailando, otros beben sus copas y algunos hablan a voces. Pero yo solo escucho la canción. Cierro los ojos y dibujo un círculo con mi cabeza. Es un movimiento simple, básico. No salto ni bailo como si se fuera a acabar el mundo bajo mis pies, tal y como escribió en mi lista Chris. Incluso mis zapatillas se resisten un poco a despegarse del suelo, puede que también por culpa de alguna bebida pegajosa derramada.

Desde luego no es el tapiz sobre el que solía bailar descalza. Aun así, mi conciencia sensorial se despierta. Me dejo llevar por la música y sigo moviendo la cabeza. Mis hombros y mis brazos no tardan en elevarse. No me planteo lo que estoy haciendo. No hay técnica que valga. Ni Graham, ni Cunningham, ni Limón, ni ninguna otra que haya estudiado a fondo. Es instintivo. Las caderas fluyen y se inclinan en un movimiento ondulante natural. Ni siquiera me lo cuestiono. Tampoco me lo niego. Nace. Sin más.

*My shadow's the only one that walks beside me
My shallow heart's the only thing that's beating
Sometimes, I wish someone out there will find me
'Til then, I walk alone*

Siento el contacto suave pero firme de un pecho contra mi nuca, acompañado de un hormigueo que viaja por mi espina dorsal. Me detengo, aunque no me asusto. Tampoco necesito darme la vuelta para saber quién es. En medio de este ambiente cerrado y sudoroso, él sigue oliendo a flores. Noto cómo se agacha para apoyar la barbilla en mi hombro.

—De todas las canciones del mundo —susurra Alex y su aliento me hace cosquillas en la oreja—, tenías que bailar esta.

Estoy por preguntarle dónde ha dejado a la chica de la barra, sin embargo, mi cuerpo toma la delantera y se pega más al suyo. Resulta que mi cuerpo ya se ha olvidado de esa chica. Él posa las manos sobre la cinturilla de mis vaqueros y sus pulgares juegan a trazar círculos en la frontera que separa la tela de mi piel, haciéndome contener la respiración. Echo la cabeza hacia atrás ligeramente y me apoyo sobre su pecho. Sus caderas se acoplan a las mías y comenzamos a balancearnos despacio, mucho más despacio que la marea de gente que nos rodea. A nuestro ritmo.

—¿Qué le pasa a la canción? —pregunto, girando el cuello y juntando mi mejilla contra la suya para que pueda oírme.

—Es mi favorita.

—Es una canción triste.

—Las mejores canciones lo son, Minerva.

—Mis amigos me llaman Mini.

—Yo no voy a llamarte Mini.

—¿Por qué?

Tira de la trabilla de mi pantalón y me gira por la cintura con un solo movimiento, dejándome frente a él, como si lo hubiéramos ensayado para una coreo.

—Porque no soy tu amigo. —Niega con la cabeza—. Pero, sobre todo, porque Mini es un nombre demasiado cuqui para todas las cosas que se me están ocurriendo y quiero hacerte en este momento.

Su mirada desciende automáticamente hasta mi boca y se detiene en ella unos segundos. Es la prueba de que hay señales que no se pueden ignorar, por mucho que creyeras que nunca irían destinadas a ti.

Una noche libre de pensar, me recuerdo, y me lo tomo como una invitación.

Lo agarro de la camiseta con un solo objetivo, acortar la distancia que separa nuestras bocas. Él frena a medio camino y me responde con una sonrisa descarada antes de seguir acercándose. Es lenta y a la vez muy consciente, como si supiera que el mundo entero está dispuesto a esperar por ella. Algo dentro de mi estómago hace un doble salto mortal con triple giro. Solo necesita ese gesto para hacerme explotar por dentro, y en algún momento me cabrearé por la ventaja que eso le da en este juego cuyas reglas ignoro. Pero no estamos en ese momento. Nuestros labios están a punto de encontrarse en el estribillo de la canción, como en la escena de una película.

—Chicos... —Es la voz de Chris, interrumpiéndonos. Lo quiero matar, pero no puedo. Estaría mal, porque es mi amigo y, joder, porque parece más pálido de lo normal.

—¿Qué te pasa? —preguntamos Alex y yo al unísono.

—Creo que se me ha ido un poco la mano con los chupitos —nos avisa con la mano en el estómago.

—Joder, ¿cuántos te has tomado? —inquire su hermano—. Si solo me he ido cinco minutos.

—No sé, pero me están entrando ganas de...

No llega a terminar la frase. Vomita sobre nuestros pies antes de que termine la canción.

7

CHRIS

El café venenoso y el chico de los ojos de gato

Mientras recibo mi cóctel de quimio, servido a través de un tubo conectado a un catéter que llevo implantado bajo la clavícula, doy *like* a todos los *reels* que mis amigos subieron anoche del concierto de Måneskin. Escribo un par de comentarios guarros sobre el cantante y al momento me responden con *emojis* de risas, manos aplaudiendo y berenjenas.

Preferiría haber ido a ese concierto con ellos en lugar de verlo por redes sociales, pero es la única forma que tengo de estar al día de sus vidas. Aunque me escriben de vez en cuando para saber cómo lo llevo, todos somos alérgicos a las llamadas de teléfono y apenas nos hemos visto en los últimos meses. No es su culpa ni tampoco mía. El mundo sigue moviéndose para los demás y a mí eso me marea un poco, literalmente.

Hace seis meses estaba a punto de empezar un máster, había adelantado mis prácticas en la empresa familiar, planeaba un viaje a Mikonos para el verano y me enamoraba de un chico distinto cada fin de semana. Porque hasta hace seis meses mi recuento de glóbulos blancos no era un tema preocupante. Ni siquiera pensaba en mi salud, la daba por garantizada. Mi único recuerdo de haber visitado un hospital había sido por una apendicitis, cuando tenía trece años, y en aquel momento me pareció muy guay tener una cicatriz en la barriga.

En poco más de una semana ya he estado aquí dos veces. La primera de ellas innecesaria, si me hubieran preguntado. Aunque tal vez lo hicieron y yo estaba un pelín perjudicado como para responder. Recuerdo subir las escaleras de la discoteca gritando con un dudoso acento colombiano «si ya saben cómo me pongo, ¿pa qué me invitaaan?».

El resumen es que bebí chupitos demasiado rápido. Cualquier otro hubiera dormido la mona en casa después de potar y se habría levantado con resaca. Nada que no haya hecho alguien de mi edad. Excepto porque yo ya no soy como alguien de mi edad. Tengo veintidós años y también tengo un linfoma. Y por esa razón acabé en Urgencias enganchado a un suero mientras Mini y Alex me miraban con un par de caras bastante más amarillas que la mía.

Hubiera sido una anécdota divertida de no ser por la bronca que le cayó a Alex esa misma noche. Si mi padre no lo echó de casa fue por la intervención de mi madre y porque mi hermano aguantó el chaparrón callado y cabizbajo —cosa rara en él—. Aunque lo entendí cuando vi en sus ojos una culpa que no le correspondía. Una culpa que era solo mía.

Ni siquiera le han dejado acompañarme hoy. Normalmente es él quien me trae a las sesiones de quimio y lo prefiero así. Es el único que me trata igual que siempre. Los demás tienden a mirarme como si me fuera a romper de un momento a otro. Sobre todo en la sala de quimio. Al principio me daba un poco de *yuyu* venir aquí, pero no está tan mal cuando te acostumbras. Dispongo de una butaca reclinable, una manta y mi móvil para ver *Ginny* y *Georgia* mientras le doy una patada en el culo a mis células cancerígenas. Además, mis enfermeras son un encanto. Un inciso: si necesitas algo en un hospital, camélate a las enfermeras. Salvan vidas y son las verdaderas reinas de este sitio.

Cuando termino, me despido de ellas con abrazos, bromas y les digo —con cariño— que espero no volver a verlas. Hoy termino otro ciclo de quimio, aunque soy consciente de que habrá más. Sé que mi enfermedad no se cura con actitud positiva, sé que depende de una combinación de fármacos, radiación —probablemente será otro paso más— y después ya veremos. Pero yo tengo mi propia arma para luchar. Cuando sonrías, haces que todo duela un poco menos, para ti y

para el que recibe esa sonrisa. Aunque solo sea un segundo. Es como tomar una bocanada de aire antes de sumergirte otra vez en el agua.

Al salir del área de oncología del hospital de día, Klaus me está esperando en el pasillo para llevarme a casa. Supongo que es la opción menos mala. La otra era mi madre, pero no quiero hacerla pasar por esto. Por mucho que se esfuerza en disimular, sé que tiene que recurrir a las pastillas para afrontar algunos días.

Mi hermano está hablando por teléfono y me hace un gesto con la mano para darme el alto. Comienza a caminar de un lado a otro frotándose la barbilla mientras escucha atentamente a su interlocutor, hasta que se detiene en medio del pasillo, apoya una mano en la cadera y empieza a soltar un discurso con un tono frío pero contundente que no admite discusión —al menos si la otra parte pretende conservar el empleo al terminar el día—.

Dos enfermeras pasan delante de nosotros, una le suelta un codazo a la otra y a ambas casi se les caen las bragas al suelo. Lo entiendo. Klaus parece un dios nórdico metido en un traje italiano, así que suele causar ese efecto. Él ni lo nota, o no le importa. Sospecho que por las noches antes de acostarse se barniza con una capa de indiferencia hacia las emociones humanas. Me pregunto si sangrará cuando le claven una aguja. Igual estoy a tiempo de pedirle una a esas enfermeras y lo comprobamos.

Él jamás habría salido de juerga conmigo, y desde luego no hubiera permitido aquel festival de chupitos. Probablemente tampoco se los bebería. Ahora que lo pienso, nunca he visto a Klaus borracho, ni un poco bebido. Jamás lo he visto fuera de control. Una pena.

Nada más colgar se acerca a mí y me pregunta si todo *ok* sin apartar la vista de la pantalla. Le digo que sí y le pregunto si de camino podemos parar a comprar un café. Mi nutricionista me vetó la cafeína cuando empecé el tratamiento, pero técnicamente hoy lo he acabado y mi estómago pide a gritos un *frappuccino* de moca y nata.

Me responde un «ehm» que no sé muy bien cómo traducir a la vez que teclea en el móvil sin parar. No me está escuchando.

Quiero a Klaus, de verdad que sí, pero está gilipollas. Y digo que lo está, no que lo sea, porque no siempre ha sido así. Cuando éramos niños, a mis hermanos y a mí nos gustaba jugar a indios y vaqueros en el jardín. Mi padre se cabreaba cada vez que nos llevábamos los cojines de la casa para construir los fuertes porque los ensuciábamos. Klaus siempre nos protegía y se atribuía la culpa. Y los tres seguíamos ensuciando los cojines entre risas.

Aquellos fuertes desaparecieron con el tiempo y en su lugar Klaus se dedicó a levantar barreras. Seguíamos viviendo bajo el mismo techo, pero él dejó de reírse con Alex y conmigo. Y poco a poco, dejamos de conocerlo. Quizá porque se olvidó de ser él para dedicarse solo a satisfacer las expectativas imposibles de mi padre.

—Quédate aquí un momento —me dice nada más guardar el móvil en el bolsillo interior de la americana—. Voy a saludar a Elena.

—¿A mi oncóloga? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué?

—Por educación.

—Oye, aunque veas mucha droga rulando por aquí, no estamos en una fiesta —bromeo—. No es necesaria la cortesía.

—Ya lo sé, pero quiero consultarle algunas cosas de tu tratamiento y también sobre un ensayo que parece bastante prometedor. —Saca un *pendrive* de otro bolsillo interior.

—Klaus, por favor, intenta no matarla de aburrimiento, que tiene que salvarme la vida.

Su expresión se vuelve seria, acojonantemente seria, y caigo en la cuenta de que soy incapaz

de recordar la última vez que vi a mi hermano sonreír de verdad.

—Espérame aquí.

Qué remedio, no me da opción a responder y se larga. Pongo los ojos en blanco y asumo que tengo para rato. Me despido mentalmente con lágrimas de mi *frappuccino* y me acerco hasta la máquina del fondo del pasillo para comprar un café con leche. Aunque el líquido que observo caer en el vaso de plástico también podría ser el agua de fregar quirófanos. Lo cojo y aspiro el olor a torrefacto quemado. Dudo si llevármelo a la boca, pero decido arriesgarme. Echo tanto, tantísimo, de menos el café. Tampoco puede ser tan horrible. Le doy un trago.

—¡Puaj! ¡Joder!

Me giro al escuchar el sonido de una risa disimulada detrás de mí. Proviene de un chico vestido con pijama azul y zuecos. Le perdono lo de los zuecos porque, evidentemente, trabaja aquí. Y porque es muy mono. El pelo oscuro y lacio le cae desordenado sobre la frente, casi al ras de unas pestañas negras y largas. Tras ellas esconde unos ojos rasgados y oscuros. Ojos de gato.

—¿Como le podéis dar esto a gente enferma? —me quejo—. Los vais a rematar.

Bosteza antes de acercarse a la máquina para meter un par de monedas.

—Hay un problema grave de falta de camas, así lo resolvemos sin llamar mucho la atención.

Y lo dice tan serio mientras selecciona su bebida que me hace sospechar en la posibilidad real de una trama conspiratoria del sistema sanitario.

—Toma. —Me ofrece su vaso en cuanto lo coge y me lo cambia por mi café. Nuestros dedos se rozan y ese breve contacto es, de lejos, lo más emocionante que me ha pasado en el último medio año—. El chocolate es lo único bebible y posiblemente no venenoso de la máquina.

—¿Y te vas a sacrificar por mí? Igual vamos muy deprisa en esta relación —bromeo—. No sé ni cómo te llamas.

—Tiago.

Me gusta su nombre, y me gusta más aún cómo lo pronuncia, con la voz un poco raspada.

—Yo soy Chris. —Freno el impulso de acercarme para darle dos besos—. Y conozco muchos sitios donde no tendríamos que poner tu vida en peligro por tomar un café.

—No pasa nada. —Se frota el ojo con pereza—. Tomo tanto que ya he desarrollado inmunidad.

Igual he sido demasiado sutil, aunque no me caracterizo por ello. Lo que quiero es tomarme un café con él. Si hasta su cara de sueño me parece tierna. Me entran ganas de arroparle en la cama con una mantita y darle un beso en la frente. Después de follármelo hasta dejarlo seco, claro.

—Nos vemos, Chris. —Se despide alzando su café.

Sí, nos vemos... O no. ¿Cuántas probabilidades tenemos de volver a coincidir? Esto no es Grinder. Ojalá lo fuera. Al menos tendría una pantalla de móvil delante para evitar el bochorno de preguntarle en su cara si follamos y tal.

—Ehm... Tengo que esperar aquí un rato y tengo hambre, así que, no sé... —Sonrío. Mi sonrisa es mi arma, ¿recuerdas?— ¿Podrías recomendarme algo?

—Sí, que no comas aquí.

—Ah, claro, obvio, sí.

Vale, mi sonrisa ha quedado inutilizada. Le doy un trago al chocolate. Abrasa. Pero no tanto como para incapacitar a mis cuerdas vocales. «Di algo más, Chris». Alguna frase con sentido. Lo que sea antes de quedarte callado con cara de lelo. En serio, aquí hay gente haciendo cosas

mucho más difíciles. Médicos operando a corazón abierto y mujeres expulsando bebés cabezones por sus vaginas.

—¿Alguna otra duda? —me pregunta con gesto cansado.

Cero dudas. Está claro que no le intereso. Ni siquiera tengo claro que sea gay. O bisexual. O pansexual. ¿Qué sé yo? Las posibilidades son infinitas.

—No, no te quiero entretener más. Seguro que tienes muchas cosas que hacer, algún código negro que atender y eso.

—Me toca poner una sonda —me informa—. Y no tengo ni idea de lo que debería hacer un enfermero en un código negro, no sé lo que es.

—Ya, ni yo, solo era una manera de hablar. He visto todas las temporadas de *Anatomía de Grey*, pero la medicina no es lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo? —quiere saber y acto seguido, da un trago a su café.

—Fusionar sentidos y emociones a través del espacio —afirmo recordando una frase que me gustó de uno de mis profesores—. La decoración de interiores —le aclaro—. Intento hacer los sitios más bonitos y cómodos sin perder su funcionalidad.

—Ah, pues seguro que podrías mejorar este —apunta mirando a nuestro alrededor.

—Lo dudo, por mucho color que le des a un hospital o lo bien que decores las habitaciones, sigue siendo un lugar frío y sin alma.

—No estoy de acuerdo —replica con gesto grave—. La gente viene aquí en algunos de los momentos más frágiles y difíciles de su vida. Yo creo que un hospital es uno de los lugares más emocionales que existen y, por tanto, donde hay mayor humanidad.

—Sí, ya, no pretendía ser... Era una broma. —Sonrío, pero él no. Ni un solo movimiento de sus comisuras. Me aclaro la garganta—. Vale, ¿hay alguna ventana cerca por la que tirarme?

—No, se cierran por seguridad para evitar que la gente salte.

—Genial... O sea, no genial que la gente salte. Tú ya me entiendes... —Pero entrecierra esos ojos felinos tan bonitos sin entenderme para nada—. En fin, gracias por el chocolate. —Comienzo a alejarme marcha atrás—. Tengo que ir a inyectarme aire en las venas —susurro para mí mismo.

—Oye, ¿quieres mi teléfono o algo?

—¿Eh? —Mis pies se detienen y mis ojos tratan de averiguar si esa posibilidad le gusta o le disgusta antes de emitir una respuesta. No tengo ni idea.

—Me ha dado esa sensación, pero tampoco estoy seguro. —Se rasca la cabeza, desordenándose más el pelo, y suspira—. Estoy doblando turno, estoy agotado y se me da de pena interpretar si alguien está intentando ligar conmigo. Pero contigo prefiero no quedarme con la duda.

Menuda sinceridad. A lo mejor haberle preguntado directamente lo de follar no era tan mala idea.

—Pues sí, esa era un poco la intención —admito.

—Entonces, si te parece, te doy mi teléfono y podemos tomar café algún día fuera de aquí. Uno que no vaya a comprometer los órganos internos de ninguno de los dos.

—Me encantaría.

—Y a mí —sonríe él. Por fin.

Bum, bum, bum

Los exámenes de la universidad, esa asignatura que se te atraganta, si el chico o la chica que te gusta siente lo mismo que tú, que la regla te coincida con el viaje de fin de semana que has organizado con tus amigas, el cambio climático si me apuras... Esas deberían ser algunas de las preocupaciones normales de una chica de veinte años.

A mí lo que me quita el sueño es la homeostasis. Esa es mi obsesión. O al menos lo será hasta mañana cuando reciba en el hospital los resultados de mi revisión. Y podría explicarte la homeostasis con todo lujo de detalles. De hecho, con todo lo que he leído sobre ella deberían convalidarme un par de años de Medicina, pero mejor te hago un resumen.

Nuestro cuerpo es un sofisticado instrumento compuesto por billones de células y ocho sistemas, todos ellos coordinados cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo en un perfecto baile sincronizado que nos permite seguir vivos. Por ejemplo, si te caes a un lago helado, tu corazón se acelera y empieza a latir con fuerza, tus vasos sanguíneos se contraen y la adrenalina se ocupa de sacar la máxima energía de tus células y producir calor. Lo que tu cuerpo está haciendo es intentar recuperar su equilibrio para sobrevivir. Ese equilibrio es la homeostasis.

Este principio también se cumple en circunstancias normales —cuando no vives en una película ambientada en Alaska— y potencialmente menos mortales. Otro ejemplo: si sales a correr, los receptores de tu piel captan el aumento de la temperatura en tu cuerpo, envían una señal al cerebro y este manda de inmediato la orden a tus glándulas para que la regulen segregando sudor.

Es decir, tu cuerpo se ocupa constantemente de salvarte el pellejo. El problema surge cuando algo se altera y no cumple su función como debería. Es entonces cuando la armonía se rompe y aparecen las enfermedades.

Sé que el miedo a la recaída es un sentimiento natural en los pacientes, sin embargo, no es un tema de conversación habitual para mí. Ni siquiera con Chris. Lo cierto es que me he acostumbrado a medir mis palabras frente al mundo. Porque el mundo me concedió un tiempo limitado para sentir miedo y tristeza, y ya no quiere oírme hablar de ellos. El mundo se empeña en que dé las gracias por estar viva y mantenga una actitud positiva veinticuatro horas al día, aunque mi estado natural no me predisponga a ello. Porque hace tiempo comprendí que mi enfermedad no era contagiosa, pero mis emociones al respecto, sí.

Oigo las pisadas por el césped, reconozco su pisada lenta y algo desganada. Sonrío por dentro. Mis encuentros con Alex son fortuitos, él no me busca ni yo a él. Porque perder el último autobús, dormir otra vez en su casa, salir de madrugada a la misma hora de nuestro último encuentro en el jardín para ver las estrellas, sentarme en la misma tumbona y encender la misma vela ha sido todo pura casualidad.

Vale, sí, quiero verlo. La pequeña parte de mi cerebro que está peleada con la parte más grande —esa que está obsesionada con mi salud—, lleva dos semanas pensando en él. En ese «casi» beso. Y los «casi» son lo peor, porque solo forman parte de nuestra imaginación, donde los manipulamos hasta convertirlos en algo tan perfecto como inalcanzable.

—Hola —saludo al «perfecto e inalcanzable» cuando se para delante de mí, con la capucha de la sudadera puesta.

—¿Tú, qué? ¿Mis padres ya te han adoptado y vives aquí? —suelta seco, y acto seguido da

una calada a su porro, que brilla en la oscuridad del jardín.

Me he adelantado, a lo mejor no me apetece tanto verlo.

—Sí, soy la hermana de repuesto. Me llamaron porque tú les has salido regular — respondo cambiando el tono a uno todavía más hostil que el suyo.

Si intenta ganarme en un concurso de mala hostia, lo lleva claro.

Bufa y vuelve a dar una calada larga. Cuando el humo escapa de sus labios y la marihuana engulle el olor a palomitas de mi vela, estoy segura de que se va a largar por donde ha venido. Pero tal vez le gusta llevarse la contraria a sí mismo, porque, en lugar de irse, se acerca y se sienta en el extremo de mi tumbona.

—¡Joder! —exclamo al ver su ojo izquierdo a la luz de la vela, hinchado y amoratado—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Si tienes intención de pertenecer a esta familia, no deberías preocuparte de lo que me pase —tercia con indiferencia—. ¿Quieres? —Estira la mano y me ofrece el porro, sujetándolo entre sus dedos pulgar e índice.

Nunca me he planteado fumar, ni siquiera tabaco. Mi forma física y mi capacidad respiratoria eran fundamentales para el baile. Pero ya debería ir olvidándome del pasado, porque no piensa venir a recogerme. Me inclino y cojo el porro. Tal vez me ayude a dormir. Es posible que, con mis ojeras, mi cara tenga peor pinta que la Alex ahora mismo.

Lo sujeto sin mucha destreza mientras doy una calada tímida. Al menos es bastante suave y no llego a toser cuando el humo entra en mi garganta. Repito un par de veces más el proceso en silencio y llego a la conclusión de que no me estaba perdiendo nada importante por no fumar. Cuando voy a devolvérselo, me doy cuenta de que le cuesta un poco levantar el brazo, así que me deslizo en la tumbona y me siento junto a él, rodilla contra rodilla, vaquero roto contra vaquero roto.

—¿Te duele mucho?

—Lo normal —responde como si se dedicara a recibir puñetazos de manera habitual—. Pero tranquila, hoy no vamos a acabar en el hospital —añade con un deje amargo en la voz.

—¿Qué te ha pasado?

—Que me he peleado.

—¿Me cuentas algo que no me haya dicho ya tu ojo?

—Defendí a una amiga de un gilipollas. —Apura el cigarro y agacha la cabeza para expulsar al humo hacia el suelo, pero no vuelve a levantarla—. Aunque yo también lo soy.

—Resolver una discusión a puñetazos es de gilipollas, estoy de acuerdo. Pero aparte de eso, si defendiste a una amiga, a lo mejor resulta que también eres un buen tío.

—O a lo mejor solo estaba buscando una excusa para zurrar a alguien. Eso piensa mi padre.

—¿Le has contado por qué lo hiciste?

—Lo único que ha querido saber es si el tipo con el que me peleé pensaba denunciarme y si tenía que pagarme un abogado. —Se inclina y aplasta el porro con saña en el cenicero vacío de la mesita—. Y da igual lo que yo diga, mi palabra no tiene ningún valor para él.

Con el poco tiempo que Philipp Ackermann pasa con sus hijos, resulta asombrosa su capacidad para hacerles sentir de menos.

—Pues yo sí te creo —aseguro—. Y como ya prácticamente soy de la familia, algo debería contar, ¿no?

Ladea la cabeza y me mira fijamente. Algo cambia en sus ojos. Al menos en el ojo que permanece intacto. El enfado deja paso a un brillo macarra al que acompaña una sonrisa

desvergonzada y ese aire de perdonavidas que tanto me molesta. Aunque lo que me molesta de verdad es que en el fondo me gusta.

—Creo que no me convence que seamos familia.

—Una pena... —Chasqueo la lengua—. Siempre quise tener una piscina de agua salada en casa. Me parece un básico en la vida.

—¿Para nadar desnuda?

—Agg, cállate. —Golpeo mi rodilla contra la suya.

—Por favor, Minerva, hoy ya hemos aprendido que la violencia no es la solución.

—Pues no me provoques.

—Será que me gusta provocarte... —Y se lame el labio inferior para dejar constancia de lo bien que se le da—. ¿Cómo va tu lista, por cierto?

—Sin avances.

—Quizá puedo ayudarte a tachar algo más.

—Ni de coña voy a hacerte una mamada —adviento ante su gesto insinuante—. Eso sería ayudarte a ti.

Se ríe y se baja la capucha. El pelo le ha crecido en estos dos meses y me pregunto qué tacto tendrá. Joder, todos sus gestos me parecen insinuantes.

—Me refería al beso.

—No.

—¿No? —Se sorprende como si no hubiera escuchado esa palabra en toda su vida.

Sé lo que estás pensando. Que llevo dos semanas fantaseando con él. Y ni siquiera voy a mencionar las veces que he pensado en besarlo desde que lo conozco. Si existiera el acoso mental, acabaría en prisión. Pero también sé que en la discoteca fue todo muy distinto. Había un montón de señales luminosas y sonoras apuntándonos. El calor del momento, el ambiente, la música, la piel. Y habría sido un beso genial, estoy segura. Pero no lo fue.

—No —repito—. Estás colocado.

—Y tú.

—Yo no lo bastante.

—¿Has oído eso? —Alza la cabeza y hace una pausa para escuchar un sonido inexistente en el aire—. Es mi ego. Acabas de aplastarlo.

—No creo ni que lo haya rozado, pero dile a tu ego que no es nada personal. Si recuerdas bien mi lista, lo que escribí es que quiero un beso de verdad.

Aunque sigo sin intención de cumplir esa dichosa lista, el beso no deja de ser un punto importante.

—Quieres un beso de amor —deduce.

—No necesariamente... Quiero uno de los que te hacen temblar de la cabeza a los pies y...

—¿No me crees capaz de hacerte temblar?

—Seguro que sí, Ackermann, pero déjame terminar. Quiero que la otra persona también tiemble cuando me bese, que sienta lo mismo que yo en ese momento. No tiene que ser amor. O quizá sí. Quizá el amor puede durar lo que dura un beso. Lo que tengo claro es que debería surgir de manera natural y no como si fuera un trámite. No quiero que alguien me bese porque está... aburrido, cabreado o colocado. O peor aún, que lo haga por lástima. Odio la lástima —recalco.

Sin dejar de mirarme, agarra mi mano y la lleva hasta su pecho, a la altura del corazón. La coloca ahí y deja la suya encima.

—¿Crees que la lástima provoca esto?

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Noto como su corazón golpea la palma de mi mano a toda velocidad a través de la tela de su sudadera.

—A lo mejor te está dando un chungo —apunto—. Uno de los efectos secundarios de la marihuana es el aumento del ritmo cardíaco y la tensión arterial.

—Vale, sabionda, te diría que puedes poner la mano en otra parte de mi anatomía, pero entonces pensarías que te estoy pidiendo una mamada y parece que todavía no estamos en ese punto.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

No sé si será la adrenalina del momento, no sé hasta qué punto soy capaz de alterar a Alex — y a su homeostasis ya de paso—, pero que le den al equilibrio. Quién sabe si tendré una tercera oportunidad de besarlo, si ni siquiera confiaba en la primera.

Pego mis labios contra los suyos y lo hago con tanto ímpetu que no calculo bien y nuestros dientes chocan.

—¡Perdona!

Me separo muerta de la vergüenza. No estaba preparada para esto.

Nota mental urgente: leer algún artículo del tipo «Diez consejos para besar y así evitar hacer el ridículo de tu vida».

Madre mía, soy pardilla por tantas razones.

—¿Nerviosa? —susurra él.

—Es a ti al que se le acelera el corazón, no a mí.

Pardilla pero chula, ¿por qué no?

Como respuesta, posa su mano en mi pecho.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

—Además de sabionda, mentirosa.

No es que mi corazón esté acelerado, no, es que tiene toda la intención de ascender por mi tráquea, salir disparado por la garganta y correr los cien metros lisos.

Me sonrío con una dulzura desconocida y coloca ambas manos en mis mejillas para atraerme un poco hacia él. Estamos cerca, cada vez más cerca, y puedo sentir su aliento contra el mío. Me mira fijamente, sin pizca de timidez. Hasta con un ojo morado es guapo. Dios, que deje de mirarme así. O que no pare nunca, yo qué sé.

Esta vez no me muevo, dejo que sea Alex quien tome la iniciativa por el bien de nuestra salud bucodental. Lo hace mucho mejor que yo, tanteando el terreno con calma y rozando con suavidad mi boca antes de besarla. Me estremezco al primer contacto de nuestros labios y cierro los ojos para poder perderme en él, en el tacto de sus pulgares contra mis mejillas frías, en el roce de su escasa barba hormigueándome la piel, pero sobre todo me pierdo en el sonido de ese beso. No tengo mucha experiencia al respecto, quizá por eso no tenía ni idea de lo excitante que puede ser escuchar el aliento robado de una boca a la otra y los suaves chasquidos de unos labios buscándose, jugando a atraparse para dejarse libres de nuevo y vuelta a empezar.

Mientras sus dedos se deslizan por mi nuca desnuda, su lengua encuentra la mía y se enreda en ella despacio, muy despacio, con una lentitud enloquecedora.

No sé cómo puede haber tanta intensidad en un movimiento tan pausado. Yo no sé reprimir la mía y un gemido sale de mi garganta sin pedir permiso. El frío de marzo se esfuma y una ola de calor golpea mi cuerpo, tumbando la vergüenza, despertando el deseo y llenándome de unas ganas desconocidas.

Quiero más de Alex y lo quiero más de lo que nunca he querido nada.

Me agarro con fuerza a su cuello y él tira de mí hasta colocarme sobre su regazo. Me rodea la cintura con los brazos y sus manos se cuelan bajo mi jersey, provocándome un escalofrío en cuanto sus dedos alcanzan mi espalda. Sigo mi instinto y aplasto mi boca contra la suya, esta vez con precisión, y en esta ocasión soy yo quien le arranca un gemido a él al morderle el labio.

No podemos parar de besarnos y es... Joder, es suave, duro, rápido, lento, ansioso, calmado, salvaje, tierno. No es un beso; son mil besos a la vez.

Cuando por fin separamos nuestras bocas, nuestras frentes se quedan pegadas la una a la otra, resistiéndose a romper del todo el contacto. Interrumpimos el silencio de la madrugada con nuestras respiraciones y robamos un poco más de tiempo a este momento, hasta que nuestros corazones vuelven a su sitio.

Y aunque no puedo decir que haya sido un beso de amor, tengo la seguridad de que ha sido de verdad.

Hemos temblado los dos.

Un buen día

La cara de Chris es la primera que veo al salir de la consulta de oncología con mi madre. Me está esperando de pie en el pasillo. Supuse que estaría dando una vuelta por el hospital. Antes de entrar le sugerí que fuera a saludar al enfermero con ojos de gato del que no para de hablar y al que, palabras textuales, se va a «empotrar como si no hubiera un mañana». Y cuando dije lo de «saludar» tampoco descartaba el empotramiento improvisado en un baño, pero eso es porque Chris está cachondo perdido desde que ha recuperado las fuerzas y porque yo he visto demasiadas series de médicos con él.

Sin embargo, no se ha movido de aquí. Levanta la vista de su móvil y al verme lo guarda con rapidez en el bolsillo de su gabardina, una que combina con un traje de cuadros rojos y negros y una boina. Sonríe incluso antes de que lo haga yo, porque para él solo cabía un resultado posible hoy. No tenía dudas y me alegra darle la razón por fin. Las pruebas están limpias, según mi oncóloga. Estoy «limpia», sí, como si alguna vez hubiera estado sucia por estar enferma. Y no me estoy quejando, que conste, hoy es un buen día y Elena, mi doctora, es la caña. Solo sugiero que alguien debería revisar el código deontológico y la empatía de algunos términos médicos.

Devuelvo la sonrisa a Chris y antes de poder abrir la boca para verbalizar la buena noticia, ya se ha abalanzado sobre mí para darme uno de esos abrazos apretados que son capaces de sostenerte el corazón y estrujarlo al mismo tiempo. De repente, siento unas ganas horribles de llorar, no sé si es felicidad o la necesidad de derramar toda la angustia acumulada durante las últimas semanas hasta vaciarme. Pero como tampoco estoy segura de poder parar una vez que empiece, aprieto la mandíbula y me trago con saliva el nudo de la garganta hasta hacerlo descender y deshacerse en mi pecho sin evidencias.

Me separo de mi amigo, a quien le brillan los ojos de la emoción, y no se le ocurre otra cosa que extender su felicidad hacia mi madre, a la que conoce desde hace unos cuarenta minutos. La abraza como un oso pardo. Uno huesudo y con un estilo *british* muy elegante. A ella se le escapa un gritito conmovido por su efusividad, pero enseguida le corresponde.

Ojalá yo fuera capaz de darle un abrazo así a ella. Suelo paralizarme ante las muestras de afecto. Soy un desastre emocional disfrazado de robot. Y sé que lo merece. Mi madre se merece muchos abrazos en realidad, pienso al verla sonreír y darle palmaditas en la espalda a Chris. Su media melena rubia, siempre recogida en una coleta, ya se ve salpicada por algunas canas, y su rostro, sin pizca de maquillaje salvo en ocasiones muy especiales, se nota cansado. Es por sus ojos, sobre todo. Tiene cincuenta y dos años, pero en sus ojos parecen pesar diez más.

Mi madre nunca ha sido demasiado cariñosa tampoco, los besos y los *te quiero* no han estado muy presentes en casa, pero hay maneras de querer sin decirlo. Ella se ha sacrificado por mí desde que tengo uso de razón. Trabajando primero para pagarme las clases de baile junto con mi padre y después la rehabilitación extra tras mi enfermedad. En mi cabeza no puedo dibujar una imagen nítida de los tres juntos como familia, ya que se separaron cuando yo era muy pequeña. No recuerdo amor como tal entre ellos ni tampoco grandes discusiones. Más bien una relación cordial y a la vez distante. Se me hace raro pensar que en algún momento de sus vidas se quisieron y seguramente se prometieron hacerlo siempre.

Salimos a la calle y cierro los ojos un par de segundos, permitiendo que el sol me caliente la cara. Es agradable, aunque ahora mismo cualquier cosa lo es. Incluso el incesante pitido del

claxon de un taxista cabreado. Hasta el aire contaminado me parece más ligero.

—Larguémonos de este sitio tan *creepy* de una vez y vamos a celebrar que por fin eres libre —propone Chris.

—Soy libre durante los próximos seis meses —puntualizo—. Y si todo va bien en la siguiente consulta...

—¿Te hago *spoiler*? —me interrumpe mi amigo—. Va a ir bien.

—Si todo va bien —repito, porque él es el optimista nato y yo la realista incómoda—, las revisiones pasarán a ser anuales.

—A mí me sigue pareciendo un motivo de celebración. Os invito a comer.

—A ti todo te parece un motivo de celebración. —Me río, aunque me gusta verlo con esa energía.

—¿Te hace un japo, Merche? —le pregunta a mi madre—. Mi reino por un *temaki* de carabinero.

—Mejor vamos a un italiano —sugiero al ver la confusión dibujada en las cejas de mi madre. Y más que nada porque no voy a dejar que Chris nos pague la comida. Tampoco tengo pensado recurrir a la prostitución, que sería la única forma rápida, que no agradable, de pagar el *temaki* de carabinero.

—¿Pizza grasienta? —sopesa él arrugando la nariz.

—De la que te chorrea por los dedos.

—Bueno, ¿por qué no? —Se encoge de hombros—. Un día es un día, y peores cosas me he metido. —Abro mucho los ojos y él reprime una sonrisa—. Me refería a la medicación, Merche, no te vayas a pensar...

—Tranquilo, guapo, no entiendo la mitad de lo que dices —confiesa mi madre quitándole importancia—. Pero id vosotros a celebrarlo como se merece, yo me voy a trabajar.

—Hoy no trabajas —le recuerdo.

—Es que... tengo un trabajo nuevo.

—¿Otro más?

—Pagan bien y está solo a dos paradas en metro de casa.

—Ah, pues te llevamos nosotros y luego vamos al restaurante —propone Chris sacando el móvil—. Voy a pillar un Uber.

—No, no hace falta.

—Que sí, mujer, si no nos cuesta nada —insiste ya tecleando en la *app*—. Dime la dirección.

—No, de verdad, que no os quiero entretener —responde mi madre apurada agarrando el asa de su bolso como si acabara de ver a un ladrón aproximándose—. Así de camino hablo con tu padre, que está esperando que lo llame.

Puede que haya pocas cosas que se le escapen a una madre, no obstante, los hijos tampoco somos ciegos. No entiendo por qué tanto secretismo y nervios disimulados con un nuevo trabajo ni por qué pretendía esconderlo como si se dedicara a traficar con hachís.

—¿Dónde dices que es ese trabajo nuevo?

Coge aire y lo deja salir por la nariz con fuerza.

—No te enfades.

—Uy, Merche, históricamente ninguna conversación agradable ha empezado con un «no te enfades». —Sin mover la cabeza, mi madre fulmina a Chris con la mirada—. Vale, no estoy ayudando, me callo. —Incluso da un paso hacia atrás.

—El trabajo es en tu... —Carraspea—. En tu conservatorio de danza.

—¿Cómo?

—Necesitaban personal de limpieza, así que hablé directamente con Marian. Me preguntó por ti, por cierto —me explica con extrema cautela, como si sus palabras fueran a caer sobre cristales rotos—. Le encantaría verte algún día.

Claro que sí, Marian es la directora y yo era su alumna estrella. No es por colgarme medallas, me lo gané a pulso. Me esforzaba muchísimo en las clases y ensayaba más allá. Lo probaba todo, lo absorbía todo. Allí estudié seis años de contemporánea, con una base de danza clásica, además de técnicas corporales y prácticas escénicas. Y como no podía estarme quieta, fuera del conservatorio amplíé mi formación tomando clases de *jazz-funk* en una academia de baile.

Pero cuando aquello se acabó, corté de raíz con mis compañeros y profesores. Era mucho más doloroso pisar aquel lugar sabiendo que no podría volver a bailar en él que cualquier mala caída sobre la tarima. Y sí, sentía envidia de aquellos que sí podían seguir haciéndolo, y no, no de la sana.

—No me enfado, mamá, pero podías habérmelo contado.

—Pensaba hacerlo esta noche. —Su mirada se pierde en el tráfico durante unos segundos—. Marian también me ha dicho que hay libre un puesto de profesora y que le encantaría que lo ocuparas tú.

—¡Mini, eso es genial! —exclama Chris abriendo sus ojos azules con entusiasmo—. Joder, es una señal de las tuyas.

—No —respondo tajante.

—Hija...

—No puedo bailar, lo sabes de sobra.

Ya vivimos eso.

—Tampoco sería bailar como antes, darías clases de iniciación. Solo serían cinco horas a la semana y Marian... bueno, ella ya conoce tu caso.

—Mi caso —espeto con una risa irónica.

Puede que Marian sepa lo que me pasó, pero no tiene ni idea de lo que viví.

—Eras tan feliz cuando bailabas —recuerda con una nota dolorosa en la voz—. Quiero que vuelvas a serlo, que recuperes una parte de tu sueño. Igual volver te ayuda a conectar con quien eras.

—Pedí una beca en una de las escuelas de danza con más prestigio de Nueva York, y me la concedieron porque era jodidamente buena. Lo mío no era un sueño, mamá, era la realidad. Mi realidad. Y no necesito la compasión de Marian, por mucho que ella conozca mi caso.

—Escúchame, Mini. —Y por el tono sé que acabo de cabrearla. Perfecto, ya somos dos—. Tengo un trabajo matador que sirve para pagar las facturas y nunca me he quejado. Limpiar lo que otros ensucian no es la ilusión de mi vida ni mucho menos, pero lo hago porque no quiero que tú tengas que pasar por lo mismo que yo. Y menos aún quiero que... —Deja la frase suspendida en el aire y aprieta los dientes.

—¿No quieres qué? Ya has empezado, térmalo.

—Que seas una muerta en vida.

El aire ya no me parece tan ligero como hace unos minutos y se me han quitado las ganas de darle ese abrazo.

—Me voy a trabajar. —Doy media vuelta.

—Mini, espera, pediste el día libre —me recuerda Chris a mi espalda.

—Ya no —suelto brusca y me alejo caminando, poseída por la cría de diecisiete años que se

enfadó tanto con el mundo que todavía no ha encontrado la manera de reconciliarse con él.

Ni las cinco paradas de metro ni el trasbordo ni las cuatro paradas siguientes consiguen calmarme demasiado. «¿Querías sinceridad, Mini? Pues toma tres tazas». Tres tazas llenas, ardiendo y que escuecen como si me las hubieran derramado directamente sobre la piel.

Al entrar en la clínica, me recibe el olor a dentista de siempre. Es un bofetón de eugenol, el líquido utilizado para los cementos que se usan en tratamientos dentales. Pensé que con el tiempo me acostumbraría y ni lo notaría. No es agradable, aunque sí familiar. En fin, la familia tampoco tiene que ser agradable.

Me paro frente a la recepción y doy un par de golpes con los nudillos en la mesa para llamar la atención de mi compañera y conseguir que despegue los ojos de sus vídeos de TikTok. Le explico que hubo un error en los horarios y que voy a cubrir mi turno. No le hace ni pizca de gracia, pero tampoco me lo discute. Se limita a mirarme con cara de asco cuando se levanta de la silla y se va. Me importa una mierda —como a ella su trabajo—, no somos amigas. No tengo amigos aparte de Chris, al que he dejado tirado en la calle y que probablemente no ha venido detrás de mí por sabio consejo de mi madre.

Durante la tarde, me dedico a coger el teléfono, atiendo a los pacientes y voy haciéndoles pasar a la sala de espera. Lo siguiente que toca es el inventario semanal. Mientras estoy revisando el listado de materiales, me desconcentro al escuchar el hilo musical y pierdo la cuenta de los puñeteros guantes desechables. Es una melodía suave y potente a la vez, una versión instrumental de *Apologize*.

Nunca deberíamos subestimar el poder de la música. Es capaz de despertar huracanes. El mío surge en mi cabeza como una coreografía improvisada.

Segunda en paralelo, cambio el peso de una pierna a otra y vuelvo a posición. Los brazos suben, caen y rebotan, y vuelven a subir. Bajo peso, uno-dos, recojo y subo, tres-cuatro, levanto hasta el *relevé* y aguanto, cinco-seis, bajo, siete-ocho y...

No.

Agarro el mando a distancia y apago la música.

Se acabó.

Se acabó hace mucho tiempo.

Me olvido del hormigueo que he sentido en los pies y estos siguen posados en el suelo, de donde no piensan despegarse nunca más.

En este caso, el sabiendo soy yo

Me escabullo por la puerta acristalada del salón con el objetivo de atravesar el interminable jardín de los Ackermann. A lo mejor sufro un colocón de acetona y esmalte de uñas, eso explicaría que me siga pareciendo buena idea lo que se me ha ocurrido mientras estaba en plena sesión de manicura con Chris.

Un relámpago parte el cielo cargado de nubes y lo acompaña el estallido de un trueno. Una gota de lluvia no tarda en aterrizar en la punta de mi nariz. Acelero el paso, por la tormenta primaveral que se avecina y porque si no hablo con él ahora mismo, perderé el valor.

Para ser una muerta en vida camino bastante rápido. Así me definió mi madre ayer: «muerta en vida». Eso me convierte en un oxímoron. Dos palabras contradictorias que, al combinarse, generan un nuevo sentido. Si es que tiene algún sentido vivir así. No tuve el valor de negárselo y por eso me largué en medio de la discusión.

No volvimos a mencionarlo después en casa. Nuestra prudencia al cruzarnos por el pasillo y una conversación forzada esta mañana antes de ir a trabajar para ver quién pasaba por el supermercado a comprar café y papel de cocina ya evidencian que la relación madre e hija no pasa por su mejor momento. Pero así resolvemos nosotras los conflictos, ahogándolos lentamente en silencio.

Tampoco he querido hablar de ello con Chris, aunque lo ha intentado de manera insistente mientras me pintaba las uñas de color negro, a juego con mis vibraciones, según él. ¿Qué le voy a decir? ¿Que mi madre tiene razón? ¿Que la vida y yo tenemos ritmos distintos? ¿Que ella va muy rápido y yo ya no sé ni correr? ¿Que me he acostumbrado a ser una especie de sonámbula consciente?

Da igual, porque para poder responder a cualquier pregunta sobre mí misma debería tener la certeza de quién soy.

Antes lo sabía, sin atisbo de duda. Era bailarina; y el baile, mi forma de expresión. A través de él todo fluía. Podía convertirme en cualquier cosa, no tenía límites. Mi cuerpo podía transformarse a mi antojo. Podía ser esas mismas gotas de lluvia que ahora veo resbalar por la cristalera abuhardillada del invernadero mientras me aproximo a él a toda prisa.

Ha sido Camila quien me ha dicho dónde podía encontrar a Alex. Si a ella le ha extrañado mi repentino interés por su hijo mediano, lo ha disimulado bien. Me ha enviado al invernadero con una sonrisa. De habérselo preguntado a Chris, la conversación habría sido muy distinta y mucho más larga. Y eso que todavía no le he contado nada del beso.

Cuando llego a la entrada, la lluvia arrecia con fuerza, así que paso sin llamar. Cierro la puerta tras de mí con menos delicadeza de la que pretendo y Alex se gira al oírme. Está sentado al fondo, en un taburete. Levanto la mano para saludar, pero mi brazo se queda congelado a medio camino y mis ojos se enredan en el espectáculo que tengo delante.

—Madre mía —musito con un hilo de voz.

—¿Minerva?

Aunque escucho mi nombre, soy incapaz de apartar la vista de las macetas llenas de flores de colores y plantas que rebosan entre las mesas y las repisas de aluminio. Todas ellas perfectamente ordenadas y a la vez salvajes. Algunas plantas trepadoras cuelgan suspendidas del techo, la lluvia rebota contra el vidrio con un sonido casi hipnótico y un aroma dulce flota en el

ambiente.

—Creo que podría vivir aquí —murmuro—. Es precioso.

—Sí —responde Alex e intuyo una sonrisa casi tímida en su tono.

Se acerca y por fin nuestros ojos se encuentran. Lleva una camiseta gris de manga corta manchada de tierra y vaqueros negros.

—Por eso siempre hueles a tierra mojada y flores.

Entrecierra los ojos, el contorno del izquierdo ya no está tan morado como hace un par de días y ahora luce un poco más verdoso.

—¿Me has estado oliendo, acosadora?

Vuelve a ser él. Volvemos a ser nosotros.

—No tengo tiempo para que me vaciles, Ackermann. Vengo a preguntarte algo importante.

—Tú dirás.

Cojo aire. Dios, qué calor hace aquí dentro. El aire se vuelve denso y vibra en él una especie de electricidad. Me convengo de que se debe a la tormenta y no a nosotros.

—Quiero perder la virginidad.

—Vale... —Frunce el ceño—. Pero eso no es una pregunta.

Resoplo, no va a ponérmelo fácil. Al menos no tan fácil como se lo voy a poner yo a él, desde luego.

—Quiero perder la virginidad contigo.

No es el planteamiento más común, ya lo sé, pero ¿para qué perder más tiempo? Se supone que no hago otra cosa que desperdiciarlo.

—No.

Un trueno retumba sobre la superficie de cristal para aportar mayor dramatismo a su negativa y aprovecha el momento para acercarse hasta el fregadero y comenzar a lavarse las manos con jabón.

Mi dignidad herida y yo vamos a su encuentro.

—¿No? —Me paro delante de él.

—Espera, ¿he dicho que no? —Se pregunta a sí mismo extrañado y hasta deja de frotarse las manos.

—Sí, has dicho que no.

—Vale. —Asiente con la cabeza despacio para cerciorarse—. Pues no —repite y abre el grifo.

—¿Por qué no? Ya nos hemos besado y estuvo bien. No te atrevas a negarlo.

Ese beso cambió hasta el eje de rotación de la Tierra. Que no me diga que no, por favor. Lo sentí. Lo sentimos los dos.

—El sexo entre dos personas tiene que surgir, algo que podría haber ocurrido si no te hubieras plantado aquí pidiéndome que te desvirgara como quien abre una lata de mejillones.

—¿Qué pasa, ahora vas a juzgar a una chica por pedir en voz alta lo que quiere? —inquiero ofendida—. Además, fuiste tú el primero en ofrecerte a ayudarme con mi lista.

—Y fuiste tú quien me dijo que esas cosas deben darse de manera natural. —Cierra el grifo y coge un trapo para secarse las manos—. Tienes derecho a pedir lo que te dé la gana y yo tengo derecho a decirte que no vas a utilizarme como un consolador gigante.

—Cuando dices gigante es solo una manera de hablar, ¿no? Porque una vagina estándar suele tener catorce centímetros y un pene que supere esa medida, en contra de la creencia popular, puede ser incómodo para una mujer. Para mi primera vez no me apetece sentir que me parten en

dos.

Niega con la cabeza incrédulo y tira el trapo en la pila.

—Si quieres me la recorto un poquito, como las patillas en la peluquería, a tu gusto.

—Alex, te estoy hablando en serio.

—Y yo también. Así no es como quieres que sea tu primera vez. La primera vez es... importante —añade en el tono menos convincente que he escuchado en toda mi vida.

—¿Por qué?

Suspira y coloca las manos en las caderas. ¿Soy yo o ese gesto es supersexual?

—Porque deberías sentir algo especial por la otra persona y todo eso.

—¿Por qué? —repito.

—Pues porque sí, joder, es lo que se dice siempre.

—Menudo argumento... Eso no es más que un cuento ridículo y heteropatriarcal que nos han vendido solo a nosotras para controlar nuestra sexualidad, y ya está muy pasado. ¿Lo fue para ti? ¿Tu primera vez fue especial?

—Mucho, los mejores seis o siete segundos de mi vida...

—Arqueo una ceja y él chasquea la lengua—. Fue un desastre, aunque la cosa mejoró con la práctica.

—¿Lo ves? Eso es lo que quiero. Podemos practicar, descubrir lo que me gusta y lo que no. Podemos hacerlo didáctico para los dos incluso —argumento—. La masturbación está bien, pero tiene sus limitaciones y ya la tengo dominada. De hecho, seguro que yo puedo enseñarte cosas también a ti.

—¿Por qué yo?

—Por tus abdominales, evidentemente.

—¿Por qué yo? —Se cruza de brazos.

Porque quizá deba tragarme todo el discurso que acabo de soltar. Soy consciente de que no somos nada el uno para el otro, pero con Alex hasta lo que no es, significa algo. Y ese algo me agujonea el estómago cada vez que está cerca. Aunque eso no puedo decírselo.

—Porque no te conozco mucho, pero aun así tengo la sensación de poder confiar en ti. Te juro que no me imagino pidiéndole esto a ninguna otra persona. —Ni loca—. Y también porque contigo no me siento un bicho raro y me tratas como a una chica cualquiera.

—Joder, Minerva... —Se pasa la mano por la cabeza con gesto incómodo—. Eso último no suena nada bien.

—Para mí sí —admito con una sonrisa triste—. Cuando nos besamos fue la primera vez en mucho tiempo que volví a estar a gusto en mi propia piel, que dejé de sentir que mi cuerpo estaba en mi contra. Y necesito volver a sentirme así... No quiero ser... una muerta en vida. —Agacho la cabeza al notar el nudo en la garganta que me estrangula la voz—. Es horrible.

Joder, sí que lo es.

Me coge de la barbilla y con esa misma mano limpia la lágrima que acaba de resbalar por mi mejilla.

—Vale— me dice.

No, no vale. No me puedo creer que esté llorando delante de él, casi suplicándole que nos acostemos. ¿Qué pasa conmigo? Joder, era muy mala idea. Doy media vuelta y me alejo con rapidez, pero Alex solo necesita un par de zancadas para alcanzarme en la puerta.

—Eh, ¿a dónde vas? —Me agarra del brazo—. ¿No me has oído? He dicho que vale.

—No, no me vale, porque ahora vas a hacerlo por lástima. Te dije que odiaba la lastima, es

patética.

Soy patética.

—Minerva, mírame. —Coloca sus manos en mis hombros para que le preste atención—. Vale, sí, hay una mínima parte de mí que quiere ayudarte por lo que acabas de decir, pero hay otra parte que accede porque estoy a gusto contigo. Porque cada vez que tenemos una conversación se me encienden las neuronas como si fueran las luces de un puto árbol de Navidad. Y eso me gusta. Igual que me gustó besarte —asegura—. Después está también el hecho de que tengo un pene, y aunque no os vaya a presentar ahora mismo porque no es el momento, te prometo que él está votando a favor de que nos acostemos. Y finalmente, hay otra razón muy importante por la que quiero hacerlo —apunta muy serio y el estómago me da un latigazo—. Pienso demostrarte que no hay nada que tú puedas enseñarme a mí en lo referente al sexo. Porque, en este caso, el sabiondo soy yo —remata con una sonrisa, el muy capullo—. ¿Te vale?

Hace un segundo estaba llorando y ahora trato de no reírme.

—Me vale.

11

ALEX

Complicarse la vida

Estoy en la cocina, comiéndome un sándwich apoyado en la encimera cuando escucho el sonido de los tacones de mi madre aproximándose. Entra hablando por teléfono, coge una botella de agua de la nevera, se acerca a mí para darme un beso en la mejilla y se va por donde ha venido. Creo que tiene clase de *body balance*. ¿O era *body combat*? No sé. Siempre se está apuntando a clases de algo.

Lo importante de todo esto es que, antes de salir, la escucho pedir cita en la peluquería para el viernes. La conexión entre mi cerebro y mi pantalón es instantánea. Dejo el sándwich en el plato y cojo el móvil para enviar un mensaje.

Yo:

Viernes por la noche en mi casa. A las nueve.

Veo que ella está en línea y empieza a responder en cuanto lo recibe.

Sabionda:

¿¿¿En tu casa???

Yo:

No habrá nadie. ¿O prefieres en la tuya?

Sabionda:

Vivo con mi madre en sesenta metros cuadrados y las paredes son más finas que el papel de tus porros.

Yo:

Lo entiendo, no quieres que te oiga gemir muy pero que muy alto.

Sabionda:

Cuidado con las expectativas que tú mismo generas, Ackermann.

Yo:

Las expectativas, tú y yo podemos ir también a un hotel. Seguro que los tres cabemos en una cama King Size.

Sabionda:

No, tu casa me parece bien. Pero solo si estás cien por cien seguro de que no habrá nadie.

Yo:

Segurísimo, la empresa de mi padre recibe un premio esa noche. Habrá una fiesta y aprovechará la oportunidad para hacer contactos y presumir de familia feliz. No volverán a casa hasta la madrugada.

Sabionda:

¿Y no deberías ir tú también a esa fiesta?

Yo:

Pues sí, pero llevo sin cabrearlo por lo menos una semana. Ya toca.

Sabionda:

Viernes a las nueve entonces. Supongo que no hace falta que lleve preservativos.

Yo:

Supones bien. Yo me ocupo.

Sabionda:

Ok, nos vemos el viernes.

Hasta entonces te mando algo de documentación que he recopilado. Ya sabes... expectativas y eso.

Cinco segundos después recibo un par de *links*. Uno es de una revista de neurociencia y va acompañado de un mapa de zonas erógenas. Y de lo más detallado. Abro el siguiente enlace y encuentro un artículo titulado «Más allá del clítoris: todo lo que debes saber para darle placer a una mujer».

Cojonudo. ¿Espera que me prepare una *masterclass* o algo así? Ahora entiendo a qué se refería con lo de «podemos hacerlo didáctico». Y no es que crea que no puedo aprender cosas sobre el sexo, no soy tan sobrado como parezco, pero estoy empezando a ponerme algo nervioso. Hace años que no tengo que preocuparme por una chica en ese aspecto. A ver, dicho así parezco un cretino, no es que no me importe el placer ajeno, ni mucho menos, es que estoy acostumbrado a que mis parejas sexuales tengan el mismo nivel que yo. Joder, déjalo, eso suena todavía peor.

No sé cómo se me ocurrió prestarme voluntario para esto.

Aunque en realidad sí lo sé. Hay dos razones. La primera es la más básica. La chica me pone. Cada vez que frunce los labios antes de soltarme una pulla, me empalmo como un mandril. Así de fácil. Es un mecanismo biológico automático.

Y la segunda razón es que no me gustó verla llorar. Nada. Por eso en aquel momento ni dudé. Le hubiera dado lo que quisiera. Allí mismo me hubiera bajado los pantalones hasta los tobillos si me lo hubiera pedido, entre la buganvilla y los crisantemos.

Guardo el móvil en el bolsillo del chándal y tiro a la basura los restos del sándwich. Se me ha quitado el hambre. Salgo de la cocina y bajo las escaleras, evitando así pasar por delante del despacho de mi padre. Aunque me gusta presumir y bien alto de hincharle las pelotas, lo cierto es que procuro coincidir con él lo menos posible.

Bajo hasta la sala de juegos. A él no se le ocurriría entrar ahí. La última vez que pasó tiempo con nosotros, Chris aún usaba pañales.

Mi intención es echar un vistazo a las ofertas de trabajo, porque está claro que necesito un curro. La duda es si debería buscarme algo a media jornada o a tiempo completo. Una media jornada me permitiría estudiar. Hay algo que me ronda la cabeza últimamente y no estoy seguro de si tiene todo el sentido del mundo o de si, a la larga, le estaré dando más munición al viejo para usar en mi contra.

Hablando de él, al entrar en la sala me encuentro a su versión de veintisiete años. Por supuesto no está jugando al billar ni al pimpón, ni a nada que pueda considerarse remotamente divertido. Sentado con la espalda muy recta en el centro del sofá, vestido con pantalón gris de traje y una camisa blanca sin una arruga, Klaus teclea en su portátil. Chris también está aquí, medio tirado en una butaca de lectura, con el móvil en la mano y descojonándose bien a gusto.

En cuanto me ve, me hace un gesto para que me acerque. Me siento a su lado, en el brazo de la butaca y los dos nos reímos cuando me enseña un par de vídeos en Instagram.

—¿No tenéis otro sitio donde hacer eso? —nos pregunta Klaus visiblemente molesto—. Vuestras habitaciones, por ejemplo.

—¿Y tú no tienes casa propia? —apunto.

—Papá y yo tenemos una *call* con Nueva York y estoy repasando los números. Necesito concentración y silencio.

—Y nosotros necesitamos ver vídeos de gatos haciendo cosas de humanos —le explica Chris como si ambas cosas fueran equiparables en importancia.

—Son las cinco de la tarde de un lunes. —Señala su Patek Philippe con un movimiento de muñeca—. ¿De verdad no tenéis nada productivo que hacer?

—¿Para qué? —Me encojo de hombros—. Ya trabajas tú por los tres.

—Alguien tendrá que manteneros en el futuro, ya que no sois capaces por vosotros mismos.

—Eh, aunque sea como becario, yo también trabajo en la empresa —protesta Chris.

—Pues cuando quieras puedes honrarnos con tu presencia.

—Mi trabajo es creativo y encerrarme entre cuatro paredes ahoga mi inspiración.

—¿Y tú qué vas a hacer? —Se dirige a mí esta vez—. Además de pasearte por todas las universidades de la ciudad.

—Yo también tengo un trabajo. Joderla a menudo para haceros quedar bien a los demás. Requiere mucha dedicación y me siento poco valorado.

Su siguiente comentario se ve interrumpido por una llamada de teléfono. Klaus coge el móvil y le pide al que está al otro lado de la línea que espere un momento.

—¿Os importa? —Tapa el altavoz con la mano—. Es una llamada de trabajo. Soy muy consciente de que no sabéis lo que eso significa, pero es importante.

—Me encanta esta habitación, tiene como una luz especial, no te parece, ¿*bro*? —le digo a Chris y, a continuación, voy hasta el sofá y me dejo caer al lado de Klaus.

—Y el *chaise longue* es supercómodo. De lo mejorcito que vendemos —apunta Chris levantándose de su butaca y sentándose al otro lado de mi hermano, quien aprieta la mandíbula.

—Sois unos inmaduros.

Recoge su portátil con rapidez y se levanta muy digno, creyéndose por encima de nosotros.

Cuando está a punto de salir de la habitación, me pueden las ganas. Me pongo en pie y pego dos golpes fuertes en el suelo con la zapatilla.

—¡Su majestad se dispone a abandonar la sala! —exclamo con voz solemne y la barbilla alta.

Chris también se levanta y le hace una reverencia exagerada.

—Su majestad.

—Su majestad —repito, imitándolo.

Klaus se detiene y nos observa desde el marco de la puerta, serio e imperturbable como siempre.

—Comedme los huevos, subnormales.

¡Hostia! Eso no lo esperaba. Lo remata levantando el dedo corazón y desaparece. Chris abre los ojos alucinado y a mí se me escapa una carcajada.

—Es bonito, supongo —comenta mi hermano unos segundos después.

—¿Comerle los huevos? Lo dudo, para ser tan rubio tiene mogollón de pelo.

—No, es bonito saber que todavía queda algo de nuestro hermano dentro de ese traje —reflexiona con una sonrisa nostálgica.

Yo no estoy tan seguro como él. Cuando repartieron el optimismo en esta familia, Chris se quedó con la parte que me tocaba. Hace años que no tengo buena relación con Klaus. Ni siquiera somos capaces de mantener una conversación tranquila sin atacarnos el uno al otro. No nos apoyamos, no existe complicidad ni confianza entre nosotros. Él es el típico hermano mayor perfecto y yo la clásica oveja negra. A estas alturas, nos conocemos tan superficialmente que solo representamos un estereotipo el uno para el otro.

—¡No puede ser! —espetea Chris mirando su móvil—. Joder, qué fuerte. ¡Joder, qué fuerte! ¡Esto es genial! Espera, no, no, no. —Niega con la cabeza mientras lee un *email*—. No es genial. Es una mierda. Es una puta mierda. ¡No puedo hacerlo!

—A ver, ¿qué no puedes qué? ¿Qué te pasa?

Se vuelve a sentar en el sofá y resopla.

—Necesito algo de Mini. Algo muy importante.

Al menos sé que su virginidad no es.

—¿El qué?

Me siento de nuevo y me lo explica, poniéndome en antecedentes. Llego a la misma conclusión que él y dudo mucho que vaya a conseguirlo.

—Además, si Mini se entera, no llego vivo a mi próximo cumpleaños —asegura—. Pero es que es una oportunidad de la leche, Alex. No puede desperdiciarla.

Sigue divagando frustrado en voz alta mientras yo me dedico un monólogo interior.

«No lo hagas».

«No seas imbécil».

«No te compliques la vida».

«A ti ni te va ni te viene».

«Alex, donde tengas la polla no metas... nada más, haz el favor».

—Creo que puedo ayudarte.

Primer polvo, segunda parte

Viernes, nueve y veinte de la noche. Sigo siendo virgen. Y sigo odiando esa palabra con todas mis fuerzas. Para ser realista, tampoco esperaba estar ya cabalgando sobre Alex en plan amazona invertida —sí, me sé la teoría de todas las posturas sexuales—, pero es que llevo casi quince minutos en su habitación y lo único que se ha rozado aquí por el momento son nuestras miradas. Por si fuera poco, yo a él solo me atrevo a observarlo de reojo mientras me paseo delante de su estantería con las manos metidas en los bolsillos traseros de mis vaqueros.

Alex se limita a esbozar media sonrisa. Permanece sentado en el borde de su cama, con las piernas abiertas y las manos apoyadas sobre el colchón. Viste unos vaqueros holgados, una camiseta blanca de manga corta y va descalzo y despeinado. Nadie debería estar tan bueno con tan poco esfuerzo. Es insultante.

Desde que he llegado, no hemos hablado de nada, a excepción del típico «¿te apetece algo de beber?». Le he dicho que no hacía falta. No me gustaría recordar mi primera vez por cómo terminé vomitándole encima. Supongo que él no quiere presionarme y me está dando algo de tiempo. Se lo agradezco, aunque esperaba que no fuera tanto como para memorizar el contenido de su estantería. Una PlayStation, diecisiete juegos, cuatro archivadores, cinco libros de derecho, cuatro de economía, tres de marketing, otros tres de botánica y dos sobre diseño de jardines y urbanismo. Es la estantería de un chico curioso o de uno que anda algo perdido. Imagino que en su caso hay un poco de ambos.

Sigo husmeando y paseo la mirada por su escritorio. Todo está mucho más organizado que en el cuarto de Chris. Me pregunto si es ordenado de por sí o si habrá recogido los calzoncillos del suelo antes de que yo llegara por aquello de dar buena impresión. No estaría de más el esfuerzo, yo me he cambiado de ropa cinco veces y eso que el objetivo es acabar desnuda.

Me llevo la mano al pecho al escuchar el timbrado de un móvil. Es el suyo, está sobre el escritorio, justo delante de mí. Lo agarro, sin poder evitar leer el nombre en la pantalla, y se lo tiendo.

Él hace una mueca y pone mala cara antes de levantarse para cogerlo.

—Perdona —murmura y sale de la habitación.

No sé quién es Irene, aunque es irrelevante ahora mismo. Lo importante es que debo deshacerme de la tensión de mi cuerpo. Necesito relajarme o mi vagina va a cerrarse como una ostra y no es lo que busco. ¿Y si termino por hacerle ventosa mientras está ahí dentro? Mi suelo pélvico es bastante fuerte. «Vale, deja de pensar chorradas», susurro.

Apoyo las manos sobre el escritorio, cojo aire por la nariz y lo suelto lentamente por la boca. Mientras trato de regular mi respiración como una persona normal, mis ojos se detienen en una hoja que sobresale bajo una pila de folios sin usar. Es el encabezado lo que me llama la atención: Grado en Paisajismo. Levanto los folios sin pensármelo dos veces y echo un vistazo. Se trata de un listado de asignaturas divididas en cuatro cursos, así como información relativa al acceso y la matriculación.

Vuelvo a dejar los papeles en su sitio en cuanto escucho los pasos de Alex aproximándose.

—Vale, sí, adiós... ¿Eh? No lo sé... No, tampoco lo sé —repite y puedo escuchar su tono cada vez más impaciente a través de la puerta—. Mañana hablamos, adiós —corta seco y vuelve a entrar.

Me comenta que ha puesto el móvil en silencio y se acerca para dejarlo de nuevo sobre el escritorio. Al hacerlo roza su brazo con el mío. Hoy no huele a flores, sino a jabón. A recién duchado. Vuelve a la cama y la tensión que traía consigo hace un segundo se evapora. Parece relajado otra vez, sentado con esa dejadez suya que, irónicamente, resulta intensa.

—¿Estás pensando en estudiar Paisajismo?

Eleva las cejas sorprendido.

—Eres una fisgona.

—Te recuerdo que tú leíste mi lista sin pedir permiso.

—Te recuerdo que de no haberlo hecho no estaríamos aquí ahora y te perderías verme en todo mi esplendor. Por cierto, ¿piensas acercarte en algún momento? De sexo telepático no controlo tanto.

—Creo que el paisajismo es perfecto para ti —opino—. Te pega mucho. A ti y a tus flores.

—Estás cambiando de tema.

—Solo intento... romper el hielo.

—No lo vas a conseguir a dos metros de mí.

En eso no le falta razón. Camino hasta la cama con una seguridad fingida, me quito las zapatillas y me siento a su lado con las piernas cruzadas. El colchón es firme y parece bastante cómodo.

—Oye, seguro que no van a venir tus padres, ¿no? —pregunto entrelazando mis dedos y jugando con ellos.

—Seguro. Y aunque vinieran, tendrías tiempo de sobra para saltar por la ventana.

Intento despegar los labios ante su broma, pero solo acierto a dibujar una sonrisa tirante. Con lo espabilada que estuve para pedirle que nos acostáramos. Si hasta le envié unos cuantos *links* sobre cómo satisfacer a una mujer para bajarle un poco los humos.

En cambio, ahora estoy siendo ridícula. Por mucha experiencia sexual que me falte, tengo veinte años y soy adulta. Y él es solo un chico. Un chico con pene. El pene es un órgano sexual, nada más. Joder, tranquilízate de una vez, que no es Voldemort.

Mierda, ahora me estoy imaginando su pene con la cara de Voldemort.

—Minerva, no tenemos que hacer nada que no...

—¡Quiero hacerlo! —exclamo con demasiada efusividad—. Es solo que estoy un poco nerviosa. Se habla tanto del sexo en las películas y en los libros. Se mitifica mucho y creo que por eso le estoy dando más importancia de la que realmente tiene. Sé que no es tan importante y, sinceramente, dudo mucho que sea mejor que comer Nutella.

«Mejor respuestas cortas, Mini, como en los interrogatorios policiales. Así no te condenas de antemano».

—Entonces... —Entrecierra los ojos con recelo—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—¿Segurísima?

—Si me lo sigues preguntando, voy a pensar que eres tú quien no quiere hacerlo. Estoy segura, al cien por cien. Consiento. Sí es sí. Puedes penetrarme ya.

¡Pero en que habíamos quedado! Dios, esto es un desastre.

—Si no te importa, prefiero que nos dediquemos un rato a los preliminares antes de llegar a esa parte.

—Ya, mejor —respondo con una risita medio histérica.

—Eh. —Posa la mano sobre mi mejilla—. Iremos poco a poco, ¿vale? Puedes ir diciéndome

lo que te gusta y lo que no. Y si en algún momento no te convence lo que estamos haciendo, paramos y punto. Quiero hacer esto contigo, de verdad que sí, pero no tiene por qué ser hoy. Ni tengo por qué ser yo si decides lo contrario.

Es una combinación de factores lo que me hace reafirmarme internamente en mi decisión. Sus palabras tranquilizadoras, sus ojos verdes con motas castañas mirándome con una seriedad que no se corresponde para nada con la imagen despreocupada que trata de vender a los demás, y ese cosquilleo que siento en la piel por el mero roce de sus dedos.

Estoy segura de que quiero hacer esto con él. Solo con él. Tan segura como para acercarme y empezar a besarlo.

Alex enseguida responde agarrándome por la cintura y levantándose para colocarme a horcajadas sobre él. Nuestros cuerpos encajan al tiempo que nuestras lenguas se encuentran, mucho más confiadas de inicio que en nuestro primer beso. Estoy a punto de protestar cuando rompe el contacto de nuestras bocas, pero entonces entierra la cara en mi cuello y comienza a deslizar la lengua en círculos. Cierro los ojos y ladeo la cabeza para darle mejor acceso. Creo que voy a deshacerme y esto solo acaba de empezar.

Nos quitamos la ropa despacio, él a mí el jersey y el top de tirantes, dejándome desnuda de cintura para arriba, y yo le ayudo con su camiseta. Recorro sus hombros con las yemas de los dedos y sigo bajando por su pecho definido y su estómago hasta llegar a la cintura de los vaqueros. Un gemido ronco se le escapa de la garganta cuando mi mano cubre el bulto que la tela se esfuerza por contener.

Sí, ya sé que una erección no es nada del otro mundo, pero nunca he tocado una y me gusta la fricción de mi mano contra su dureza. Me muerdo el labio imaginándome las posibilidades y a Alex parece gustarle también, porque me agarra de las caderas para darme la vuelta y tumbarme sobre el edredón.

—Espera, ¿te importa apagar la luz?

Odio pedírselo. Me encantaría ser el tipo de chica que está a gusto con su cuerpo, pero yo he visto al mío como un enemigo durante los tres últimos años, y eso no se soluciona en una noche.

—Lo tenía previsto.

Rueda sobre el colchón y abre el cajón de la mesita de noche. Saca un preservativo y también una vela y un mechero y lo coloca todo encima. Es una vela aromática sin estrenar y en la etiqueta leo «Popcorn». Sonrío. Resulta que Ackermann se fija en los detalles. Enciende la vela con el mechero y apaga la luz. Se vuelve hacia mí con su rostro iluminado por la suave luz anaranjada. Es perfecto. El momento y él.

Nos tumbamos y retoma el baile de besos por mi cuello para descender poco a poco hasta mis pechos. Nunca pensé que una talla ochenta diera para tanto. Se entretiene un buen rato con mis pezones y de vez en cuando levanta la mirada para asegurarse de que estoy disfrutando, como si mis jadeos no fueran suficiente pista.

Por un momento, mi cerebro hiperactivo toma el mando y me da por pensar que debería hacer algo por él, ser más activa, pero parece estar disfrutándolo también, y me gusta tanto su cara de concentración recorriendo mi piel, como si fuera lo máspreciado del mundo en este momento, que mi mente vuelve a apagarse.

Al llegar a mi cintura me desabrocha el botón de los vaqueros, se incorpora sobre las rodillas y me los quita. También los suyos desaparecen rápido. Vuelve a agacharse a la altura de mis muslos y sospecho que ha llegado el momento. Creo que por fin voy a experimentar el sexo oral. Me humedezco los labios con una mezcla de ganas y nervios, sin embargo, Alex me despista

cuando flexiona mi pierna izquierda y me besa la corva.

—¿Qué haces?

—La parte posterior de la rodilla tiene una serie de terminaciones nerviosas que hacen de ella una zona erógena, aunque suele ser injustamente ignorada —me explica y vuelve a besarla—. Me he estudiado tu mapa a conciencia. Cuando quiero soy aplicado.

Me tenso y encojo la pierna.

—Ahí no, por favor, Alex. La... La rodilla no.

Contengo el aliento y no digo más. No podría explicárselo en este momento ni aunque quisiera, pero la cicatriz de veinte centímetros que empieza en la parte baja de mi muslo y desciende por mi rodilla habla por mí.

—Nos olvidamos de la rodilla, tranquila. —Lo entiende a la primera—. Conozco muchas más zonas.

Lo demuestra abriéndome de piernas y besando la cara interna de mis muslos. Bendito mapa y bendita neurociencia. Habría que invertir más en ella.

Me he imaginado cómo sería el sexo con Alex muchísimas veces durante los últimos días, pero en mi mente todo ocurría mucho más deprisa, era más mecánico, iba al grano del asunto y faltaban detalles importantes, como sus sonrisas de anticipación y el reflejo del deseo brillando en sus ojos. Y algo me dice que, por muchas molestias que se esté tomando y por muy satisfecha que termine esta noche, voy a querer más de esto. Mucho más.

Por suerte, me olvido de posibles problemas futuros en cuanto noto la punta de su nariz rozando la tela de mis braguitas. Siento un latigazo directo en mi entrepierna cuando tira del borde suavemente con los dientes. Esto es nuevo. Nuevo y agradable. Y aunque vuelvo a tensarme mientras se deshace de la única barrera que me separa de la desnudez absoluta, lo hace todo de un modo tan lento, tan pausado, que me sobra tiempo para acomodarme a la sensación de tenerlo ahí abajo, observándome como si fuera la cena y él no hubiera comido en tres días.

El comienzo es un poco húmedo y la sensación algo extraña, pero no tarda en encontrar el punto exacto que yo suelo tocar cuando me masturbo. Claro que esto resulta muy diferente. No necesito tirar de mi imaginación para excitarme, me basta con verlo a él, perdido entre mis muslos mientras juega con su lengua, lamiendo, succionando, devorándose.

Uno de sus dedos no tarda en resbalar con facilidad hacia mi interior.

—¿Esto te gusta? —quiere saber clavando sus ojos en los míos.

Emito un gemido descontrolado como respuesta y mis caderas se revuelven. Joder, no habrá terminado ninguna carrera, pero podrían darle un doctorado en sexo oral.

Cuando introduce otro dedo y lo arquea, siento demasiada presión y mis músculos se tensan. Me pongo rígida.

—No sé... No sé si puedo.

—Muévete, Minerva.

La voz le sale ronca y profunda. Nunca me ha gustado tanto escuchar mi nombre como en este instante. Le hago caso y empiezo a mecarme a su ritmo, mientras entra y sale muy despacio y su otra mano traza círculos en mi clítoris. La fricción deja de ser incómoda y siento un calor líquido abriéndose paso en mi bajo vientre. Aprieto la pelvis contra su mano y aumenta la velocidad. Yo también necesito moverme más y más rápido o voy a explotar.

—¿Quieres seguir?

—Sí.

No se lo digo, se lo grito, creo. Al momento, sale de mi interior y se pasa los dos dedos por la

boca, relamiéndose con el gesto más descaradamente sexual que he visto en mi vida. Y eso que de porno voy bien servida.

Se aparta para coger el condón de la mesita. Aun sigo jadeando mientras lo abre delante de mí. Lo observo sin pudor, desde su pecho definido hasta su estómago, bajando por la uve que dibujan sus caderas hacia el pubis. Y de ahí hasta... No puedo decir que sea bonito, los penes no son bonitos. En fin, tampoco son una puesta de sol frente al mar, pero este desde luego no es tan feo como Voldemort. Y lo cierto es que me excita muchísimo verle colocar el condón a lo largo de su erección. Yo he conseguido eso tumbada en una cama y sin hacer mucho esfuerzo. Siento cierto orgullo.

Cuando está listo, se coloca sobre mí, flexionando los antebrazos sobre el colchón para no aplastarme.

—Va a dolerte un poco —me avisa.

—No soy una virgen en los Bridgerton. Estoy informada del asunto.

—Y ahora voy a besarte solo para que te calles —me dice y lo hace, embistiéndome con su boca, en la que aún perdura mi sabor.

Me agarro a su cuello y él termina de colocarse. Se introduce en mi interior sin dejar de besarme y le muerdo el labio al sentir un pinchazo fuerte que, poco a poco, se diluye mientras empuja sus caderas dentro y fuera, muy despacio.

—¿Estás bien? —quiere saber unos segundos después, pero me falta el aire para responder y mis neuronas no logran establecer las conexiones requeridas para hablar—. Minerva, dime algo.

Esta vez no dudo, rodeo su cintura con mis piernas y lo aprieto contra mí, arrancándole un jadeo seco.

—Más —le pido.

Sonríe triunfal antes de empezar a moverse más deprisa y más profundo.

Se acabó la delicadeza.

Lo agarro del pelo hasta hacerle gruñir, él a mí del culo hasta que nuestros cuerpos no pueden estar más cerca y nos confundimos en una mezcla de brazos y piernas, latidos desbocados y sudor. Siento excitación, pura y dura, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo en oleadas cada vez más intensas. Me pierdo en las sensaciones, me dejo guiar por el instinto y ya no soy dueña de lo que sale de mi garganta, aunque creo que podría resumirse en un repertorio de suspiros, jadeos, gemidos y algún que otro llamamiento a Dios.

Creo que voy a explotar o a fundirme con Alex, pero no pasa ninguna de las dos cosas, porque, de repente, esa sensación, esa nueva y maravillosa sensación, va a menos, a mucho menos. Hasta que no pasa nada.

—¡Mierda! —gruñe saliendo de mí.

Vale, llámame inocente, porque este escenario no lo había contemplado, aunque tengo claro lo que significa. Se quita el preservativo, le hace un nudo y lo lanza al suelo con un gesto seco.

—¿Estás bien?

—No, es que... —Se queda de rodillas y resopla mirando al techo—. Se me ha bajado.

—¿Puedo hacer algo? —Me incorporo y me siento frente a él.

—No, no hagas nada. Se supone que esto no debería pasar —espeta con una frustración evidente en la voz y chasquea la lengua—. Es que he tenido que pensar en... otra persona para..., ya sabes.

—Oh.

No esperaba esa sinceridad aplastante. Y humillante también. Mi primera reacción es

protegerme el pecho con los brazos. Me siento desnuda, con todos sus significados posibles, y el calor abandona mi cuerpo de golpe.

—Si tienes que pensar en otra para estar conmigo no creo que... no quiero seguir con esto.

—¿Qué? —Parpadea desconcertado—. No, no, no digo que... Joder, no he pensado en otra porque tú no... —Se pasa la mano por la cara—. Me estoy explicando como el culo. Vamos a ver... —Carraspea—. He pensado en mi tía abuela.

—Esto se está volviendo un poco raro —digo tratando de localizar mi ropa en la semipenumbra—. Mejor me voy.

—Minerva, escúchame. Iba a correrme como un adolescente pajillero en dos segundos, y para no hacerlo me he puesto a pensar en mi tía abuela Elga. Vivía en Múnich y solo la veía en Navidad cuando era pequeño. Era una señora enorme con bigote que me obligaba a sentarme en sus rodillas para que le enseñara a cantar en español mi burrito sabanero. Me acojonaba. Y la imagen ha sido demasiado potente, por eso me he venido abajo con todo el equipo.

Me tapo la boca con la mano, no sé si es de alivio o porque me hace gracia imaginarme a Alex, al actual, claro, y no a su versión infantil, sentado sobre las rodillas de su tía abuela Elga. El caso es que empiezo a reírme.

—¿En serio? ¿Me utilizas y además te descojonas de mí?

—Bueno, mucho tampoco te he podido utilizar, no me ha dado tiempo.

Y ahora sí me río, fuerte y a carcajadas al contemplar su cara de indignación. Y con ella desaparece toda la tensión acumulada de mi cuerpo.

—Eres una cabrona.

No lo soy, pero su falta de comunicación inicial me ha hecho sentir como la mierda durante unos segundos interminables, así que esta es una venganza justa.

—Lo que tú digas, pero el sexo está sobrevalorado. Me quedo con la Nutella.

—Vete a coger el bote de la cocina. —Se tumba con las manos entrelazadas bajo la cabeza—. Y ya que sales, te vas buscando a otro.

—Pensaba que el humor ayudaba en estos casos... En fin, a lo mejor debería habérselo pedido a tu hermano Klaus. Parece un tipo eficiente. ¿Dónde dices que es la fiesta? —Hago un intento de bajarme de la cama, pero Alex se incorpora y me lo impide con un solo movimiento, sujetándome por las muñecas y tumbándome otra vez sobre el colchón.

—No te soporto. —Niega con la cabeza y hace un verdadero esfuerzo por contener la sonrisa.

—Pues parece que eso sí ayuda —respondo al sentir su erección contra mi cadera.

—Me pone bastante, sí.

—¿Hay algo más que pueda hacer? Podemos poner música de Green Day si te sirve para concentrarte.

—No, porque entonces no podría escucharlo.

—¿El qué?

—Esto...

Arqueo la espalda y ahogo un gemido en cuanto su boca atrapa mi pezón.

—Joder, eso sí que me pone.

—¿Entonces lo intentamos otra vez?

—No, no lo intentamos otra vez. Seguimos donde lo dejamos. No vas a tener un mal recuerdo de tu primera vez. A esto lo vamos a llamar primer polvo, segunda parte.

—Segundas partes nunca fueron buenas, Ackermann —lo vacilo porque empiezo a entender cómo funciona su mente, y por extensión todo lo demás.

—Y a mí me gusta demostrarte que te equivocas más de lo que crees, sabionda.

No llego a confesarle que me encanta equivocarme en esto porque estoy demasiado ocupada besándolo, mordiéndolo, abrazándolo y meciendo las caderas hasta sincronizarme con él en un baile tan cómplice que no necesitamos medir los pasos.

Alex desliza la mano entre nuestros cuerpos y me acaricia el clítoris, trazando círculos con los dedos a la vez que sigue hundiéndose en mí. Exploto y la onda expansiva me fulmina desde la pelvis hasta los dedos de los pies. Me corro con gemidos cortos y frenéticos y él me sigue unos segundos más tarde con un jadeo largo y profundo.

Al terminar, entierra la cara en mi hombro y deja caer parte de su cuerpo sobre mí, pero no me molesta. Ahora mismo me estorba todo lo que nos separe. Hasta la piel y los huesos.

—Alex... —Es lo único que acierto a decir, casi sin aliento.

Él levanta la cabeza con pesadez y me mira. Corrijo, eso es quedarse corta, porque Alexander Ackermann no mira sin más. Te enreda con los ojos, de manera que eres incapaz hasta de parpadear. Acto seguido, coge mi mano y se la lleva hasta su pecho sudoroso, que sube y baja con rapidez.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

—Lo sé —responde y hago una foto mental de su gesto para recordarlo siempre.

Sentirnos vivos es esto.

13

CHRIS

Tres pezones y algunas confesiones

—Gracias por traerme —le digo a Alex cuando detiene el coche al borde de la acera.

—Buena suerte con tu cita.

Asiento un par de veces y me quedo mirando hacia la cafetería a través del cristal.

—¿Vas a bajarte? —quiere saber mi hermano.

—Lo estoy decidiendo.

—¿Por qué?

—Porque no sé si es buena idea. —Me giro hacia él y eleva las cejas con sorpresa.

—¿Tomar un café con el tío del que llevas semanas hablando y dibujando su nombre dentro de corazones en tus apuntes? Sí, yo también tendría mis dudas —ironiza.

—El sexo, Alex. No sé si es buena idea el sexo.

—El sexo siempre es buena idea, pero antes de preocuparte por bajarte los calzoncillos, deberías entrar en esa cafetería y ver qué tal os va.

—Por favor, los dos sabemos cómo acaban estas cosas... Bueno, si es que soy capaz de acabar, porque últimamente cada vez que intento..., cuando me...

—Cuando te haces una paja —concluye por mí y tuerzo la boca. Nunca he tenido problemas para hablar de sexo, pero es que hasta ahora tampoco había tenido ninguna clase de problema con él—. Oye, que no te dé vergüenza, tenemos siete cuartos de baño y los tres nos la hemos cascado en todos. Una vez pillé a Klaus con la polla en una mano y el *Hola* en la otra. No me preguntes por su fijación con la Preysler.

Podría hacer muchísimas bromas al respecto, pero estoy demasiado pendiente de mí mismo en este momento.

—El caso es que soy capaz de excitarme —le explico—, pero no consigo llegar hasta el final.

—Puede ser un efecto secundario de la quimio, te lo advirtieron y es temporal. Y de todas formas, eso nos ha pasado a todos alguna vez.

—Sí, claro, a ti no.

—A mí sí. —Chasquea la lengua—. Hace muy poco.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Se descojonó en toda mi cara.

—Uf, qué puta.

—No creas, que un polvo no salga como esperabas no siempre es malo. En el fondo, mereció la pena el gatillazo solo por verla reír a carcajadas. —Su gesto se suaviza y en su rostro asoma una sonrisa. No la típica que utiliza mi hermano para pavonearse y desintegrar bragas. Es una más real y que a la vez se esfuerza por ocultar.

—¡Ay, Dios! —Me llevo la mano al pecho en plan teatrero—. Necesito conocer, pero ya, a la que te ha puesto esa cara de pánfilo. ¿Quién es la afortunada entre un millón?

—Fuera de mi coche.

—¿No será la tal Irene que no para de llamarte? Me sigue en Instagram y ya sé que es un pibón, Alex, pero no te fíes de ella. Tiene *crazy eyes*.

—No, no es Irene. —Frunce el ceño—. ¿Y por qué coño te sigue si no te conoce?

—¿Y yo qué sé? Pregúntaselo a la *psycho* de tu novia.

—No es mi novia, y ahora lárgate a echar un polvo.

Salgo de coche, no porque la confianza en mi pene haya mejorado sustancialmente, sino porque ya llego diez minutos tarde.

—Eh, *bro* —me llama cuando estoy a punto de cerrar la puerta—. Eres mucho más que lo que te cuelga entre las piernas. Si te pasa y él no reacciona bien, no es más que un imbécil que no merece ni un minuto de tu tiempo.

Cruzo la acera con las palabras de Alex resonando en mi cabeza y eso me relaja un poco el pulso. Hablar con él siempre tiene un efecto tranquilizador. Debe ser algún tipo de poder de hermano mayor.

Al entrar en la cafetería donde he quedado con Tiago, lo primero que escucho es la voz grave y metálica de Dua Lipa cantando *Thinking 'Bout You*, aunque enseguida es interrumpida por el sonido de la cafetera poniéndose en marcha. La temperatura es cálida y el aroma a café flota en el espacio, de estilo rústico-industrial, con techos altos, vigas de madera a la vista y una chimenea en el centro.

Subo las escaleras hasta la planta superior porque Tiago me envió un mensaje en cuanto llegó para avisarme de que me esperaba arriba. Lo encuentro sentado en un sofá chéster de cuero marrón, con una pierna cruzada sobre la otra y la mirada perdida en la ventana francesa con balcón que da a un parque.

Es todavía más guapo de lo que recordaba, aunque su belleza, casi pétrea, de rasgos afilados, con pómulos altos y marcados, no es muy común. También está más delgado de lo que imaginé. Va vestido con un pantalón negro y un jersey fino marrón de cuello vuelto. Yo, en cambio, soy un festival de color con mi chaleco de punto amarillo y topos blancos, combinado con una camisa a rayas, pantalón ancho color cámel que le he tomado prestado a mi madre y zapatos granates.

Se levanta nada más verme y me dedica una sonrisa. No una demasiado grande en plan «eres todo que he estado buscando en la vida y me veo compartiendo contigo tres perros, dos gatos y un adosado con jardín», pero tampoco demasiado pequeña como para pensar que se arrepiente de haber venido. Es una sonrisa comedida y bonita.

Nos damos dos besos y ambos tomamos asiento a la vez, uno al lado del otro. Mientras me quito el abrigo le explico que en este sitio sirven unas tartas y unos bizcochos caseros de masa madre increíbles. Porque hoy no eres nadie sin una buena masa madre.

La camarera no tarda en aparecer y pedimos un par de cafés, una tarta Sacher para él y una de limón y galleta para mí.

Desde entonces no hay un segundo de silencio entre nosotros. Cuando estoy nervioso no paro de hablar, y, cuando estoy cómodo, tampoco paro de hablar. Con Tiago me muevo entre los dos estados, así que, como resultado, pasamos dos horas y media conversando sin despegar el trasero del sofá ni para ir al cuarto de baño.

Le relato buena parte de mi vida, sin omitir detalles de los últimos tiempos y también descubro unas cuantas cosas sobre él. Es enfermero, aunque siempre le ha tentado mucho la idea de estudiar Medicina. Tiene tres hermanas y cuatro sobrinos. Sus padres están divorciados, pero mantienen muy buena relación. Vive solo en un piso diminuto en lugar de compartir uno más grande porque prefiere tener su propio espacio. Le relaja fregar los platos y por eso no piensa comprar nunca un lavavajillas. Adora los animales y quiere adoptar un perro, pero pasa demasiado tiempo en el hospital como para hacerse cargo de él en condiciones. Es donante de órganos y adicto a las revistas de crucigramas.

También podría contarme que le mola desollar cachorritos en su tiempo libre y se lo

perdonaría, puesto que en lo único que puedo pensar cada vez que pestañea con esos ojos de gato es en besarlos. Me gusta cómo se aparta el pelo de la frente, dejándome ver sus cejas espesas y sus pestañas largas, su forma de tocarse el puente de la nariz con dos dedos cuando me cuenta una anécdota vergonzosa y su manera de gesticular. Es masculina y a la vez elegante, mucho más que la mía, lo cual tampoco es difícil porque sacudo los brazos más que un malabarista y aparte llevo dos cafés tamaño tanque encima.

A las ocho y media, la cafetería ha dejado de ser tranquila y empieza a estar abarrotada. La música ha subido de volumen y unos cuantos clientes se dedican a hacerse selfis en la pared de ladrillo visto que hay justo detrás de nosotros. Es lo que tiene un lugar cuando se pone de moda entre las *instagramers*.

Me digo que es buen momento para lanzarse a la piscina. Después de conocer un poco a Tiago, no me parece la clase de tío que me avergonzaría si, llegado el momento, el bizcocho no sube, tú ya me entiendes.

—¿Qué te parece si vamos a un sitio más tranquilo? —Levanto la mano para llamar a la camarera—. Tu casa, por ejemplo.

—¿No te gusta esta cafetería? —Se extraña—. La has elegido tú.

Sí, la sutileza no la caza al vuelo. Ya me avisó.

—Me encanta este sitio —aseguro acercándome un poco más a él—, pero aquí no puedo hacer lo que me apetece hacer contigo sin que nos detengan por escándalo público.

Arruga la frente y cuando termina de comprender mis palabras se recoloca en el asiento con cierta tensión.

—Ehm, Chris, no quiero que haya malentendidos entre nosotros. No voy a acostarme contigo.

No necesito ver la cara de gilipollas que se me queda, me basta con la mirada flipada de la camarera, que acaba de acercarse a nuestra mesa, para comprender que esto no marcha tan bien como creía. Le pido la cuenta y desaparece tan rápido como me gustaría huir a mí. ¿Pero qué coño...?

—Supongo que he interpretado fatal las señales.

—No es que no me gustes...

—Uf, Tiago, no, ahórrate las frases típicas, por favor. No pasa nada, lo dejamos aquí. Puedo asumirlo como un adulto, de verdad. Me compraré medio kilo de *muffins* antes de irme a casa y ya está.

—Chris, ¿tú qué necesitas para acostarte con alguien?

—Condomes.

—Ya. —Se le escapa una risa nerviosa—. Yo necesito algo más. Mucho más, en realidad. Tengo veinticinco años y he tenido una relación en toda mi vida. Duró cuatro años y desde que lo dejamos no he vuelto a acostarme con nadie, lo que significa que hace casi dos años que no practico sexo.

—¿Me estás diciendo que eres asexual?

—No, y no me va mucho catalogarme, pero si necesitas ponerle nombre, podría decirse que soy demisexual.

—Te prometo que trato de estar al día con la terminología LGTBIQ, pero voy a necesitar que me lo aclares un poco.

—Me gusta el sexo, mucho incluso si es con la persona adecuada. Pero para acostarme con alguien necesito que haya cierta conexión emocional. Y para eso necesito tiempo. Tú no le sueltas un «te quiero» a alguien que acabas de conocer, porque no lo sientes, ¿verdad? Lo haces

cuando estás listo, cuando parece que el pecho te va a reventar si no lo dices.

—Supongo, aunque a mí eso me pasa cada fin de semana que salgo. —Me encojo de hombros—. Claro que también me desenamoro los lunes.

—Porque vivimos en una sociedad que nos bombardea constantemente con modelos de amor a primera vista y de atracción brutal por desconocidos. Y está bien para quienes lo sientan así, pero a mí no me pasa —afirma llevándose las dos manos al pecho—. Dicho esto, tú me gustas. Me pareces gracioso, inteligente, muy atractivo y un poquito intenso. —Sonríe y yo lo hago por imitación—. Quiero seguir conociéndote y ver hacia dónde nos lleva.

—Tengo cáncer.

—Lo sé, ya me lo has dicho.

—Pensaba que querías echar un polvo y luego si te visto no me acuerdo.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Que tengo cáncer... A lo mejor no deberías fijarte en alguien que tal vez no llegue a vuestro primer aniversario. —Parpadea y abre la boca sin saber ni qué decir—. Lo siento, también hago humor negro. Es mi rollo.

—¿Y eso qué significa?

—Tengo una enfermedad grave, Tiago, y ya su propio nombre tiene bastante poder como para cederle aún más. La mayoría de la gente se siente incómoda o triste a mi alrededor, no saben cómo actuar y hasta les da miedo decirlo, así que lo digo yo primero y ya está. No es algo que tenga que ocultar y a la vez tampoco podría aunque quisiera, ¿sabes? Es como un traje que me han cosido a la piel y estoy expuesto constantemente.

—Yo tengo tres pezones.

—¿Qué? —Abro mucho los ojos—. ¿Y eso a qué viene? No, espera, esa no es la pregunta importante. ¿Puedo verlos?

—No, no puedes. Al menos no todavía. Y es el peor ejemplo que se me podía haber ocurrido. —Niega con la cabeza—. Vamos a ver, puedo hacerlo mejor... —Se frota las palmas contra la tela del pantalón con cara de concentración—. Prefiero vivir solo, pero en cuanto entro por la puerta de casa lo primero que hago es poner la televisión para que haya ruido de fondo. En el hospital siempre desayuno en la misma mesa, porque si no lo hago, creo que me ocurrirá alguna desgracia terrible. —Suspira y vuelve a coger aire—. Tuve anorexia entre los catorce y los dieciséis y aunque estoy recuperado, a veces sigo contando las calorías mentalmente, como las del trozo de tarta que me he comido, que tendrá unas trescientas cincuenta.

—Tiago...

—Es verdad que quiero adoptar un perro, pero en el fondo sé que nunca lo haré porque perdí al mío cuando era niño y me afectó tanto que dudo que alguna vez pueda superarlo del todo. Cuando alguien me hace daño, suelo callarme y callarme hasta que al final exploto. Por eso con doce años le partí el labio a un compañero de colegio que no paraba de reírse de mí y de llamarme rarito, bujarra y maricón. Me cuesta comprender el lenguaje corporal de las personas y, a veces, puedo parecer un capullo sin sentimientos, pero...

—Tiago, espera —lo corto posando mis manos sobre las suyas—. ¿Por qué me cuentas todo eso?

—Porque son cosas que me asustan o me dan vergüenza, pero que no se notan a simple vista. Creo que así ya estamos expuestos los dos. —Deja salir el aire que lleva reteniendo un rato—. No quiero que te vayas de aquí con medio kilo de *muffins* y pensando que no me gustas. Porque me gustas, Chris, y lo del sexo podemos verlo con el tiempo. Si tú quieres, claro.

Tiempo, qué palabra tan extraña. Antes me parecía infinita y ahora suena tan corta.
—Solo si me prometes que, nos acostemos o no, me enseñarás tus tres pezones.
Se ríe, con una carcajada limpia y muy sonora que me provoca un vuelco el estómago.
Al final Alex tenía razón. No es tan malo que un polvo no salga como esperabas.

Sin hacer preguntas

Una peli macabra de asesinatos rituales, con sangre, cadáveres e intestinos colgando por todas partes. Es justo lo que tengo delante y creí que me ayudaría a abstraerme un rato. Necesito bajarme de la nube en la que llevo flotando cuatro días y dejar de pensar en Alex. O al menos aflojar un poco.

El día después de pasar la noche con él estaba de subidón y me pareció lógico recrearme en la experiencia. Al día siguiente, también. Además, estaba aburrida, Chris había quedado con el enfermero que le trae loco y no tenía otra cosa para distraerme. Ayer estaba de bajón porque era lunes y los lunes son el enemigo natural de cualquier ser humano, así que me ayudó a sobrellevar el día.

Pero hoy sigo igual, rememorando esa noche como si fuera una sucesión de fotogramas de mi película favorita. Esta mañana en el trabajo hasta me he equivocado un par de veces al añadir las citas en el sistema. La culpa ha sido de Alex y su forma de sonreír contra mis labios cuando me besaba, de sus dedos clavándose en mis caderas mientras se movía dentro de mí y del sonido áspero de su respiración. Ahora, sin ir más lejos, mientras estoy sentada en el sofá, solo con pensar en el maldito ritmo de sus latidos, los míos se aceleran.

Me llevo un puñado de palomitas a la boca y las mastico como si fueran clavos. Hasta el olor me recuerda a nosotros. Aunque él y yo no cabemos en ningún *nosotros*. Fuimos una especie de trato y, una vez cumplido, no debería esperar nada más. Taché un punto de la lista de Chris y conseguí mi objetivo: sentirme viva. Sentirlo con cada maldito poro de mi piel.

He pasado tanto tiempo odiando mi cuerpo, temiéndolo o llevándolo al límite cuando bailaba, que nunca había sido consciente de que también está hecho para sentir placer. Y eso debo agradecerse a Alex, aunque no se vaya a repetir.

El viernes nos vimos por última vez. Me trajo a casa después de la experiencia sexual más alucinante de mi vida. Sí, también fue la primera, ese punto ya lo dejamos bastante claro. Antes de bajarme de su coche, alargué el brazo y extendí la mano como si fuéramos un par de tipos trajeados que se despiden tras una cena de negocios. Alex levantó las cejas y estoy segura de que se tragó algún chiste ante semejante —y ridícula— actitud. Además, sus ojos brillan de una manera especial cuando intenta vacilarme. Por suerte, me dio tregua y no hizo ningún comentario. Estrechó su mano con la mía y acabó tirando de ella para dar mejor uso a su boca. Nuestro último beso fue corto, pero lo bastante intenso como para haber estado a punto de suplicarle un segundo orgasmo frente al portal.

¿Puede una convertirse en adicta al sexo después de haberlo practicado solo una vez? Es absurdo, pero igual debería buscarlo en Google para quedarme tranquila.

Al escuchar el sonido del móvil y ver el nombre de Alex en la pantalla siento un latigazo en el estómago. Mi primer pensamiento es que me llama porque he debido dejarme algo olvidado en su habitación. Un pendiente, la cordura...

—Hola —lo saludo, aunque estoy tan asombrada que mi entonación suena a pregunta.

—Baja.

—¿Cómo?

—Que bajes —repite con tranquilidad.

—¿Es una orden?

—Estoy debajo de tu casa.

—¿Y qué haces debajo de mi casa?

—Pasaba de casualidad por el barrio. Baja.

—¿Te crees que no tengo nada mejor que hacer que salir corriendo porque a ti te apetezca?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —inquire con tonito burlón.

—Pues sí. Terminar de ver la primera parte de la trilogía de *El bosque maldito*. Está superinteresante.

Sí, ya, me contradigo a mí misma. Soy incoherente pero consciente. Aparte de eso, dispongo de un mecanismo interno que salta y le lleva la contraria cada vez que se pone en plan sobrado.

—Te ahorro tiempo. La maestra del pueblo es la asesina.

—¡Serás gilipollas!

—Puedes insultarme a la cara —dice antes de colgar.

Salgo de casa con lo puesto y bajo por las escaleras hasta el portal. Cuando abro la puerta lo veo de frente, aparcado en doble fila y apoyado con esa indiferencia suya sobre el lateral de su Audi, con las manos metidas en los bolsillos. Va vestido con su uniforme habitual, una sudadera desgastada azul oscura con capucha, vaqueros y media sonrisa. Vamos a ignorar por mi bien esos labios que se curvan todavía más hasta dedicarme una sonrisa completa y arrolladora.

—Eres gilipollas —le suelto en cuanto me planto delante de él, con los brazos en jarra.

—A ratos, como todo el mundo. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Ya nos podemos ir.

—¿A dónde? —le pregunto en cuanto abre la puerta del copiloto.

—¿Siempre tienes que saberlo todo?

Esa no es una respuesta y aun así rodea el Audi por la parte delantera, se monta y arranca el motor. Por lo visto, yo tampoco la necesito porque me subo en el asiento y cierro la puerta. Ni siquiera pienso cambiarme. Llevo unos *leggings* negros, unas Converse roñosas y un jersey *oversize* de color arena que deja un hombro al descubierto y me llega hasta la mitad de los muslos.

—Que sepas que no he cogido la cartera, así que vayamos a donde vayamos, pagas tú, por capullo.

—La última vez que nos vimos estabas de mejor humor.

—La última vez que nos vimos me diste un orgasmo y no me estropeaste una trilogía entera.

—Deberías haber leído los libros, siempre son mejores que la peli —afirma mientras maniobra para incorporarse al tráfico—. De todas formas, lo de la trilogía ya no tiene solución, pero lo otro sí. Incluso podríamos aumentar el número —comenta el muy fantasma con voz grave y siento un chispazo en el vientre difícil de ignorar.

Puedo tratar de engañar a mi cabeza cuanto quiera, pero el cuerpo no miente.

Cruzamos media ciudad con Green Day como banda sonora y Alex sigue negándose a revelarme nuestro destino. Cambia de tema y me cuenta que acaba de conseguir un trabajo sirviendo copas en un bar del centro por las noches, de jueves a sábado. Ni siquiera necesita experiencia previa en el sector, por lo visto le vale con llevar camiseta de manga corta y pantalones ceñidos, me relata con guasa. No le importa ni un poco que lo consideren un objeto sexual.

Aparcamos y nada más poner un pie en la acera, señala una tienda. Es una de esas cadenas danesas en las que puedes encontrar de todo: papelería, decoración, juguetes, utensilios de cocina, una bola de discoteca y un montón de cosas monas que no necesitas en absoluto, pero

que puedes comprar a precios muy asequibles.

Avanzamos por el pasillo, que está plagado de gente y Alex se pega a mi espalda.

—He pensado que mejor no pagamos ninguno —me susurra al oído.

—¿Cómo?

—Coge algo y mételo en el bolsillo.

—¿Qué dices? No pienso hacer eso.

—Robar en una tienda. Otro punto de tu lista —me recuerda.

Me doy la vuelta y lo miro. Su expresión es divertida.

—No voy a hacerlo, y ni siquiera tengo bolsillos.

—Ni sujetador, por lo que recuerdo. —Se frota la barbilla pensativo—. Pues en la zapatilla.

—No voy a hacerlo.

—Vale, como quieras. —Se encoge de hombros con indiferencia—. No pensé que fueras una rajada.

—Lo que no soy es una ladrona —murmuro.

Sin embargo, Alex siempre consigue azuzarme y no tardo en desmentir mis propias palabras. Miro a mi alrededor y sigo caminando por el pasillo hasta que veo algo que me llama la atención. Lo cojo con dedos temblorosos y me agacho. Finjo atarme el cordón de la zapatilla y me lo guardo detrás del talón con las pulsaciones equivalentes a las de un paracaidista al que se le ha roto la mochila en pleno vuelo. ¿Qué quieres? Nunca he robado nada, ni siquiera un chicle en un quiosco.

Me levanto y miro a mi cómplice, indicándole con el gesto más sospechoso de la historia de los robos que se dirija hacia la salida. Acto seguido, continúo avanzando por el pasillo con una sensación de euforia y pánico absoluto a la vez. Nunca he tenido la impresión de ser la protagonista de nada, pero ahora mismo siento como el mundo gira a mi alrededor y tengo la sensación de que todo aquel que se cruza conmigo me lanza una mirada acusatoria. Un bebé en un carrito es el peor de todos.

Paso por delante de las cajas de cobro con la respiración contenida y cuando estoy a punto de alcanzar la salida, Alex me agarra de la mano y tira de mí. Echamos a correr un segundo antes de que se dispare la alarma de seguridad.

No lo pienso dos veces, solo me dejo llevar por él y por la adrenalina. Corremos sin mirar atrás, esquivando como podemos a los transeúntes y no nos detenemos hasta llegar a una esquina, dos calles más arriba. Es una avenida peatonal, bulliciosa y con un montón de tiendas alrededor.

—Otro punto tachado de tu lista —comenta Alex con tranquilidad a pesar de que aún trata de recuperar el aliento—. ¿Qué tal sienta?

—Pues... fatal —respondo con la garganta seca y mirando alrededor para asegurarme de que nadie nos persigue—. No debería haberlo hecho. Joder, si ni siquiera quería añadir ese punto a la lista —me defiendo ante un ataque repentino de mala conciencia.

—No te rayes, no me ha dado tiempo a ver lo que te has llevado, pero en esa tienda no hay nada que valga más de veinte euros.

—Dos euros con sesenta y cinco céntimos, esa es la cantidad exacta que he robado —lo informo—. Y esa no es la cuestión. A lo mejor tú no lo entiendes porque eres un niño privilegiado que no sabe lo que cuestan las cosas, pero yo no robo —aseguro tajante—. Ni dos euros ni nada. No es mi concepto de diversión.

—Vale, frena un poquito —dice serio—. El encargado de esa tienda es uno de mis colegas.

Le pedí que hiciera la vista gorda antes de venir. Tú no has robado nada. De hecho, me has salido bastante cara. Le di cincuenta pavos por las molestias.

—O sea, que me has engañado y ni siquiera he cumplido ese punto de la lista —protesto ofendida.

—Espera, a ver si me entero. —Se pasa una mano por la cabeza y me mira confundido—. ¿Hace un segundo estabas enfadada por haber robado y ahora lo estás por no haberlo hecho?

—Sí..., no... No sé. No me lías, Ackermann.

—Te estás liando tú sola —Se ríe.

—Un momento. —Arqueo una ceja—. Si tu colega estaba avisado de lo que íbamos a hacer, significa que esto lo has preparado con antelación.

—¿Y?

—Que a mí me has dicho que pasabas de casualidad por el barrio. —Entrecierra los ojos sosteniéndome la mirada unos segundos, hasta que se rinde.

—Jodida sabionda.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué te tomas tantas molestias conmigo?

—¿Por qué no?

—Esa no es una respuesta.

—Vale, me has pillado. Intento que cumplas tu lista hasta llegar a lo de las mamadas y ser el afortunado. Puedo untarme Nutella si quieres.

No digo que no tenga interés en el sexo, pero estoy segura de que hay algo que no me está contando. Alex esconde unas cuantas capas bajo esa superficialidad y yo me muero de ganas de quitárselas todas. Sí, en todos los sentidos posibles.

Me agacho y saco de mi zapatilla el pequeño sobre que me he llevado de la tienda y que casi me provoca un infarto.

—Toma. —Se lo estampo en el pecho—. Aunque no te lo mereces.

—¿Semillas? —pregunta al ver el contenido.

—Las he cogido para ti. Son para tu primer jardín.

—Son rábanos. —Arruga la nariz, poco conforme con mi elección.

—No tenía tiempo de pararme a elegir. Además, tú vas a ser el paisajista, apáñatelas.

—Yo no he dicho que vaya a estudiar.

—¿Por qué no? Pasas más tiempo en el invernadero rodeado de plantas que en tu casa. Y tienes la oportunidad de hacerlo.

—Y de desperdiciarla como el niño privilegiado que soy, ¿no? —replica con amargura.

—No quería decir eso, lo siento. Me he puesto nerviosa y he soltado lo primero que se me ha ocurrido.

—Y que, casualmente, es lo que todo el mundo piensa de mí.

Puede ser, pero resulta que yo no quiero ser «todo el mundo» para él.

—A la mierda con lo que piensen los demás. Lo importante aquí es lo que pienses tú.

Se apoya contra la pared de un escaparate y suspira.

—Pienso muchas cosas, Minerva. Pienso que una cuarta carrera no es la mejor idea en mi caso. Pienso que no soy el tío más inteligente para estudiar. Pienso que ya debería tener las cosas un poco más claras. Pienso que toda la mierda que mi viejo me ha soltado durante años me ha calado más de lo que me gustaría. Y pienso que volver a pifiarla solo serviría para reafirmar la opinión que ya tiene sobre mí.

—Pues lo que yo pienso es que gastas demasiada energía pensando en lo que piensa tu padre.

No tener las cosas claras con veinticuatro años no es ningún crimen. Es lo normal. Pero es que además es tu vida, Alex, no la suya. No permitas que te imponga cómo vivirla. Eres tú quien deberías creer en ti mismo y en tu capacidad, para empezar. —Hace una mueca ante mi argumento, muy poco convencido—. Pero hasta que lo hagas, puedo encargarme yo.

La risa se le escapa por la nariz.

—¿Tú vas a creer en mí?

—Como medida provisional. Y soy de ideas fijas, te lo advierto.

No dice nada más al respecto, solo saca la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y guarda en ella el sobre de semillas.

Comienza a anochecer y a refrescar un poco, así que decidimos movernos y dar un paseo. Es la música la que guía nuestros pasos hasta una pequeña plaza. En el centro hay dos bailarines rodeados por un grupo de gente. Algunos los graban con sus móviles mientras estos realizan una demostración de *popping* al ritmo del *Don't Let Me Down* de The Chainsmokers.

El *popping* es un baile urbano basado en contracciones rápidas que provocan efectos muy vistosos. Los músculos se lanzan con fuerza y se detienen de manera repentina, creando vibraciones, ondas con el cuerpo, movimientos robóticos y un largo etcétera que no controlo porque no es mi estilo favorito. Pero aun así me detengo sin poder apartar los ojos de la coreografía.

El baile, sea la disciplina que sea, es un modo de expresión en el que el cuerpo cuenta una historia. Y quiero saber cómo acaba esta.

—Tú siempre lo tuviste claro, ¿verdad? —apunta Alex cuando la pareja termina su espectáculo y el público rompe en aplausos.

—¿El qué?

—Lo que querías... Chris me dijo que antes bailabas.

—Lo supe a los seis años, en cuanto vi bailar a Anita en *West Side Story*. Me aprendí aquel baile de memoria y hasta le pedí a mi madre que me hiciera un traje de color lila igual que el suyo —recuerdo a la vez que los dos bailarines empiezan a recoger las escasas monedas que se llevarán a su casa sin perder la sonrisa—. Guardé ese vestido durante años y lo tiré a la basura el día que los médicos me aseguraron que no podría bailar de manera profesional. —Mi mente revive aquel momento y lo materializa tensando todo mi cuerpo—. Siempre tuve muy claro quién quería ser, y mira de lo que me sirvió. A veces, es mejor no saberlo.

Siento su mano buscando la mía un par de segundos antes de que se decida a entrelazar nuestros dedos.

—Ven.

La piel se me eriza bajo el jersey.

Y voy, esta vez sin hacer preguntas.

Lugares seguros

—¿Para qué crees que hemos venido aquí? —me pregunta Alex nada más detener el coche.

Los faros iluminan un solitario camino de tierra, flanqueado por unos cuantos pinos y atravesado por un pequeño puente de cinco arcos. Es de noche y nos encontramos a veinte kilómetros del centro de la ciudad y de cualquier señal de civilización moderna.

—Se me ocurren dos posibilidades. La primera es para enrollarnos, y espero que sea esa, porque la segunda es que me asesines y me entierres bajo un matorral. Aunque no te lo recomiendo, mi ADN está en los asientos y serías el principal sospechoso de mi desaparición.

Sonríe antes de bajarse del coche sin apagar los faros, avanza unos metros hacia delante y da media vuelta.

Salgo yo también, más por curiosidad que por ganas, y camino hacia él. Hace un poco de frío, el cielo parece un agujero negro y la ausencia de ruido es bastante inquietante.

—¡Tu escenario de baile! —exclama extendiendo los brazos hacia los lados.

—Yo ya no bailo —respondo de manera tan automática que en mi voz no se refleja ningún tipo de emoción.

—¿Por qué no?

Retrocedo un poco y me apoyo ligeramente en el capó.

—Porque no puedo, ya te lo he explicado.

—Te vi bailar en aquella discoteca y parecía gustarte.

—No es lo mismo. Y te aseguro que puedes amar algo con todas tus fuerzas y a la vez odiarlo.

Ahora mismo, de hecho, lo estoy odiando un poco a él por esto.

Se acerca y se coloca a mi lado con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Cuéntamelo, quiero entenderlo. ¿Qué significaba para ti bailar?

¿Cómo le explico la puta inmensidad?

Agacho la mirada y contemplo mis piernas, esas que nunca sabían estarse quietas y tenían intención de recorrerse el mundo.

—Todo. Lo significaba todo —resumo y me quedo corta—. La gente cree que bailar es un acto mecánico, una sucesión de pasos que debes ejecutar sin equivocarte al ritmo de una canción. Pero es mucho más. Yo podía bailar sin música, explorando, descubriendo, porque la danza era una prolongación de mí. Bailaba cada día, cuando estaba contenta, cuando estaba triste, frustrada o cansada, daba igual. Hasta en la marquesina esperando el autobús —recuerdo con una sonrisa que, por un segundo, no duele—. Siempre he sido introvertida, pero con el baile mi cuerpo hablaba. Y cuando me lo quitaron fue como si me dejaran sin voz. Era mi... —Un pinchazo en la garganta me impide seguir.

—Era tu lugar seguro. Como lo es mi hermano ahora —señala.

—Más o menos, sí.

—Yo nunca he sentido algo tan fuerte por nada —admite alzando la vista al cielo—. En cierto modo, me das un poco de envidia.

Me río con una carcajada seca.

—¿Una bailarina que dejó de serlo por un cáncer de huesos te da envidia? Deberías mirártelo.

—¿Te has escuchado hace un momento? Tú no has dejado de ser bailarina ni por un segundo

—asegura—. Y yo quiero verte bailar.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Alex...

—¿Quién te lo impide, aquí y ahora, aparte de ti?

Dejo salir el aire de los pulmones con un resoplido largo.

—No vas a rendirte, ¿verdad?

—Parece que contigo, no.

Y lo dice en serio, sin rastro de esa arrogancia suya en el rostro.

Tampoco me está forzando, ambos sabemos que podría mandarlo a la mierda, meterme en el coche y pedirle que me lleve a casa. En cambio, me veo respondiendo:

—Necesito calentar antes.

—No tengo prisa. —Se inclina hacia atrás, apoya las manos en el capó y estira las piernas, cruzando un tobillo sobre el otro.

Lo primero que hago es deshacerme del jersey, es demasiado ancho, aunque los *leggings* y la camiseta de tirantes servirán. El frío nocturno se me mete en el cuerpo con rapidez y tiritos un poco mientras me quito las zapatillas y los calcetines. Lo dejo todo en mi asiento y avanzo descalza, muy despacio, sintiendo el tacto rugoso y polvoriento del suelo a cada paso, acostumbándome a él. Me detengo en el centro del camino y me coloco de espaldas a uno de los arcos del puente. Hago unos estiramientos básicos de brazos y piernas para calentar músculos y articulaciones. Con cada movimiento, siento la mirada de Alex fija en mí. Me pone algo nerviosa, pero no importa. Sé que me olvidaré de él en pocos minutos.

Termino el calentamiento con el pulso algo más acelerado y mi cuerpo se ha liberado del frío. Coloco los pies en paralelo, estiro los dedos y los arqueo. El terreno no es liso y es más que probable que me clave alguna piedra pequeña, pero esto ha empezado antes de que suene la música. Ya siento el hormigueo y no hay vuelta atrás.

No pretendo montar una coreografía y evidentemente no traigo nada preparado, aunque mi profesora favorita siempre decía que la improvisación es la expresión más sofisticada de la danza. Es la suma de todo lo que sabes hacer de manera ordenada y al mismo tiempo es dejarte llevar de forma espontánea, creando una conexión con tu cuerpo, con el espacio y con tus emociones.

Me pongo de rodillas en el suelo y coloco mi peso sobre los empeines. Cuando estoy preparada —o todo lo preparada que puedo llegar a estar—, le pido a Alex que busque en mi móvil la primera canción que me viene a la mente. *Lonely*, de Justin Bieber. Me gusta y nunca la he bailado. No forma parte del pasado.

La hace sonar a través de los altavoces de su coche. A todo volumen.

Escucho el tempo de la canción, su latido, y mi corazón se acomoda a él. Constante y fluido. Alzo la cabeza despacio y empiezo a jugar con los hombros hacia delante y hacia atrás. Les siguen los brazos. Movimientos ligeros pero marcados en el aire. Dibujo un círculo con el torso y apoyo las manos en el suelo con un movimiento seco. Araño la tierra y me tumbo de costado, ruedo sobre la espalda y me levanto, estirando la columna y elevando la pierna hasta el *développé*.

Y esta vez, sí, bailo como si se fuera a acabar el mundo bajo mis pies. Busco la amplitud del espacio, la cadencia del sonido, siento el viento frío contra la piel y me convierto en él. Contraigo y libero. Los pulmones se hinchan, me balanceo y me alargo, me cuelo entre las ramas

de los árboles. Contraigo y libero. Bailo en espiral buscando la verticalidad. El movimiento me invade, desde la cabeza hasta las puntas de los pies. Contraigo y libero. Siento el vértigo en el vientre. El vértigo bueno. Mi lugar seguro.

*What if you had it all
But nobody to call?
Maybe then you'd know me
'Cause I've had everything
But no one's listening
And that's just fuckin' lonely*

Cuando termino, lo hago donde empecé, en el suelo. Ocurre unos segundos después de que la música haya acabado. Escucho mi respiración fatigada que se mezcla con el sonido de los pasos de Alex acercándose. Alzo la cabeza y me tiende la mano. Me agarro a ella con la mía manchada de tierra y su contacto me trae de nuevo a la realidad.

Al levantarme, todavía me falta el aliento y el sudor me resbala por la espalda. Debería estar cansada, he perdido muchísimo fuelle. Sin embargo, siento que puedo volar.

—Eres diminuta —me suelta.

—Muchas gracias —replico poniendo los brazos en jarra.

—Déjame acabar... Eres diminuta, pero cuando bailas te haces grande, enorme, gigante. Lo ocupas todo. Eres libre, fuerte, frágil, decidida, elegante, salvaje y atrevida. No tengo ni idea de cómo puedes ser tantas cosas a la vez en cuatro minutos, pero es una puta pasada. Mírate.

Me enseña la pantalla de su móvil.

—¿Me has grabado?

Ni siquiera me he dado cuenta. Estaba absorta, en mi mundo. Es lo que consigue el baile. Y sí, también veo todas esas cualidades que acaba de atribuirme. Me lo curré muchísimo durante una década y no creo en la falsa modestia.

—Vale, ya está, bórralo —le pido a los pocos segundos.

—¿Borrarlo? Ni de coña. —Se guarda el móvil en el bolsillo trasero con rapidez—. Verte bailando mi canción favorita va a ser mi nuevo porno.

—Tu canción favorita es *Boulevard of Broken Dreams* —le recuerdo con retintín.

—Mi canción favorita a partir de ahora, sabionda, será la siguiente que bailes tú.

Tal vez es producto de la adrenalina, o puede que sea porque bailar siempre me deja un poco vulnerable, pero me parece la frase más bonita que he escuchado en toda mi vida. Lo agarro del pecho de la sudadera y lo atraigo hacia mí para besarlo. En cuanto atrapo sus labios, me agarro a sus hombros y cojo impulso para enroscar las piernas en su cintura. Es otra improvisación, pero Alex me sostiene con facilidad y se las arregla para profundizar el beso.

Nos metemos en el asiento trasero del coche y nos deshacemos con prisa de la ropa y el frío. Sentada a horcajadas sobre él, empiezo a reírme como una mema.

—¿Qué pasa? —inquiere arqueando una ceja—. Ya te estás riendo y a mi pene todavía no le ha dado tiempo a hacer el ridículo.

—No me río de ti. Es que estoy pensando que no tengo ningún punto en mi lista para esto.

Entrecierra los ojos y me acaricia la mejilla.

—No necesitas justificarnos. Esto lo hacemos porque queremos, porque nos tenemos demasiadas ganas.

Y esas ganas se materializan en besos, mordiscos, jadeos, cristales empañados y en una sensación que no acaba de gustarme. Un cosquilleo en el estómago que me da miedo. Porque empiezo a pensar de verdad que nunca tendré suficiente de Alex.

Acabamos como lo hicimos la primera vez, con el pulso desbocado, los labios hinchados y abrazados en la oscuridad, sin dejar un centímetro de separación entre nosotros.

—Puedes seguir teniendo dos lugares seguros —me susurra con la cabeza enterrada en mi cuello—. Incluso tres.

No sé si puedo, pero esta noche lo tengo a él. De eso estoy segura.

Una entre cien mil

El atardecer empieza a dibujar trazos rosas y anaranjados en el cielo. La temperatura es algo fría para ser mayo, aunque mi cuerpo nunca ha sido un medidor fiable, y en cualquier caso no parece molestar a todos los que abarrotan la terraza a la que he venido con Chris.

El local, situado en un décimo piso, es una azotea reconvertida en *sky bar* con una vista panorámica trescientos sesenta grados de la ciudad. Hemos venido a visitarlo porque mi amigo tiene intención de celebrar aquí su cumpleaños la semana que viene. Está deseando organizar una fiesta con su familia y con todos esos amigos a los que hace demasiado tiempo que no ve.

Cuenta con un pequeño escenario y una cabina de DJ que separan dos ambientes, una zona de mesas altas y otra de sofás más relajada tipo *lounge*, donde nos encontramos nosotros. Chris está echando un ojo a las opciones de *catering* que nos ha sugerido el encargado y yo le doy vueltas con la pajita a mi cóctel de color chicle de fresa y precio abusivo.

Me digo que es buen momento para sincerarme. Si hasta lo he ensayado frente al espejo de mi habitación antes de venir: «Chris, me acuesto con Alex». Rápido y directo. O también... «Chris, ¿te acuerdas de todo ese lío de la lista que te inventaste? Pues resulta que ya no soy virgen y tu hermano y yo le damos al asunto como un martillo percutor. Si lo piensas bien, todo esto ha pasado por tu culpa».

Sí, quizá sea mejor la primera opción, por aquello de conservar a mi mejor y único amigo.

Lo principal de todo esto es que me acuesto con Alex. En presente. Porque si bien, una o dos veces podría considerarse algo casual, las tres siguientes ya suponen casi un hábito. La tercera fue cosa mía, le escribí un mensaje y le dije que quería repetir. Sin más. Ya habíamos acordado que no necesitábamos buscar excusas entre nosotros y a mí lo de hacerme la dura me parece ridículo. Así acabamos otra vez en el asiento trasero de su coche.

La cuarta repetimos escenario, pero en esa ocasión me lo propuso él. Y la última sucedió hace un par de días. Yo salía del cuarto de Chris e iba camino del baño. Alex apareció de la nada como un ninja, me agarró de la mano y sin darme cuenta ya estaba contra la puerta de su habitación conteniendo mis jadeos mientras él me daba mordiscos en el cuello. Reconozco que escondernos me puso nerviosa y cachonda a partes iguales.

Tras diez minutos de magreo, encontré un mínimo de fuerza de voluntad para separarme de él, sobre todo porque estaba segura de que Chris saldría a buscarme en cualquier momento. Y tenía razón, nos encontró a los dos en el pasillo, comiéndonos con los ojos y a punto de engancharnos otra vez.

Antes de que a mi amigo le diera tiempo a sospechar nada, le solté la excusa de haber sufrido una repentina diarrea explosiva. No se me ocurrió nada menos humillante, cosa que le hizo bastante gracia al idiota de su hermano. Esa misma noche acabamos en un hotel y el baño solo lo utilicé para apoyar las manos en la pared de la ducha mientras probábamos una postura nueva que me puso los ojos del revés.

Me siento fatal. O sea, fatal por el sexo no, claro. El sexo es genial, a pesar de que todavía me quede mucho por descubrir. Aún debo matricularme en el curso intensivo de mamadas para principiantes, impartido por Alexander Ackermann. Sus palabras, no las mías, y con ellas se ha ganado retrasar el temita un poco más, por gracioso.

Pero odio mentir a Chris, necesito contárselo y dejar de ser la peor amiga que se puede ser. El

problema es que han pasado tantas cosas entre Alex y yo durante los últimos cuatro meses que no sé ni por dónde empezar.

¿Cómo le explico lo mucho que disfruto poniéndolo en su sitio cuando se pasa de listo? ¿Cómo le explico que me gustan todas nuestras conversaciones, las serias y las absurdas, incluidos sus chistes sobre mamadas? ¿Cómo le explico que adoro esa parte vulnerable y algo insegura que saca a relucir a veces o que el olor a flores, a cualquier flor, ya le pertenece? ¿Cómo le explico que cuando me abraza, por un instante todo vuelve a estar bien en el mundo? ¿Cómo se lo explico a Chris si ni siquiera me atrevo a decirle nada de eso a Alex?

—¿Tú qué opinas? —me pregunta mi amigo, sacándome de mi bucle mental—. No me decido entre la vieira con salsa de yuzu y la falsa tortita de camarón con gamba roja.

—La última vez que celebré mi cumpleaños merendamos medias noches de fuagrás y zumo de piña. Creo que soy la menos indicada para ayudarte.

—Da igual. —Tira la carta sobre la mesa—. Si, de todas maneras, estaba pensando en contratar a alguien para que se encargue de todo.

Ventajas de pensar como un rico. Contratas a alguien y se encarga de lo que tú no sabes o no te apetece hacer. Aunque ahora mismo estoy dispuesta a pagar un extra al que contrate él para que le explique también que me estoy tirando a su hermano.

—Este sitio es genial, ¿a que sí? —comenta echando un vistazo alrededor—. Estuve con Tiago hace un par de días en la inauguración y nos encantó.

—¿Qué tal van las cosas con él? —pregunto a sabiendas de que el chico de los ojos de gato es su tema de conversación favorito—. Y cuando te pregunto qué tal me refiero a cómo llevas la abstinencia.

—Bien, es solo algo temporal, y si te digo la verdad, no está mal conocer a alguien dejando de lado toda la presión del sexo. Así estableces una conexión más profunda, ¿sabes?

—¿De verdad?

—Pues claro que no, joder. Eso es lo que piensa él. —Se deja caer en el respaldo del sofá—. Tiago me encanta, me vuelve loco y ni siquiera nos hemos besado todavía. ¿Por qué me ha tenido que tocar a mí el unicornio de los gais? —Levanta los brazos en el aire y aprieta los puños con frustración—. Encima desde que me dijo que era demisexual no paro de pensar en el sexo. Más de lo habitual.

—Ya, es como lo de «no pienses en un elefante rosa».

—Sí, solo que mi elefante es una polla rosa —gimotea y me río, aunque ahora que conozco las ventajas del sexo, me solidarizo con él en silencio—. Y cada vez que estamos juntos solo quiero partirlo en dos como Moisés el mar Muerto.

—El mar Rojo.

—Céntrate en la parte importante de la frase, friki. —Sonrío por dentro. Prefiero sabionda—. Y hablando de partir en dos, a lo mejor tú tienes más suerte que yo. El otro día conocí a un amigo de Tiago que...

—¿Ya estás conociendo a sus amigos? —lo interrumpo sorprendida—. La cosa va en serio.

—La abstinencia deja mucho tiempo libre —replica con un mohín—. El caso es que su amigo es perfecto para ti.

—No necesito que me busques ligue.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo conocer a un chico guapo y majó y tomarte algo con él?

—Nada, no tiene nada de malo, pero no me siento cómoda.

—Mini, cariño, le tienes más miedo a un pene que a una *influencer* al algoritmo de Instagram, y

eso no es sano.

Si tú supieras...

—Vale, lo que tú digas, pero ese chico no me interesa.

—¿Y cómo vas a saber que ese chico no te interesa si no le das una oportunidad?

—Porque ese chico no es... —Atrapo la respuesta entre los dientes.

—No es...

Cojo aire y lo retengo. «Por favor, que no me odie. Por favor, que no me odie», pienso mientras cierro los ojos con fuerza y vuelvo a abrirlos dejando salir también el aire.

—No es Alex.

—¿Alex? —Parpadea sin entender y aprieto los labios esperando que lo deduzca—. ¿Alex? —Vuelve a parpadear—. ¿Alex, mi hermano?

—Sí. Él y yo..., ya sabes... —Abro mucho los ojos y Chris se incorpora en el asiento.

—No, no sé, no tengo ni idea. ¿Me estás diciendo que te has tirado a mi hermano?

—Pues... un poco. Bueno, un poco no. Sí, del todo, y en varias posturas —suelto y le doy un sorbo a mi cóctel. Su sabor es igual de empalagoso que su color y ahora tengo más sed.

—¿Y cómo coño ha pasado eso?

—En resumen, le pedí que me desvirgara. Aunque me sigue pareciendo un término horrible y desfasadísimo.

—¿Cuándo? —exige saber.

—Pues... la primera vez que nos acostamos fue hace casi un mes.

—¿La primera vez? Pero ¡serás guarra! —vocifera llamando la atención de un par de mesas alrededor, y eso que la música suena bastante alta—. Y no guarra por acostarte con mi hermano, ojo, guarra por no contármelo a mí, que soy tu mejor amigo. ¡Quiero saberlo todo pero ya! No, espera. —Alza la mano—. Ahórrate los detalles sexuales... Bueno, no, cuéntamelo todo. Espera, no —recula—, no sé si estoy preparado para tener una conversación en la que esté implicado el pene de mi hermano. ¡Uf! —Se acaricia la barbilla—. Estoy teniendo un debate interno brutal ahora mismo.

—No voy a darte detalles. Además, tampoco es para tanto —miento, no me preguntes por qué.

—No, si lo entiendo. Es imposible llevar la cuenta de todas las tías con las que se acuesta Alex. —Auch. Hago una mueca sin poder evitarlo—. Ay, no quería decir eso, Mini, perdona.

—Da igual... Además, la que tiene que disculparse soy yo. Siento mucho no habértelo contado antes. Pero, por favor, no le digas nada a Alex de momento. No sé qué somos, ni si somos algo para empezar.

—Vale, no le diré nada todavía, me callaré así reviente por dentro. —Se lleva una mano al pecho muy solemne—. Pero recuerda que me estoy tomando muy bien tu falta de sinceridad. Recuerda —insiste enfatizando mucho la voz— lo buen amigo que soy, porque lo voy a necesitar dentro de treinta segundos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Que, ya que estamos de confesiones, yo también tengo que contarte algo. De hecho, ya sabía que no ibas a poder ayudarme mucho con lo de la fiesta, pero te he traído aquí para poder hablar. La decoración puede ser muy emocional, ¿sabes? Y este sitio genera emociones positivas. Es por la combinación de colores claros, madera natural y plantas que...

—Chris —lo corto y él emite un suspiro demasiado largo y demasiado culpable.

—Vale, no te enfades.

—Históricamente ninguna conversación agradable ha empezado con un «no te enfades» —le recuerdo con sarcasmo, reproduciendo sus propias palabras.

—Oye, que tú te has empotrado a mi hermano sin decirme ni pío, así que date un puntito en la boca, guapa. Y ten en cuenta que esto lo he hecho por ti, porque tú no ibas a dar el paso necesario. Pero te vas a alegrar, en el fondo te vas a alegrar porque es todo lo que siempre has querido.

—Chris —repito con tono impaciente y me tenso en el asiento—. ¿Qué has hecho?

Y juro que se le pone cara de estreñido intentando evacuar con todas sus fuerzas. Le da pánico contármelo y eso no augura nada bueno.

—Te han aceptado.

—¿Dónde?

—En Peridance Center. En Nueva York.

—¿Qué? ¿Cómo? No. —Niego con la cabeza—. Eso es imposible. Para entrar en esa escuela hay que presentar una solicitud y enviar una audición.

—Lo hiciste. Les envié un vídeo junto con tu solicitud de ingreso para el programa de danza contemporánea de dos años. —Y me dedica una sonrisa de dientes apretados que me recuerda a un *emoji*.

—Tú no tienes un vídeo mío bailan... —No termino la frase porque escucho un clic en mi cabeza. Y ese clic tiene nombre propio—. Alex.

—Se ofreció a ayudarme, y ahora entiendo cómo lo consiguió. —Arquea la ceja.

Lo voy a matar, aunque ese no es mi problema principal ahora mismo.

—No puede ser, no lo has entendido bien. Peridance es una de las mejores escuelas de danza de Nueva York, y para entrar necesitas una carta...

—De recomendación, sí, también se la envié. La escribió la directora de tu conservatorio. Un encanto de mujer.

—Vale, quitando el cabreo que ahora mismo tengo contigo por haber tomado una decisión que no te corresponde y haberlo hecho a mis espaldas, ¿cómo crees que voy a pagarlo? Ese curso cuesta treinta mil dólares.

Coge su móvil de la mesa con una sonrisa disimulada y empieza a trastear con él.

—Por eso no te he dicho nada hasta estar seguro. Me han escrito esta mañana, te conceden una beca completa. La misma que solicitaste hace tres años. —Me muestra el contenido del *email* en inglés que confirma sus palabras—. Lo único que tienes que hacer es concertar una videollamada con ellos para una entrevista. Es pura formalidad. —Hace un aspaviento con la mano para quitarle importancia—. Estás dentro.

El frío se ha evaporado de mi cuerpo y empiezo a tener mucho calor. El corazón amenaza con traspasarme el pecho, pero mi cabeza lo frena en seco. Se niega a creérselo.

—Ya no soy la misma de hace tres años. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—El vídeo que grabó Alex demuestra lo contrario. Se te acaban las excusas.

—Es que sigues sin entenderlo, Chris, y si me hubieras preguntado, te lo habría explicado. Aunque pueda volver a bailar, llevo una prótesis de titanio en la rodilla y no sería capaz de aguantar el nivel de exigencia de una escuela de danza.

—En Peridance no piensan lo mismo. También saben lo de tu prótesis. Se lo cuentas en un ensayo precioso de quinientas palabras que redacté con algunas sugerencias de Alex. Ahora que lo pienso... —Frunce el ceño—. He estado muy ciego con vosotros dos.

Cierro los puños con fuerza sobre las rodillas y me aferro a mi enfado. Es mejor que depender

de la esperanza.

—¿Sabes cuántas posibilidades tengo de poder bailar a nivel profesional?

—No sé, ¿cuántas posibilidades hay de tener un osteosarcoma a los diecisiete?

—¿Eso qué más da?

—¿Cuántas? Seguro que sabes el dato.

—Una entre cien mil.

—Si te fías de las posibilidades para mal, Mini, hazlo también para bien. ¿Quién te dice que no puedes ser una bailarina entre cien mil? ¿O entre un millón? Lo que te pasó fue una putada y te entiendo mejor que nadie. Tu enfermedad te frenó unos años, sí, pero no puedes consentir que te paralice de por vida. Quieres ir a Nueva York, lo sé.

—No, no lo sabes —digo con menos convencimiento esta vez.

—Claro que lo sé, soy una persona altamente sensible. Estoy diagnosticado.

—¿Por quién?

—Por un test *online*.

—Pues que te devuelvan el dinero, porque no tenías ni puta idea de que me acuesto con tu hermano.

—Y de eso ya hablaremos, no te vas a librar —me advierte—, pero ahora centrémonos en que te vas a Nueva York. Tú te mueres por bailar.

—Bailar es lo que casi hace que me muera.

—Esa es una manera muy retorcida de distorsionar la realidad.

No respondo, tiene razón. Se me acaban las excusas. Detrás de ellas solo queda el miedo.

—Mira, yo no puedo obligarte a ir, es tu decisión aprovechar o no esta oportunidad. Solo te pido que lo pienses. Tienes una semana para responderles. Y espero que para entonces hayas cambiado de opinión porque... —Aprieta los labios como si quisiera retener sus palabras, pero le dura poco—. No solo son las enfermedades las que matan. El día que dejas de ilusionarte, también empiezas a morirte.

Y que sea él quien me dé una lección de vida escuece un poco más.

—No voy a darte las gracias por esto.

—No lo hagas, llévate esas piernas y ese *flow* que tienes a Nueva York y pétalo. Con eso tengo más que suficiente.

—Lo pensaré —le prometo.

Y solo con esa promesa, el mundo vuelve a girar.

17

ALEX

Nueva York

La veo antes de aparcar. Cruzada de brazos, juega con las puntas de su melena larga y rubia, y repiquetea en la acera con uno de sus zapatos de tacón imposible. Está guapa, porque siempre lo será, y cabreada, como siempre suele estar. De camino hacia aquí, tenía la esperanza de que se hubiera marcado un farol. Me ha enviado más de cincuenta *wasaps* que no he respondido, sin embargo, el último no he podido ignorarlo. En cuanto he leído su «estoy en la puerta de tu casa», he salido del vestuario del gimnasio a toda hostia. Si ni siquiera le he dicho nunca donde vivo.

Conozco a Irene y a la vez no la conozco, así que no pienso arriesgarme a que llame al timbre y mi madre la reciba en plan anfitriona con la mejor de sus sonrisas, para que ella termine montando un pollo al estilo de los que me dedica por teléfono cuando no le hago caso. Por no mencionar el par de hostias que me llevé hace un par de meses en un bar, una en el ojo y otra en las costillas, cuando se le fue la pinza y decidió empujar e insultar a un tipo tres veces más grande que ella porque ocupaba demasiado espacio en la barra.

—¿Qué coño haces aquí? —ladro nada más salir del coche con un sonoro portazo.

—Baja esos humos porque la que debería estar cabreada soy yo —responde apuñalándome con sus ojos azules—. Habíamos quedado esta mañana.

Me acerco a la acera, plantándome delante de ella sin una pizca de paciencia.

—No, no habíamos quedado porque te dije que no iba a ir.

No sé en qué momento le pareció buena idea invitarme a un jodido *brunch* de parejitas, pero no voy a hacer esfuerzos por entenderlo. No tengo intención de ir a ningún sitio con ella.

—Los dos sabemos que te encanta hacerte de rogar —afirma con una sonrisa afilada.

Desconozco en qué película vive porque en la realidad está claro que no. Hemos quedado, a menudo, sí, y hemos follado mucho. A veces la buscaba yo y la gran mayoría de las veces me buscaba ella. Así hemos estado durante medio año, aunque no debería contar el último mes, ya que ni siquiera nos hemos visto. Yo no he querido. Le he dado largas, he intentado ser sutil y explícito también cuando no quería entenderlo. Por lo visto, sigue sin pillarlo.

—Irene, se acabó.

—Podemos repetir la escenita todas las veces que quieras, aunque los dos sabemos cómo va a terminar esto, Alex, así que ahórratelo y vámonos —me pide con cansancio.

—No.

Me escudriña con la mirada para ver si voy en serio. Y reconozco que no es la primera vez que le digo que no y acaba siendo un sí en su piso. Pero resulta que no follo por comodidad. Ya no. Porque hasta hace un mes el sexo solo era una palabra de cuatro letras y ahora lleva hasta apellidos: desastroso, divertido, íntimo, cómplice y jodidamente especial. Y no es Irene quien lo ha provocado.

—Estás con otra, ¿verdad? —inquire entre desafiante y melodramática.

La cara de Minerva aparece en mi mente como un relámpago. No la visualizo sonriendo, más bien me la imagino con el morro un poco torcido y ese gesto de sabionda. Me gusta ese gesto, como que sea capaz de ruborizarse cuando la beso y a la vez pedirme que la desvirgue con naturalidad y la barbilla bien alta.

Pues sí, joder, estoy con otra.

—No te debo explicaciones porque nunca hemos sido pareja ni te he prometido nada, pero sí,

hay otra persona.

—¡Lo sabía! ¡Es que lo sabía! ¡Eres un hijo de puta! —Levanta la mano con intención de darme un bofetón y la freno sujetando su muñeca en el aire.

Hasta aquí hemos llegado. Bastantes peleas he presenciado toda la vida en casa. No estoy dispuesto a seguir los pasos de mis padres.

—Se acabó, Irene —repito y la suelto—. No quiero volver a verte. No me llames más y no aparezcas por aquí.

—No lo dices en serio.

—¿Qué necesitas para entenderlo? ¿Una orden de alejamiento? Porque esto que estás haciendo se llama acoso.

Sus ojos tardan muy poco en pasar de la ira a la incompreensión, y de esta al pánico.

—Alex, por favor —murmura con labios temblorosos y se me echa encima.

Trato de apartarla, pero se agarra a mi cintura con fuerza y empieza a llorar y suplicarme que no la deje. Es como si tuviera dos personalidades y empiezo a pensar que las dos están obsesionadas conmigo.

A pesar de que estoy deseando perderla de vista, no soy un puto monstruo y tampoco tengo claro cuál es la mejor forma de actuar ahora mismo. Es impredecible y sus cambios de humor drásticos me descolocan. De hecho, empiezan a parecerme preocupantes, así que suspiro con cansancio y la dejo desahogarse.

Y como la vida tiene una forma muy oportuna de joderte, mientras sostengo a Irene escucho abrirse la puerta de casa. Acto seguido, veo salir a la chica a la que realmente quiero abrazar. Y, por supuesto, ella nos ve a nosotros.

Minerva se sorprende, lo noto en sus pequeños ojos castaños que parpadean intentando encontrar sentido al numerito que tiene delante. Y hay una explicación muy obvia en la que yo parezco un capullo, así que, lejos de decir nada, levanta la mano en un amago de saludo fugaz y se aleja caminando calle abajo, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin mirar atrás.

La sigo con la mirada, apretando los dientes hasta que desaparece. Cuando consigo separarme de Irene y que deje de llorar, le vuelvo a explicar lo mismo. Intento ser lo más suave posible, aunque no dejo margen a la interpretación. Se acabó y no tenemos nada más que decirnos.

Diez minutos después me despido de ella. Está más serena y parece haberlo entendido por fin. Echo a correr calle abajo sin pensarlo dos veces y debo batir algún tiempo récord hasta la parada del autobús, pero no sirve de nada porque Minerva ya se ha ido.

El camino de vuelta lo recorro andando mientras pienso si debería llamarla. No sé si ella espera algún tipo de explicación por mi parte, pero querer dársela ya significa algo.

Al llegar a casa me doy cuenta de que Irene no ha entendido una mierda. Llámame suspicaz, pero lo intuyo al acercarme al coche para coger la mochila del gimnasio. Me ha roto el retrovisor izquierdo y lo ha acompañado de una dedicatoria firmada en el lateral. Cabrón, en letras mayúsculas y dibujadas con saña.

Esta tía esta como una puta cabra y mi día no hace más que mejorar por momentos.

Cuando entro en mi habitación, tiro la mochila al suelo con un gesto seco y resoplo. A los pocos segundos aparece Chris. Mi careto contrasta con su expresión de felicidad.

—Han aceptado a Mini en la escuela de danza —anuncia. Vale, al menos una buena noticia hoy—. Ahora hay que convencerla para que vaya.

—Lo hará, solo necesita asimilarlo —aseguro mientras me quito la camiseta sudada del gimnasio.

Yo la vi bailar, vi lo que el baile le hace sentir, y no va a poder negárselo a sí misma.

Mi hermano se sienta en el borde de mi cama y cruza una pierna sobre la otra.

—Es que no entiendo qué tiene que asimilar —responde frustrado—. Bailar era toda su vida y tiene la oportunidad de hacerlo en Nueva York.

Un momento...

—¿Nueva York? ¿La escuela está en Nueva York?

—Sí

—No me lo dijiste.

—Sí —me contradice despreocupado.

—No, Chris, me acordaría. Me soltaste todo ese rollo de que era una escuela de danza muy prestigiosa y que era difícil entrar, pero se te olvidó mencionar el detalle de que está en otro puto continente.

—¿Y qué problema hay? —inquieta suspicaz, y con razón. Mi reacción acaba de delatarme.

—Ninguno —bufo soltando el aire por la nariz.

—Vale, mira, podría hacerme el tonto como intentas tú, pero se te da fatal y a mí no me da la gana. Con Mini no, Alex. Con cualquier otra de mis amigas no me importaría tanto, pero a ella no me la líes.

—¿A qué viene eso?

—A que nos conocemos... A que tú no te comprometes con nada —asegura y ese comentario recurrente sobre mí hoy quema en el pecho un poco más—. Y aunque lo hicieras, ella no puede quedarse aquí por ti.

—Nunca se lo pediría.

—No, ya lo sé, y a lo mejor ni hace falta, porque está lo bastante asustada como para agarrarse a cualquier excusa para no ir. No seas su excusa, no le des una razón para seguir escondiéndose.

Chris se va y el que necesita sentarse ahora en la cama soy yo. Apoyo los codos en las rodillas y me pellizco el puente de la nariz. La cabeza me da vueltas.

Nueva York.

El baile.

Su *todo*.

Y un océano de distancia.

Me cago en mi puta vida.

18

CHRIS

Por primera vez

La comida vuela en las bandejas de los camareros que se mueven sin parar por la azotea coronada por toldos blancos. Sobre ellos, se alza un cielo negro azulado y una luna llena espectacular. Las risas resuenan por encima de la música y la fiesta es, simplemente, perfecta. El único fallo hasta el momento ha sido la cara de oler mierda que me ha puesto el DJ cuando le he pedido un tema de Laura Pausini. Yo tendré que conformarme con Rauw Alejandro y compañía, pero él se va a quedar sin propina.

Aun así, nada ni nadie va a amargarme esta noche. Cumpló veintitrés años, estreno un chaleco de cuadros vichi de la colección de Harry Styles para Gucci, que es una fantasía, y estoy bailando y riendo con mis amigos, quienes elevan más y más el volumen de sus carcajadas conforme los cócteles y las cervezas van haciendo efecto.

Ayuda mucho tenerlos cerca. Diluye esa sensación de que en los últimos seis meses, desde que me diagnosticaron hasta hoy, mi vida ha sido un poco menos mía. Y gracias a ellos, celebro mi cumpleaños como cualquier chico de mi edad.

También he reunido a mi familia. Bueno, a casi toda. Y en realidad, anda un poco desperdigada.

Alex está cerca de la barra, hablando con un par de mis amigos, aunque lo hace con un gesto más serio de lo habitual, sin esa sonrisa vacilona que suele llevar prendida en la boca. A Klaus lo divisó en una mesa alta, con un vaso de *whisky* —¿quién coño bebe *whisky* a palo seco con veintisiete años?—, su habitual cara de seto y el móvil pegado a la mano como un imán. Pero al menos ha hecho acto de presencia. No puedo decir lo mismo de mi padre. Por lo visto, le ha surgido una reunión de lo más inoportuna en el último momento.

Mi madre está sentada en un sofá, no se ha terminado ni su primera copa de vino y parece medio catatónica. Representa la nota discordante, aunque no voy a culparla. Es incapaz de quitárselo de la cabeza. Los resultados de mis últimas pruebas no son todo lo positivos que esperábamos. Tampoco son ninguna sentencia. Simplemente, el cáncer se resiste a desaparecer, información que solo conocen mis padres y mis hermanos. Y Tiago. Es muy difícil ocultarle información a un enfermero. Además, estuvo conmigo en el hospital en todo momento.

A quien sí he mentido es a Mini. Le he asegurado que las pruebas habían salido bien y hasta he tenido que utilizar términos específicos y de los más elaborados para despejar sus dudas, porque parece una puñetera enciclopedia médica. No la he engañado por gusto, solo me niego a proporcionarle otro anclaje que la retenga aquí, porque lo que ella necesita es volar.

Me acerco hasta la esquina más apartada del barullo y la encuentro apoyada con los antebrazos en la barandilla de cristal. Lleva aquí un buen rato, de espaldas al mundo. Se ha puesto un vestido corto y estampado de flores rojas, azules y rosas, con la falda y el escote cruzados. Esto es una fiesta y no debería sorprenderme su atuendo, pero es la primera vez que la veo sin pantalones y a todo color. Junto con el pelo, que ha empezado a crecerle y ahora lleva al estilo *pixie*, y esos ojos ahumados, está muy guapa.

—¿Te imaginas las vistas que tendrías desde el Empire State? —le digo colocándome a su lado. Ella se limita a suspirar con la vista perdida en los tejados rojizos de la ciudad—. Aunque si de verdad quieres ver el *skyline* de Nueva York, tienes que acercarte al East River Park al atardecer.

—Para ya, por favor —me pide. He sido pesado, lo sé. Llevo siéndolo toda la semana. Incluso le he enviado varios listados de cosas que hacer y sitios para comer en Nueva York—. Ya te dije que lo pensaría y lo estoy haciendo.

—¿Va ganando el sí o el no? —tanteo con impaciencia—. El plazo está a punto de acabar y tú llevas una semana pensando. Y rarísima, por cierto.

—Aún tengo unas horas para decidirlo —responde, ignorando deliberadamente la última parte de mi comentario.

Pero es verdad que está rara. Igual que Alex, quien parece una sombra de sí mismo y no se ha acercado a Mini ni para saludarla. Tal vez influye la conversación que mantuvimos sobre ella y que le haya prohibido expresamente que le cuente nada sobre mis pruebas. Aunque ella también lo ha estado evitando a él desde el comienzo de la fiesta.

—Solo espero que decidas bien. Estamos en pleno Mercurio retrógrado y no me fío ni un pelo.

Pone los ojos en blanco y me avisa de que va a la barra a por algo de beber. Se aleja y la sigo con la mirada, sintiéndome impotente, porque lo que de verdad quiero es zarandearla.

Me apoyo en la cristalera y dejo salir el aire de los pulmones con pesadez.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —me pregunta Tiago, acercándose con gesto preocupado.

—No, no soy yo. Es Mini. Quiero que sea feliz y no sé cómo hacerlo —admito con los labios apretados.

—Su felicidad no depende de ti, Chris, depende de sí misma.

—Bonito consejo de autoayuda, pero también un poco egoísta, ¿no te parece?

—Lo que me parece egoísta es que tú decidas qué es lo mejor para ella. Y un poco paternalista ya de paso.

Joder con el sincero.

—No estoy decidiendo por ella, solo le estoy dando un empujón porque la conozco y lo necesita. ¿De verdad crees que no puedes influir en la felicidad de las personas que te importan?

—Yo no he dicho eso.

—La vida es corta, Tiago, y nosotros somos lentos para luchar por lo que queremos —reflexiono, porque quizá estoy algo más emocional que de costumbre—. Siempre haré lo que sea necesario por la gente que me importa. Y ahora mismo, Mini necesita una patada en el culo que la envíe directa a Nueva York, por mucho que a mí me vaya a doler no verla cada día... Y si quieres, añade infantil a lo de egoísta y paternalista, porque me da igual si llevo razón o no, es mi cumpleaños y no puedes llevarme la contraria.

Entrecierra los ojos y me observa fijamente, con esa mirada felina que posee la capacidad de desnudarme. O eso me gustaría a mí.

—¿Qué? —suelto algo nervioso cuando comienzo a sentir de verdad que me está desvistiendo con la mirada.

Su respuesta consiste en acercarse y presionar sus labios, suaves y con un toque dulce a ginebra con Sprite, contra los míos.

Me estremezco y un hormigueo me recorre todo el cuerpo. Para variar, no es un efecto secundario de la medicación. Es por el beso. Nuestro primer beso.

—¿Y esto? —le pregunto cuando se aleja, demasiado rápido para mi gusto—. ¿Es mi regalo de cumpleaños?

—No, tu regalo es un lápiz digital de gama media porque mi sueldo no es para tirar cohetes,

que lo sepas. El beso es porque me encanta lo buen amigo que eres, aunque algo entrometido también. Y porque defiendes tus ideas con uñas y dientes. Pero, sobre todo, te he besado porque no quiero ser lento cuando se trata de luchar por lo que quiero.

La música y el bullicio de fondo desaparecen, dejo de ver lo que me rodea y hasta dejo de respirar por un segundo. Todo, absolutamente todo, se reduce a él. A sus ojos del color del chocolate líquido, a su manera de humedecerse los labios y a su gesto contenido pero expectante.

—¿Entonces puedo besarte yo también cuando quiera?

Antes de que termine de asentir, lo agarro de la nuca y estampo mi boca contra la suya. Por un instante me da miedo asustarlo con mi efusividad, pero enseguida rodea mi cintura con los brazos y sus labios atrapan los míos con ganas. El calor de su pecho irradia y me traspasa a través de la fina tela de su jersey de canalé y su olor fresco y cítrico me envuelve. Para mi sorpresa, es su lengua la que avanza primero. Busca la mía con avidez, pero sin prisa. Ambas se enredan, juegan, se descubren y aprenden a conocerse.

Nos vemos obligados a separarnos al escuchar los aplausos y silbidos obscenos procedentes de los idiotas de mis amigos desde el otro lado de la terraza.

A ambos nos falta un poco el aire y las mejillas de Tiago se sonrojan de una manera adorable. No estoy seguro de si quiere volver a besarme o salir corriendo, pero termina esbozando una sonrisa lenta y preciosa, una que espero seguir viendo el resto de mi vida, signifique eso lo que signifique.

Un cosquilleo se instala en mi estómago cuando entrelazamos nuestros dedos y espero que no se vaya jamás. Porque hoy cumplo veintitrés años y tengo la certeza de que acabo de enamorarme por primera vez.

Pena

Me doy media vuelta, cóctel en mano, y apoyo la espalda en la barra. Aspiro por la pajita y mastico azúcar sin querer mientras finjo echar un vistazo general a la fiesta de cumpleaños de Chris. Lo que realmente intento es localizar a Alex, como si esto fuera una película de espías y él, mi objetivo. Llevo así dos horas, lo que significa que llevo dos horas haciendo el imbécil.

No me cuesta encontrarlo, está situado a solo un par de metros de distancia, hablando con dos amigos de su hermano con los que estoy segura de que no ha intercambiado fluidos corporales, pero a los que ha hecho bastante más caso que a mí.

Y Chris pretende que me fíe de las posibilidades para bien... ¿Cuántas había de que Alexander Ackermann estuviera conmigo, y solo conmigo? No te molestes en hacer cálculos, el número exacto es cero. Aunque «estar» es un verbo demasiado común y con un significado temporal de lo más vago. Una noche *estás* conmigo en el asiento trasero de tu coche y otro día *estás* abrazando a una rubia guapísima de metro setenta y cinco con pinta de modelo. Y eso que solo la vi de espaldas.

No hemos hablado sobre ello. Lo cierto es que no hemos hablado sobre nada tras nuestra última noche juntos. Y verlo ahora pasearse por la fiesta como si yo no existiera, solo confirma mi suposición. Soy una ingenua por imaginar cosas donde no las había. Al menos cosas importantes.

Tampoco es que le haya dedicado a Alex todos los minutos de mi vida durante la última semana. He estado bastante ocupada discutiendo conmigo misma sobre un asunto importante. La posibilidad real de volver a bailar. De pisar una tarima con los pies descalzos. De recomponer lo que creía roto. De sentir de nuevo con todo mi cuerpo y expresarme con él. Porque desde la noche que bailé en aquella carretera polvorienta, no dejo de pensar en hacerlo otra vez. Hasta mis pies persiguen ahora el movimiento al ritmo de C. Tangana. Y ni siquiera me gusta.

Está claro que no puedes sacar a un león de su jaula, dejarlo correr libre por la selva y después pedirle que se recluya de nuevo dócilmente y por voluntad propia. Ese león va a rugir por dentro, es para lo que está hecho, independientemente de cómo funcionen sus piernas.

Pero hasta el sueño de toda una vida alberga dos caras. La menos bonita supone sacrificar cada minuto del día, bailar horas y horas hasta la extenuación, soportar el dolor muscular y las probables lesiones. Aunque lo más difícil nada tiene que ver con la parte física. Consiste en mantener a raya el miedo; ese monstruo al que le he permitido ponerse demasiado cómodo en mi interior. Porque si algo tengo claro es que el peor sitio donde he estado es mi propia mente.

Ayer decidí por fin llamar a Elena, mi oncóloga. Le expliqué la situación y la acribillé a preguntas en busca de una respuesta contundente sobre la resistencia de mi pierna izquierda que no llegó. En cambio, recibí una que ella sabía que necesitaba escuchar en voz alta.

«Mini, no soy traumatóloga, no sé exactamente cuánto esfuerzo puede resistir tu pierna, pero lo que sí puedo asegurarte es que el cáncer no va a regresar porque tú vuelvas a bailar».

—Mini, cariño, ¿cómo estás?

La voz dulce y suave de Camila me saca de mis pensamientos. Poso el cóctel en la barra y me dispongo a darle dos besos, pero ella se adelanta y me abraza con cariño, como si fuera de su propia familia, lo cual me encoge un poco el pecho.

—No quería irme sin saludarte —me dice cuando nos separamos y no puedo evitar fijarme en

sus ojeras, apenas disimuladas tras el maquillaje—. Por lo que me han contado parece que no te vamos a ver en bastante tiempo. Debes estar emocionadísima. Dios, te va a encantar Nueva York. Es una de mis ciudades favoritas. Está tan... —se lleva una mano al pecho y coge aire— llena de vida.

—Ya, sí, es que... todavía no sé... No tengo claro si voy a ir.

—Ah. —Levanta las cejas con asombro—. Debí entender mal a Chris entonces. Me dijo que te han dado una beca completa para bailar.

—Me la han dado, sí. Y es probable que tu hijo deje de hablarme si no la acepto.

—Por favor, mi hijo te adora y lo seguirá haciendo decidas lo que decidas. Sé que lo va a sentir muchísimo si te vas —asegura y suspira—. Y yo también, créeme.

Su gesto parece apenado, aunque no entiendo en qué modo le afectaría mi ausencia a Camila.

—¿Os divertís?

Su repentina presencia por mi lado izquierdo me sorprende y hasta ahogo un gritito. Joder, tras vigilarle como un halcón durante toda la fiesta, ahora consigue pillarme desprevenida.

—En realidad, yo me voy ya —le dice Camila a Alex—. La fiesta se está animando y hay ciertas cosas que una madre prefiere ignorar —comenta desviando la vista hacia dos amigos de Chris que se están marcando un buen *twerking* mientras un tercero los graba con el móvil.

—¿Te acerca Klaus a casa?

—Se acaba de ir.

—Pues te llevo yo.

—No hace falta.

—Sí, te llevo. —Y suena como una orden.

—Alex, quédate con tu hermano. Yo puedo llegar a casa sola perfectamente —afirma tajante y vuelve a darme otro largo abrazo de despedida antes de irse.

Él no parece muy convencido y se queda mirando a su madre con el ceño fruncido mientras esta se aleja hasta desaparecer entre la gente. En este momento no me veo en disposición de preguntarle nada y me limito a coger mi cóctel otra vez y agarrarlo como si fuera un salvavidas.

—¿Entonces qué? —Se apoya en la barra y me mira por fin—. ¿Te diviertes o no?

¿Sabes esas personas que te caen mal y hasta dejan de parecerte guapas? Pues con Alex no funciona, ni un poco.

—Muchísimo.

—Ahora prueba a decirlo como si no te estuvieran clavando palillos bajo las uñas. —Y juega con las comisuras hasta esbozar una de esas sonrisas burlonas a las que estoy enganchada.

Soy una yonqui de sus sonrisas. Es penoso.

—La fiesta está bien. Estoy un poco cansada, nada más.

No miento. Llevo sin dormir prácticamente una semana, pensando en él, en mi rodilla y en alejarme de todo lo que conozco.

—Pues no se nota, estás muy guapa.

Sus ojos verdes se posan en mi boca y se demoran ahí más de lo razonable. Siento un hormigueo en los labios. ¿Tiene superpoderes o qué? Puto Ackermann.

Farfullo un gracias y me giro para volver a posar el cóctel sobre la barra y así romper el contacto visual. Aunque empiezo a plantearme si no sería más efectivo echármelo por encima y enfriarme un poco la tontería.

Ambos nos quedamos callados unos segundos que se alargan hasta parecer tres vidas. Un estallido de carcajadas suena a nuestro alrededor y evidencia aún más el silencio. Es la primera

vez que no tenemos nada que decirnos. O tal vez callamos demasiado.

—Enhorabuena por lo de la escuela de danza —comenta de repente alzando las cejas—. Chris me lo ha contado.

—Bueno, tú lo sabías antes que yo, supongo. Te encargaste de mi audición.

—Ya, en cuanto a eso...

—Me engañaste —lo corto con voz afilada—. Me dijiste que querías verme bailar.

—No te engañé. Quería verte bailar y siempre voy a querer, por si no quedó lo bastante claro. El mundo entero debería verte. Y sí, también aproveché la ocasión para grabar tu audición —puntualiza—. Soy multitarea. —Con las tías también lo es, aunque me muerdo el carrillo por dentro para no soltárselo. Me niego a parecer celosa—. Chris dice que todavía no tienes claro si vas a ir.

—¿Te manda a ti ahora para que intentes convencerme?

—No, para nada. Pero si te interesa mi opinión, creo que deberías.

Ni siquiera pestañea al decirlo y es como una patada en el estómago. Entiéndeme, no me quedaría aquí por Alex, pero preferiría vivir sin saber lo mucho que se la suda que me mude a cinco mil kilómetros de distancia.

—Pues ya he escuchado tu opinión —zanjo el tema.

—Minerva, yo no tengo ni idea de lo que es tener algo tan importante. No sé ni qué hacer con mi vida mañana, pero tú sí. Lo sabes desde los seis años.

—Tú sí sabes lo que quieres hacer, pero no te atreves porque eres un cobarde.

Esta vez la sonrisa no le llega a los ojos. Es una sonrisa triste, una que no me gusta porque me desarma.

—A lo mejor sí lo soy.

—A lo mejor yo también —admito con un hilo de voz.

Alza la mano despacio y me acaricia la mejilla. El cosquilleo por mi piel se alarga hasta la nuca. Debería apartarme, pero mi corazón acelerado y mi cerebro se ponen de acuerdo por una vez y mendigan su contacto un poco más.

—Tú eres una sabionda. Y un pelín tocapelotas. —Arruga la nariz de una forma muy mona—. Pero no eres cobarde.

Abro la boca para responder, o más bien para preguntarle a qué está jugando; sin embargo, las palabras se quedan bailando en la punta de mi lengua cuando sus ojos se desvían por encima de mi cabeza.

—Tengo que... —Retira la mano como si quemara—. Lo siento, tengo que irme.

Ni siquiera me mira al decirlo y se aleja a toda prisa. Lo veo caminar directo hacia una rubia vestida con un mono negro de fiesta. Es guapísima, altísima y ella sí que me está mirando. Atentamente y con gesto asesino. No reconozco su cara, no obstante, sé quién es. Es la chica que Alex estaba abrazando el otro día.

¿En serio ha tenido los huevazos de invitarla al cumpleaños de Chris? Aunque ese pensamiento lo pongo en duda en cuanto la coge del brazo y ella se revuelve, apartándolo con brusquedad. A continuación, vuelve a fusilarme con la mirada y él le dice algo al oído que tampoco parece gustarle. A pesar de ello, arquea una ceja y se olvida de mí para largarse con él.

No sé qué me impulsa a empujar los pies y salir detrás de ellos. Tal vez se debe a que llevo días esperando una explicación que Alex no tiene intención de darme, o puede que sea porque ella acaba de invitarme a su discusión tras mirarme como si yo fuera un insecto al que aplastar con sus *stiletos*. Me muevo entre la gente y aunque los pierdo de vista por un momento, me

ubico rápido. La terraza es circular y la única opción para encontrar privacidad es acceder a la parte vetada a los invitados.

Se encuentra separada por una cuerda trenzada de terciopelo blanco que cruzo sin problema. Aquí apenas hay luz, solo pequeños puntos iluminados procedentes de las ventanas de las casas de alrededor. Camino despacio para no chocarme con una pila amontonada de sillas y mesas y tengo que achinar los ojos para ver, o más bien intuir, una pérgola cubierta de enredaderas. Alex y la rubia están debajo. No logro distinguirlos, pero el murmullo de sus voces me llega rápido.

Debería dar media vuelta e irme. Ese sería un comportamiento lógico y maduro. Pero cuando se trata de Alex no soy lógica ni madura, así que me acerco y me coloco en el lado opuesto de la pérgola. No necesito ni pegar la oreja para escucharlos.

—Te estás equivocando, Irene.

Recuerdo ese nombre. Es la chica con la que estuvo hablando la noche que nosotros... justo antes de...

—¿En serio, Alex? —bufa incrédula—. ¿Con ella?

—No estoy con ella —responde él con voz apática.

—¡Os acabo de ver!

—No has visto nada porque no estábamos haciendo nada.

Discutible.

—No tienes que tirártela delante de todos para que me dé cuenta. ¿Te crees que soy gilipollas?

—Es solo una amiga de mi hermano que anda un poco colgada de mí. No me interesa.

Un destello de rabia me golpea el pecho.

—No te creo.

—Solo le estaba dando conversación, ¿vale? La chica es rarita y no tiene amigos aparte de Chris. —Un suspiro largo—. Me da pena.

Pena. Cuatro letras que se materializan en mi garganta como una mano invisible que la estrangula.

A partir de ahí no quiero ni necesito escuchar nada más.

Me alejo y hago un verdadero esfuerzo por poner un pie delante del otro mientras la sangre me bulle y las manos me tiemblan sin control. Los ojos me arden antes de humedecerse. Siento ganas de gritar, pero me las trago junto con las primeras lágrimas que se deslizan por mis mejillas. Las aparto de un manotazo y decido hacer algo mucho más provechoso para mí misma. Coger el móvil y concertar una entrevista.

No necesito pensarlo más.

Me voy a Nueva York.

El puto océano Ártico

Billie Eilish y Khalid terminan de cantar *Lovely* con una calma contenida, sin embargo, a mí parecen haberme arrancado de golpe el aire de los pulmones. O los propios pulmones. Me doblo sobre mí misma y jadeo, apoyando las palmas sudorosas en las rodillas. No es la imagen más elegante que se puede ver frente al enorme espejo que cubre toda la pared, pero estoy reventada.

He repetido la coreo más de quince veces. Al menos estoy sola y a mis anchas. Marian, la directora de mi antiguo conservatorio de danza ha sido muy generosa conmigo. Hace un mes, tras llamarla para darle las gracias por la carta de recomendación que escribió para Peridance y contarle que había sido admitida, me ofreció una sala libre para bailar siempre que lo necesitara hasta que me trasladara a Nueva York. Ella sabía bien que la necesitaría. Yo también, y por eso la he convertido en mi segunda casa.

Me incorporo y cojo aire profundamente, ensanchando las costillas por detrás. Noto como mi cuerpo se relaja y doy unos cuantos pasos con las manos apoyadas en las caderas. En el baile influyen muchos factores a la vez, y respirar armónicamente con cada paso es básico para conseguir un movimiento fluido y natural. También ayuda a no acabar desmayada sobre la tarima de madera.

Llevo cuatro semanas trabajando —aunque machacándome sería un término más apropiado— en mi respiración, mi alineación corporal, en la resistencia y en los ejercicios técnicos de suelo.

Puedo dar gracias a la existencia de la llamada memoria muscular y a que mi cuerpo esté «recordando». Tres años sin bailar son casi una sentencia para una carrera profesional en la danza. Más en mi caso, ya que parto con desventaja al tener que hacerlo con una prótesis bajo la piel. Y esa es la razón de llevar toda la tarde ensayando en lugar de estar en casa haciendo las maletas. Pasado mañana cojo un vuelo a Nueva York para recibir un curso intensivo de preparación, y para cuando lo acabe, en septiembre, debo funcionar a pleno rendimiento si quiero tener una oportunidad como bailarina.

Sé que es una absoluta locura, desde volver a bailar hasta vivir en una las ciudades más alucinantes del mundo, y también de las más caras. Mis padres me ayudarán con los gastos, unos mil doscientos dólares al mes; pero, así y todo, debo buscar un trabajo al llegar y compatibilizarlo con las clases. Va a ser difícil, casi imposible, y a pesar de ello siento una vibración en la piel que empieza a despertar a mi yo de diecisiete años. A esa versión de mí misma que barría los miedos girando y girando con los pies descalzos.

Alzo la vista y miro el reloj en lo alto de la pared izquierda. Ya son las nueve y diez de la noche, aunque por la ventana se cuela una engañosa luz veraniega. Una vez más, me digo. Una vez más y me voy de verdad a casa a hacer las maletas. Además, mañana ni siquiera podré ensayar porque estaré ocupada con Chris. Pasaremos nuestro último día juntos y disfrazaremos la tristeza por nuestra separación inminente planeando cómo voy a conseguir hacerme con el papel protagonista de otra peli de *Step Up* y, de paso, liarme con el siguiente Channing Tatum.

Cojo el mando a distancia para poner la música y me paro en el centro de la sala. Antes de empezar, cuadro los hombros y me observo en el espejo, vestida con un top negro de malla y pantalones de pierna ancha. El tejido, vaporoso y semitransparente, revela mi pierna izquierda, marcada por la visible cicatriz y ligeramente más delgada que la derecha por la falta de musculatura.

Le pido que no me falle. Se lo pido cada vez.

Pongo música y me coloco en posición: segunda en paralelo. Billie Eilish comienza a cantar por decimosexta vez. Me muevo con su voz, despacio primero y voy aumentando el ritmo, controlando la velocidad y la respiración a cada paso. Hago un giro y voy a por el siguiente. Adelanto la cabeza, cierro los brazos y percibo una sombra detrás de mí. Se mueve y eso me distrae al girar, haciendo que pierda de vista el foco. Sin él desaparece mi equilibrio y caigo al suelo.

—Mierda —bufo.

—¡Minerva!

Alex se acerca corriendo hasta mí. Aparto de mi mente su forma de pronunciar mi nombre, como si le importara, y hago un gesto con la mano para frenarlo cuando intenta ayudarme. No me he hecho daño, así que me levanto sin problema.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpa en cuanto estamos frente a frente—. Ni interrumpirte tampoco, así que me he quedado mirándote como un idiota. Es difícil no hacerlo.

Va vestido con pantalones vaqueros y una sencilla camiseta blanca sobre la que cruza una bandolera azul marino. Da un paso más y se acerca demasiado, invadiendo mi espacio con su olor y su mera presencia.

—¿Qué haces aquí?

No he vuelto a verlo desde el cumpleaños de Chris. Con mi mejor amigo quedo a menudo, siempre fuera de su casa. No le he contado lo que Alex dijo de mí en su fiesta, porque por mucho que quiera hacerlo, quiero más a Chris, y no seré yo quien estropee la imagen idealizada que tiene de su hermano.

—Pues... Ehm... —Se pasa una mano por el pelo, ya tan largo y alborotado por arriba como de costumbre—. Chris me contó que te vas ya. Supongo que he venido a despedirme, porque entiendo que tú no pensabas hacerlo.

No me pasa desapercibido su gesto dolido y busco en su rostro algo que lo delate. Algo que trace una línea divisoria entre lo que siento por él y cómo me hace sentir. Triste, insegura y humillada. Y así reafirmar la última versión que conozco de su persona, porque en mi cabeza conviven dos personalidades irreconciliables de Alexander Ackermann. Por un lado, está el Alex que quería verme bailar, que me ayudaba a tachar puntos de mi lista, que me vacilaba siempre con una sonrisa macarra, el que pasó una madrugada dando vueltas por la ciudad en coche para que yo pudiera dormir, el que me dio mi primer beso de verdad y el que me abrazó e insinuó la promesa de que también podría ser un lugar seguro para mí. Yo me estaba enamorando de ese Alex. Perdidamente.

Y después está el otro, el que redujo a la nada todo lo anterior con una sola frase. El que utilizó el mapa de mis puntos débiles que yo misma le marqué. Cómo pude ser tan idiota. Tuvo que enviarme señales. Señales inequívocas que se me escaparon porque estaba ocupada con mi lengua dentro de su boca.

«Y una mierda», me digo, neutralizando esa voz empeñada en sisearme que fue culpa mía. Es suya. El Alex que tengo delante no es un lugar seguro, es un iceberg. Un bloque de hielo que muestra una mínima parte de su ser en la superficie, mientras el resto permanece oculto bajo el agua. Él solo me ha enseñado su cara amable. Debajo esconde básicamente lo que es: un mentiroso.

Aunque yo también puedo fingir. Estudié técnicas de interpretación. Cada movimiento y cada gesto manifiestan un pensamiento, un sentimiento o una actitud. Y él será un iceberg, pero yo puedo ser el puto océano Ártico.

—Adiós, Alex —me despido sin ningún tipo de inflexión en la voz.

No se mueve del sitio.

—Creí que te irías en septiembre. Creí que tendría tiempo de...

—Voy a hacer un curso intensivo de verano —lo interrumpo porque ya no espero ni necesito explicaciones—. Me lo han ofrecido en la escuela por mis circunstancias especiales. También quieren hacerme una entrevista dada la singularidad de mi caso. Resulta que la *pena* abre puertas.

—Tú no das pena —protesta mosqueado como si le ofendiera personalmente el comentario, y yo contengo mis ganas de cerrar el puño y estrellarlo contra su cara bonita porque ahora mismo soy un océano helado.

—¿Querías algo más?

—Eh, sí, te he traído una cosa. —Abre la cremallera de la bandolera y saca un paquete envuelto en papel de regalo.

No entiendo a qué viene esto ahora, no quiero nada de él, pero si me niego a aceptarlo solo nos conducirá a enredarnos en una discusión en la que me veré obligada a explicar por qué no quiero nada de él, así que lo cojo y lo abro sin ceremonias. Rasgo el envoltorio de papel y saco un vestido de manga larga con la falda a media pierna. El tejido es muy ligero y resbala suavemente entre mis dedos. Es semitransparente y de color lila, con un *maillot* a juego.

—No es idéntico al de Anita de *West Side Story* pero es del mismo color, y ya que tiraste el tuyo... —me recuerda—. Imagino que las clases van a ser duras y si en algún momento lo necesitas, ese vestido puede ayudarte a recordar por qué te gusta tanto bailar.

—Gracias —musito con la vista aún clavada en la tela. Trago saliva y aprieto los dientes hasta que duele. Por favor que se vaya ya. Tiene que irse o voy a empezar a llorar y esto va a ser todavía más humillante.

—Oye, he sido un gilipollas por no haberte llamado en este tiempo, pero quería explicarte lo que viste aquel día en la puerta de mi casa y todo lo que...

—No necesito explicaciones, Alex. —Levanto la barbilla por fin—. Tampoco hace falta fingir que hemos sido algo el uno para el otro, ¿no?

Entorna los ojos con recelo.

—¿Y qué he sido para ti exactamente si se puede saber?

—Un punto de mi lista.

Su mandíbula se convierte en una línea dura capaz de partir el suelo y asiente con la cabeza.

—Entendido —afirma con una sonrisa que no lo es—. Que te vaya bien, Minerva.

—Mucha mierda. Es lo que se suele decir en estos casos.

Noto la tensión rezumando por su cuerpo. Abre la boca, pero se lo piensa mejor y se traga lo que sea que esté deseando escupir. Se aleja y cuando llega al umbral de la puerta, lo llamo.

—Cierra al salir, por favor —le pido justo antes de apartar la vista y fijarla en el espejo—. No quiero que me moleste nadie más.

Su adiós es un portazo que hace retumbar las ventanas y me obliga a cerrar los ojos.

La presión sube por mi pecho y trepa por mi garganta. Trato de regular mi respiración como he ensayado tantas otras veces, pero no funciona. Nada funciona en mí. Abro el puño y dejo caer el vestido. Mis rodillas ceden a continuación y me siento en el suelo.

Las lágrimas se deslizan y estoy demasiado cansada para intentar retenerlas. Billie Eilish me

acompaña ahora con su *Happier Than Ever* y me parece la canción más triste del mundo. El pie también me duele un poco, aunque es mi última preocupación. Aprendí hace mucho a proteger las partes más sensibles de mi cuerpo en las caídas.

De quien no sé protegerme todavía es de él.

21

CHRIS

Thelma sin Louise

Llamo al timbre y Tiago me abre la puerta. Su sonrisa se congela nada más verme. No por la visita en sí, ya que hemos quedado en su casa. Le sorprende mi cara y es normal. Me la acabo de ver en el espejo mientras subía en el ascensor. Los ojos rojos, la nariz goteando y las pintitas rosadas en la piel como resultado de haber llorado a moco tendido.

—Se ha ido —sentencia y lo hace real.

—Se ha ido —repito porque todavía no me lo creo—. Y estoy superfeliz por ella, aunque ahora mismo no lo parezca.

Las lágrimas regresan en cascada, igual que lo hicieron en el aeropuerto al despedirnos entre abrazos tan fuertes que casi nos cortan la respiración, y después en el taxi, ya solo, de camino aquí.

—Ven. —Me coge de la mano y tira de mí con suavidad hasta el sofá, situado a metro y medio de la puerta. Apaga la tele con el mando a distancia y nos sentamos muy juntos, tampoco hay más remedio. Fue diseñado para el tamaño de dos hobbits.

La casa de Tiago es un estudio de cuarenta metros escasos. La cocina está incrustada en el salón y este consta únicamente de un sofá gris antracita de dos plazas, una mesa baja de madera y tres patas, la tele, colocada sobre un mueble mínimo lacado en blanco y una balda con libros sobre él. Además, la luz se resiste a entrar por la ventana abuhardillada y en conjunto resulta un pelín lúgubre. Aunque hoy hace juego con mi estado de ánimo.

—Mini va a estar bien —asegura con ese tono de voz tan sosegado a la vez que me limpia una lágrima con el pulgar.

—Lo sé. Pero... —¿Voy a estarlo yo? Me siento como si me hubieran quitado el chaleco salvavidas y ahora tuviera que nadar yo solo en mar abierto. Y Mini es la única que lo entiende—. ¿Qué coño va a hacer ahora Thelma sin Louise?

—Pues no lo sé, nunca he visto esa peli.

—Termina con ellas saltando en coche por un acantilado cuando la cosa se pone muy chungu.

—No me parece la mejor solución.

—Así dicho suena mal, pero es un películón. No me puedo creer que no la hayas visto.

—Podemos verla juntos —propone—. Y también podemos inventarnos un final alternativo.

—¿Qué final? —Me limpio los mocos con el dorso de la mano en el ademán menos sexi de la historia.

—Uno que no lo sea. Uno en el que Thelma y Louise sobrevivan y que cada una siga su camino.

—¿Y si yo no lo hago? ¿Y si no sobrevivo? —Las palabras brotan sin darme tiempo ni a pensarlas. El gesto de Tiago cambia automáticamente y sus ojos se llenan de compasión y tristeza a partes iguales. Ya debería estar acostumbrado a este tipo de reacciones—. Déjalo, no he dicho nada. Ha sido un bajón momentáneo.

—No, Chris, no hagas eso. No te lo niegues. Tienes todo el derecho a sentirte así.

—Y tú tienes todo el derecho a irte si quieres.

Frunce el ceño.

—Esta es mi casa.

Me río con una carcajada seca. Es el rey de la literalidad.

—Lo que trato de decir es que te doy vía libre para huir de mí. Las cosas no van a ponerse fáciles precisamente. Lo entendería. —Aun así, siento una punzada en la garganta al decirlo.

Coge mi mano y deposita un beso lento en el dorso. Acto seguido entrelaza sus dedos con los míos.

—Y yo te digo que no pienso moverme de aquí.

Esas palabras me revuelven por dentro y solo se me ocurre una manera de demostrarle lo que significan para mí. Me acerco despacio y lo beso. Un toque de labios lento y suave, pero sentido. Porque estando con Tiago he comprendido que besar en el momento indicado es otra manera de hablar.

Cuando voy a alejarme, me lo impide. Me acuna la cara con las manos y veo el deseo reflejado en sus ojos antes de que su boca atrape la mía, esta vez con hambre.

Tira de mi camiseta sin parar de besarme y me coloca en su regazo, con las piernas a cada lado de sus caderas. Nuestras lenguas se enredan más rápido, más fuerte y la fricción de nuestros cuerpos encajados provoca que me ponga duro al instante.

—Juro que no he venido hasta aquí con intenciones deshonestas —me burlo.

—No creo que haya ni una pizca deshonesto en todo tu cuerpo.

Me ayuda a quitarme la camiseta y sus labios van directos a mi cuello. Joder con el paradito.

—¿Entonces esto significa que... voy a conocer a tus tres pezones?

—Esto significa muchas cosas para mí. —Se deshace de su camiseta también y la lanza al suelo—. Y sí, voy a presentártelos oficialmente.

Ahí están, saludándome. Dos pezones como dos soles, uno a cada lado del pecho, y un tercero en el lado izquierdo, unos diez centímetros más abajo.

Me presento como es debido, besando los tres y a él se le escapa un gemido.

A continuación, me agarra del cuello y me embiste con la boca. En respuesta, hundo las manos en su pelo y lo agarro fuerte. Nos movemos frotándonos en un vaivén delicioso e impaciente. Tiago me aprieta el trasero, yo tiro de su labio inferior y sin previo aviso, se levanta con un gruñido y me lanza de espaldas al sofá.

—Un momento. —Lo freno cuando se tumba sobre mí—. Escucha, si por mis ganas fuera, es posible que reventara y te lanzara contra el techo, pero no estoy seguro de si mi cuerpo va a colaborar y voy a poder... funcionar.

La comprensión se refleja enseguida en sus ojos de gato. Por suerte, es enfermero y no necesita más explicaciones.

—Vas a poder, yo me encargo de eso —asegura dándome un suave beso en el cuello que me eriza la piel de los brazos—. Será hoy o cualquier otro día, me da igual—. Otro beso, este en el pecho—. Te repito que no pienso irme a ninguna parte.

Continúa descendiendo por mi cuerpo como un felino hasta colocarse de rodillas al borde del sofá. Me abre las piernas sin dudar para desabrocharme los pantalones y me los baja con rapidez junto con la ropa interior. Se muerde el labio antes de coger mi polla y metérsela en la boca de un solo golpe y hasta el fondo. Un jadeo sordo sale de mi garganta y tengo que agarrarme a la tela del sofá. Pasa la lengua por toda la longitud de mi erección y vuelve a atacar.

No sé por qué creí que sería más suave y manso. Como un gatito. No lo es. Para nada. Es un puto tigre y me flipa.

Lo agarro del pelo mientras sigo el movimiento hipnótico de su cabeza, dentro y fuera. Todo lengua, saliva y dientes. Sin tregua. Brutal.

—Ahhh —gimo una y otra vez y no tardo en sentir ese cosquilleo que avecina la explosión.

Lo aviso de que voy a correrme, pero ni pestañea. Sigue engulléndome como un loco mientras me mira. Y yo solo puedo devolverle la mirada y cederle mi cuerpo para que haga lo que quiera con él.

Joder, que no pare. Que no acabe nunca. Y no solo por la sensación bestial de mi polla resbalando por todos los recovecos de su boca, sino por la conexión y la sensación de intimidad que conlleva. Esa que Tiago me explicó, pero yo no conseguía entender. Hasta ahora.

Me desbordo por completo dentro de él, con un grito que debe escuchar todo el vecindario. No me desplomo porque ya estoy tumbado y Tiago me sujeta aún por las caderas. Se levanta unos segundos después y recoge mis piernas desmadejadas antes de tumbarse en el sofá. Se pega a mí y sonríe con el pelo revuelto y los labios todavía húmedos.

Una sensación de calma somnolienta me invade.

Y una sonrisa.

Y otra certeza.

Estoy exactamente donde quiero estar. Él también.

Y ninguno de los dos tenemos intención de movernos de aquí.

22

ALEX

Monstruos que matar

Calculo mal la distancia entre mi pie y la tumbona y tropiezo. Caigo sobre ella todo lo largo que soy y ladro un «joder» al aire que nadie escucha. Mi intención era sentarme sin hacerme polvo la espinilla, pero son las cinco de la madrugada, no hay luz en el jardín y en mi falta de equilibrio también influye lo de ir como una cuba.

Me doy la vuelta a tuestas y me tumbo con un quejido seco, apoyando un brazo bajo la nuca. No hago nada más, solo respiro y observo el cielo en silencio. Llevo un tiempo repitiendo el ritual. Los fines de semana trabajo en el bar y cuando acabo me tomo unas cervezas. Acto seguido mi bragueta suele hacer una parada puntual en alguna cama de la que huye en cuanto se desahoga y vuelta a casa. Después, en lugar de irme a mi habitación a dormir, termino aquí, sin más compañía que la de las estrellas. Las putas estrellas, vivas o muertas, que no paran de recordármela. O soy yo el que no deja de buscar excusas para no olvidarla.

La última vez que vi a Minerva aparecí en su conservatorio de danza con la intención de contárselo todo. No pretendía retenerla, pero tampoco que se fuera a Nueva York pensando que era un gilipollas y había pasado de ella. No era el caso, pero tras el cumpleaños de Chris las cosas se pusieron aún más feas con Irene. Había vivido un puto infierno y quería explicárselo, aunque llegara tarde y aunque no hubiera terminado de salir de él. Nadie lo sabía, ni siquiera mi hermano, y mi parte egoísta también buscaba en ella una vía de escape. Algo con lo que me sostuviera durante un rato en la cuerda floja sobre la que caminaba. Un abrazo suyo tal vez. Hundir la nariz en su cuello hasta que todo lo demás desapareciera. El latido en las sienes, la presión en el pecho y esa sensación de ahogo aun con mis pulmones funcionando perfectamente.

Y patiné. No le interesaban mis explicaciones porque yo le importaba básicamente una mierda.

Hace casi tres meses de aquello y desde entonces no he preguntado a Chris por ella ni una sola vez, aunque he escuchado su voz algunas veces cuando hablan por videollamada. Una voz que no se parece en nada a la de la chica que me miró a los ojos y me dijo que yo no era más que un punto de su lista. En aquel momento supuse que en algún lugar dentro de mi cuerpo debía esconder algo parecido a un alma, porque sentí que me la partía en dos.

Flexiono la pierna y meto la mano en el bolsillo trasero del vaquero para sacar el móvil. No tardo en encontrar el vídeo en la galería. Lo marqué como favorito por aquello de ahorrar tiempo cuando me da por torturarme. Pulso el botón de reproducción. Ya me he aprendido la canción de memoria y cada uno de los pasos. Aun así, se me pone la piel de gallina cada vez que la veo. Cuando baila se hace infinita y parece salirse de la pantalla. Aunque eso no va a suceder, porque está a miles de kilómetros de este jardín.

El vídeo termina y no me sirve verlo otra vez. No es suficiente. Las yemas de mis dedos pican con anticipación. Sé de antemano que es mala idea, pero quizá hoy estoy un poco más borracho de lo habitual. O quizá solo mendigo atención como un perro. Uno cabreado porque, repito, llevo tres meses sin saber nada de ella.

No reflexiono ni cinco segundos el contenido del mensaje que escribo. Solo busco una reacción. Que me diga algo. Lo que sea.

Hoy hay más estrellas que nunca en el cielo... Y yo me empiezo a preguntar a cuántas más voy a tener

que follarme para sacarte de mi cabeza.

Como poeta no tengo precio.

Se lo envío y dejo dejar caer el móvil en el césped. Suspiro y cierro los ojos. Mañana empieza septiembre, y yo, como en la canción de Green Day, no quiero que me despierten hasta que acabe. Total, qué más da. Mi ausencia tampoco sería una gran pérdida para el mundo. Y con esa sensación me duermo.

El despertar es menos agradable aún, con un chorro de agua directo a la cara que me sienta en la tumbona de golpe.

—¿Qué hostias haces? —grito con los ojos desorbitados cuando veo a Chris apuntándome con la manguera de la piscina.

—¿Yo? —inquieta arqueando una ceja—. ¿Qué haces tú ahí tirado a las nueve de la mañana como un borracho? ¿Te crees que estás en *Élite*? —Tira la manguera al suelo—. Tienes suerte de que te haya encontrado yo y no mamá. O peor... papá.

—¿Y qué más da? —espeto con indiferencia y me paso la mano por la cara—. Una más, una menos...

—¿Qué te pasa?

—Nada que no solucione el ibuprofeno y una cerveza.

—No estoy de coña.

—Ni yo.

—Vale, ¿podemos saltarnos toda la parte en la que te haces el gracioso y el duro y yo me pongo pesadísimo hasta que me lo cuentas?

—Preferiría no contarte nada y ahorrarnos todo lo demás. Me duele la cabeza un huevo —me quejo masajeándome el puente de la nariz.

—Llevas así todo el verano, Alex. Bebiendo y fumando más de lo normal, y te paseas por casa como un fantasma. A lo mejor los demás no ven que ya no te ríes. Con nada. Pero yo sí —señala con cara de preocupación.

«Estoy bien, *bro*», es la frase que me baila en la punta de la lengua, aunque no es cierta. No se asemeja en absoluto a la verdad y a Chris no se la voy a colar, así que me la ahorro y me limito a agachar la cabeza. El cansancio me puede. Estoy jodidamente cansado.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños y tú matabas al monstruo de mi armario?

Frunzo el ceño por la aleatoriedad de ese comentario, pero sí que lo recuerdo. Él tendría ocho años y yo, diez. Aparecía en mi cuarto algunas noches, jurando y perjurando que había un monstruo dentro de su armario. Y cada una de esas noches yo iba hasta su habitación, me metía en aquel armario, cerraba la puerta por dentro y me encargaba de él. A veces incluso me venía arriba y entraba armado con una espada de juguete. Revolvía la ropa y fingía luchar con todas mis fuerzas con el supuesto monstruo, cuya aparición solía coincidir en el tiempo con una bronca fuerte entre mis padres. Una vez que lo hacía desaparecer, le pedía a Chris que se metiera también en el armario para comprobar que no quedaba rastro de él.

—Como gay orgulloso que soy, nunca creí que pronunciaría estas palabras, pero lo haré por ti —declara—. Déjame meterme en tu armario, Alex. Sé que ya no habrá una solución tan obvia para matar al monstruo como cuando éramos pequeños, pero juntos podemos ver la forma de que te deje en paz. Porque no lo estás. No lo estás para nada.

Siempre he pensado que era mi obligación proteger a Chris y no al revés. Pero aquí está, mi hermano pequeño ejerciendo de hermano mayor. A pesar de todo lo que lleva a cuestas. Siento

cierto orgullo y también un poco de vergüenza. Pero sería muy idiota si no me dejara ayudar. Llevo muchos meses siéndolo y no me está yendo demasiado bien.

—Antes voy a necesitar ese ibuprofeno de todas formas.

—Y ducharte, porque hueles a perro mojado. —Pone cara de asco y se levanta—. Después desayunamos y vemos la manera de acabar con los monstruos. Aunque sea aburriéndolos de tanto hablar.

Asiento con los labios apretados y mi hermano se va con esa sonrisa suya que no debería apagarse nunca. Me inclino para recoger el móvil del césped y lo primero que veo es el aviso de un mensaje en la pantalla.

Contengo la respiración en el pecho antes de abrirlo. Su respuesta es clara. Ella siempre lo ha sido.

Vacíó el aire de los pulmones y con él, la dejo ir a ella también. O eso voy a intentar.

Me levanto para darme esa ducha. Después tengo monstruos que matar.

Sin mirar atrás

Nueva York no es como lo pintan en las películas. O a lo mejor sí, cuando ves la ciudad a través de los ojos de un turista, dando un tranquilo paseo por Central Park, subiendo al Empire State o cogiendo un taxi hasta el Upper East Side para visitar los escenarios de *Gossip Girl*. Mi vida aquí no se parece en nada a la de sus protagonistas. Asisto a cuatro clases al día, cinco días por semana, sin incluir las sesiones de *mentoring*, y trabajo a media jornada en un bar de Little Spain, un mercado gastronómico de productos típicos españoles situado al oeste de Manhattan. Para cuando llega la noche, soy una especie de sonámbula que camina por inercia y mis pies están demasiado destrozados como para subir al Empire State, hasta en ascensor.

Pero estoy bien. Voy a estar bien. Es la oportunidad de mi vida. Me lo repito cual mantra.

Tras llegar de trabajar, me doy una ducha muy caliente que solo alivia en parte mis músculos doloridos, sobre todo porque es mucho más corta de lo que me gustaría. Una de mis nuevas compañeras aporrea la puerta y me obliga a cerrar el grifo. Vivo en un piso de estudiantes que ofrece la propia escuela, muy cerca de esta. Somos cuatro chicas y yo soy la única que ha cursado el intensivo de verano. Las otras tres se acaban de mudar y todavía no me he quedado con sus nombres.

Sé que son norteamericanas, que se llaman *sweetie* entre ellas y parecen íntimas de toda la vida, a pesar de haberse conocido hace cuarenta y ocho horas. Mi nivel de inglés es aceptable y ha mejorado bastante en los últimos tres meses, pero me cuesta horrores entenderlas con ese acento agudo y nasal de a saber qué pueblos de la América profunda. A la barrera idiomática añade que las tres ya sabían quién era yo antes de conocerme.

La entrevista que me hicieron en la escuela nada más llegar, y reprodujeron después varios medios digitales y redes sociales, me colocó una diana en la frente. Antes de poder decir «hola» para presentarme ya tenía nombre. Ni Minerva ni Mini. Era la chica del cáncer. Otra vez. Y en presente, no en pasado, por mucho que yo me esté esforzando en no mirar atrás.

Salgo del baño envuelta en la toalla y Natalie —o puede que sea Madison— pasa delante de mí con prisa y se mete cerrando de un portazo. «Buenas noches a ti también, *sweetie*».

Entro en mi habitación, me pongo el pijama y me seco el pelo con un par de restregones de toalla. La estancia es pequeña y sencilla. Consta de un escritorio, una silla, un armario de dos puertas, una cama de noventa pegada a la pared y una mesita de noche al otro lado. Básicamente, es un cubículo sin ventana y, aunque no lo parezca a simple vista, es una ventaja dormir sin ruido en la ciudad que nunca duerme.

Debería cenar algo, pero no me apetece obligar a mi cerebro a entablar una conversación con alguna de las *sweeties* y además no tengo hambre. Mañana empieza oficialmente el curso y yo estoy extraoficialmente atacada. Dos años por delante y una sensación de vértigo en la boca del estómago. Todavía no sé si del bueno o del malo. Puede que una mezcla de ambos.

No obstante, el intensivo de verano me ha ayudado a ponerme al día y mejorar mi técnica. Mi rodilla resiste sin quejarse, así que estoy preparada. Estoy bien. Voy a estar bien. Es la oportunidad de mi vida.

Vale, tengo que dejar de hacer eso. Empieza a sonar a trastorno obsesivo compulsivo.

Me deslizo bajo la sábana y me tumbo en el colchón con la vista clavada en el techo. Son las once y cuarto de la noche y dudo que pueda dormir mucho. Hablar con Chris me ayudaría a

templar los nervios, pero paso de darle un susto de muerte. Para él son las cinco de la mañana y además es posible que me ponga a llorar en medio de la conversación. Lo echo tantísimo de menos.

Ruedo en la cama y cojo el móvil para poner la alarma. Solo me faltaba llegar tarde el primer día. Es entonces cuando veo su nombre en la pantalla. Me incorporo y me siento con las piernas cruzadas. Se me acelera el pulso y todo mi cuerpo se pone en estado de alerta. Se supone que esto ya lo tenía superado, pero las manos me traicionan y tiemblan al abrir su mensaje.

Hoy hay más estrellas que nunca en el cielo... Y yo me empiezo a preguntar a cuántas más voy a tener que follarme para sacarte de mi cabeza.

Tres meses. Llevo tres meses esforzándome por no pensar en Alex casi tanto como me he machacado bailando. Tres meses convenciéndome de que ya no duele. Tres meses en los que he construido una armadura imaginaria y fácil de mantener porque no he sabido nada de él. Y odio que basten un par de frases para reventarla.

Respiro hondo. No sé qué pretende con esto, pero no estoy dispuesta a entrar en su juego. Ya no.

Pongo la alarma y dejo el móvil en la mesita de noche. Apago la luz y me acuesto.

Cierro los ojos.

No pienso mirar atrás.

No tardo ni treinta segundos en alargar la mano y coger el móvil otra vez. La rabia acumulada —que no superada, por lo visto— se adueña de mis dedos. Escribir desde la herida no es bueno, pero con Alex la teoría nunca me ha servido de nada.

Fóllate a tantas como estrellas hay en ese cielo tuyo. Es lo que mejor se te da.

Envío el mensaje y bloqueo el contacto.

Y ahora sí, dejo el móvil en la mesita y cierro los ojos.

Sin mirar atrás.

DOS AÑOS DESPUÉS

Respira, Minerva

Mini, como mi mejor amiga que eres, estás cordialmente invitada a la fiesta que voy a organizar con motivo de mi muerte. Ya te he enviado la dirección, así que haz el favor de mover el culo hasta aquí. No me queda mucho tiempo. Te quiero.

Las palabras de Chris son bombas cayendo y explotando una detrás de otra. La tierra se resquebraja y el suelo se hunde bajo mis pies. Así lo siento, aunque no haya ningún movimiento en el coche, aparte del temblor que ataca mis manos mientras sujeto el móvil en la oscuridad de la madrugada y lo llamo.

Da señal, pero no responde. Lo llamo otra vez. Mi pierna derecha empieza a temblar compulsivamente. La izquierda duele, pero la ignoro porque no es su momento. Seis tonos, siete tonos, ocho tonos... Nada. «¿Me está vacilando?!», exclamo en voz alta con una risa entre indignada e histérica. Nadie te manda un mensaje de audio contándote que se muere y va a hacer una fiesta, para después no cogerte el puto teléfono.

Me entran ganas de lanzar el móvil por la ventanilla, pero no sería muy inteligente, ya que es mi única vía de comunicación desde esta carretera perdida de Kansas y necesito estar centrada para hablar con Chris. Aunque primero tengo que localizarlo. Y para ello, solo se me ocurre una forma. Busco un nombre concreto en mi lista de contactos, lo desbloqueo haciendo una mueca y lo llamo.

Nuestra última conversación, si se le puede llamar así, fue por mensaje hace dos años y cero amistosa. No tengo ganas de hablar con Alex, pero quiero a su hermano bastante más de lo que aprecio mi orgullo. Además, mis opciones ahora mismo son limitadas. No puedo acercarme a casa de Chris para pedirle una explicación porque estoy metida en un coche de alquiler en el culo del mundo debido a una crisis vital, existencial, emocional y de todos los tipos que existen cuando estás instalada en la mierda.

—¿Dígame?

Su voz suena distinta a la de mis recuerdos. Más grave y seria de lo que solía ser. Al menos conmigo.

—Alex.

—Sí, ¿quién eres?

Eso dolería si tuviera tiempo para que doliera.

—Soy Mini.

Su silencio al otro lado me detiene el corazón y lo reinicia.

—Vaya, vaya, cuánto tiempo. —Su tono cambia a uno mucho más informal—. ¿Cómo te va la vida por...? ¿Dónde era? ¿Los Ángeles?

—Necesito hablar con tu hermano.

—¿Con qué hermano? Tengo dos.

—Ackermann, si hay momentos en la vida en los que ser imbécil no es recomendable, este es uno de ellos.

—No sé, me pides un gran esfuerzo. ¿Qué gano yo a cambio?

Resoplo fuerte y rápido.

—¿Qué parte de no ser imbécil no has entendido?

—Bueno, siendo imbécil tengo la excusa de ser imbécil —apunta y puedo notar su sonrisa a través del teléfono.

—Alex, necesito hablar con Chris ahora mismo. Es muy urgente.

—Ahora mismo no va a poder ser. Se ha ido a dormir.

—Pues ve a buscarlo —le exijo.

—No pienso hacerlo.

—Me ha mandado un audio diciéndome que se muere. ¿Qué mierda significa?

El cansancio impregnado en su suspiro barre los miles de kilómetros de distancia que nos separan hasta rozarme.

—No es algo que tenga muchas interpretaciones posibles —comenta, esta vez con un tono mucho más apagado.

—No, Chris está bien. Está controlado. Hablé con él hace unos días y...

—No lo está —me contradice—. No está bien. Y no lo va a estar.

—No, no, no. —Cabeceo de un lado a otro—. El porcentaje de supervivencia de su tipo de cáncer es de los más altos... No tiene sentido. No puede... No puede ser, Alex. No puede ser —enfático.

Escucho su respiración al otro lado y eso es todo. El silencio es la peor respuesta de todas. No puedes pelear contra él.

Trago saliva antes de hacer la última pregunta que no quiero hacer.

—¿Cuánto tiempo?

Alex retiene el aliento. No necesito verlo para ser consciente.

—De tres a seis meses.

Mi mano pierde la fuerza y el móvil resbala por la palma hasta caer entre mis piernas. Me llevo la otra mano a la boca para ahogar un gemido.

—¿Oye? ¿Minerva? —Lo escucho débilmente—. ¿Sigues ahí?

Intento hablar, pero mi garganta se cierra y mi cabeza no procesa órdenes simples. El aire es caliente, espeso y se vuelve irrespirable. Solo consigo aspirar bocanadas demasiado cortas que se convierten en jadeos ahogados.

Alex cuelga y la oscuridad vuelve a teñir el interior del coche. Me agarro al asiento y me doblo sobre mí misma, clavo las uñas en la tapicería con todas mis fuerzas. Intento respirar por la nariz, pero sigue sin entrar aire suficiente. Siento una presión subiendo por el pecho, como si mis pulmones se estuvieran inundando de agua.

Estoy demasiado ocupada hiperventilando cuando la melodía de mi teléfono arranca y exige mi atención. Sigue sonando y vibrando en mi pierna sin parar hasta que encuentro un mínimo de fuerza para deslizar el dedo sobre la pantalla y pulsar el manos libres.

No digo nada. No hace falta.

—Respira, Minerva —me pide Alex con calma—. Respira.

Juro que nunca había sido tan difícil. Las lágrimas resbalan sin control y mi llanto se mezcla con la falta de aliento.

—¿Hay alguien contigo? —quiere saber.

—No —musito con la voz estrangulada.

—Vale, está bien. Lloro lo que necesites, pero respira, ¿vale? Poco a poco —me dice con suavidad—. Estoy aquí.

No lo consigo a la primera, ni a la segunda, ni probablemente a la quinta. Pasa un buen rato hasta que el sonido violento se deshace en mi garganta y dejo de sentir que voy a desmayarme.

Soy consciente de que Alex está ahí, esperando, acompañándome en silencio. Y continúa ahí todo el tiempo que necesito. No sé cuánto supone eso porque el mundo se ha parado a mi alrededor y todo ha dejado de tener sentido.

Cuando por fin consigo volver a respirar, la sensación de calma dura poco y es sustituida por la ira, que emerge y aplasta cualquier otra emoción que trate de salir a la superficie. Aprieto los dientes, cierro el puño con fuerza y lo estrello contra el volante. Duele y me parece bien. Vuelvo a hacerlo. Y grito. Grito hasta quedarme sin aire de nuevo. Me ensaño y doy golpes hasta que mi mano ya no aguanta más y me echo hacia atrás, apoyándome en el reposacabezas con los ojos cerrados.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta Alex y su voz es casi una caricia física. Por un segundo me da igual todo lo demás y deseo que se materialice a mi lado para poder abrazarlo.

—No —respondo con la garganta seca.

—Ya... Pues componte como puedas y ven —dice antes de colgar, sumiéndome otra vez en la oscuridad.

Gafas de todos los colores posibles

El tráfico y las montañas verdes de la sierra han sustituido al paisaje desértico de película de terror. «Totó, creo que ya no estamos en Kansas», susurro sin reírme siquiera de mi propia gracia. Me pregunto si es verdad lo que Dorothy repetía en *El mago de Oz* mientras juntaba los talones de sus zapatos rojos. «Se está mejor en casa que en ningún sitio». Ojalá alguien me despertara como a ella tras golpearme la cabeza y me dijera que los dos últimos días han sido solo una pesadilla. El traumatismo craneoencefálico merecería la pena.

Parpadeo fuerte con la vista clavada en la carretera y subo el volumen de la música, ignorando los pinchazos en las sienes. Olivia Rodrigo lo da todo con *Good 4 u* y, aun así, debo hacer un verdadero esfuerzo para impedir que los ojos se me cierren mientras conduzco hasta la localización que Chris me envió. He intentado hablar con él, pero se ha limitado a colgar el teléfono y responderme por mensaje. «Hablaemos cuando llegues».

No pienso que la vida sea capaz de atar a dos personas con un hilo rojo invisible, fino pero irrompible. Yo creo en cosas menos sutiles y más perceptibles. En los nudos que te retuercen el estómago y te impulsan a cruzar una parte del mundo por alguien a quien quieres sin detenerte ni para respirar.

Y por eso estoy aquí por fin, a dos kilómetros de un destino que me da pánico enfrentar, tras pasar por un coche de alquiler, una discusión en el mostrador de facturación del aeropuerto por exceso de equipaje, tres aviones, otra discusión en la cola del taxi, un taxi y una parada en casa de mi madre para descargar a toda prisa dos años desperdiciados y coger las llaves de su coche sin pedir permiso.

No me he preocupado por comer, dormir o ducharme en las últimas cuarenta y ocho horas y hace tres aproximadamente, mientras sobrevolaba el Atlántico, superé la fase de agotamiento extremo. Desde entonces llevo activado el piloto automático en modo supervivencia y concentro la escasa energía de la que dispongo en llegar hasta mi mejor amigo.

Tras cuarenta minutos de trayecto, el GPS me informa de que mi destino se encuentra a doscientos metros. Reduzco la velocidad y tomo la salida. La carretera se estrecha y asciende en zigzag, lo que pone a prueba mi escasa pericia conduciendo con marchas. Llego a la entrada de una finca y detengo el coche frente a una puerta doble de hierro forjado. Me bajo y arrastro mis Converse por el asfalto. Son las seis de la tarde y es 20 de septiembre, aunque el verano no tiene ninguna intención de ceder el turno al otoño. Ni una ligera brisa mueve mi vestido corto de tirantes y el sol arde sobre mi cabeza. O tal vez sea mi cabeza la que arde por sí sola.

Llamo al timbre un par de veces y mientras espero, recojo mi media melena y me hago una coleta. Una voz que no reconozco me pide mi nombre y apellido por el interfono para comprobar si estoy incluida en la lista de invitados. Se lo digo y las puertas se abren de inmediato. Regreso al coche y continúo mi rumbo por un camino acotado por dos hileras de cipreses, sin pararme a digerir el hecho de que es muy probable que, de verdad, Chris haya montado una fiesta.

El camino desemboca en una entrada circular presidida por una fuente de piedra blanca en tres niveles. Es bonita y a la vez un poco ostentosa. Muy del estilo de mi mejor amigo. A mi derecha veo varios coches aparcados y un autobús. Dejo el coche de mi madre dudosamente estacionado en el primer sitio libre que encuentro y bajo. Delante de mí se alza una villa de tres plantas construida en piedra rústica y cubierta de hiedra en los extremos, con balcones cuyas

rosas blancas inundan el aire con su olor.

Avanzo por una pequeña cuesta hasta la puerta de entrada, que permanece abierta, y entro sin pensármelo. Un amplio *hall* con un ambiente mucho más fresco que el del exterior distribuye una pequeña recepción a la derecha, un largo pasillo a la izquierda, las escaleras centrales que conducen a la primera planta, y tras ellas se adivina un salón. Escucho el murmullo de unas cuantas conversaciones, pero no me da tiempo a seguir el sonido de las mismas, ya que una mujer morena de pelo muy corto se planta delante de mí. Con una sonrisa tan amplia que resulta siniestra se presenta como la gerente de la villa y me recibe con una toalla pequeña y húmeda para refrescarme. La acepto porque huele infinitamente mejor que yo y me la paso por la cara y el cuello.

También me ofrece algo de beber con un tono suave y musical y me pregunta por mi maleta, la cual sigue tirada en el coche y llena de a saber qué. Si de verdad Chris ha montado una fiesta, es muy posible que deba presentarme en bragas y con algún vestido transparente que parezca un camisón.

Pese a la amabilidad evidente de la mujer, no tengo tiempo ni paciencia para tanta cortesía. La informo de que necesito hablar con Chris Ackermann urgentemente y me da las indicaciones para encontrarlo.

Avanzo por el pasillo de la izquierda y cruzo una galería acristalada que me conduce de nuevo al exterior. Allí me recibe una amplia terraza con vistas a un enorme jardín con setos perfectamente alineados que le dan un aspecto ordenado y a la vez laberíntico. También hay árboles frutales repartidos alrededor y fuentes pequeñas cuyo borboteo resulta relajante. Las montañas de la sierra lo enmarcan todo y huele a verano, a flores y a sol.

De no ser por las circunstancias y el peso de todas las preguntas amontonándose en mi cabeza, me detendría a admirar el paisaje. Pero no tengo tiempo. Bajo las escaleras por el lado derecho y me concentro en las indicaciones que me ha dado la gerente. Sigo el camino de piedra sobre el césped que conduce hasta la piscina. Sé que voy en la dirección correcta cuando escucho el chapoteo del agua y unas risas.

La piscina es estrecha y rectangular y un pequeño grupo charla animadamente dentro, acompañado de flotadores en forma de aguacate y de cisne. Todos son amigos de Chris. Los recuerdo vagamente de su cumpleaños en aquella terraza hace un par de años. Alrededor de la piscina hay colocadas unas cuantas sombrillas y tumbonas blancas. Localizo a mi mejor amigo semiacostado en una, bebiendo un cóctel, vestido con un batín muy fino de color burdeos que deja su pecho al descubierto.

Esto no es lo que esperaba. De todos los escenarios posibles, mi retorcida mente había escogido encontrarlo en una cama y no ha parado de atormentarme con ello. Sin embargo, esa diferencia entre mi imaginación y la realidad enciende una chispa de esperanza.

Me acerco hasta él y me planto delante tapándole el sol.

—Dime que es una broma.

Se baja sus gafas de sol con montura de tropecientos colores hasta el puente de la nariz.

—La puntualidad es cortesía de reyes, dice siempre mi madre. Y tú, bonita, llegas la última. —Arruga la nariz—. Y con el pelo violeta.

—Pues tú pareces el dueño de Playboy, pero me da igual. ¿Qué estás haciendo, Chris?

—Nunca me había parado a apreciar la sensación del sol acariciándote las mejillas. Parece insignificante, pero ahora me parece algo mucho más grande. Es irónico que uno tenga que morirse para apreciar la vida —reflexiona y vuelve a colocarse las gafas—. La parte positiva es

que no tengo que preocuparme por el melanoma. Oye, traes mala cara.

—¿Tú crees? —exclamo con una risa desquiciada—. Será porque vengo con el susto de mi vida porque me dejaste un mensaje donde decías que te mueres y te encuentro aquí bebiendo piña colada.

—Hay temas que es mejor hablar en persona. Y he estado bastante ocupado organizando mi fiesta.

—La fiesta de tu muerte —puntualizo.

—Sí, y medité mucho sobre el título. Hasta pensé en llamarla *la fiesta de la vida*, pero me parecía una horterada y tampoco es como si fuera a parir. Así que mejor llamemos a las cosas por su nombre. Ah, y esto no es piña colada. —Me corrige mientras posa la bebida en la mesita redonda que tiene a su lado, donde también hay un plato con fruta cortada—. Es un *frozen margarita* y ha sido preparado por un mixólogo profesional. Desgraciadamente para mí, no lleva ni una gota de alcohol, así que es solo *frozen*.

—No tiene gracia, no tiene ni puta gracia. Llevo dos días sin dormir y me va a estallar la cabeza. Dime que es una broma, por favor. Dime que me has hecho venir hasta aquí para otra cosa y que todo esto tiene una explicación.

—Si quieres puedo enseñarte mi última tomografía. Me encendí por dentro como el *skyline* de Las Vegas, aunque espero que te fíes de mí. Te quiero, Mini, pero no montaría este sarao solo para hacerte volver.

—¿Qué han dicho los médicos? ¿Qué ha dicho Elena?

—Siéntate.

—No quiero sentarme.

—Estás muy nerviosa y te tiemblan las manos. Siéntate, por favor.

Le hago caso y me coloco en el extremo de la tumbona situada a su lado, con mis rodillas apuntándolo. Pero mi postura no hace nada por mitigar el temblor de mis manos, ni de mi cuerpo en general. Por seco y caluroso que sea el ambiente, el sol no alcanza a la oscuridad amenazante de esta conversación.

—Elena está aquí este fin de semana si quieres hablar con ella. Pero eso no va a cambiar el hecho de que me estoy muriendo —pronuncia con una serenidad que yo estoy muy lejos de asumir—. Y para eso no hay marcha atrás.

—¿Has pedido una segunda opinión?

—¿Tú qué crees? Y una tercera y una cuarta. No hay opciones para mí ni en Madrid ni en Barcelona, ni en Houston ni tampoco en la Luna. He sido optimista durante muchos meses y he hecho todo lo que he podido hasta que ya no ha quedado nada que hacer. Lo único que la medicina puede ofrecerme es estar lo más cómodo posible el tiempo que me quede.

—No. —Cabeceo de un lado a otro con fuerza—. Tiene que haber algún tratamiento alternativo, algún ensayo clínico. Un trasplante de células madre...

—Todo eso ya lo he hecho.

—Todos los años hay terapias nuevas. Los dos sabemos...

—Los dos sabemos perfectamente lo que esto significa —me corta y se quita las gafas.

Sí que lo sé. No solo porque Chris nunca se inventaría algo así, sino porque lo que acaba de contarme ya se refleja en su aspecto. Sus ojos azules parecen más grandes a causa de las mejillas hundidas y la falta de pestañas. Ha perdido al menos cinco kilos desde la última vez que lo vi y se ha vuelto a rapar el pelo. Ahora entiendo por qué últimamente no cogía mis videollamadas y terminábamos hablando por mensaje o por teléfono sin vernos las caras. ¿Cómo no me di cuenta

de que le pasaba algo? Tal vez porque estaba distraída luchando contra mis propios monstruos.

—No querías que te viera. No querías que lo supiera —declaro enfadada, porque es la emoción más difícil de contener en este momento—. Podía haber estado contigo y...

—No hubiera cambiado el resultado. Eres la que mejor debería entenderlo.

Debería, pero no. Porque nada te prepara para algo así.

Escucho las carcajadas de los amigos de Chris dentro de la piscina y los fulmino con la mirada. ¿Por qué están aquí tan felices como si nada? Los odio.

—Eh, mírame. —Estira la palma de su mano hacia mí y mueve los dedos.

—Esto no tiene ningún sentido —respondo agarrándome a ellos, tan frágiles y huesudos que me estremezco.

—Morirse a mi edad no tiene sentido, en eso estamos de acuerdo.

—¿Y montar una fiesta sí?

—Pues sí, porque llorar sale solo, pero para celebrar hay que organizarse. Y cuanto peor se ponen las cosas, más deberíamos esforzarnos por disfrutar lo bueno.

—¿Qué tiene esto de bueno? Te juro que no lo entiendo.

Mi garganta amenaza con estrangularme, los ojos me escuecen y me aguanto las lágrimas a duras penas.

—Las llevemos puestas o no, todos vemos la vida con unas gafas. —Levanta las suyas, que todavía descansan en su otra mano—. Yo he decidido que las mías sean de todos los colores posibles antes de volverse negras. Comprendo tu reacción y odio el daño que esto te va a hacer, pero no puedo evitártelo más y tampoco puedo evitármelo a mí mismo. No tengo tiempo ni fuerzas para preocuparme de quien se ofende por la forma en la que he decidido afrontar mis últimos días. Hago una fiesta, sí, porque todavía tengo un cuerpo que me lo permite y porque esto se va a poner feo más pronto que tarde. Así que, por favor, quédate conmigo —me ruega apretándome la mano—. Si hasta ha venido mi padre. Obligado por mi madre, claro. Pero está aquí y es lo que cuenta. Vamos a hacerlo bonito, aunque sea por un rato. Solo te pido este fin de semana. Lo tengo todo organizado y esta noche asistiremos a un baile temático inspirado en *El gran Gatsby*. Nos pondremos guapos y bailaremos. A ti te encanta bailar.

Ya no.

—Dime algo, por favor —me pide unos segundos después ante mi silencio—. No me imagino haciendo esto sin ti. Te necesito, Louise.

Cuando mis padres me obligaron a ir a un psicólogo para afrontar mi enfermedad, este me explicó que nuestro organismo tiene tres formas de actuar ante el miedo. Ataque, huida o bloqueo. Solo acudí a una sesión, aunque no mencionó nada sobre organizar fiestas con lentejuelas y plumas al estilo años veinte. Pero Chris tiene su propia manera de hacer las cosas, por lo que me trago mi miedo, junto con la rabia y la impotencia. Ahora solo importa él.

—Voy a necesitar un *frozen margarita*, Thelma. El mío con alcohol, por favor y gracias.

Levanta las cejas y se vuelve a poner las gafas.

—Ese es el espíritu.

26

CHRIS

Suspiros y conversaciones que no queremos mantener

El mundo se va a la mierda, tiene los días contados y nos dirigimos hacia el caos y el apocalipsis. Es una creencia fatalista que he escuchado un montón de veces. En la televisión, en Twitter, en boca de mi padre durante las comidas de los domingos...

Pero es falsa. De todos los periodos históricos y escenarios globales vivimos en el mejor hasta la fecha. La pobreza se ha reducido a casi la mitad en los últimos veinte años y el número de muertes en desastres naturales también ha descendido gracias al progreso humano. El mundo va a mejor, no a peor. Es un hecho probado con datos y la información es accesible para cualquiera.

Sin embargo, ser conscientes de todas las cosas malas que pasan a nuestro alrededor es más fácil que interiorizar las buenas, básicamente porque nuestro cerebro está programado para sobrevivir y no para ser feliz. Yo ya no tengo que preocuparme por la supervivencia, así que prefiero concentrarme en mi felicidad y en la de quienes me rodean. Y no hablo de ese positivismo colocado de azúcar en plan agenda de Mr. Wonderful, aunque tenga tres en mi escritorio.

Me muero, y no hay quien le dé la vuelta a eso para que suene bien.

A pesar de ello y en parte por mi carácter, más de una vez me he encontrado consolando a los demás por ese hecho. A mis amigos, por ejemplo, cuando los llamé uno a uno para invitarlos a esta fiesta. También conozco las fases del duelo anticipado a través de mi familia. La negación de mi padre, la ira de Alex, la negociación de Klaus o la depresión de mi madre. No son lineales, no siguen un camino trazado, sino que saltan de una a otra constantemente. Creo que Mini ha pasado por todas ellas esta tarde en la piscina.

Tengo miedo, claro que lo tengo, y ninguna referencia en la que apoyarme. El mundo está lleno de iluminados y de supuestos gurús, de gente dispuesta a darte consejos sobre cómo vivir, sobre cómo exprimir cada segundo del presente. Pero casi nadie se preocupa por enseñarnos a morir. Los de cuidados paliativos se esfuerzan y lo intentan, pero es como intentar explicar una parte difusa y desconocida de otro universo, del que nadie ha regresado, por cierto, para contarnos qué tal van las cosas por allí.

Y yo tampoco tengo prisa por pisarlo, al menos no esta noche.

Me ajusto la chaqueta de mi esmoquin de lentejuelas color champán frente al espejo del baño de la *suite*. El traje es nuevo porque la mayoría de mi ropa me queda demasiado grande. A pesar de la delgadez extrema no estoy nada mal. Ya te he dicho que prefiero quedarme con el lado bueno de las cosas. Aunque ese pensamiento se desvanece en cuanto me veo obligado a apoyarme en el mármol del lavabo porque mis piernas amenazan con fallarme.

Unos brazos me agarran por detrás mientras intento que todo deje de dar vueltas. Son los mismos brazos que no han dejado de sostenerme los últimos dos años y medio.

—Te ayudo.

Tiago coge mi brazo y lo coloca alrededor de su cuello. Juntos salimos del baño y caminamos despacio hasta la cama. Me ayuda a sentarme sobre la colcha y se queda de pie delante de mí con su esmoquin negro. Está muy guapo. Y preocupado también. No es que se le note mucho porque es bastante estoico, con esa cara de modelo de pasarela desencantado con el mundo. Pero yo he memorizado su rostro con los ojos y con los labios. Conozco cada uno de sus gestos, por sutiles que sean.

—Estoy bien, solo me ha entrado un poco de calor.

—Voy a tomarte la tensión.

No me molesto en protestar porque es inútil, ya se ha alejado para coger el tensiómetro de la mesita de noche y prefiero reservar mis fuerzas para pelear batallas que puedo ganar.

Me ayuda a quitarme la chaqueta y la camisa y me coloca el brazalete en la parte superior del brazo. Se coloca el estetoscopio y pone cara de concentración cuando aprieta la bomba con la mano. Podría usar un tensiómetro electrónico, pero según Tiago el manual es más preciso. No puedo evitar sonreír como un idiota mientras me corta la circulación sanguínea. Dejando a un lado la fatalidad de mi situación, verlo resulta tremendamente sexi.

—Diez, seis —me informa—. Estás en el límite.

—Me encanta que me digas guarradas.

—Voy a llamar a Elena.

—Tiago, no. —Me quito el brazalete porque esta sí es una batalla que pienso ganar—. He tomado demasiado el sol, nada más. No quería presentarme como Casper en mi propia fiesta. Antes muerta que sencilla... literalmente.

Apenas levanta la ceja en respuesta, pero no le hace ni puta gracia.

—Elena ya me ha dado hoy la medicación y además la vamos a ver ahora en la fiesta. —Cojo la camisa y comienzo a ponérmela—. Te juro que estoy bien. No me voy a morir esta noche. Y si lo hago, al menos será vestido de Dolce & Gabbana.

Sí, sigo haciendo bromas sobre mi enfermedad. Saber que me muero no ha cambiado eso. Puedo parecer un inconsciente, pero no lo soy. Soy más consciente que nunca de todo lo que me rodea y solo te pediré que si no has pasado por lo mismo que yo, no me juzgues. Y si lo estás pasando, lo siento mucho. En ese caso, dudo mucho que vayas a juzgarme.

—¿Por qué no te quedas descansando? Podemos ver una peli. Lo entenderán, te lo aseguro.

Inspiro hondo y por mi nariz se cuela el olor a flores frescas que entra por el balcón. Lo último que busco es descansar. Dispongo de la eternidad para eso.

—Tengo mucho que hacer como anfitrión —afirmo poniéndome de nuevo la chaqueta.

—Tienes que cuidarte.

—Tengo que cuidar de mi familia.

Suspira.

—Es un poco *naif* por tu parte creer que vas a unir a tu familia en un fin de semana.

Lo pronuncia como si fuera un defecto, pero a mí no me lo parece. Todos deberíamos conservar algo de inocencia. Así nos atreveríamos a hacer más cosas sin tanto miedo a que salgan mal.

—¿Y si lo consigo? ¿Qué tiene de malo irse dejando a las personas que quieres un poco más felices?

Vuelve a suspirar. Últimamente suspira mucho.

—Al menos come algo en la fiesta. Y nada de alcohol —me advierte.

—¿Puedes decirme algo que me haga sentir que eres mi novio y no mi enfermero?

—Soy tu novio y también soy enfermero. Y la verdad es que me planteo ser algo más.

—¿Cómo?

Esboza una sonrisa contenida y medio ilusionada que provoca que mi corazón intente salir del pecho. Ay, mi madre.

—Voy a estudiar Medicina.

—Oh.

Mis latidos detienen la fiesta de golpe y vuelven a su estado habitual. Por un segundo había malinterpretado ese «ser algo más» como si estuviera dirigido a mí. Qué tontería. No tiene ningún sentido. No en mi caso.

—¿No te parece bien? —me pregunta extrañado.

—Qué va, no es eso. Es solo que no sabía que te lo estabas planteando de verdad.

Se sienta a mi lado.

—Ya leo libros de medicina por *hobby*, así que...

—Los lees sobre todo por mí —le recuerdo—. No me digas que quieres ser médico porque no puedes salvarme. Desprende aroma a *telefilm* barato.

—No lo hago por eso. Era enfermero antes de conocerte y ya me gustaba la medicina. Trabajar en el hospital y hablar tanto con Elena me ha ayudado a decidirme —me explica—. No va a ser fácil porque tendré que estudiar y trabajar a la vez, aunque me lo planteo como algo a muy largo plazo.

No es la primera vez que escucho a Tiago hablar sobre su futuro, pero sí la primera vez que soy consciente de que yo no voy a formar parte de él. Y la sensación es mucho peor que un mareo.

—Si es lo que quieres, me parece perfecto —declaro, aunque no necesite mi aprobación—. Pero hazme un favor... No te escondas detrás de los libros cuando yo no esté.

Noto como su cuerpo se tensa a mi lado.

—No empieces...

—Prométeme que también saldrás por ahí con tus amigos y que pasado un tiempo prudencial de unos... veinte años, contando por lo bajo, te volverás a enamorar.

Envuelvo mis palabras en una broma porque soy incapaz de decírselo de otra forma. Tiago es el amor de mi vida, y, por mucho que duela, yo no puedo ser el suyo. No sería justo para él.

—Esta no es una conversación que me apetezca mantener con mi novio aquí presente. No quiero que tengas un plan para mí, ¿vale? De momento, vamos a centrarnos en esta noche.

—¿Te he dicho ya que estás muy guapo? —replico cambiando de tema y su gesto se suaviza cuando me mira.

—Tú también.

Me da un beso en los labios que pretende ser fugaz, pero yo lo alargo todo lo que puedo.

—A lo mejor podemos llegar un poco tarde —susurro contra su boca y empiezo a deslizar la mano por la cara interna de su muslo.

—Chris... —Interrumpe el beso y aparta mi mano en cuanto esta toca su paquete—. Has estado a punto de caerte redondo hace cinco minutos. —Y lo remata dándome un beso cero sexual en el dorso.

—Dime que no quieres follar sin decirme que no quieres follar.

Hago una mueca y él se levanta con un tercer suspiro. Se alisa la chaqueta del esmoquin un par de veces y me tiende la mano, ignorando de paso mi comentario.

Supongo que preguntarle por qué ya nunca quiere acostarse conmigo es otra conversación que no quiere mantener. Aunque siendo sincero no sé si yo estoy preparado para escuchar la respuesta. En cualquier caso, tengo una fiesta a la que asistir, así que sonrío y me levanto. Como siempre hago.

Un juego en el que siempre salgo perdiendo

Sentada frente al espejo del tocador —sí, tengo un tocador como si fuera Escarlata O'Hara—, termino de darme un último toque a los labios. He optado por algo de brillo sin color. Nada exagerado, ya que mi pelo violeta es bastante llamativo de por sí, aunque lo lleve recogido en un sencillo moño bajo, y más aún combinado con mi vestuario.

Me he puesto el vestido que Chris eligió y compró pensando en mí. Dorado con ribetes en blanco y tipo charleston, de escote asimétrico con un hombro al descubierto y una falda rematada con flecos blancos a la altura de la rodilla. El disfraz completo incluye un collar largo de perlas, pendientes *vintage*, una cinta elástica sobre la frente a juego con el vestido y sandalias negras de tiras, con protectores de tacón incluidos para impedir que estos se hundan en el césped.

Sigo estando agotada, pero al menos ya no se refleja en mi aspecto. Una siesta de dos horas, una ducha larga y el maquillaje han obrado un milagro con la hinchazón de mis ojos. Tras hablar con Chris en la piscina y beberme un *frozen margarita* que casi me tumba al primer sorbo, volví al *hall* para pedirle a la gerente la llave de mi habitación. Antes de que me la entregara, tuve que explicarle que no necesitaba ayuda con la maleta, que no me apetecía nada de picar y que me la bufaba el horario del spa y los tratamientos incluidos. Se lo comenté con mejores palabras, aunque me odia igualmente por no dejarle hacer su trabajo. Tampoco pensaba detenerme para explicarle a la buena mujer que lo único que pretendía era tumbarme en la cama y llorar hasta quedarme dormida.

Fue mi madre la que me despertó hace una hora después de ver el mensaje que le había enviado. Su indignación inicial por mi falta de consideración al haberme llevado su coche y no avisarla de mi vuelta a casa quedó eclipsada en cuanto le expliqué el motivo de regreso. Para ser justa, hay muchas más cosas que contar, pero tendrá que esperar al domingo. Hoy es viernes y mi único objetivo es no romperme. Por lo menos en público.

La música de la fiesta ya se cuela sutilmente por la ventana abierta y me digo que es hora de bajar. Me pongo los guantes, subiéndomelos hasta el codo y sonrío mientras vuelvo a mirarme en el espejo. No es vanidad, solo ensayo mi máscara para esta noche.

Salgo de mi habitación, situada en la primera planta, y me dirijo hacia las escaleras. Me agarro a la barandilla y hago una mueca cuando mi rodilla se queja en el primer escalón. Respiro y espero unos segundos a que el dolor mitigue. Retomo el paso, bajando poco a poco hasta llegar a la planta baja. Al llegar a la galería acristalada coincido con un pequeño grupo de chicas. Llevan unos vestidazos impresionantes que parecen de alfombra roja. Las pierdo de vista nada más salir a la terraza. Ellas siguen su camino y yo me quedo parada. Alzo la vista al cielo y contemplo la noche estrellada. De lejos ya se escucha la orquesta. La música suena bien y yo no puedo creerme que todo esto sea real.

Trago saliva y pongo mala cara al ver el tramo de escaleras que conduce al jardín. Por suerte, hay una rampa adaptada para personas con movilidad reducida. Supongo que yo soy una. Desciendo por ella y al llegar al final veo extenderse un camino de piedra iluminado por arcos a modo de pasarela con pequeñas luces led y decorado con flores blancas y de color lavanda.

Es precioso, pero necesito un momento antes de continuar. Me aparto a un lado y me obligo a respirar hondo y a reprimir mis ganas de llorar, porque me he hecho un delineado más que decente con el *eyeliner* y sigo teniendo el mismo objetivo. No romperme.

—Qué maravilla, lo han dejado todo precioso —escucho decir a una voz dulce que me resulta familiar y que va acompañada del repiqueteo de unos tacones bajando las escaleras.

—¿Podemos dejar la pantomima cuando nuestro hijo no esté delante? Es ridícula —le responde otra voz seca y masculina que también tengo la desgracia de conocer.

—Tú eres ridículo.

Bravo por Camila. Me gustaría aplaudirla y darle un abrazo, aunque dado el tono de la conversación que mantiene con su marido, opto por esconderme antes de ser vista. Me coloco rápidamente tras un arbusto y como soy tamaño bonsái, no necesito ni agacharme.

—¿Qué más piensas darle? —inquire Philipp Ackermann deteniéndose en el inicio del camino de luces.

—Es mi hijo y si me pide que la Tierra deje de girar, ten por seguro que encontraré la manera de hacerlo.

—¿De verdad? —Se ríe con desdén—. Pues si eres capaz de eso también podrás buscar la manera de que no se rinda. Sería mucho más útil, ¿no te parece?

—Eres un hijo de puta.

—Ya vale. —Una tercera voz se une a la conversación. No me muevo ni un centímetro del sitio, pero mi pulso es independiente y se desboca con su sonido. Ni siquiera puedo verlo y ya tiene efecto en mí. Puto Ackermann—. ¿Podéis dejar de discutir aunque solo sea por un día? Esto no va de vosotros, va de Chris —les recuerda Alex a sus padres con tono afilado—. Venga, papá, eres un experto en fingir de cara a la galería que te gusta tu familia y seguro que puedes hacerlo una noche más. Después podéis mataros si queréis.

—Voy a buscar una copa —declara Philipp.

—Yo, un Lexatin —añade Camila.

Los escucho avanzar por el camino como bombas de relojería andantes. Tampoco me sorprende. Los padres de Chris apenas se soportaban cuando los conocí y está claro que su relación no ha mejorado en estos dos años.

Espero unos segundos prudenciales para asegurarme de que el camino está despejado y decido salir. Bordo el arbusto y al girar, mi nariz choca de lleno contra un pecho. Del susto trastabillo hacia atrás y tropiezo con los tacones de mis sandalias. Una mano intenta cogerme, yo me agarro a lo primero que pillo, que resulta ser una camisa y me la llevo conmigo junto con el cuerpo de ochenta y cinco kilos que la acompaña. Los dos caemos sobre el arbusto antes de aterrizar en el suelo.

—Espera —me pide Alex encima de mí—. Me levanto yo primero y te...

—No, me levanto yo —espeto quitándomelo de encima y rodando por el suelo.

—¡Au! —se queja—. Me has pisado la mano.

—Te jodes —mascullo entre dientes y me levanto muy digna. O todo lo digna que puede mostrarse una después de hacer la croqueta.

Él se pone en pie con bastante más elegancia, todo hay que reconocerlo.

—¿Nunca te han dicho que escuchar conversaciones ajenas es de muy mala educación? —me pregunta recolocándose la chaqueta del esmoquin, cosa innecesaria porque la prenda se ajusta a su cuerpo como si quisiera tirárselo. Sí, hasta la ropa quiere follarse a Alexander Ackermann.

—¿Y a ti nunca te han dicho que no te acerques a una chica tan sigilosamente? ¿Pero a quién se le ocurre?

No recibo respuesta. Se limita a desviar la mirada y menear la cabeza con desaprobación.

—Qué burra eres, casi lo destrozas —declara mientras se acerca a comprobar si la vegetación

ha sufrido daños permanentes.

A mí me escuece un poco el brazo y compruebo que me hecho un raspón. La parte positiva es que es pequeño porque mis guantes han amortiguado el roce.

—Estoy bien —lo informo—. Gracias por preocuparte por un arbusto más que por mí.

—Es un boj piramidal. Y es bastante más sensible que tú —me corrige y me insulta a la vez.

Y lo hace acompañado de muchas cosas. De esa maraña de ondas sueltas cayendo sobre su frente en un desorden irónicamente ordenado, de esa maldita cara que el paso del tiempo ha conseguido volver aún más masculina y atractiva, de esa sombra de barba de tres días que le aporta cierta madurez y de esa sonrisa burlona y medio macarra que te pone las cosas muy difíciles cuando intentas enfadarte. Pero espera un momento... Es el mismo tío que se acostó conmigo y luego dijo que era una rarita y le daba pena.

—Pobrecito boj, quédate a consolarlo todo el tiempo que haga falta. Yo me voy a la fiesta.

—¿Qué hacías ahí escondida espiando?

—No estaba espiando.

—Te he visto desde arriba.

—Necesitaba un momento para... —Suspiro con fastidio—. Da igual, no tengo que darte explicaciones de lo que hago.

—Vale, hemos empezado mal tú y yo.

«Tampoco acabamos bien», estoy a punto de responder, pero me muerdo la lengua.

—No tengo ganas de discutir contigo, Alex.

—¿Por qué no? —Levanta las cejas—. Recuerdo que era la segunda cosa que mejor se nos daba. —Doy un paso adelante para largarme y me frena levantando las manos en señal de paz—. Vale, vale, a mí tampoco me apetece discutir con nadie más hoy. Bastante tengo con mis padres —apunta mucho más serio esta vez—. Hagamos las cosas bien. ¿Puedo al menos darte dos besos?

Asiento y, de hecho, soy yo la que da el primer paso hacia él. Maldito el momento. Su olor me inunda cuando mi mejilla toca la suya. Es alguna colonia masculina de esas que se supone que huelen a madera y bergamota o yo qué sé. Da igual porque para mí Alex sigue oliendo a flores y a tierra mojada. Tengo su aroma tan incrustado en el cerebro que soy capaz de recrearlo a mi antojo.

—Ahora es cuando se supone que tenemos una conversación educada y te pregunto cómo estás.

—Bien —miento con educación—. Dadas las circunstancias —apostillo con rapidez—. ¿Cómo estás tú?

Y siento que me traiciono un poco a mí misma por querer saber de verdad la respuesta.

—Bien, dadas las circunstancias —miento también—. Y ahora es cuando te pregunto por fin lo que realmente quiero saber.

Contiene el aliento y me clava sus ojos verdes salpicados de motas color avellana.

—¿Qué?

Mi pulso vuelve a bailar sin que nadie lo invite cuando esboza una sonrisa lenta.

—¿Aprendiste por fin a hacer mamadas?

Y se humedece el labio, el muy gilipollas.

—Eres un...

—¡Aquí estás! —exclama Chris emocionado, que aparece cogido del brazo de Tiago—. Y fabulosa con el modelo que escogí, por supuesto. Qué buen gusto tengo, ¿verdad, Alex?

—Está preciosa —responde su hermano sin dudar ni apartar la mirada de mí.

Rompo el contacto visual y me acerco a Tiago para darle un fuerte abrazo. Alex viene detrás de mí y se para demasiado cerca, pero decido ignorarlo. Y eso valdrá para toda la noche.

Chris y Tiago están muy guapos. Sus estilos son totalmente diferentes, pero se complementan. Mi amigo llama la atención como una explosión de champán con su traje de lentejuelas y su chico lo hace de manera más sutil, de negro y con ese aire desgarrado y a la vez elegante. Casi esperarías encontrártelo leyendo un libro en el fondo de un café parisino antes que en una fiesta.

Chris pasa su mano por debajo de mi brazo y le sujeto para que apoye su peso en mí. Le hago un gesto casi imperceptible a Tiago cuando me mira para asegurarle que lo tengo controlado.

—En cuanto lleguemos voy a presentarte a mi amigo Max. Es muy guapo y es ideal para ti —afirma Chris—. Pasó por una fase bi este verano, pero por experimentar más que nada, así que es básicamente hetero. —Tuerce la boca y arruga la nariz—. En un setenta y cinco por ciento, más o menos.

—Estaría bien que tuvieras algún criterio para buscarle un ligue a Mini más allá de que el tipo sea tres cuartas partes heterosexual —opina Tiago con una sonrisa.

—A lo mejor es que Minerva ha bajado el listón desde la última vez que nos vimos —remata Alex a cuento de nada.

—No me habéis dejado acabar, cretinos —protesta Chris—. Es guapo, es encantador y además es bailarín.

O sea, cien por cien gay.

—Preséntamelo, ¿por qué no? —Chris sonríe y por esa sonrisa sería capaz de hacer cualquier cosa. Hasta de acostarme con un gay reprimido.

Antes de enfilar el camino junto a mi amigo, giro el cuello hacia Alex y hablo en voz baja.

—Por cierto, ya que te interesa, sí que aprendí. Tengo una técnica bastante buena, aunque siempre se puede mejorar. A lo mejor practico esta noche con el bailarín.

Él asiente con la cabeza y chasquea la lengua.

Me alejo triunfante por haber borrado ese gesto de suficiencia de su bonita cara. Aunque mientras camino siento su mirada clavada en mi nuca. La piel se me eriza y me doy cuenta de que no es buena idea jugar a nada con Alex, porque con él, pase lo que pase, siempre salgo perdiendo.

28

ALEX

Fingimos una noche más

Cojo la copa de champán que me ofrece uno de los tantos camareros que desfilan con chaqueta blanca y pajarita negra y me bebo más de la mitad de golpe. Está helado y las burbujas me raspan la garganta. A continuación, aparece otro con una bandeja de canapés. Bombón de *foie* y almendra, me informa. Me lo como de un bocado y sin apenas masticar. Así hago yo las cosas últimamente. Me las trago de golpe para que pasen rápido.

Desde una esquina del jardín, bajo un piñonero italiano decorado con lianas de luces, echo un vistazo a la cortina de flecos suspendida entre dos columnas que da acceso al festival de brillos, boas de plumas y trajes de noche que tengo delante. La ostentación no va mucho conmigo, pero debo reconocer que, en general, es una buena fiesta. El presupuesto ilimitado de mis padres ayuda, claro está, y explica excentricidades como la pirámide de copas de champán, una barra especial solo para cócteles y la mesa de casino con crupier.

El dinero no dará la felicidad, pero adorna acojonantemente bien. Y mi hermano parece divertirse, es todo lo que me importa. Lo observo bailando en la pista con algunos de sus amigos, a los pies de un escenario negro y dorado de estilo art déco. La cantante, vestida con un traje de tirantes largo y plateado interpreta una versión *jazz* del *Crazy in Love* de Beyoncé, acompañada de un piano, una batería, un trombón y un clarinete.

Soy consciente de que Chris se ha esforzado mucho en que todo salga perfecto esta noche. De hecho, ha sido tan insistente que hasta yo sé que la copa que sostengo en la mano, ancha y baja, es de tipo Pompadour y fue escogida atendiendo al espíritu clásico de la fiesta, a pesar de que desde el punto de vista organoléptico sería más adecuado una copa en forma de flauta o de tulipa.

Hay ochenta y siete invitados, eso también lo sé, y encontrar a Minerva me lleva menos de cinco segundos. Tengo un radar interno cuando se trata de ella.

Se encuentra al lado de la pista de baile, pero lo bastante alejada de la orquesta como para poder mantener una conversación sin tener que gritar. Habla con un amigo de Chris. El bailarín de los huevos. Mi corazón se acelera al instante. Bum, bum, bum, cuando la veo sonreír al tipo. Bum, bum, bum, cuando se esconde tras la oreja ese mechón violeta y rebelde que se escapa de su moño. Parece que le ha robado el pelo a un unicornio, aunque está preciosa. Con pelo y sin él. Y otra vez, el puto bum cabalgándome en el pecho. No necesita hacer nada concreto para provocarlo, con que respire ahí parada me vale. Porque sigue siendo la jodida dueña del ritmo de mis latidos.

Como si sintiera mi presencia, sus ojos se desvían hacia mí mientras habla. Nuestras miradas se comen la distancia que nos separa, pero ella aparta la vista a la vez que levanta la barbilla con elegancia. La misma que posee al bailar. La misma con la que me mandó a la mierda hace dos años.

Me bebo el resto de mi copa y esta vez el líquido arde según entra.

La odio.

No, no la odio, es mentira. Aunque le guardo rencor. Y, aun así, cuando la he visto y me ha mirado con cara de querer pegarme una patada en los cojones, cosa que no me explico si nunca significó nada para ella, he intentado hacerla reír. Porque una parte de mí la entiende. Y esa parte también intuye por qué necesitaba un momento antes de venir a la fiesta. Yo he necesitado muchos momentos antes de esta noche y sigo sin asumirlo.

Hace un par de días hablamos por teléfono y me vi obligado a confirmarle la peor de las noticias. Un par de lágrimas silenciosas cayeron por mis mejillas mientras ella dejaba explotar las suyas. Me gustaría ahorrarle todo lo que llevo sintiendo desde que supe que mi hermano se muere. Pero no puedo. Nadie puede quedarse con el dolor ajeno.

El perfume familiar de flor de azahar y mandarina me llega unos segundos antes de que lo haga mi madre. Se coloca a mi lado sigilosamente, con su vestido largo de color verde oscuro y negro. Es la más guapa y elegante de la fiesta, a pesar incluso de la tristeza constante que inunda sus ojos y ninguna pastilla es capaz de solucionar.

—Deberías ir a hablar con Mini —comenta con ligereza.

Levanto la mano para llamar a uno de los camareros y en cuanto se acerca, poso mi copa vacía en la bandeja y la sustituyo por la más llena que veo.

—No tengo ningún interés. —Bebo para tragarme esa mentira.

—Lo que nos resulta indiferente no nos mueve. Es lo que queremos lo que nos empuja, para un lado o para otro. Y tú pareces querer correr hacia ella.

—No necesito consejos amorosos, mamá —respondo en un tono mucho más áspero del que suelo utilizar con ella—. No hay nada. Se fue y punto.

Y me esforcé por expulsarla de mi cabeza, aunque se empeñaba en colarse a ratos. En todas las jodidas canciones de Green Day, por ejemplo.

—Se fue, pero viendo cómo la miras está claro que se quedó en parte. Y puedes fingir que no te importa, Alex. Se te da bien. Pero yo soy tu madre y conozco a mis tres hijos. Sé de qué pie cojeáis cada uno. Todavía recuerdo vuestro primer día de colegio como si fuera hoy.

—¿Te vas a poner nostálgica? —resoplo y echo la cabeza hacia atrás fingiendo aburrimiento.

—Déjame, tengo derecho —protesta colgándose de mi brazo—. Y tú la obligación de escucharme.

—Nuestro primer día de colegio, decías...

Cualquier distracción me va bien en este momento.

—Klaus se fue tan tranquilo a su aula, sin mirar atrás. Chris se agarró a mi pierna en la puerta del colegio y se pasó como veinte minutos llorando sin soltarme. —Sonrío con los labios cerrados. Me cuadra de los dos—. Tú entraste muy serio y sin decir nada. Al ir a recogerte me contaron que habías intentado escaparte. Le dijiste a tu profesora que no querías dejarme sola. ¿Qué niño hace eso? —se pregunta con una sonrisa incrédula y tierna a la vez.

—Pues cuando me fumaba las clases a los quince no te hacía tanta gracia.

—Haz bromas si te apetece, pero siempre te has preocupado por la gente a la que quieres. Por Chris. Por mí.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Tu padre también lo hace, a su manera.

—¿En serio? —La miro alzando las cejas—. Le has llamado hijo de puta hace media hora y ahora lo defiendes.

Por no mencionar que en mis veintiséis años no recuerdo haber visto un gesto de preocupación o cariño de mi padre hacia ella.

—Él no entiende todo esto, pero, aun así, está aquí. Tu padre cree que el dinero y la seguridad económica son una manera de demostrar amor. Es su manera, no digo que sea la correcta.

—Pues yo no tengo ni idea de qué es el amor, pero seguro que eso no.

—Es que el amor no hay que entenderlo ni teorizarlo. Y menos con tu edad. Hay que vivirlo y dejar que te arrase un poco.

—Ya... ¿Y el desastre que deja? ¿Los platos rotos?

—Se recogen.

—¿Tus hijos somos los platos rotos?

Me sale sin querer como un dardo envenenado que aterriza directo en su rostro, ensombreciéndolo un poco más. En parte lo pienso, pero no pretendía decirlo.

—Voy a contarte un secreto.

—Si es que Klaus es adoptado, Chris y yo lo hemos sospechado siempre.

—Cuando somos jóvenes, no sabemos lo que hacemos; y cuando somos adultos, fingimos que sabemos lo que hacemos, pero seguimos sin tener ni idea. Somos humanos, Alex. Tus padres también lo somos, y también nos equivocamos.

Apuro mi copa con un último trago largo para empujar mis palabras hacia abajo y ahogarlas en mi garganta, pero estas se empeñan en rebotar y salir a chorro como una puta fuente.

—¿Qué haces todavía con él, mamá? Porque te juro que no lo entiendo. No he visto a nadie más resignado que tú a ser infeliz. Ya no somos niños y no tienes que estar con él por nosotros si es lo que crees. Nunca lo hemos necesitado.

En el colegio, mis amigos lloraban cuando sus padres se separaban. Yo deseaba en silencio que ocurriera, porque siempre me hizo mucho más daño verlos odiarse juntos.

—Para mí siempre seréis mis tres niños. Y a uno están a punto de quitármelo, así que... —La voz se le corta y aprieta mi brazo con fuerza mientras toma aire para serenarse—. No quiero conversaciones serias ni tristes esta noche.

Asiento porque sé que no es el momento para discutir esto. La medicación es lo único que consigue que mi madre este aquí de pie, aguantando. Y lo último que necesita de mí es que añada más sufrimiento a la situación.

—Vamos a bailar —le digo esbozando una sonrisa que no siento.

Es verdad que se me da bien fingir. Fingir que no pasa nada. Que no me enamoré y dolió, que mi hermano no se muere, que mi otro hermano no es prácticamente un desconocido, que mi madre no está destrozada o que me da igual que mi padre no me mire a la cara. Fingir, en definitiva, que mi familia no se rompe. Si es que alguna vez no lo estuvo.

Caminamos juntos hacia la pista y bailamos. Y sonreímos. Y también fingimos que no pasa nada una noche más.

Guardar secretos

Chris ha conseguido que la decoración de su fiesta sea desmedida y a la vez de un gusto impecable. Los tonos dorados, blancos y negros envuelven el jardín como si estuviéramos dentro de una peli clásica de Hollywood y el ambiente invita a beber y bailar. Incluso a hacer alguna tontería. Como terminar la noche con Max. El chico lleva veinte minutos largos esforzándose por darme conversación, aunque lo último que me apetece compartir es nuestra mutua pasión por el baile. Y parece interesado en mí. Me lo sugieren sus ojos, que no dejan de mirarme fijamente, la forma en que desliza la mano por ese pelo rubio y rizado por el que yo misma mataría y ese hoyuelo que juega a su favor, convirtiendo una sonrisa bonita en una letal.

Sin embargo, no me afecta como debería. De hecho, no me despierta ningún tipo de emoción. Estoy anestesiada, como cuando sales del dentista después de que te haya quitado las muelas del juicio. Con la diferencia de que mi insensibilidad se extiende por todo el cuerpo. Pero Max no tiene nada que ver con eso. Soy yo. No dejo de pensar en Chris, quien ahora mismo baila frente a mí con su novio y sus amigos. Le brillan los ojos y parece lleno de vida. Pero solo lo parece, supongo, como yo parezco estar perfectamente aquí, hablando a pie de pista con este chico. De quien me olvido, por cierto, en cuanto Alex entra en escena.

He intentado evitar sus miradas, pero ahora soy yo quien lo observa de reojo mientras se acerca acompañado de Camila, a quien ya saludé al comienzo de la fiesta. A su marido ni me he molestado en dirigirle la palabra. Dudo que recuerde mi nombre. Además, no pretendo interrumpirlo. Poner cara de asco mientras bebes *whisky* o alguna bebida machuna similar exige mucha concentración.

Madre e hijo se colocan en el centro de la pista. Él en un ademán cortés, y muy poco de su estilo, la verdad, le hace una reverencia a ella, que se ríe antes de aceptar su mano. La cantante interpreta el *You Know I'm No Good* de Amy Winehouse y acaricia las notas con un sonido grave e íntimo. Ambos se mueven a un ritmo pausado y se sincronizan de forma natural, sin necesidad de mirarse los pies como dos principiantes.

Pueden intuirse muchas cosas viendo bailar a dos personas. Su grado de confianza, su nivel de complicidad, su conexión emocional. Alex y Camila establecen un diálogo mudo y solo por la forma en la que él sostiene a su madre también envía un mensaje al resto del mundo. Se pondría delante de un dragón por ella.

No sé si es su intuición o que, sin darme cuenta, me he quedado mirándolos como una gilipollas, pero los ojos de Alex se apartan de los de su madre para encontrar los míos.

Siempre hay grietas de luz colándose en la oscuridad. Y las suyas son cegadoras.

El calor se extiende como un fogonazo por mis mejillas y se concentra también en mi estómago. Resulta que mi cuerpo es tan selectivo que solo se despierta con él. Acto seguido, entra en acción la parte racional de mi cerebro, la única a la que estoy dispuesta a escuchar cuando a Alex se refiere, y me susurra que lo único que siento es nostalgia. La nostalgia de las primeras veces. Porque, me guste o no, fue mi primer beso de verdad. Mi primera relación íntima. Y digo íntima porque después de él he tenido sexo, pero nunca ha sido íntimo. Y también fue mi primer... No, me niego a llamarlo primer amor.

Mi primera ilusión se ajusta más a la realidad. Y la ilusión puede tener dos significados muy distintos. Uno se refiere a la esperanza de lograr algo que se desea. El otro tiene que ver con una

imagen mental, bonita pero engañosa, provocada por una falsa percepción de los sentidos. Está claro que mis sentidos estaban atrofiados y Alex fue una ilusión del segundo tipo. Como esta noche. Como esta fiesta.

Me ubico de nuevo y dejo de mirarlo y de pensar en él. Tampoco soy capaz de centrarme en Max, aunque lo tenga delante, así que le digo que voy a buscar algo de comer, sin darle opción de acompañarme. Lo comprende rápidamente. No quiero hacerle perder más el tiempo y estoy convencida de que no tardará mucho en encontrar compañía, masculina o femenina. Juraría que ha comentado algo sobre su pansexualidad, aunque no estoy segura. Como oyente doy asco.

Comer tampoco me parece mala idea. Prácticamente se me ha olvidado en los últimos dos días. Camino por el jardín buscando a algún camarero al que asaltar y cuando lo encuentro, tengo que conformarme con un minicanapé de salmón.

Nada más metérmelo en la boca y antes incluso de que su sabor salado roce mi lengua, escucho una voz pronunciando mi nombre. Lo hace con tono severo, como el de una madre cabreada. Una madre demasiado joven que me hubiera dado a luz casi a la edad que tengo yo ahora. Es Elena. Mi oncóloga. Sus ojos grises atrapan los míos sin darme la posibilidad de esquivarlos. Viene directa hacia mí, enfundada en un vestido negro y largo que se amolda a cada generosa curva de su cuerpo en forma de reloj de arena. Es una de las pocas invitadas que no lleva un recogido formal. Su pelo castaño rojizo, ondulado y algo salvaje cae por debajo de sus hombros. Está espectacular.

—Te he estado llamando —me reprocha nada más darme un abrazo y termino de tragarme el canapé, que desciende por mi garganta como si fuera lija.

—Lo sé.

Y también sé por qué. Ha pasado un año desde mi última revisión, lo cual significa que tengo pendiente la próxima.

Elena frunce los labios, pintados en un perfecto rojo mate, aunque su ceño se suaviza y expulsa el aire pesadamente por la nariz. Pasa de ser una madre enfadada a una preocupada.

—Mini, sé que las revisiones son difíciles y traen recuerdos. Pero también son necesarias y lo sabes.

Siempre me ha gustado Elena. Resolvía mis dudas con paciencia, era cercana y sensible, pero también sincera cuando tocaba serlo. Tras terminar mi tratamiento seguimos en contacto más allá de mis revisiones y todavía mantenemos una buena relación. La última vez que nos vimos fue en diciembre del año pasado, cuando estuvo en Nueva York de vacaciones y me llamó para comer juntas. Soy consciente de que siempre se ha preocupado por mí más de lo que establece la relación médico-paciente convencional.

—He estado ocupada con un montón de audiciones y se me ha ido de la cabeza —miento.

—Pero ahora estás aquí, así que te busco un hueco para la semana que viene.

Mi corazón se acelera descontrolado en cuanto pienso en poner un pie en el hospital y enfrentarme a una gammagrafía ósea. No obstante, me esfuerzo por contenerlo y asiento.

—¿Cómo estás? —quiere saber y mira hacia donde está Chris—. ¿Cómo lo llevas?

—No lo llevo. Y no sé qué hacer para que esté bien.

Con Elena puedo permitirme ser sincera. O todo lo sincera que puedo ser ahora mismo.

—Puedes hacer lo único que podemos hacer todos. Intentar disfrutar de esta fiesta. Con él y por él.

Sé que esas palabras tienen sentido, aunque me cuesta asimilarlas. Hace cuatro horas que mi mejor amigo me confirmó que se muere y aquí estoy, disfrazada, celebrándolo por todo lo alto,

comiendo canapés de salmón y sonriendo como si no fuera un desastre por dentro.

—No sé cómo lo haces... Tu trabajo, me refiero. —Responde con una mueca—. Perdona, no quiero que suene mal, me pareces Wonder Woman y no sé qué habría hecho sin ti, pero...

—No pasa nada. Hay días que hasta yo me lo pregunto. —Suspira con complicidad—. Me afecta. Si no lo hiciera, no podría hacer bien mi trabajo. Pero si dejo que me hunda, tampoco. Intento buscar el equilibrio. Cuando veo chicos como Chris, lo pierdo. Y después estás tú, que me ayudas a recuperarlo y das sentido a lo que hago.

Me dedica una sonrisa pequeña y a la vez sentida que me estrangula la garganta.

—Buenas noches, señoritas.

Jamás creí que el hermano mayor de Chris me salvaría de echarme a llorar como una niña y de pronunciar en voz alta mi mayor miedo en este mundo. Klaus aparece delante de nosotras, vestido con un esmoquin impecable y los zapatos más limpios que he visto en mi vida. Claro que tiene pinta de tener un mayordomo contratado solo para abrillantarlo el calzado cada mañana. Agradezco esa clase de pensamiento superficial porque me tranquiliza.

—Hola, Klaus.

—¿Mini? —Parpadea fuerte y le resulta extraño hasta pronunciar mi nombre. No lo culpo. Nos conocemos, pero nunca mantuvimos una conversación real—. No te había reconocido con ese pelo tan... moderno.

Nada que ver con el suyo, rubio claro natural y prácticamente esculpido como el de una estatua griega.

—Yo creo que está muy guapa —interviene Elena.

—No pretendía insinuar que no lo estuviera. Ni que sí. Bueno, es decir, claro que estás guapa. Las dos los estáis —aclara abriendo los ojos—. Todo el mundo, hombres y mujeres lo están... —Resopla incómodo y se pasa la mano por la barbilla—. Perdón, Recursos Humanos acaba de darnos un curso para prevenir el acoso sexual.

—Klaus, no pasa nada. Las dos estamos guapas —replica ella con una sonrisa—. Y tú también.

Sus hombros se relajan de inmediato y deja de parecer el hombre de hojalata vestido de traje.

—He visto vuestra tienda en Nueva York —le comento para cambiar de tema—. Es una pasada.

No podría ni comprar un jarrón de la firma Ackermann sin pasar hambre durante un mes, pero fui a visitar su tienda tras la inauguración. Es luminosa, huele a vainilla y está situada en la séptima avenida, una de las más importantes de la ciudad.

—Gracias, me encargué de la apertura yo mismo. Fue una locura abrir en pleno diciembre. Muchas noches sin dormir, pero mereció la pena. Además, Nueva York está preciosa en Navidad. En cualquier época, en realidad.

Me habla a mí, pero sus ojos azul glaciar se posan en Elena. Y de repente, siento que sobro, como si con ese gesto acabara de meterse con ella en una burbuja impenetrable.

Un momento, en diciembre fue cuando vi a Elena en Nueva York. Vale, no, lo que se me acaba de ocurrir no puede ser.

—¿Te apetece bailar? —le pregunta él.

—¿Eh? —Ella abre los ojos como si le hubiera pedido que le donara un riñón—. No.

—Venga, Elena, es solo un baile —dice bajando ligeramente la voz. Yo ya he desaparecido de la conversación para Klaus e incluso de este plano astral—. Y te encanta esta canción.

Suena *Dream a Little Dream of Me* y Klaus sonrío. Con todos los dientes. Nunca lo he visto

sonreír así a nadie. En realidad, no lo he visto sonreír, a secas. Siempre me ha parecido el más guapo de los tres hermanos Ackermann, y el más frío con diferencia. Pero ahora no. Ahora sus ojos podrían fundir la nebulosa Boomerang, que es el lugar más frío que existe en el universo. Dato que conozco porque Google está abierto las veinticuatro horas y yo padezco insomnio desde hace semanas.

—Mejor luego. Mini y yo vamos a tomar algo y a ponernos al día.

Me agarra del codo y me lleva con ella sin darme la posibilidad ni de abrir la boca. Ni siquiera tengo tiempo de despedirme de Klaus. Cruzamos el jardín con tacones y como si nos persiguiera una familia de jabalíes hambrientos, así que estoy bastante segura de que nuestra salida no ha sido sutil.

—Buenas noches —nos saluda un sonriente camarero vestido de blanco en cuanto aterrizamos en la barra—. El cóctel especial de esta noche es...

—Dos chupitos de tequila —lo corta Elena, a él y a su sonrisa, así que se va a prepararlos raudo y veloz.

Apoya una mano en la barra y tamborilea rápido sobre la misma con las uñas mientras sus ojos se pierden en el infinito.

—Fui la segunda de mi promoción, he sido ponente en congresos internacionales y he hablado delante de cientos de personas —afirma en voz alta, aunque no sé si se dirige a mí o a sí misma—. He viajado sola por el mundo y he escalado la Cordillera de Alaska. Pero aquí me tienes, con cuarenta y dos años y las piernas temblando por un crío. Es ridículo —masculla entre dientes.

Jo-der. Pues sí que puede ser. Elena y Klaus. Klaus y Elena.

—Esto... no... yo...

Mi cerebro acaba de cortocircuitar y solo soy capaz de balbucear palabras inconexas.

El camarero regresa y deja los dos vasos de tequila sobre la barra y los sirve junto con dos rodajas de limón en un pequeño plato de color dorado, un salero negro minúsculo y un par de servilletas.

Elena hace un gesto de cabeza para que empiece yo. Si bebo alcohol con el estómago vacío es probable que vomite o me desmaye. O todo a la vez.

—No, gracias.

—Mejor. —Se bebe uno y a continuación el otro, sin respirar entre medias—. No puedes decir ni una palabra —me advierte con una tos y la voz rasposa mientras se lleva el limón a la boca—. Ni a Chris ni a nadie.

—No sabría muy bien qué decir.

—Por favor, Mini, no te hagas la tonta, que ni te sale.

No es mi intención, es que se trata de Elena y de Klaus. Dos personas que conozco por separado y no logro emparejar en mi cabeza.

—Entonces Klaus y tú —musito y dejo en el aire lo que sea que venga detrás.

Se limpia los dedos con la servilleta en silencio hasta que termina por destrozarla y la posa en el plato con un suspiro.

—Es un lío sin sentido. No sé qué me pasa con él.

—¿Desde cuándo?

Me siento rarísima preguntándoselo, sin embargo, la curiosidad es más fuerte que la prudencia.

—Desde hace dos años. Dos años y cuatro meses concretamente. —Se da la vuelta y se apoya

de espaldas en la barra con pesadez—. Al principio solo hablábamos de los posibles tratamientos de Chris, pero luego la cosa se complicó.

—Mi experiencia sentimental es tan nula que da pena, pero dos años y cuatro meses no suena a un lío sin sentido. Parece más bien una relación.

—Tiene veintinueve años. Veintinueve —recalca mirando a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie pueda estar escuchándonos—. ¿Quién me he creído yo, Demi Moore?

Arrugo la nariz.

—Me suena, pero...

—Gracias. —Extiende las palmas de las manos hacia arriba con un gesto teatral—. Ese es precisamente mi punto.

Jamás he visto a Elena alterada. Pero eso se debe a que nuestras conversaciones siempre han girado en torno a mí, lo cual es una pena porque tengo muchas preguntas respecto a Klaus. La primera es si se despeina mientras folla, aunque no creo que sea el momento adecuado para comentarlo.

—Tampoco me parece tan raro.

—He visto tu cara hace un momento. —Arquea una ceja con incredulidad—. Si no fuera médica, habría pensado que te estaba dando un ictus.

—Eso ha sido por el *shock* inicial, pero en el fondo no es tan extraño. Es decir, al menos en teoría. Os conocéis desde hace tiempo, los dos sois guapos, inteligentes y adultos, aunque haya diferencia de edad. Y supongo que debéis tener cosas en común para llevar juntos más de dos años.

—Tengo trece años más que él —insiste.

—Al menos sabes que no está contigo por tu dinero. Él tiene mogollón —bromeo, pero ella no sonríe.

—Su hermano es mi paciente.

—Sí, su hermano. Lo malo sería que Klaus fuera tu paciente y no es el caso.

—Aun así, es muy poco profesional. Y si se enteran sus padres... —Se lleva los dedos al puente de la nariz y expulsa el aire por la boca—. Mini, escúchame, por favor —me pide agobiada.

—Tranquila, Elena, no voy a contarle nada a nadie. Te lo juro.

Y pienso cumplirlo, porque, aunque ella no lo sepa, se me da fenomenal guardar secretos.

Y hasta se me olvida

Doy un paseo a oscuras por el jardín, con las sandalias en la mano y un leve zumbido en los oídos a causa de la música que ya ha dejado de sonar. El autobús se fue hace veinte minutos con los últimos invitados, los más ruidosos y borrachos, y la noche está ahora en profunda calma. En la villa ya solo queda la familia de Chris y los más cercanos a esta, que somos Tiago, Elena y yo.

Mi amigo aguantó hasta el final de la fiesta como un campeón y acaba de irse a dormir con su chico. A Camila y a Philipp los perdí de vista hace horas. Elena y Klaus también desaparecieron en algún momento, aunque ahora no dejo de preguntarme si se irían juntos. Solo espero no encontrármelos dándole al tema en este laberinto de jardín. A Alex procuré ignorarlo durante toda la fiesta, pero lo vi bien acompañado de una rubia muy de su estilo. Alta, guapa, del tipo que no da pena a nadie.

A pesar de todo lo que ha supuesto esta noche y de que su significado me revuelva el estómago, me he divertido. Con Chris y por él, como me aconsejó Elena. He comido, he bebido champán y he perdido los guantes mientras bailaba y cantaba a pleno pulmón. En definitiva, me he dado un respiro de la vida hasta olvidarme de que se termina.

La última vez que pregunté la hora, a un camarero que ya estaba recogiendo las copas, eran las cuatro y veinte de la madrugada. Ya deben ser por lo menos las cinco y aquí sigo, dando vueltas por un camino custodiado por setos perfectamente recortados. El insomnio y el *jet lag* son una combinación peligrosa. La soledad también puede serlo, por sí misma. Aunque es mi estado habitual. Puede que hasta natural.

Creí que las cosas podrían ser diferentes en Nueva York, pero cuando empecé las clases me di cuenta enseguida de que algunos alumnos me miraban con recelo. Creían que se me había concedido un trato de favor y, por tanto, no me había ganado mi plaza por mérito propio. Los que no pensaban así, me observaban con curiosidad, como un bicho al que analizar bajo un microscopio. Algunos incluso se interesaban por conocer los detalles más morbosos de mi enfermedad. Aunque me esforcé por ser cordial con todos, no hice amigos de verdad. Al menos nadie me echa en falta desde que me he ido y yo tampoco extraño a nadie.

Caminando perdida en mis pensamientos llego hasta la piscina. Cuatro focos la iluminan desde dentro y el sonido relajante del agua fluyendo me envuelve. Podría sentarme un rato en el bordillo y meter las piernas o... Miro a mi alrededor y me muerdo el labio. Los setos son altos e impiden la visibilidad, así que no me lo pienso demasiado.

Dejo caer las sandalias en el suelo y me bajo la cremallera del vestido. Me lo saco con cuidado por los pies para no mancharlo y lo dejo bien estirado sobre una tumbona, junto con las medias y la cinta del pelo. Me quito las horquillas que apenas sostienen ya mi moño y desenredo los nudos con los dedos y con un golpe de melena. Por último, me deshago de las braguitas y las poso encima de la ropa.

Puede que nadar desnuda sea una chorrada, pero no suelo disponer de piscinas privadas. Además, a Chris le encantará escuchar mañana que he tachado un punto de mi lista. *Nuestra lista.*

Me acerco a las escaleras y en cuanto pongo un pie en el primer escalón metálico, una ráfaga de aire me roza los pezones dolorosamente. Me entran ganas de rajarme, pero aun así meto el pie en el agua. Abro la boca de la impresión y ahogo un jadeo sordo. Está helada y el primer

contacto con la piel no es nada agradable. Contengo la respiración y sigo bajando hasta llegar al suelo, dejando que el agua me cubra hasta los hombros. La sensación de frío perdura y me obligo a dejar salir el aire retenido en los pulmones. Agito los brazos con fuerza y vuelvo a tomar aire. Me sumerjo por completo y abro los ojos en el agua. Me recibe el silencio absoluto. Aguanto unos segundos, hasta acomodarme a la temperatura y al salir ya casi no siento el frío.

Hago un largo nadando a crol hasta la parte más profunda y al llegar al bordillo me impulso con los dos pies juntos sobre la pared y doy la vuelta. La sensación es diferente a nadar con bikini. Más libre. Influye no tener que preocuparme de que se me salga una teta.

Cuando regreso al otro lado y saco la cabeza para alcanzar al bordillo, son unos zapatos lo que agarran mis manos.

—¡Joder! —me aparto bruscamente del susto y al alzar la vista me encuentro con Alex. Me observa con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, ya sin pajarita ni chaqueta y con el pelo desordenado cayéndole sobre la frente—. ¡Tú otra vez! —exclamo con el corazón en la garganta y sin pensar—. ¿Por qué tienes que estar en todas partes?

—Porque soy Dios.

Paso bastante del creacionismo, pero de no ser así, estoy convencida de que Dios no sería un hombre. Supuestamente, a ellos les dio un pene que no llegan a dominar en toda su vida y a nosotras, un clítoris, un órgano destinado exclusivamente para darnos placer. Si Dios existe, es mujer, pero no pienso decirlo en voz alta. Lo último que necesito ahora es discutir sobre genitales con Alex.

—¿Qué haces aquí? —pregunto porque no veo que tenga intención alguna de moverse.

—Iba de camino a mi habitación y he escuchado ruido. Pensaba encontrarme con algún borracho ahogándose, pero no contaba con el espectáculo nocturno.

Levanta las cejas y no estoy segura de lo mucho o poco que puede ver a través del agua, aunque sé que intenta ponerme nerviosa, así que no le doy el gusto de taparme.

—Puedes seguir tu camino.

—No sé. —Chasquea la lengua pensativo—. Hace bastante calor, ¿no te parece? —Comienza a desabotonarse la camisa desde arriba.

—No, no lo hace.

Se quita la prenda y todos sus abdominales deciden apuntarme directamente. Me da igual el género al que pertenezca Dios. Si existe, me odia y le encanta torturarme.

—¿Qué haces? —inquiero cuando arroja la prenda sobre mi ropa y se dispone a quitarse el pantalón.

—Lo mismo que tú.

Se desnuda por completo sin ningún tipo de pudor y acto seguido se lanza de cabeza a la piscina. Quiero salir corriendo, pero me niego a que este tío me saque de aquí.

En cuanto saca la cabeza del agua, se da la vuelta y sonrío. No me fío de sus sonrisas. Siempre esconden algo.

—Nadar desnuda, otro punto de tu lista —recuerda mientras se echa el pelo hacia atrás—. Lo de las mamadas ya lo hemos aclarado. Solo en teoría —apostilla—. Pero tengo curiosidad por saber si cumpliste otro punto.

—¿Cuál?

—El tatuaje absurdo.

—No es asunto tuyo.

Se acerca nadando despacio y peligrosamente hacia mí.

—Podría meterme bajo el agua y comprobarlo.

—Podrías perder los dientes.

De hecho, verlo desdentado sería de gran ayuda para neutralizar esa parte de mi anatomía a la que no le sirve ni el agua fría cuando él está rondando.

—¿Dónde te has dejado al bailarín?

—En la cama. Está agotado el pobre. Seco del todo.

—¿Antes o después de que un mazas con barba le metiera la lengua hasta la campanilla? Porque yo diría que su porcentaje de heterosexual ha caído en picado esta noche.

—No te acerques tanto.

—¿Te pongo nerviosa? —pregunta, pero se detiene a un escaso metro de mí.

—Me pones de los nervios. ¿Qué pasa, no has tenido bastante con la rubia?

—He tenido más que suficiente —responde sin ningún tipo de inflexión en la voz que me dé una pista de lo que ha hecho con ella. —¿Y qué te hace pensar que, de no ser así, vendría a buscarte?

—Que eres cero sutil y estás aquí en bolas delante de mí. Pero no te va a servir de nada. Paso de quedarme a medias como la primera vez.

Un destello de rabia chisporrotea en sus ojos verdes, que ahora parecen mucho más oscuros.

—Me parece que te contradices. Todavía guardo un mensaje en el que decías que follar era lo que mejor se me daba.

No voy a describir cómo pronuncia la palabra «follar» porque estoy segura de que ya te lo puedes imaginar.

—No tenía con quien comparar. Luego aprendí.

—Igual se te olvida que yo estaba allí y todavía tengo registrado en mi cabeza cómo sonabas. —Da un paso hacia delante—. Cómo te movías debajo de mí. —Otro paso—. Cómo te agarrabas con las piernas a mis caderas. —Se detiene a menos de diez centímetros y trago saliva al notar su aliento tan cerca—. Aunque no significara nada, te gustó. Y eso te cabrea. ¿Y sabes qué te cabrea todavía más? Que te volvería a gustar.

La respuesta a eso choca contra mis dientes apretados. Me alejo nadando y salgo de la piscina.

—¿Ya está? ¿Nada que decir? —pregunta a mi espalda—. Qué aburrida te has vuelto.

Me pongo el vestido sobre mi cuerpo empapado y cojo el resto de mi ropa y la suya haciendo un ovillo que sujeto contra el pecho.

—Eh, ¿qué haces? Deja eso ahí —me advierte.

—¿Para qué? —Lo miro por fin—. Si tienes toda la razón. Follar se te da de lujo y para eso no necesitas los pantalones. Deberías lucir lo único bueno que tienes, porque no eres más que una polla con patas.

—Minerva, deja ahí la ropa, no me jodas.

—No tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas. Buenas noches —espeto con una sonrisa abiertamente falsa y me largo pitando antes de darle tiempo a salir del agua.

Llego a mi habitación y tiro la ropa sobre la cama como si quemara. Estoy jadeando, no sé si es por la carrera que he echado hasta aquí o porque estoy cachonda perdida. Una mezcla de ambas, posiblemente. Hasta yo debo admitir que Alex sigue provocándome una reacción física. Muchas reacciones en realidad. Querer besarlo ha sido una, aunque rivaliza con las ganas de ahogarlo en la piscina.

No me sorprende cuando llama a la puerta cinco minutos más tarde. Tampoco cuando abro y

lo veo en pelotas, con las manos apoyadas en las caderas y el puñetero Voldemort apuntándome orgulloso.

—Si no quieres que duerma aquí, vas a tener que darme la llave de mi habitación. Te la llevaste con mis pantalones.

Estoy tentada de no devolvérsela y que mañana se lo encuentre alguien de esa guisa, pero como no es la única tentación que siento cuando estoy cerca de él, claudico.

—Ni te muevas de ahí. —Le advierto con el dedo antes de alejarme para coger la llave.

—Bonito vestido —señala desde la puerta.

Aprieto los labios con fastidio. Llevo puesto el que él me regaló antes de irme a Nueva York. No revisé la maleta antes de venir y no he traído pijama, así que he cogido para cambiarme lo primero que he pillado. Puta casualidad.

Saco la llave de su pantalón y decido devolverle también la ropa. Si me la quedo, corro el patético riesgo de ponerme a oler su camisa.

Regreso a la puerta, donde sigue tan campante, y le doy su llave. La coge, pero ignora el resto levantando la otra mano.

—No te molestes, las pollas con patas no necesitamos ropa. Puedes dormir abrazada a ella si quieres.

Se la tiro a la cara para dejar de contemplar ese gesto engreído y cierro de un portazo.

Escucho su carcajada a través de la puerta y siento un subidón de calor en el estómago. Niego con la cabeza y mis labios tiran de mis comisuras hasta arrancarme una sonrisa involuntaria. Porque, por un momento, tengo veintidós años y soy una chica normal haciendo estupideces con un chico. Y hasta se me olvida que la vida es una mierda.

31

CHRIS

La ameba

El patio donde nos sirven el *brunch* está situado al lado del salón principal, cuyas puertas permanecen abiertas permitiendo filtrar la luz hacia el interior. El suelo es de piedra caliza y lo delimita un parterre a la francesa compuesto por lavanda, romero y tomillo, cuyo aroma se mezcla ahora mismo con el del café recién hecho. En el centro, bajo la sombra de una higuera se extiende una alargada mesa de hierro forjado que rebosa color mientras tostadas, embutido, fruta cortada en rodajas, zumos y huevos benedictinos van pasando de unas manos a otras. Y al levantar la vista de la comida se alza sin obstáculos la desnudez de las montañas de la sierra, bañadas por el sol de mediodía.

Me encanta este sitio, sobre todo porque fui el encargado de la propuesta de decoración cuando su dueño reformó la villa. Su objetivo era puramente económico y se basaba en proporcionar una estancia de lujo para los huéspedes, pero sin tener que comerse la cabeza ni preocuparse por paletas de colores o si debía elegir un estilo *wabi sabi* o provenzal. Me concedió total libertad creativa y un presupuesto generoso. Básicamente, el sueño húmedo de cualquier decorador de interiores.

Cojo un cruasán aún caliente de la cesta y se deshace entre mis dedos al partirlo. Lo unto de mermelada casera de naranja y gimo del gusto al probarlo. Lo saboreo con lentitud, apoyándome en el respaldo de la silla, fabricada en madera con acabado envejecido y adornada con un cojín de cuadros e inspiración campestre.

He dormido apenas cinco horas, tras agotarme bailando hasta bien entrada la madrugada. Sin embargo, me encuentro descansado y con fuerzas. Tengo días así. Días buenos. Y estar acompañado en la mesa de las personas más importantes de mi vida hace que, durante un rato, no duela nada.

Tiago se sienta a mi derecha y Mini a mi izquierda. Enfrente se encuentran Alex, Klaus y Elena. Mi padre preside la mesa en el extremo izquierdo y mi madre en el derecho.

Me cuesta hacer memoria y recordar la última vez que desayuné con mi familia. Los rituales domésticos han ido desapareciendo con los años, junto con las risas, las bromas y las ganas de estar todos juntos. Sé que no hay un pegamento mágico capaz de unirnos y que los estoy forzando a estar aquí sentados, aprovechándome de la situación. O todo lo que uno puede aprovecharse de su propia muerte. Pero estamos tan aislados los unos de los otros que no he encontrado otra manera.

Mi padre casi no ha probado bocado, se dedica a beber su segundo café y se ajusta las gafas con el ceño levemente fruncido mientras revisa emails en el móvil. Alex y Klaus engullen todo lo que pillan a su alcance y mi madre le explica a Elena la filosofía y los beneficios de los talleres de *kintsugi* a los que se acaba de apuntar. Mini y Tiago se dedican a comentar el espectáculo que dimos ayer a última hora cuando nos subimos al escenario y le pedimos al pianista que nos tocara canciones para poder cantarlas con el micrófono. Lo convertimos en un karaoke improvisado, bochornoso y muy divertido.

Mini se tapa la cara con las dos manos cuando mi chico le recuerda el solo que se marcó descuartizando *Firework*. Nada que ver con mi magistral interpretación de *Emergencia de amor*. Eso último lo digo en alto y los dos se descojonan bien a gusto de mí. Los llamo gilipollas y decido ignorarlos, pero escuchar sus risas me encanta.

—¿Has podido confirmar lo de esta noche? —le pregunto a Alex, que tampoco tiene cara de haber dormido demasiado.

—Sí, podemos ir a las once, aunque la encargada de sala me ha dicho que la cosa se anima a partir de la una.

—¡¿Otra fiesta?! —Mini deja de untar su tostada—. ¿No será de etiqueta? Porque al único sitio que puede ir mi vestido es a la tintorería.

—Pues cuando vayas te llevas mi pantalón y mi camisa arrugados. Pagas tú —contesta mi hermano.

Ella le perfora el corazón con una sola mirada y él esboza una sonrisa macarra que esconde llevándose un vaso de zumo a los labios. No sé de qué va la cosa, pero la tensión sexual de estos dos me pone cachondo incluso a mí.

—Puedes vestirme como te dé la gana —le aclaro—. Hemos alquilado un reservado en una discoteca. Para bailar a nuestro aire o poder estar tranquilos si nos apetece. Y de paso, vamos a celebrar también que Tiago ha decidido estudiar Medicina —anuncio.

Las mejillas de mi chico se encienden como un semáforo nada más escuchar su nombre.

—¿Quién? —me pregunta mi padre apartando la vista del móvil.

—Tiago, papá. —Ni parpadea. Cero reacción por su parte—. Mi novio. Con el que llevo saliendo dos años y medio.

—No tiene pérdida, es el único miembro del género masculino que está aquí sentado y no es hijo tuyo —añade Alex.

—Me parece maravilloso, Tiago —anuncia mi madre antes de que a mi padre le dé tiempo a responder cualquier barbaridad.

—Gracias. —Mi chico asiente con una sonrisa tímida y adorable.

—Me alegro de que te hayas decidido por fin —interviene Elena—. Y ya sabes que aquí estoy para todo lo que pueda ayudarte.

—¿Incluso con Bioquímica? —Arquea una ceja.

—Dios, Bioquímica. Todavía tengo pesadillas con los aminoácidos no proteicos. —Ahoga un gemido lastimero—. Aunque mis resúmenes eran muy buenos y deben estar guardados en alguna caja del trastero. Los buscaré y te los paso. Y si no los encuentro, te recetaré drogas para estudiar —bromea.

—¿Ya has decidido qué especialidad vas a escoger? —pregunta Klaus antes de llevarse un trozo de sandía a la boca.

—En principio me interesan las quirúrgicas. Trauma y cirugía pediátrica. Aunque también me llama urología.

—¿Sacrificar diez años de tu vida para acabar arreglando próstatas? —Me indigno—. No, no, mejor salva niños. Es mucho más sexi y te ayudará a ligar.

No me doy cuenta de la repercusión de mis palabras hasta que el silencio se hace evidente. Nadie abre la boca y durante unos segundos solo se escucha el tintineo agónico de los cubiertos. De un vistazo observo caras serias y fijas en los platos. A Tiago no necesito ni mirarlo, los nudillos blancos sobre la mesa de tanto apretar los puños ya me lo dicen todo.

Aunque el sol sigue luciendo sobre nuestras cabezas, los días buenos también tienen sus propias sombras.

—Tienes tiempo para decidir. Lo normal es cambiar de idea muchas veces —comenta Elena saliendo al rescate por fin—. Y lo tendrás mucho más claro después de hacer las rotaciones.

La conversación continúa un rato por ese camino hasta que mi padre decide echar la bronca a

Klaus delante de todos a causa de unos pedidos que van con retraso y termina por pedirle que deje de desayunar y vaya a coger el portátil.

—¿Para qué? —pregunta extrañado mi hermano.

—Acabo de pedir una *call* urgente con el responsable de *supplay*.

—El retraso en esos envíos se debe a la cadena de suministros, no depende de nosotros.

—Todo depende de nosotros —puntualiza mi padre quitándose las gafas y clavando sus ojos azules en los de su hijo mayor, de idéntico color.

—¿Quieres ir tú a Vietnam a cargar los contenedores? —inquieta Klaus con tono sarcástico, lo cual supone toda una sorpresa—. Es un retraso de uno a tres días como máximo. He establecido protocolos automáticos para esos casos y todos los clientes han sido ya avisados por *email*.

—Prefiero hablar con el responsable y que nos lo aclare.

—Ya lo estoy haciendo yo. No es una urgencia y pasa más de lo que crees. Además, es sábado y no puedes disponer del horario de los empleados a tu antojo.

—Lo vamos a resolver ahora —ordena sin sentir ninguna necesidad de rebatir el razonamiento lógico de mi hermano—. Y como pasa más de lo que creo, me parece que voy a tener que revisar tu trabajo también.

—Si no vas a tomarte ni este fin de semana para estar con tu familia, es cosa tuya y de tu conciencia —salta mi madre—, pero al menos deja a tu hijo respirar un rato.

—Camila, tengamos la fiesta en paz. Soy quien paga el condenado fin de semana, por si no te acuerdas. —Se limpia la boca con la servilleta de tela y la lanza sobre la mesa—. Bastante trago aquí sentado cuando deberíamos estar buscando soluciones.

Miro mi reloj y suspiro. Catorce minutos de tranquilidad antes de sacar el tema estrella.

—Papá, lo mío no tiene solución.

—Hay un tratamiento experimental en un hospital militar de Pekín.

—Conozco ese tipo de tratamientos. Ni siquiera están aprobados por Sanidad —alega Klaus.

—Son privados.

—El ejército chino externaliza servicios a compañías que ofrecen tratamientos dudosos, por no decir fraudulentos —le explica Elena—. En el mejor de los casos no harían nada por Chris.

—Déjalo de una vez —murmura Alex—. Tu dinero no puede comprarlo todo.

—Eso está claro. A lo mejor si no os hubiera dado tanto, todos tendríais más fuerza de voluntad.

Así es mi padre, posee un don innato para los negocios y otro para hacer los comentarios más dañinos posibles y extensibles a un mayor número de personas.

—Ya lo hemos hablado —insisto con cierto cansancio—. Nos lo han explicado varios médicos y tenemos a mi oncóloga aquí presente que te está diciendo...

—¿Y ella qué sabe? —me corta—. Solo está aquí sentada comiendo sin hacer nada por ti.

—Déjala en paz —le advierte Klaus en un tono glacial antes de que Elena pueda abrir la boca—. Nosotros estamos acostumbrados a tus desprecios, pero los demás no tienen por qué aguantarlos. Y antes de que vuelvas a explicarnos que tu dinero te da derecho a todo, te recuerdo que yo también pago este fin de semana. Si no te gusta estar aquí es mejor que te vayas.

Todos nos quedamos inmóviles y pegados a las sillas, aunque yo quiero levantarme y aplaudirle. No lo hago, claro, estoy demasiado acojonado hasta para parpadear. Incluso mi padre lo mira atónito y con la boca medio abierta. Creo que lo ha roto.

La tensión la deshace el propio Klaus pocos segundos después, arrancando un chirrido a la

silla al ponerse en pie.

—Perdón, se me ha quitado el hambre —nos informa con la educación de un lord inglés y se larga hacia el interior.

La siguiente en levantarse es mi madre.

—Ya voy yo —la freno, reaccionando por fin.

—Te acompaño —dice Tiago.

—No, cielo, todavía soy capaz de caminar solo —contesto algo brusco y lo suavizo con una sonrisa antes de irme.

Encuentro a mi hermano un par de minutos más tarde en el jardín principal. Se ha sentado en un pequeño banco de piedra, bajo un limonero. Encorvado y cabizbajo, apoya los codos sobre las rodillas y fuma un cigarro que amaga con tirar en cuanto me ve acercarme.

—Por mí no lo hagas. —Levanto las manos y él decide dar otra calada—. No sabía ni que fumaras—. Me siento a su lado.

—Solo a veces, cuando me estreso. —Expulsa el humo con pesadez—. Lo siento, no quería irme así.

—Uy, sí querías. Y es un alivio saber que tienes emociones. Empezaba a pensar que en lugar de dormir te recargabas por las noches como una Roomba.

—Ja, ja, ja.

Me inclino hacia atrás y me apoyo con las manos en el banco, cruzando una pierna sobre la otra. Es la primera vez que he visto a Klaus enfrentarse a mi padre. No me lo esperaba. No de él. Pero, tal vez, cuando hacemos algo que no se espera de nosotros es precisamente cuando somos más nosotros que nunca.

—¿Klaus, tú eres feliz?

Arruga la frente y levanta la cabeza mirando al frente.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una incómoda para alguien que no está acostumbrado a hablar sobre sus sentimientos, pero que no es tan difícil de responder. O no debería serlo.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Supongo.

—Pues yo no te veo muy feliz. Y quiero que lo seas.

—No necesito que te preocupes por mí.

—Me preocupo por todos. Por eso tengo un plan para este fin de semana.

—¿Qué plan? —El rey del control me clava sus ojos con desconfianza.

—A papá y mamá les he organizado una escapada romántica esta tarde. Un paseo en globo seguido de una cena en un restaurante superbonito.

—Joder, Chris —bufa sacudiendo la cabeza—. Lo mejor que pueden hacer nuestros padres es divorciarse.

Por fin mis dos hermanos se ponen de acuerdo en algo. Tal vez sea una señal de que se avecina el fin del mundo o de que tienen razón. Ya se verá.

—También tengo un plan para Mineralex. Aunque creo que con ellos no hace falta ni esforzarse. ¿Has visto cómo se miran?

Da una calada profunda apurando el final del cigarro.

—¿Quién es Mineralex?

—Minerva y Alex. Mineralex. Los estoy *shippeando* a tope —le explico—. Lo que no sé es qué voy a hacer contigo. Eres como una ameba.

—Ah, muchas gracias. —Termina de expulsar el humo y tira la colilla al suelo, aplastándola

con el mocasín.

—Lo que quiero decir es que no sé nada de las amebas, como tampoco sé nada de ti, Klaus. No sé si hay alguien especial en tu vida. No sé si lo que necesitas es una mujer o un hombre. O si necesitas a alguien en general. Y no lo sé porque no te conozco demasiado. Joder, eres mi hermano y casi no te conozco —recalco y siento en la lengua el regusto amargo de esa frase.

—Claro, porque solo soy tu hermano y no tu *bro* —puntualiza impostando la voz al final.

—Interesante. —Entrecierro los ojos—. Nunca imaginé que tuvieras celos de Alex. Pensaba que era al revés.

—No he dicho eso —gruñe molesto en voz baja—. Y no hace falta que hagas nada conmigo. Tampoco con papá y mamá. No puedes arreglar en dos días algo que no tiene solución. O que, de tenerla, supondría meses. O años y un montón de terapia.

—Es que no dispongo de años. Ni siquiera de muchos meses. Solo quiero irme sabiendo que vais a estar bien. Hasta papá, por muy cabrón que sea la mayor parte del tiempo.

Sus hombros parecen hundirse un poco más. De repente, Klaus ya no me parece tan grande. A mis ojos siempre fue gigante.

—Si te vas a quedar más tranquilo —musita—, hay alguien.

Ahogo un jadeo de la impresión y me incorporo en el asiento.

—Cuéntame más ahora mismo.

Abre la boca, pero se contiene en el último momento.

—Klaus, no me hagas utilizar el comodín del moribundo para sacarte información.

—Es que no sé qué contarte. Dudo que vaya a salir bien.

—¿Por qué?

—Ella es... mayor que yo. Y le obsesiona bastante ese tema.

—¿Estamos hablando de una diferencia de edad tipo Nick Jonas y Priyanka Chopra o sois más rollo *Paseando a Miss Daisy*? —Me mira fatal con esos ojos de hielo—. ¿Qué? Necesito datos.

—Es guapa, inteligente y va a los sitios por su propio pie —me aclara—. Pasa un poco de los cuarenta, pero a mí me da igual. Me vuelve loco —admite y suspira—. También tiene las cosas claras, lo cual no me favorece mucho. No quiere hijos y le da miedo quitarme a mí la oportunidad de tenerlos en el futuro. Entre otras cosas.

—¿Crees que es así? ¿Que estar con ella te puede quitar algo que podrías querer?

—No, para nada. La quiero a ella —asegura tajante.

—Pues pelea por lo vuestro. Eres listo, guapo, tienes pelazo y, en el fondo, eres majo. Té ira bien. Además, no creo que la edad sea un problema. Tú naciste con los cuarenta ya cumplidos —bromeo.

—Ojalá fuera tan fácil.

No estoy acostumbrado a ver a mi hermano así. Inseguro, derrotado, humano. Pero lo prefiero mil veces desarmado a esa versión fría y distante a la que nos tiene acostumbrados.

—¿De verdad no quieres hijos?

—¿De verdad te sorprende? —Arquea una ceja.

—Pues sí. A ver, no te ofendas, pero te imaginaba ignorando por lo menos a tres.

—Ni loco. No me gustan los niños. Y ya que estamos, lo último que quiero es ser como papá. Poso la mano en su hombro y le doy un par de golpecitos.

—Entonces puede que todavía haya esperanza para ti, ameba.

Niega con la cabeza, pero termina sonriendo. Y a mí me entra la risa floja.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, es que estoy pensando... Verás tú cuando se entere papá de que su único sucesor y toda su descendencia dependen de Alex.

Abre los ojos y, cuando creo que me va a soltar un comentario sobre mis bromas inadecuadas, una carcajada le estalla en la garganta. Creo que ambos nos sorprendemos antes de que nuestras risas se unan en el aire y suban de volumen. Y así es como terminamos descojonándonos los dos. Juntos. Por primera vez en mucho tiempo.

La mentira más bonita de todas

Tras el *brunch*, Chris nos propuso darnos un masaje para rebajar la tensión —la muscular y la familiar—, así que Tiago, él y yo pasamos el resto de la mañana siendo manoseados en el spa. No me gusta que me toquen. Vale, eso tampoco es cierto. Más bien, no soy amiga del contacto físico en general cuando se trata de desconocidos. Exceptuando el sexo, claro. Aunque de eso tampoco voy sobrada en los últimos meses. A lo que voy es que, después de probar el masaje hawaiano, volvería a entregarle mi cuerpo desnudo a cualquiera que tuviera un bote de aceite esencial de la flor de la Polinesia.

A la hora de comer, ya más relajados pero aún llenos como pavos, decidimos tirarnos un rato en las tumbonas de la piscina. En cuanto Alex apareció con su bañador —hoy decidió ponérselo y me niego a contarte cómo le sentaba—, aproveché para subir a mi habitación a dormir una siesta. Era una excusa para no estar cerca de él, aunque la verdad es que me quedé dormida nada más posar la cabeza en la almohada.

La sensación al despertar, dos horas más tarde, no ha sido tan placentera como en el spa. Me he dado una ducha de agua muy caliente y he vuelto a tumbarme, esperando que ese dolor punzante se vaya por sí solo, como otras veces. Pero no lo hace.

Dormir ya no es una opción y me obligo a arrastrarme fuera de la cama, porque quedarme quieta me proporciona tiempo para pensar. Y cuando pienso, soy peligrosa. Me pongo unos *shorts* vaqueros y una camiseta blanca de manga corta y cojo una pastilla de naproxeno antes de salir. Mi pierna se queja en cada escalón que me conduce hasta la planta baja. Desde allí me dirijo al salón principal.

Bajo un techo muy alto de vigas de madera a la vista, la estancia se divide en dos zonas. Una dispone de tres sofás situados en torno a una gran chimenea blanca y de una vitrina llena de libros. La otra cuenta con cuatro butacones y un enorme televisor suspendido en la pared. Y nada más entrar, a la izquierda, se encuentra una pequeña barra de bar dispuesta en un semicírculo con seis taburetes.

Lo más destacable ahora mismo en la sala es la figura que está de pie frente a la barra. Viste camisa azul marino, cinturón marrón y chinos de color *beige*, y en la mano sujeta un vaso corto con fondo grueso y dos dedos de *whisky* en su interior. Aunque Philipp Ackermann podría haberse puesto un traje de elfo de Papá Noel y seguiría siendo imponente, con su metro noventa de estatura y ese gesto adusto permanente en la cara. Dan ganas de pegarle una pegatina en el pecho con un mensaje de aviso tipo «Cuidado con el dóberman».

Me acerco a la barra porque no me queda más remedio y enseguida el camarero deja de mirar su móvil y me saluda con efusividad. Su sonrisa se congela en cuanto le pido una botella de agua. Creo que se aburre y no me extraña. Son las seis de la tarde, en la villa hay ocho huéspedes y su trabajo durante todo el día ha consistido en llevar cocacolas a la piscina y servir un solo *whisky* en la barra.

—Hola, Mini. ¿Cómo estás? —Me saluda Philipp por educación y casi no se le nota el verdadero esfuerzo que debe de hacer para empujar esas palabras fuera de su boca.

—Bien —respondo sin entrar en detalles. Solo quiero mi botella de agua y perderlo de vista.

Sabía que no debía entrometerme en la discusión familiar de esta mañana y no lo hice. Apreté los dientes y contuve mis ganas de lanzarle a este señor el cuchillo de la mantequilla directo al

ojo.

—¿Te duele algo? —me pregunta cuando el camarero me da la botella y saco la pastilla del bolsillo trasero.

—La cabeza —miento.

Me la meto en la boca con rapidez y bebo un trago largo de agua helada.

—¿Cómo te va por Nueva York?

Siento como el medicamento se atasca y me araña la pared de la garganta antes de bajar. Vuelvo a tragar incómoda antes de responder.

—Bien.

No me apetece entablar una conversación con él ni aparentar un respeto que no siento.

—He estado viajando a menudo allí por nuestro proceso de expansión en Estados Unidos — comenta balanceando su vaso—. No he visto ningún cartel con tu nombre. ¿Bailas en alguna compañía?

Le caigo fatal. Y él a mí. Cero sorpresa para ambos, por lo que no tengo que molestarme en ser diplomática. Qué coño, no tengo ni por qué fingir ser lo que no soy.

—No bailo en ninguna compañía. La verdad es que ya ni bailo. —Aparta la vista de su bebida para mirarme. He conseguido captar de verdad su interés—. Me dejé la piel intentándolo durante dos años, pero no lo conseguí. No voy a volver a Nueva York —admito en voz alta; no solo para él, sino para mí misma—. Imagino que usted lo considerará un fracaso.

—Mi padre me enseñó que las batallas no siempre las gana el más fuerte ni el más rápido, sino el que piensa que puede ganar.

Supongo que le debió grabar esa mentalidad ganadora a fuego.

—No creo que valga para todo —opino.

—Yo creo que sí. Es cuestión de voluntad —contesta con ese toque de arrogancia que lleva de serie en la voz y esboza una leve sonrisa. Por una milésima de segundo ese gesto me recuerda a Alex y debo reconocer que es un hombre atractivo, a pesar de que solo sepa soltar basura por la boca.

Debería dar media vuelta y empezar a caminar. Alejarme y callarme es lo adecuado. Pero mis pies no se mueven cuando les doy la orden. Y si no hablo ahora es posible que me atragante y me ahogue con mis propias palabras. Me da igual que sea el padre de Chris, lo intimidante que pueda parecer, el éxito que tenga en sus negocios y las montañas de dinero que amase. Está ciego para lo importante.

—Nadie puede ganar al cáncer ni perder contra él. Porque sobrevivir no depende de la fuerza de voluntad y las ganas de luchar de quien lo sufre. Si fuera así, yo no estaría aquí hoy y Chris viviría la larga vida que se merece. Siento muchísimo que vaya a perder a su hijo, pero eso no le da derecho a cargarle con un peso y una responsabilidad que no son suyos. No es culpa de Chris. No es culpa de nadie.

Su reacción es la esperada. Mandíbula apretada, aletas de la nariz abriéndose exageradamente y esos ojos de acero clavándose en los míos. Pero no es él quien me provoca un escalofrío. Es la voz de Camila a mi espalda.

—Philipp —le advierte y él desvía su mirada asesina para fijarla en su mujer. Acto seguido, posa el vaso en la barra con un gesto seco y se aparta de mí caminando más tieso que la cuerda de un violín.

—Vámonos de una vez —suelta a su mujer pasando delante de ella sin mirarla siquiera.

—No.

Él se detiene de golpe y ambos giramos el cuello a la vez hacia Camila.

—¿Cómo que no?

—Yo no voy.

Philipp coge aire solo para soltarlo con brusquedad.

—Camila, es tu hijo el que ha planeado esto, no yo. Haz el favor.

—Lo sé, pero es que acabo de decidir que el único sitio al que vamos a ir tú y yo juntos es al juzgado. Quiero el divorcio.

Y por la forma en que él abre los ojos, deduzco que es la primera vez que escucha algo semejante.

Joder, ¿cuántos metros cuadrados tiene esta villa? ¿Siete mil? ¿Ocho mil? Y ya van dos veces que me encuentro en medio de revelaciones amorosas y/o familiares incómodas.

—Vamos a hablarlo en otra parte —le pide él.

—¿Para qué? —apunta ella con desgana—. Estoy cansada, Philipp. Nos hemos dicho todo lo que nos podíamos decir y ya no nos queda nada.

—No digas tonterías.

—Sí, siempre digo tonterías, pero es que ya me da igual lo que tú opines, porque has conseguido que vea muy claro que lo más valiente que puedo hacer por mí misma es dejar de luchar. Se acabó.

Se mueve hacia la barra, elegantemente vestida con un mono color morado de manga francesa y unas sandalias *nude*, y se sienta en un taburete. Su marido la observa y yo lo observo a él. Juraría haber visto un destello de terror en sus ojos, pero es tan fugaz y desaparece tan rápido que no estoy segura de si lo habré imaginado. Un segundo después da media vuelta y desaparece del salón con paso firme.

Camila le pide al camarero una copa de Protos mientras yo sigo parada detrás de ella con la respiración contenida. Cuando termina de servírsela, se disculpa para ausentarse de la barra un momento. Por suerte, él puede quitarse de en medio sin parecer un insensible.

La llamo, aunque la voz me sale en un susurro apenas audible y ella no responde. Ni se mueve. Me acerco y me siento en el taburete más cercano.

—¿Estás bien? —me siento obligada a preguntar.

Coge su copa y le da un sorbo al vino tan despacio que parece moverse a cámara lenta.

—¿Sabes que la ciencia no puede predecir con exactitud cuándo se producirá un terremoto? Solo sabe que son movimientos cíclicos que ocurrieron en el pasado y volverán a ocurrir. —Vale, es oficial, se le ha ido la olla—. Lo sé porque hace un rato he estado viendo un documental sobre terremotos en mi habitación. Philipp estaba trabajando mientras, por supuesto. Entonces lo he mirado y me he dado cuenta de que eso somos nosotros. Un desastre repitiéndose cíclicamente. Durante treinta y seis años —sentencia y vuelve a beber.

—Eh... ¿Quieres que llame a alguien? ¿A Klaus? ¿A Alex?

—El caso es que me apetecía mucho más quedarme a ver ese documental tumbada en la cama con una copa de vino como esta que salir con mi marido para pasar una supuesta noche romántica. Así que sí, respondiendo a tu primera pregunta, estoy bien. Al menos mejor de lo que iba a estar con él —matiza—. Y te pido por favor que no cuentes nada de lo que has escuchado a mis hijos. Bastante tienen ahora mismo como para lidiar también con un divorcio.

Lo añadiré a la mochila de secretos que pesan como piedras y llevo atada a la espalda.

—No te preocupes, no voy a decir nada.

—Y gracias por defender a Chris. Yo siempre he intentado proteger a mis hijos de todo lo

malo, pero —niega con la cabeza— resulta que lo peor estaba en casa.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Todo. Lo siento mucho.

Asiente y noto su mano temblar cuando posa la copa sobre la barra.

—Yo siento lo de Nueva York. Que no saliera bien.

Tampoco es que pudiera ocultarlo durante mucho más tiempo, y al menos la reacción de Camila es serena. Explicárselo a Chris o a mi madre va a ser lo difícil.

—En el fondo sabía que era imposible —admito arañando la etiqueta de mi botella.

—Mi matrimonio también, y mira, tres décadas intentándolo. Aunque sigo pensando que a los veintitantos tienes que creer que eres invencible, que puedes con todo, hasta con lo imposible. Y lo mismo con el amor. Es mentira, pero es la mentira más bonita de todas.

No sé de dónde saca esta mujer su capacidad para creer en el amor después de todo. Y tampoco sé si me parece admirable o peligrosa.

—No estoy segura de saber qué es el amor —confieso con algo de vergüenza.

—Precisamente Alex me dijo lo mismo ayer. Yo creo que os equivocáis los dos, aunque no soy la más indicada para opinar. En fin, me ha llevado muchos años darme cuenta de que el amor también se desgasta aunque no lo uses —dice con una sonrisa triste—. En cualquier caso, Mini, tienes el resto de tu vida para averiguarlo.

Un pinchazo en la rodilla me hace cerrar los ojos y dudar que eso sea cierto.

¿Verdad o reto?

El suelo vibra con el remix de *Sweet Dreams* que el DJ pincha en la planta baja. Las luces fluorescentes parpadean a su ritmo y tiñen de azul y morado a la marea de gente que baila bajo nuestros pies. La zona vip nos separa de la multitud por altura en una galería acristalada y por dos porteros de metro noventa y cien kilos de peso en la entrada.

Nosotros estamos sentados cómodamente en un reservado compuesto por asientos blancos de piel en torno a una mesa circular del mismo color. En el centro de esta hay seis vasos de chupito y una botella de vodka francés que, servida en una cubitera helada, alcanza la cifra de doscientos euros, pero que en el supermercado cuesta treinta y seis con ochenta y uno. Sí, acabo de consultarlo como una paleta. De no ser por Chris y su tarjeta de crédito, no habría pisado este sitio en la vida. Mi voz interior me susurra que aquí estoy fuera de lugar, pero esa sensación es tan familiar que ya ni me incomoda.

Sigo distrayéndome con el móvil un rato porque, a pesar de estar rodeada, no dispongo de acompañamiento. Chris está discutiendo con Tiago enfrente de mí, o al menos eso deduzco por la tensión en sus caras y sus dientes apretados, ya que se susurran el uno al otro y no oigo nada. Elena, a mi izquierda, habla con Klaus y el resto del mundo no existe para ellos. El sujeto que tengo a mi derecha no cuenta, a secas, pero tampoco hace falta que te aclare quién es.

Echo un vistazo a mi alrededor, a los clientes que bailan en su propia pista privada y me doy cuenta de que mi vestuario, al menos, no desentona. En el fondo de mi maleta encontré un vestido negro de cuello *halter* y escote de pico, tan ajustado que me marca hasta los lunares, pero que ha conseguido hacerme el apaño para esta noche.

Lo compré el año pasado en un mercadillo de Chelsea para salir un sábado con mis compañeras de piso. Una de las pocas veces que lo hice y también uno de los pocos lujos que me permití, junto con la entrada a un *nightclub* de moda, una copa y el taxi de vuelta a casa, cuya cifra total me hizo plantearme la donación de órganos en el mercado negro como medio de subsistencia si pretendía gozar de vida social en Nueva York.

Por suerte, Chris y Tiago deciden zanjar su discusión. Más bien es Chris quien la corta de manera abrupta dirigiéndose al resto. Tiago se limita a apretar los labios cuando su chico nos sugiere jugar a verdad o reto. Aunque en realidad lo que nos está proponiendo es dirigir el juego, ya que él no va a beber alcohol.

El primero en ofrecerse a participar es Alex, quien se está aburriendo tanto o más que yo. Klaus y Elena no parecen muy entusiasmados con la idea, pero se incorporan y colocan la espalda recta en sus asientos cuando Chris rellena los vasos.

—Hace mil años que no juego a esto —nos confiesa emocionado frotándose las manos—. Alex, ¿verdad o reto?

—Reto.

Faltaría más.

—Mmmm... —Chris se toquetea la barbilla con el dedo índice y fija sus ojos en mí—. Vas a contarle un secreto a Mini al oído. Y tiene que ser algo relacionado con ella —añade.

—Muy sutil —leo en los labios de Tiago.

Y específico. No entiendo a qué viene eso y no me gusta. Acabamos de empezar y ya odio este juego. Aunque odio más aún que Alex se acerque y mi corazón pegue un brinco antes

incluso de que su aliento me roce y pueda susurrarme al oído:

—Anoche no pasó nada con la rubia. Tenía toda la intención, pero me di cuenta de que iba a follarme a otra pensando en ti. Y eso es una mierda, Minerva.

Se aleja de mí y me quedo pegada en el asiento. Apenas soy capaz de escuchar a Chris cuando me indica que es mi turno.

—Ahora tienes que contarnos lo que te ha dicho.

—Ni siquiera he elegido verdad o reto —protesto.

—Da igual, vale para los dos.

—¿Y si no lo hago? —inquiero.

—Entonces, si quieres seguir jugando, tienes que beber.

—¿De dónde te has sacado las reglas exactamente? —quiere saber Tiago.

De la punta del nabo, parece responderle Chris con la mirada antes de volver a ignorarlo y seguir con el juego.

Cojo el vaso y me trago el chupito de golpe. Cierro los ojos con fuerza y abro la boca a la vez, emitiendo un sonido similar al de un gato que acaba de atragantarse con una bola de pelo.

—Cobarde —me susurra Alex.

—Mentiroso —suelto sin mirarlo, aunque lo veo fruncir el ceño de reojo.

—Elena, te toca —continúa Chris, que parece ser el único que se está divirtiendo con esto—.

¿Verdad o reto?

—Reto —pronuncia sin muchas ganas.

—Tienes que fingir un orgasmo.

—Tengo cuarenta y dos años. —Levanta su vaso en el aire—. No finjo orgasmos —asegura y se lo bebe, con bastante más elegancia que yo.

—Tienes todo mi respeto por ello —afirma Chris llevándose la mano al pecho—. Y por eso también te voy a dar otra oportunidad. Enséñanos el último mensaje sexual que hayas enviado.

La respuesta de Elena consiste esta vez en agarrar la botella, rellenar el vaso y volver a beber.

Me imagino a quién iba dirigido ese mensaje. Sobre todo porque Klaus me lo confirma lanzándole una mirada abrasadora a ella que consigue acalorarme a mí. Vaya tela con el hermano mayor. Ahora estoy segura de que sí se despeina al follar.

—Si quieres que mañana esté en condiciones de ponerte tu medicación, mejor pasa al siguiente.

Chris no insiste y posa la mirada en Klaus, quien todavía no ha apartado los ojos de Elena. Vale que yo cuento con información privilegiada, pero ¿nadie más sospecha ni un poco lo que pasa entre estos dos?

—Klaus, te toca. ¿Verdad o reto?

—Verdad —responde él aclarándose la voz y poniéndose aún más recto.

—¿Cuándo fue la última vez que lloraste?

—Eh... No me acuerdo —contesta incómodo y algo descolocado.

—Cuando nació —apunta Alex con una sonrisa afilada—. Bueno, casi seguro.

—Qué sabrás tú de mí —tercia seco.

—¿Perdona?

—Me has oído. Y tus putas bromitas no me hacen gracia.

—Mira quién se ha encontrado los huevos por fin. Estoy orgulloso de ti. Espera... —Ladea la cabeza y se lo piensa antes de negar—. No, en realidad me importa una mierda.

Klaus coge aire y lo suelta por la nariz como un toro, Alex no pierde la sonrisa, Chris pone

los ojos en blanco y yo estoy pensando en llamar al SAMUR por prevención.

—Voy a por una copa —gruñe el hermano mayor y se levanta para quitarse de en medio y ahorrarme la llamada.

Elena no tarda ni dos segundos en ponerse de pie.

—Te acompaño.

¿Es que nadie más lo ve? ¿En serio?

—Podías cortarte un poquito —le reprende Chris cuando nos quedamos cuatro en la mesa.

—¿Se ha vuelto sensible su majestad de repente o qué?

—A lo mejor lo es, más de lo que pensamos. Y ya de paso, podíais hacer un esfuerzo por llevaros bien. Os parecéis más de lo que crees.

—Me la suda.

—Pues debería importarte. A los dos. Solo os vais a tener el uno al otro.

Aun con la luz oscura y parpadeante y las sombras que esta proyecta sobre nosotros, puedo ver cómo ese comentario impacta de lleno en los ojos de Alex y los congela.

La mano que quiero levantar hacia él para acariciarle la mejilla la empleo para dar dos palmadas en la mesa.

—Vale, se supone que estamos jugando y esto debe ser divertido. Le toca a Tiago.

—No, te toca a ti —me corrige mi amigo—. Tiago no quiere jugar porque todas mis ideas le parecen ridículas.

—Elijo verdad —le contradice este muy serio.

—Ah, genial, pues dime la verdad. ¿Por qué ya nunca quieres follar conmigo?

Tiago abre esos ojos felinos de par en par y se echa un poco hacia atrás. Hasta yo me sorprendo, y eso que ya tengo claro de base que la parte del cerebro de Chris que le hace pensar antes de hablar está inutilizada.

—Te estás portando como un imbécil.

—Si esa es toda la verdad que me vas a dar, mejor bebe.

Tiago aprieta los labios antes de coger su chupito. Se lo traga y lo posa en la mesa con un golpe seco que me hace encogerme en el sitio. A continuación, se levanta y se va.

—Joder, Chris, y dices de mí. —Su hermano niega con la cabeza.

—¿Qué? —Levanta los hombros con inocencia fingida—. Así es imposible jugar con vosotros. ¿Alguno más se quiere rajar?

Alex me mira desafiante y se lame el labio inferior con chulería antes de pedir reto. Espero que Chris le obligue a meter los huevos en la cubitera. Si no, me presto voluntaria.

—¿Ves a ese grupo de chicas que está bailando? —Las señala con el dedo—. Tienes que ligarte a la que lleva la banda rosa.

Su rostro se contrae en cuanto localiza a la chica en cuestión.

—No me jodas, es una despedida de soltera.

—¿Y?

—Que es la novia.

—Es que si estuviera soltera y sin compromiso no sería un reto para ti —apunta su hermano, con razón, y se dirige a mí levantando las cejas—. Una vez lo vi enrollarse con una tía después de decir *hola*. No necesitó nada más, te lo juro. ¡Solo *hola*!

Alex no se lo piensa mucho, se levanta de su asiento con la sonrisa más canalla de su repertorio y se marcha en busca de su presa.

—¿Qué te pasa con Tiago? —le pregunto a mi amigo en cuanto nos quedamos a solas.

—Lo he dejado bastante claro. No nos acostamos. Ni esta tarde cuando casi se lo he suplicado, ni ayer, ni antes de ayer, ni ningún otro día desde que decidió unilateralmente que iba a ser mi enfermero en lugar de mi novio, que es a quien necesito más que nunca. Y ahora tú. ¿Qué te pasa a ti con Alex? —inquiérese cambiando las tornas.

Me levanto y me siento a su lado.

—No —me corta en cuanto pongo mi mano sobre la suya—. Ya te lo he contado y no quiero hablar más del tema —dice muy firme—. ¿Qué te pasa con Alex?

Me pasa que le cerré todas las puertas en la cara, pero él es capaz de colarse por las rendijas. Me pasa que su presencia lo ocupa todo y vuelve el aire casi irrespirable. Me pasa que es Alex y con eso basta. Cosa que no reconoceré ni bajo pena de tortura.

—Mini, eres mi mejor amiga, te oigo hasta cuando no hablas.

—Pido reto.

—Vale, tú misma. —Y me dedica una sonrisa maligna—. Tienes que espantarle el ligue a mi hermano.

Ni siquiera me planteo a qué segundo juego está jugando Chris con nosotros y voy derecha hacia el perdedor.

34

ALEX

Retroceder

No soy un capullo. Claro que nunca verás a un capullo reconociendo ser un capullo. Y no sé qué me pasa con Minerva, pero sé que solo me pasa con ella. Me vuelvo un puto crío en cuanto la tengo cerca. Necesito provocarla, de la manera que sea. Me lo exige el cerebro, la piel, los huesos y la sangre concentrándose alrededor de mí... Lo voy a dejar antes de que pienses que soy un capullo de verdad.

De hecho, ¿sabes qué? Piénsalo si quieres. Ser un capullo concuerda con lo que intento hacer ahora mismo; tratar de camelarme a una tía que lleva una banda rosa colgada que dice: «Esta loca se casa». Y ni siquiera se me está dando bien, porque lo único en lo que puedo pensar mientras mantengo una conversación con Jimena, la futura novia —quien, por cierto, acaba de confirmarme lo enamoradísima que está de su novio Juan Carlos—, es en cruzar la sala de esta discoteca, agarrar de la cintura a Minerva, subirla a mis caderas y atrapar su labio inferior con los dientes.

Maldita polla independiente.

Y hablando de ella... De Minerva, me refiero, no de mi polla. Aunque bueno, podría hablar de las dos, porque parecen conectadas psíquicamente y una pega un salto dentro de mis vaqueros cuando la otra aparece en escena.

—Tengo que hablar contigo —me advierte plantándose delante con esa cara de hada con mala leche y ese vestido negro ajustado que es mi peor pesadilla.

—Estoy ocupado —le respondo con una seria advertencia en los ojos que se traduce en un «no pienso perder contra ti». También es un aviso interno para mi polla. ¿De qué lado está?

—Da igual, seguro que a ella le interesa saber que me has contagiado el herpes genital —suelta tranquilamente por encima de la música—. Mi ginecóloga dice que el ardor al orinar es normal, pero que sin tratamiento puede complicarse y ser peligroso. Deberías ponerte en contacto con todas las que has mantenido relaciones sexuales. Y yo que tú empezarías ya porque tienes para rato.

—Se lo está inventando —le cuento a Jimena, que nos mira flipada a los dos—. Nos acostamos hace tiempo y no lo supera.

—Por favor —escupe con desdén—, llevo dos años sin acordarme ni de tu existencia.

—Espera —interviene la novia con la mano en alto—. Si ni te has acordado de él en dos años, ¿cómo ha podido contagiarte nada?

Gracias, Jimena. Espero que Juan Carlos sepa valorarte como mereces.

—Sí, eso, cuéntanos. ¿Cómo ha podido pasar? —Me cruzo de brazos y espero.

Los ojos castaños de Minerva se abren y sus cejas se elevan hasta las luces del techo. Joder, definitivamente soy un capullo, pero hacía tiempo que no me divertía tanto.

—Vale, no me he acostado con él. —Tuerce el gesto—. Bueno, sí, aunque eso fue hace mucho tiempo —reconoce con un suspiro cansado y se dirige a Jimena, que ha dejado de flipar y ahora parece muy interesada en la historia—. Pero no dejes que te engañe como hizo conmigo. Porque lo hará —asegura muy convencida—. Te pondrá canciones de Green Day, te llevará en coche para que puedas dormir y querrá verte bailar. Y a ti te parecerá sensible y tierno tras esa fachada de perdonavidas, aunque ya te digo yo que debajo no hay nada que merezca la pena. No es más que una colección de sonrisas bonitas y vacías. Al final te la clavaré por detrás. Y no, no

me refiero a la polla, por si se te ocurre hacer algún chiste al respecto —me avisa lanzándome una mirada airada antes de volver a Jimena—. Aléjate de él, por tu bien.

Da media vuelta y se larga por donde ha venido. Pero qué cojones...

A continuación, Jimena arquea una ceja y me escupe algún tipo de insulto que no llego a escuchar del todo ni me importa, porque ya estoy cruzando la sala como un rayo detrás de Minerva. Bajo las escaleras hasta la planta baja y mi paciencia va mermando a medida que la sigo, esquivando cuerpos sudorosos que se mueven al ritmo de la música. La sala está tan abarrotada que la pierdo de vista un par de veces y no consigo alcanzarla hasta que salgo a la calle. El aire fresco de la madrugada me golpea de lleno y ni siquiera lo siento.

—¡Eh! —la llamo en la acera—. Se detiene y se gira desafiante. A pesar de su escaso metro sesenta, es capaz de levantar la mirada hacia mí y reducirme a la nada. —¿A qué ha venido eso?

—Era mi reto. He ganado.

Me acerco hasta quedarme a un palmo de ella.

—No, una cosa es vacilarnos y otra echarnos mierda encima, que es lo que acabas de hacer tú. Con rencor y muy mala hostia. Y no sé a cuento de qué si fuiste tú quien me mandó a paseo.

—¿Sigues fumando porros? —Arruga la frente—. Porque te han debido afectar a la memoria.

—Un punto de tu lista. Eso fui yo. Solo necesitaste cinco palabras para dejarme en la mierda —recuerdo con amargura.

—A ti te bastaron tres.

—¿Qué? —Ahora soy yo el que frunce el ceño.

—«Me da pena» —responde y se le quiebra un poco la voz—. Eso le dijiste a Irene en el cumpleaños de Chris. Y ni se te ocurra negármelo porque te escuché perfectamente.

Dicen que el tiempo lo cura todo. No estoy de acuerdo. A veces, solo adormece las emociones, hasta que llega algo —alguien— que las despierta otra vez. Minerva acaba de hacerlo y la patada en el pecho es tan fuerte que me hace retroceder dos años de golpe.

—Espera, ¿por eso estás así conmigo?

—¿No te parece suficiente? ¿Quieres insultarme un poco más?

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿El qué? —bufa perpleja—. ¿Que eras un cerdo?

—¡¡Sí, joder!! ¡Claro que sí! ¿Y por qué lo creíste?

—Te repito que te escuché, Alex.

Me paso la mano por la cara. Dos años. Dos putos años.

—Sentí muchas cosas por ti, Minerva, y ninguna fue pena.

Se cubre el pecho con los brazos en un gesto de protección y fija la vista en el suelo antes de hablar.

—¿Y por qué se lo dijiste a ella?

—Para que se olvidara de ti, porque la quería lo más lejos posible. A un puto millón de años luz de ti.

—Ah, mucho mejor, así podías enrollarte con las dos a la vez —deduce y levanta la vista solo para fulminarme con la mirada.

—¿Solo puedes asumir lo peor de mí? —Es una pregunta retórica, por supuesto. Tengo clarísima la respuesta—. Irene no estaba bien. Me llamaba a todas horas, me perseguía, se presentaba en mi casa y me rayó el coche. Estaba obsesionada conmigo y daba igual lo que yo le dijera. Era imposible razonar con ella y empecé a ponerme nervioso. Por eso no quería que supiera quién eras ni lo que significabas para mí. Como tampoco quería que montara un pollo en

el cumpleaños de mi hermano, a quien le acababan de decir que, a pesar de todos los tratamientos, el puto cáncer seguía estando en su cuerpo.

—Eso yo no lo sabía —comenta desconcertada.

—Ya, pues ¿sabes qué más no sabías? Que poco después del cumpleaños de Chris intentó cortarse las venas porque la amenacé con denunciarla por acoso si no me dejaba en paz. Porque ya no sabía qué hacer. —Veo como se le escapa el color de la cara cuando me mira—. Tenía un trastorno límite de personalidad. Me lo explicó su madre en el hospital cuando fui a verla. Y yo te lo iba a contar todo a ti. Por eso fui al conservatorio aquel día. Pero decidiste que era un cabrón antes de hacer lo que tenías que hacer, que era llamármelo a la cara. Y aquí estamos dos años después.

Parpadea varias veces para asimilar toda la información que acabo de soltarle. Abre la boca, pero la vuelve a cerrar. No encuentra las palabras. No las encontró en su día y sigue sin hacerlo.

¿Puede el corazón caerse del cuerpo? Literalmente, me refiero. Desprenderse de los ligamentos y aterrizar en el suelo. Porque así lo siento cuando veo que sus ojos ponen en duda todo lo que acabo de contarle.

Saco la cartera del bolsillo trasero y rebusco en ella hasta encontrar el sobre de semillas que me regaló y llevo guardando dos años como un completo imbécil. Se lo enseño.

—Y tú decías que ibas a creer en mí cuando nadie más lo hiciera, ¿no?

—Alex, yo... —Se mueve como si quisiera dar un paso hacia delante, pero recula y se queda en el sitio. Le tiembla el labio inferior y yo soy tan gilipollas que, por un segundo, quiero salvar la distancia que nos separa y abrazarla.

No lo hago. Tiro el sobre al suelo y me largo, dejándola ahí de pie. Me da igual ser el capullo que cree que soy. Ya me importa todo una mierda.

Hablar de lo más importante

Sigo llamando con fuerza a la puerta de la habitación de Alex y pienso insistir hasta que abra o hasta dejarme los nudillos en carne viva, lo que ocurra primero. Existe una tercera posibilidad y es que alguno de sus padres aparezca medio adormilado en mitad del pasillo por el escándalo que estoy formando a las tres y media de la mañana.

Es él quien finalmente abre ante mi insistencia. Mi mano se queda colgada en el aire y a pesar de los golpes que se ha llevado contra la puerta, estos duelen bastante menos que su gesto de indiferencia al mirarme. Está despeinado y va vestido solo con la parte de abajo del pijama. Llegó a la villa mucho antes que los demás, claro. Yo tuve que hacerlo en el coche de Klaus, sentada entre Tiago y Elena, y nadie dirigió la palabra a nadie en todo el trayecto. Eso me dio tiempo para pensar, lo que me llevó a cabrearme, conmigo y con él, para llegar a la conclusión de que el único juego en el que ganamos los dos es en el de ser imbéciles.

—Tus semillas. —Extiendo el brazo con el sobre en la mano. Lo recogí del suelo junto con los remordimientos que empezaron a acribillarme tras arrojarnos unas cuantas verdades a la cara en la puerta de la discoteca. Aunque todavía no las he procesado. Ni las tuyas ni las mías.

—No las quiero. No significan nada.

Le estampo el sobre en el pecho y su mano cubre la mía durante un instante para agarrarlo, lo cual altera mis latidos hasta unos niveles ridículos. Aparto la mano y entro sin pedir permiso hasta el fondo de la habitación. Él cierra la puerta y se dirige hacia mí despacio. De camino lanza las semillas sobre el escritorio que se encuentra pegado a la pared, justo antes de llegar a la cama.

—¿Qué quieres? —me pregunta parándose frente a mí y cruzándose de brazos.

—No hemos terminado.

—Yo creo que sí.

—Pues yo creo que no.

—Ya, bueno, me gusta más mi opinión. Y ahora, si no te importa... —Me hace un gesto con la mano invitándome a salir. De la habitación y de su vida en general.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero tú tampoco fuiste claro conmigo.

—Lo intenté —masculla entre dientes y al menos veo un destello de emoción en sus ojos.

—Pasó un mes. Un mes hasta que decidiste que merecía una explicación.

—Muy bien, fui gilipollas durante un mes —admite levantando las manos—. ¿Qué tal si lo comparamos con tus dos años?

—¿Y qué querías que pensara? Me dijiste que podías ser mi lugar seguro y unos días más tarde te encontré abrazándola a ella en la puerta de tu casa. Y después de eso te escuché decirle que yo no era nadie. Solo una chica que te daba pena. —Chasquea la lengua porque no le gusta escucharlo. Ya, bueno, a mí tampoco recordarlo—. No hablé contigo, es verdad. Me sentía avergonzada. Porque para algunas cosas yo seguía teniendo diecisiete años, Alex. Era la primera vez que me enamoraba y tú diste en la peor tecla sabiendo que lo era. Y doliste como nadie lo había hecho nunca. —Respira fuerte y su pecho sube y baja con rapidez—. Si aun así quieres odiarme, vale. Pero tú también te equivocaste y tienes parte de culpa. Y si de paso quieres saber algo más... —Levanto los brazos y los dejo caer derrotada contra los costados—. Sigues doliendo.

Ya está todo fuera.

«No, todo no», me recuerda mi voz interior, pero la ignoro.

Él continúa en silencio, aunque el sonido de su respiración araña la pared.

—¿Has terminado? —me pregunta por fin.

—¿Por qué, tienes prisa?

—Sí, mucha. Por besarte. Pero antes de hacerlo quiero que digas todo lo que tengas que decirme. Sin dejarte nada esta vez —me advierte serio, aunque sus ojos arden—. Porque cuando empecemos esto, no lo vamos a poder parar ni tú ni yo.

—Te juro que eres el tío más creído que he conocido en toda mi vida.

—¿Has terminado?

—Y chulo también.

—¿Algo más? —Arquea una ceja dejando patente que lo es.

—No te aguanto —sentencio. Y casi puedo visualizar la secuencia. Mi corazón adelantando a mi cerebro por la derecha y diciéndole adiós desde la lejanía—. Ahora sí he terminado.

Nos movemos a la vez y nuestras manos se encuentran antes de que nuestros labios choquen. Las suyas enmarcan mi cara y las mías van directas a su nuca. Alex salva nuestra diferencia de altura agarrándome de los muslos y subiéndome a sus caderas. Lo rodeo con las piernas y me pego a él. Nos besamos con prisa, con furia, peleándonos por el aire condensado entre nuestras bocas y a la vez, sabiendo que en este jodido instante nos hacemos falta hasta para respirar.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe contra mis labios—. Mucho y muy fuerte.

—Esto no se va a repetir —le aclaro. Ni siquiera sé por qué se lo suelto en el peor momento posible. Es el lamentable intento de mi parte racional por retomar el mando.

—Pues haremos que sea irrepetible.

Sin dejar de besarme y conmigo enroscada a su cintura, da pasos a ciegas hasta la cama. Sus piernas chocan con el borde y caemos sin ninguna elegancia. Mi espalda rebota contra el colchón y él me aplasta las costillas con su peso. Nos reímos.

El sexo de la vida real no se parece al que nos venden en las películas. Desde luego, el nuestro no parece sacado de una coreografía. Es ansioso, desordenado y peleón. La fina colcha vuela por los aires, mi vestido por poco es asesinado por la impaciencia de Alex ante una cremallera que no quiere ceder y sus calzoncillos y mis bragas entran en una absurda competición por ver quien baja antes por los tobillos hasta que desaparecen entre las sábanas.

Resulta irónico que para calmarnos un poco tengamos que estar desnudos del todo. Es entonces cuando nos sosegamos entre besos lentos que van erizándonos la piel a su paso. Los labios de Alex y su lengua exploran mi cuerpo con detenimiento. Comienzan por mi boca y bailan un rato por mi cuello y mis lóbulos antes de descender por la clavícula y anidar en uno de sus lugares favoritos. No es que me lo imagine yo, es que me suelta un «me encantan tus tetas» mientras las cubre con las palmas de las manos y las observa mordiéndose el labio con deseo. Sí, mis tetas. Las mismas que yo procuro evitar cuando me miro al espejo y cuyo reducido tamaño siempre me ha hecho sentir —idiota de mí— poco femenina.

Cuando sus dientes encuentran mi pezón envían una señal directa a mi bajo vientre. Araño las sábanas con ambas manos, ya que si me agarro a él corro el riesgo de no querer soltarlo nunca más. Y en mi caso, no estoy segura de poder permitírmelo. Por eso no le he pedido que apague la luz. No pienso perderme ni un detalle, quiero memorizar esta noche, y a Alex, de arriba abajo. Su lengua trazando caminos por todos los recovecos de mi carne, sus dedos en torno a mi piel, apretando hasta casi doler. Mis jadeos incontenibles, sus gemidos roncoss vibrando en mi centro. La forma en que levanta la vista y me mira, se recrea y se toma su tiempo para darme placer. Y

también cómo darme todo eso a mí lo excita a él.

Al retirarse de entre mis piernas suelta un bufido de frustración. Se levanta para coger su cartera porque esto sigue sin ser una película y los condones no los puedes invocar mágicamente cuando los necesitas. Al volver con uno, se coloca sobre mí y me besa. Un beso brusco y profundo. Noto mi propio sabor en los labios y no es que me disguste, pero sí es algo que solo le permito hacer a él. Es demasiado personal. Y como te dije, he tenido sexo después de Alex, pero nunca ha sido íntimo.

Cuando se cuela en mi interior ya estoy mojada y encajamos a la perfección. Empieza a moverse dentro de mí y no tardamos en acelerarnos. Para lo básico sí que estamos bien coordinados. Puede que hasta demasiado. Por el brillo de sus ojos advierto que está a punto de empezar otro juego. Sale de mí despacio y deja la punta dura en mi abertura. Me mira y sonríe, negándome lo que quiero, pero sin quitármelo del todo.

Muevo las caderas y las piernas para empujarlo hacia mí, pero se resiste y vuelve a sonreír.

—Te voy a...

—Cuidado con lo que prometes que vas a hacerme, sabionda. No vaya a ser que me guste.

—Repite eso.

—He dicho que cuidado con lo que prometes...

—No, eso no. Mi nombre.

Se entierra hasta el fondo de golpe y ahogo un grito de la impresión.

—Sabionda —susurra en mi oído y mi pecho estalla por dentro en mil pedazos que no sé cómo voy a poder recomponer.

—Dios, por qué tienes que ser tan... —Me callo obligada cuando vuelve a embestirme y se me corta la respiración. Sin darme tregua retoma el movimiento.

—¿Tan guapo? —Dentro—. ¿Tan encantador? —Fuera—. ¿Tan adorable? —Dentro.

¿Sabes esa sensación de que vas a morirte si no lo besas y a morirte también si lo haces?

—Tan tú —le digo y lo agarro del pelo para atraerlo hacia mi boca.

No paramos de besarnos mientras nos movemos cada vez más rápido. También hablamos mientras lo hacemos, porque se ve que es algo que va con nosotros. Y sudamos, y nos corremos. Una vez yo y dos él. La última se la concedo haciendo honor a ese punto de mi lista que siempre le ha obsesionado tanto.

—Te voy a hacer un diploma con Photoshop —anuncia con la vista clavada en el techo unos minutos después. Ambos seguimos desnudos y tumbados uno al lado del otro, ya con las respiraciones más pausadas, pero todavía cubiertos de sudor—. Uno que diga Doña Minerva... —Gira el cuello hacia mí—. Mierda, no me sé tu apellido.

—Ferrer.

—Doña Minerva Ferrer —retoma y vuelve a mirar al techo—. Licenciada en mamadas. Y lo voy a imprimir para que puedas colgarlo en la pared.

—Todo un detalle. Mi madre estará superorgullosa. —Me levanto para recoger mis bragas a los pies de la cama.

—¿Qué haces? —quiere saber, como si no fuera evidente.

—Vestirme. Me voy a mi habitación.

—Vale, puedes irte a tu habitación. —Se incorpora en la cama, despeinado, serio y guapo a rabiar—. O puedes hacer lo que de verdad quieres hacer, que es quedarte aquí conmigo esta noche.

Y tiene tanta razón en eso que duele.

—Te lo dije. Es mejor no repetir. —Me subo las bragas con rapidez para evitar acabar haciendo lo contrario de lo que acabo de decir.

—No quiero follar. Bueno, sí quiero. Contigo siempre quiero —corrige—. Pero ahora quiero hablar.

—¿No hemos hablado ya bastante? Antes y durante —me burlo.

—No de lo más importante. No de que tú y yo estuvimos enamorados —declara—. Ni de lo que nos acabamos de decir sin palabras en esta cama. Que seguimos estándolo.

Licenciada en esquivar conversaciones complicadas

Localizo mi vestido, que en el fragor de la batalla acabó aterrizando del revés en el escritorio, y voy directa hacia él. Lo agarro como si fuera la tabla del Titanic de Jack y Rose. Solo que en esta historia yo soy Jack. Soy quien se hunde en un mar de oscuridad y me niego a arrastrar a Alex conmigo. De paso, debería dejar de hacer símiles cutres —ni siquiera puedo culpar al alcohol por ello— y centrarme en encontrar por dónde se le da la vuelta a esta trampa de algodón de saldo.

Cuando consigo desenmarañarlo al fin con mis dedos temblorosos, meto las dos piernas y tiro de la tela hacia arriba sin cuidado. Me doy prisa por subirme la cremallera, pero se atasca. Se ha posicionado claramente en el bando de Alex.

—¿Vas a decir algo? —me pregunta a mi espalda.

Continúa sentado en la cama, desnudo, literal y figuradamente, así que no me giro para mirarlo. Meto tripa y tomo aire profundamente para ver si así la cremallera se mueve, lo cual solo me sirve para darme cuenta de que la habitación todavía huele a nosotros. Eso me aturde y me impide pensar una respuesta a la altura de la bomba que ha soltado alegremente. O no tan alegremente. Sin embargo, mi cerebro se encuentra ahora mismo en una zona horaria distinta a la de mi cuerpo y a mi corazón no puedo dejarlo correr suelto, por mucho que esté luchando por romperme las costillas para saltar a sus brazos.

—Ya lo has dicho tú todo por los dos.

Minerva Ferrer: licenciada en esquivar conversaciones complicadas. Puedo colgar ese diploma junto al de las mamadas.

—¿Tan malo es?

No. Sí. Puede.

—¿El qué? —pregunto para ganar algo de tiempo mientras sigo luchando a muerte con la cremallera traidora.

—Querernos.

Alexander Ackerman: licenciado en simplificar conversaciones complicadas.

Querernos. En presente. Un tiempo verbal sobre el que no sé transitar, porque a mí lo que se me da mejor es vivir entre un pasado que odio y un futuro que me aterra. Y en el medio está él.

Cierro los ojos y aprieto fuerte los párpados justo antes de soltar la cremallera —ella gana— y dejo caer los brazos con un suspiro silencioso. Quererlo sería muy fácil. Ya vuelvo a estar a medio camino. Que él me quiera a mí podría ser lo complicado.

Al abrir los ojos de nuevo veo el paquete de semillas delante de mí. Cuando Alex lo lanzó sobre el escritorio, cayó sobre una pila considerable de folios. Sobre el primer papel observo líneas subrayadas en fosforito, así como fórmulas matemáticas escritas a lápiz. Entorno los ojos y arriba del todo leo: Matemáticas aplicadas al paisajismo.

Me olvido de la tensión que amenaza con comerse el aire de la habitación y me doy la vuelta sonriendo de oreja a oreja.

—Estudias Paisajismo.

—Sigues siendo una fisgona —comenta con una mueca antes de levantarse de la cama para recoger sus calzoncillos y ponérselos—. Y sí, estoy estudiando. —Se pone también el pantalón del pijama y lo sigo con la mirada mientras cruza la habitación para acercarse hasta el armario y abrirlo—. Esa es la única asignatura que me falta por aprobar de segundo.

—¿Estás en tercero? —Abro mucho los ojos.

Se acerca a mí con una sudadera negra en la mano y una camiseta blanca de manga corta en la otra.

—Veo que tu fe en mí también sigue siendo inquebrantable —comenta sarcástico al tenderme la sudadera.

Una sonrisa involuntaria me sorprende tras cogerla y pasar los dedos por la capucha. No creo que se acuerde, pero es la misma sudadera que me prestó el día que no podía dormir y me llevó en su coche. Ahora que me he desprendido del odio con el que nos enterré, puedo verlo como lo que es. Un recuerdo bonito. Un principio.

Él se pone la camiseta mientras yo sigo de viaje en el pasado y se aleja.

—Te espero fuera —murmura antes de desaparecer tras la cortina blanca que da paso al balcón.

Giro el cuello hacia el lado contrario de la habitación y miro la puerta unos segundos, fingiendo que es una opción cuando en realidad no lo es. Alex posee la fuerza de atracción de veinte campos magnéticos. Hasta la puerta lo sabe. Así que hago lo que él y yo sabemos que quiero hacer —o lo que soy incapaz de evitar— y me quedo. Me quito el vestido y me pongo su sudadera. Dado el tamaño, hace la misma función. Camino descalza hasta el exterior y la prenda me protege del impacto del frío al salir. Otro impacto es verlo a él fumándose un porro. No por el porro, eso no es ni medio sorprendente, sino por el ambiente íntimo que envuelve la escena.

Está semiacostado en una silla de mimbre, con las piernas abiertas y un talón apoyado en el reposapiés de una pequeña mesa redonda de cristal. La luz tenue de un farol colgado en la pared lo ilumina y acaricia su rostro con suavidad. Desde la línea que dibuja su mandíbula, cubierta de una barba de tres días cuyo roce aún siento en la piel, hasta los mechones de pelo disparados que caen de cualquier manera sobre su frente, en parte también por mi efusividad de hace un rato. Y más abajo, su pecho, alzándose y descendiendo con calma mientras el mío se esfuerza por no reventar.

Dejo de mirarlo porque empiezo a tener complejo de polilla y me muevo hasta alcanzar la silla gemela de al lado. Al sentarme me hago una especie de ovillo para protegerme del frío —quizá también de la conversación que nos espera— y encojo las piernas sobre la silla. Me cubro el pecho con los brazos cuando una ráfaga de viento me da de lleno. No obstante, agradezco el contraste del aire fresco en mis mejillas todavía encendidas.

—Te queda mejor a ti —asegura dejando salir el humo con los ojos puestos en mis piernas, cubiertas a medias por la sudadera—. Ya lo pensé la primera vez que te la vi puesta.

Mi corazón vuelve a pegar un bote. Se acuerda. Y yo que me alegro porque no tengo intención de devolvérsela. Ni de confesárselo, por lo que esquivo su mirada y elevo la vista hacia el cielo salpicado de estrellas.

Él da otra calada y el intenso olor de la marihuana comienza a ahogar el de las rosas blancas que trepan por el balcón.

—Deberías dejar esa mierda.

—Lo hice. Hasta esta noche llevaba más de un año sin fumar. Este me lo traje por si acaso. — Examina el cigarrillo entre sus dedos y su gesto se vuelve sombrío—. Pensé que podría necesitar refuerzos para el fin de semana.

Tampoco soy nadie para juzgar su manera de lidiar con la realidad. Desconozco lo que le ha tocado vivir estos dos años. Lo que sí sé es que su hermano se muere, y eso lo va a destrozar de maneras que quizá ni se imagina aún.

—Tenía fe en ti. En nosotros, no; a la vista está. Pero en ti sí. Hasta cuando creía que te odiaba —recalco no por gusto, sino para dejarlo claro—. Y siento lo que te pasó con Irene, de haberlo sabido... —Dejo la frase suspendida en el aire porque no sé cómo terminarla y agacho la cabeza. No puedo evitar preguntarme qué habría sido de nosotros si hubiéramos estado ahí el uno para el otro. Si las cosas hubieran sido de otro modo. Si las hubiéramos hecho de otro modo, más bien. Las cosas no hacen nada por sí mismas. Pero da igual, eso ya no tiene remedio—. Me alegro de que ahora te vaya tan bien.

Aunque parezca una frase hecha, es la más real y sincera que puedo ofrecerle.

Ahora es él quien desvía la mirada y la fija en el horizonte, que apenas puede intuirse en la oscuridad de la madrugada. Y no me preguntes qué hora es. No me interesa. Solo deseo estirar esta noche con él hasta partirla en dos.

—Las matemáticas se me dan de pena —declara, aunque no es la clase de confesión que esperaba—. Cuando iba al colegio siempre las suspendía por mucho que estudiara, así que mis padres contrataron a una profesora particular —me explica—. El día que aprobé por primera vez un examen me quedé esperando despierto en la cama hasta que mi padre llegó del trabajo. Tenía que contárselo —enfatisa con los ojos muy abiertos—. Había sacado un ocho con seis, y eso que el examen era de ecuaciones de segundo grado. El infierno está lleno de ecuaciones de segundo grado —puntualiza muy convencido—. Me pareció la hostia aquella nota y estaba orgulloso.

—Era para estarlo —me adelanto porque intuyo el desenlace de la historia.

—Mi padre no pensó lo mismo. Cuando le enseñé el examen, levantó una ceja y me dijo que debería haber sacado un sobresaliente. Nada más. Y se fue a dormir.

—Te juro que quiero pegar a tu padre ahora mismo.

Y también quiero abrazar al niño que tuvo que soportar a Philipp Ackermann como padre. A los tres niños en realidad. Y a su mujer. Extiende mi compasión a cualquiera que haya tenido la desgracia de cruzarse con ese señor.

—No concibe ser menos que el mejor. En todo. Y además el éxito debe notarse. —Se encoge de hombros con resignación—. Supongo que por eso crecí sintiéndome en deuda con él. Como si siempre me faltaran esas cuatro décimas para el sobresaliente. Para valer algo.

—Corrijo: quiero pegar a tu padre y también arrancarle la piel a tiras para hacerme un bolso. Y después volver a pegarle con él.

Me dedica una sonrisa lenta, una pequeña pero agradecida. En cuanto desaparece de sus labios ya empiezo a echarla de menos.

—El verano pasado conseguí unas prácticas en un estudio. Y cuando mi jefa me felicitó por haber ayudado en un proyecto, fue la primera vez que no sentí ganas de ir a contárselo a mi padre. Me daba igual lo que pensara. Y desde entonces ya no discuto con él. —Sonrío. Pues sí que ha cambiado en estos dos años—. Me costó mucho tiempo y unos cuantos puñetazos en la pared darme cuenta, pero tú tenías razón. Es mi vida la que debo vivir, no la suya.

—Fue un buen consejo. Doy unos consejos de la leche.

Y sería un puntazo si me los aplicara a mí misma.

—Sí, aunque echo un poco de menos tocarle los cojones. —Da una calada corta y echa la cabeza hacia atrás para dibujar una o en el aire con el humo—. Era como nuestra tradición familiar.

Bueno, igual no ha cambiado tanto. Eso también me gusta.

—Si te sirve de consuelo, ya lo he hecho yo hoy por ti.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Sonríe de medio lado—. ¿Qué le has dicho?

—Lo que necesitaba escuchar. Aunque no creo que haya servido de nada.

—¿Vas a ser clara en algo esta noche o solo yo voy a ser sincero hasta desangrarme?

—No voy a volver a Nueva York —suelto sin pensar.

Sus ojos se abren con sorpresa a través del humo, pero se recompone enseguida y cambia el gesto hasta fruncir el ceño.

—Oye, si lo haces por Chris...

—No es por Chris. Es decir, me quedaría aquí por él sin dudarlo, pero la verdad es que no tengo nada que hacer en Nueva York. No puedo bailar.

—¿Qué ha pasado?

—Dame el porro, que lo voy a necesitar.

Estira el brazo sin mediar palabra y lo cojo para darle una calada que reconfirma que sigue sin gustarme la marihuana. Aunque sí me sirve para atemperar un poco los nervios. Necesito unos segundos antes de explicarme. A veces, soy como un grifo de ducha viejo. De esos que para funcionar necesitan más rato de lo normal, girando hacia un lado y a otro para no escaldarte la piel ni congelarte. A mí me cuesta encontrar ese equilibrio.

—Ha pasado lo que los médicos me advirtieron que iba a pasar. No puedo bailar de manera profesional con una rodilla sujeta con tornillos y cemento. —Si siente compasión o lástima no se traduce en su rostro, cosa que agradezco—. Mi rendimiento no está a la altura, y de nada sirvió que me esforzara más que los demás, que me dejara la piel, que no viviera para otra cosa. Bailé hasta romperme. Y aun así no fue suficiente.

Dejo el porro en el cenicero y lo hago culpable —que no lo es— de que mi estómago se ponga del revés.

Alex me mira ahora como solo él sabe hacer. Como si tuviera la capacidad de colarse entre capas de mi piel que no sabía ni que existían.

—Si tienes que llegar al punto de romperte para conseguir algo, a lo mejor no es lo que debes querer.

Llega tarde, aunque ese también es un buen consejo.

—Soy buena, soy muy buena —digo con una sonrisa amarga—. Pero es una cuestión de resistencia. Si bailar consistiera en interpretar una sola pieza, podría ser la protagonista de cualquier obra. Pero la realidad es que ni siquiera soy una suplente... Me lo dijo tal cual mi profesora favorita al terminar el curso.

—Lo siento —susurra.

—Intentaba hacerme un favor y yo necesitaba escucharlo. Además, fue más suave que el director de *casting* que me soltó que si me faltara una pierna, al menos tendría algo original que enseñar al mundo.

—Menudo gilipollas —bufa—. ¿Qué le respondiste?

—¿Por qué crees que respondí?

—Porque eres tú. —Arquea una ceja.

Me agarro un mechón de pelo con dos dedos y tiro de él despreocupadamente.

—Le dije que era una pena no tener una pierna ortopédica a mano para metérsela por el culo y darle vueltas.

Su carcajada es tan grande que lo impulsa hacia delante. Se empieza a reír fuerte, muy fuerte, hasta que le tiemblan los hombros, y termina agarrándose el estómago por el esfuerzo. Creo que es la risa menos sexi de todo su repertorio. Y creo también que quiero vivir en ella para siempre.

—De todas formas, los *phrasal verbs* siempre se me han atragantado —comento cuando ya se

ha calmado—, así que puede incluso que le dijera algo peor.

—Esa es mi chica.

Y esa simple frase junto con la sonrisa que la acompaña le vuelven a dar otra vuelta a mi estómago.

—En fin, que después de aquella conversación con mi profesora decidí volver a casa. Mientras hacía las maletas encontré la lista que escribí con Chris y lo de hacer un viaje por carretera y sin destino me pareció una señal... Andaba muy perdida. —Eso es el eufemismo del año—. Me teñí el pelo como una muñeca LOL, alquilé un coche y me fui de Nueva York. Estaba en una carretera perdida de Kansas cuando te llamé. Y esa es la triste historia de mi fracaso.

—No has fracasado. —Niega con la cabeza—. Bailaste en Nueva York. Lo hiciste durante dos años y con una rodilla sujeta con tornillos y cemento. A mí me pareces increíble.

—Lo di todo, Alex. Todo lo que tenía. Y aun así...

—Es que no deberías darle todo a nada ni a nadie. Porque entonces ¿qué dejas para ti?

Asiento rítmicamente mientras proceso esas palabras.

—¿Sabes qué? No voy a volver a meterme con tus porros. Te vuelven muy sabio —me burlo porque es más fácil que reconocer que estoy en el mismo punto que hace cinco años. Exactamente en el mismo punto.

—No es la marihuana. —Se incorpora para coger el porro y apurar la última calada—. Es que soy la hostia de listo.

—Tampoco te flipes.

—No me flipo. Solo hay dos cosas que se me dan mal, Minerva —declara con chulería—. Ya te he dicho que una de ellas son las matemáticas.

—¿Y la otra?

Apaga el cigarrillo en el cenicero. Más bien lo aplasta, lo espachurra y termina por descuartizarlo antes de levantar los ojos hacia mí, esta vez mucho más serio.

—Olvidarte.

—Alex... —pronuncio su nombre como si fuera una protesta y me muevo incómoda en la silla.

—Déjame decirlo, por favor —me pide con una nota de vulnerabilidad en la voz—. Aprendí por las malas que no tiene sentido guardarse lo bueno.

Contengo el aliento, pero no me vuelvo a mover. Lo dejo hablar. Ya nos lo negamos el uno al otro durante mucho tiempo.

Apoya los codos en las rodillas y se frota las palmas de las manos muy despacio mientras busca las palabras. O el valor para dejarlas salir.

—Me enamoré de ti hace dos años. De tus contestaciones de sabionda. De que me llamaras Ackermann, a pesar de que no me gusta mi apellido. De cómo protegías a mi hermano. De tu forma de bailar, como si volaras unos centímetros por encima del suelo. Me enamoré poco a poco y, aun así, me fulminaste —asegura sin rastro de duda en los ojos—. No creo que para permanecer necesites ser como una estrella de esas que tanto te gustan. Porque yo no te olvido por mucho que lo intente. Y antes de que vinieras aquí esta noche, ya estaba a un puto beso de volver a enamorarme de ti.

Yo me quedaré con su sudadera, pero él acaba de arrancarme el corazón de cuajo y se lo está metiendo en el bolsillo.

—Joder —farfullo y trago saliva. No doy para más.

—Estoy enamorado de ti y creo que a ti te pasa lo mismo. —Sonríe cómplice—. Elegimos

mal la primera vez. Podríamos haber hablado, peleado y follado, aunque seguramente no en ese mismo orden. Y podríamos habernos querido después. Pero decidimos guardarnos rencor y echarnos de menos en silencio. No pienso hacer eso dos veces, Minerva. ¿Y tú?

No. Es lo que quiero decir. Es lo que quiero gritar tan alto que lo escuchen hasta las puñeteras estrellas. Pero no lo hago, porque para darle lo que quiere de mí tendría que ser sincera del todo. Y no soy capaz.

Mi rodilla protesta cuando me levanto y, aun así, cubro el espacio que nos separa con rapidez para sentarme a horcajadas sobre él. Lo beso y él me acerca más agarrándome fuerte por la cintura, como si le diera miedo que fuera a desaparecer. Tal vez lo haga. Pero no va a ser esta noche.

Mientras no lo sepa

Al contrario que de madrugada, mis nudillos apenas hacen ruido al llamar a la puerta. La diferencia principal se debe a que ayer por la noche estaba cabreada y hoy estoy huyendo en silencio como una cobarde. Por eso doy pequeños golpecitos contra la madera sin perder de vista la habitación que se encuentra a tres puertas de distancia. De ella he salido hace veinte minutos, de puntillas y rezando para no despertar a Alex. Nos acostamos —para dormir— al amanecer, aunque yo no he conseguido pegar ojo, lo que tampoco es ninguna novedad.

Dejo de llamar como un gatito recién nacido y golpeo la puerta tres veces con contundencia. Si no me voy ya, corro el riesgo de que Alex se levante de la cama, y se me va a hacer muy difícil mirarlo a la cara. Y si lo hago, se me va a hacer aún más difícil no besarlo. Y si lo beso, voy a terminar metida otra vez entre sus sábanas, de las que no quería haber salido en primer lugar. Y si eso pasa, al final me veré obligada a dar explicaciones y...

La puerta se abre arrancándome los pensamientos de golpe y la luz que entra por la ventana del fondo me dispara un fogonazo directo a las córneas. El atuendo de mi mejor amigo también afecta a la vista. Pantalón blanco, camiseta de rayas amarillas y negras tipo abeja y pañuelo naranja de seda anudado al cuello.

—¡¡Buenos días!! —me saluda con voz cantarina.

—No grites —susurro abriendo los ojos desmesuradamente.

—¿Por qué? —me imita bajando la voz y abriendo los ojos también—. ¿Qué pasa?

—Pues... que hay gente durmiendo.

—Mírala ella, qué considerada. —Arquea una ceja y se cruza de brazos—. Anda que te importó a las tantas de la madrugada mientras te tirabas a mi hermano, cerda. —Zas, sin anestesia. Y sin una vía de escape digna como una ventana de un octavo piso para lanzarme de cabeza—. Menudo concierto. Ni Mónica Naranjo llega a notas tan altas—. Se carcajea y su risa muta rápido en una tos ronca y seca que le obliga a encorvarse.

—¿Estás bien? —le pregunto, recordando de golpe que hay cosas mucho más importantes que el nivel de contaminación acústica de mis gemidos.

Tarda un par de segundos más en recuperarse y, cuando lo hace, me mira con la misma determinación con la que defiende que Laura Pausini es la mejor cantante sobre la faz de la Tierra.

—No me cambies de tema —me advierte, como si mi preocupación porque eche los pulmones por la boca no fuera más que una vaga excusa—. Y no te preocupes, que me parece bien lo tuyo con Alex. Mejor que bien —enfatisa—. Ese era el plan.

—¿Cómo que el plan?

—Bajamos a desayunar y lo hablamos tranquilamente —propone.

—Chris... —Tiago se asoma a la puerta en pijama, con cara de sueño y frotándose un ojo—. Deberías estar en la cama.

—Debería estar aprovechando el domingo —le contradice.

—Has tenido fiebre.

—Unas décimas de nada —me dice a mí, haciendo un aspaviento con la mano y acto seguido tiene que llevársela a la boca para tapar otro ataque de tos.

—Tiago tiene razón, quédate en la cama y descansa. Yo me voy ya a casa, pero hablamos

luego. Y mañana paso a verte —le prometo dando pasos cortos hacia atrás.

—Son las diez de la mañana, ¿por qué tienes tanta prisa? —inquire con recelo tras aclararse la garganta.

O puede que no haya ningún recelo en él. Lo más probable es que sea producto de mi imaginación combinada con mis remordimientos.

—Tengo que devolverle el coche a mi madre. Me lo llevé sin preguntar y lo necesita hoy —miento.

—Vale, pues te acompaño mientras haces la maleta —declara saliendo de la habitación.

—Ya está en el coche —respondo con rapidez.

Con la ropa hecha una bola y metida a presión, a punto de explotar probablemente. Y puede que hasta me haya dejado algún vestido o unas bragas en mi habitación. Ni me he detenido a revisar.

—Pues te acompaño hasta el coche entonces. Me apetece dar un paseo.

—Tú tensión sigue baja —protesta Tiago.

—Me está subiendo solo de escucharte —replica con dientes apretados y suspira al cabo de tres segundos, en cuanto ve la expresión seria de su chico. No estoy segura de si está cabreado o dolido. Puede que una mezcla—. Van a ser diez minutos, te lo prometo. Quince como mucho. Hace mil años que no estoy con ella —exagera con puchero incluido.

La verdad es que yo también lo he echado de menos una barbaridad. Y mientras lo veo hablando con Tiago, siento que a mí tampoco me llega el aire del todo a los pulmones. Mi mejor amigo está aquí parado delante de mí, pero soy consciente de que el tiempo juega en su contra y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—Tú ve eligiendo el desayuno para que nos lo traigan a la habitación. Puedes pedir las tortitas con ese sirope de fresa que tanto te gusta —le sugiere con una sonrisa muy dulce—. Y después puedes echármelo a mí en el...

—De verdad que tengo que irme —insisto por el bien de todos. Por un lado, quiero largarme de verdad y por el otro, trato de evitar que un simple comentario como el uso sexual del sirope de fresa desemboque en una discusión sobre la falta de uso de sus propios penes.

Por suerte, Tiago accede a pedir el desayuno y Chris y yo nos movemos por fin. Mientras bajamos las escaleras hasta la planta baja no le concedo ni un segundo al silencio. Le pregunto si ha dormido bien a pesar de esa tos —la respuesta es no—, si su colchón es tan cómodo como el mío —la respuesta es sí—, si cree que el cambio climático ha acabado con el otoño y tendremos verano hasta diciembre —la respuesta es un *psss*, acompañado de una mirada que puede traducirse como ¿tú te crees que soy gilipollas?—. Pero yo sigo a lo mío y le suelto todo aquello que se me ocurre para evitar que sea él quien dirija la conversación.

En cuanto salimos por la puerta de la villa, me coge del brazo e interrumpe mi monólogo sobre lo maravillosas que son las alcachofas de ducha con efecto lluvia.

—No te puedes ir. Al menos no hasta que te pida perdón.

—¿Por qué?

—Por entrometerme entre Alex y tú —sentencia y se queda en silencio.

—No te entiendo —verbalizo porque no sé si espera que adivine a qué se refiere.

—No fue con mala intención, es solo que estaba tan ilusionado en su momento con que te fueras a Nueva York a triunfar como en las pelis que cuando me enteré de que os habíais enrollado le dije que te dejara en paz. —Lo ha soltado de carrerilla y a continuación se muerde la uña del pulgar, esperando recibir una reprimenda. Como no llega, continúa—: Pensaba que eras

un lío sin más, como todos lo que suele tener Alex. Entonces no sabía que estaba enamorado de ti, te lo juro. Él tampoco lo reconoció, el muy imbécil —gruñe—. Me lo contó unos meses después de que te fueras.

Sus ojos azules me miran expectantes y un poco asustados.

—Lo que pasó con Alex no fue culpa tuya, así que no tienes que pedirme perdón. —Tuerce la boca nada convencido—. De verdad que no tengo tiempo para hablar de esto ahora, Chris, pero te juro que no fue culpa tuya. Olvídalo.

—Sé que nunca has querido contarme lo que te pasó con él, y por eso sé que te importa mucho más de lo que estás dispuesta a reconocer.

—Fuimos idiotas los dos y ya está —resumo—. Fue culpa nuestra por no hablar las cosas.

—Y por lo que veo seguís igual. Te vas sin despedirte, ¿a que sí? Piensas volver a Nueva York sin hablar con él.

Suspiro con cansancio ante su repentino tono de reproche.

—No voy a volver a Nueva York, así que no.

—¿Cómo que no vuelves? —Pone los brazos en jarra—. ¿Por qué no vuelves?

—Porque no puedo bailar, pero no es el momento, en serio —insisto impaciente—. Tengo que irme. Hablamos más tarde.

No parece conforme con mi idea y se coloca delante de mí, impidiéndome el paso.

—Escucha, Mini... Yo le voy a romper el corazón a Tiago y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero tú no tienes por qué hacerle lo mismo a Alex.

—¿Qué te apuestas? —murmuro con una risa medio histérica.

—He visto cómo os miráis. Cualquiera que pase dos minutos con vosotros se daría cuenta. Y tú puedes estar a su lado cuando yo... —Se le corta la voz y mira hacia arriba para tomarse un momento. Deja salir el aire por la boca con lentitud y vuelve a fijar sus ojos en mí—. Podéis estar juntos. Apoyaros el uno en el otro.

—Espera, ¿ese era el plan al que te referías? ¿Juntarnos a Alex y a mí para consolarnos cuando tú no estés?

—No digo que sea un plan maestro, pero sí.

Aprieto los puños hasta clavarme las uñas.

—Las cosas no funcionan así, Chris. No puedes manejar a la gente como te dé la gana. Y menos a mí.

—Solo quiero que os deis otra oportunidad. ¿Qué problema hay en eso? —Me mira ceñudo.

—El problema es que no tienes ni la más remota idea de lo que estás diciendo. Soy la última persona que deberías querer al lado de tu hermano.

—Venga ya. —Apoya ambas manos en mis hombros—. Eres mi mejor amiga y la persona en la que más confío de todo el mundo. Y que te quede claro que no hay nadie, absolutamente nadie, mejor que tú para Alex.

—No me hagas esto —le suplico, conteniendo mis pies a duras penas y reteniendo las lágrimas detrás de los ojos—. Déjame irme, por favor.

—No, de eso nada. —Arruga la frente con preocupación—. ¿Qué te pasa, Mini?

Trago saliva para deshacer el nudo de mi garganta antes de responder, pero es inútil.

—Me duele la rodilla.

Él asiente muy despacio antes de hablar.

—Vale... ¿Es por eso que no puedes bailar?

—No, no estoy hablando de bailar. Me duele la rodilla —recalco clavando mis ojos en los

suyos—. Como la primera vez.

Parpadea varias veces antes de comprender lo que quiero decir.

—Espera, espera... ¿Se lo has contado a Elena?

—No.

—Pues vamos a hablar con ella.

Hace amago de entrar por la puerta, pero mis pies parecen enterrados en cemento de repente y no me muevo.

—Mini, lo más probable es que hayas forzado la rodilla bailando y que por eso te duela, que tú eres muy bruta —me riñe con un toque de humor, tratando de quitarle hierro—. En cualquier caso, tienen que mirarte.

Niego con la cabeza porque mis cuerdas vocales se niegan a responder.

—¿No? —me pregunta— ¿Por qué no?

Solo me doy cuenta de que estoy llorando cuando noto el sabor salado de mis lágrimas.

—Porque mientras no lo sepa, no estaré enferma otra vez.

Abre la boca para hablar, pero esta vez no parece encontrar ninguna respuesta correcta y vuelve a cerrarla.

—No puedo volver a pasar por lo mismo —pronuncio con la voz rota y agacho la cabeza—. No puedo.

—Cariño, tú eso no lo sabes —me dice reaccionando al fin. Lo hace con una ternura infinita, posando la mano sobre mi mejilla para limpiarme una lágrima con el pulgar, como si fuera una niña pequeña que acaba de caerse y hacerse una pupa.

Eso tampoco puedo soportarlo y doy un paso hacia atrás para romper el contacto.

—Sí que lo sé. Mi cabeza lo sabe. Me lo repite sin parar, que es lo mismo, que ha vuelto —musito con labios temblorosos—. No me deja dormir, no me deja andar sin pensarlo, no me deja comer ni me deja respirar. —Me llevo la mano al pecho, que sube y baja descontrolado—. Tengo miedo, muchísimo miedo.

Y aunque mi mente es un caos ahora mismo y me cuesta hasta organizar mis pensamientos, me llevo la mano a la boca de golpe. Porque soy dolorosamente consciente de lo que acabo de decir. Y él también. Chris no solo comprende mis palabras. Las está viviendo cada día.

—No me puedo creer que te esté diciendo esto a ti. Soy imbécil —escupo horrorizada conmigo misma.

—Vale, Mini, tranquilízate y escúchame.

No puedo hacer ninguna de las dos cosas.

—Lo siento, lo siento muchísimo —me disculpo avergonzada y me alejo lo más rápido que puedo, con zancadas largas que hacen gritar a mi rodilla mientras mi mejor amigo lo hace a mi espalda.

La ventaja no me sirve de mucho. En cuanto llego a mi coche y abro la puerta, lo veo llegar corriendo detrás de mí. Viene dispuesto a presentar batalla. Lo entiendo, yo también lo haría por él, pero ahora mismo no soy él. O quizá sí, pero nuestras necesidades son diferentes.

—Espera. —Se detiene exhausto y con la respiración ahogada delante del coche. Levanta un brazo, pero lo deja caer y empieza a toser con tanta violencia que tiene que apoyar ambas manos sobre las rodillas—. No puedes... No puedes... irte. —Se incorpora con fatiga buscando aire y el sonido de su respiración se transforma en un silbido agudo—. Huir no va a servir de... Joder, me estoy mareando. —Parpadea a la vez que tantea el suelo con los pies, tratando de encontrar un punto de equilibrio.

—Chris. —Ya me estoy moviendo hacia él. —¿Qué te pasa?

—Escúchame —jadea sin resuello.

No lo escucho porque no pronuncia una palabra más. Lo único que se oye es mi propia voz rasgando el aire cuando grito su nombre justo antes de que se desplome en el suelo.

38

ALEX

Mentiras, revelaciones y una mañana de mierda

La noche de ayer fue cojonuda. E inesperada. De esas que comienzan con un plan tan apetecible como una patada en el escroto y acaban por convertirse en uno de los mejores recuerdos de tu vida. También para mi escroto, pero me reservo los detalles.

Lo importante de la noche es que Minerva y yo terminamos soltándonos verdades que escocían, pero que, una vez expuestas, dejaron de doler. Arrancamos a machetazos las raíces de todo lo que nos habíamos guardado estos dos años y la inercia de tanta confesión me llevó a soltarle un «estoy enamorado de ti» que ella no correspondió con palabras. Se las guardó en la punta de la lengua un par de veces y se las tragó.

Llámame sobrado si quieres, pero ni siquiera necesité escucharlas. Me lo confesó todo con besos, ojos y piel antes y después de nuestra conversación en el balcón. Y cuando ya no quedó nada más que añadir, me quedé dormido abrazado a su cintura. Así que sí, fue una noche perfecta. Tanto que el día siguiente ha tenido que encontrar la manera de equilibrar la balanza. O más bien, de mandarla a tomar por el culo de una patada.

Mi intención era despertarme a mediodía con besos en la cama, pero la realidad ha querido que lo hiciera a las diez y veinte de la mañana con fuertes golpes en la puerta. Al abrir, con sueño y una mala hostia considerable, he visto a Klaus con el rostro desencajado y juro que el corazón me ha saltado hasta la garganta. Resulta increíble hasta qué punto puede ralentizarse un segundo cuando esperas lo peor. En el tiempo que ha tardado en abrir la boca para hablar han pasado dos vidas delante de mis narices. La de mi hermano pequeño, demasiado corta; y la mía, demasiado larga sin él, dure cuanto dure.

Tras explicarme que una ambulancia se ha llevado a Chris después de que se desmayara, me he vestido a la velocidad de la luz con lo primero que he pillado del armario. A continuación, los dos nos hemos ido en su coche. Llevamos diez minutos en él, según mi reloj. Tres horas si me preguntas a mí.

Klaus también me ha dicho que mis padres y Elena se han ido detrás de la ambulancia, pero no sé dónde coño se ha metido Minerva. Le mando un mensaje para preguntárselo y acto seguido le pido a mi hermano que pise un poco el acelerador. Se limita a responder que «conducir como un salvaje y que tengamos un accidente no va a ayudar a nadie». Y si mi «yo salvaje» no le estampa la cabeza contra el cristal de su ventanilla es solo porque entonces sí provocaría un accidente y me niego a tener que darle la razón.

Después de eso, el sonido de nuestras respiraciones —agitada la mía, serena la de él— se convierte en el único acompañamiento del trayecto, solo interrumpido una vez por el pitido de un mensaje de Minerva. Lo abro y veo que me ha enviado un número de habitación. Nada más. Sin detalles. Los dedos me empiezan a temblar y me da tanto miedo preguntar que me guardo el móvil en el bolsillo.

Coloco ambas manos sobre las rodillas y aprieto hasta que los nudillos se vuelven blancos. El puto Porsche Cayenne comienza a parecerme diminuto, claustrofóbico, y una parte de mi cuerpo amenaza con partir a la otra parte y escapar. Su majestad sigue concentrado en el volante, pétreo e inalterable, como la calma que precede a una tormenta que nunca termina de llegar.

Tras dejar el coche en el *parking* del hospital —sin objeción por mi parte, a pesar de que Klaus aparque en la jodida plaza más alejada del recinto— llegamos a la puerta de entrada. No es

el hospital al que suele ir Chris y que ya conozco como si fuera mi casa. Le han traído a otro, más grande pero más antiguo, aunque el olor a desinfectante al entrar es idéntico.

Klaus murmura algo que no logro escuchar mientras intento encontrar el camino hacia el ascensor o las escaleras, y antes de que lo consiga, se lleva el móvil a la oreja y se larga por su cuenta, dejándome tirado. No me preguntes qué puede haber más importante que nuestro hermano en este momento porque la respuesta es muy sencilla: nada.

Subo a la tercera planta por las escaleras y al entrar en la habitación lo primero que veo es una cama vacía. Supongo que mi madre es la primera en adivinarme el pensamiento, ya que se acerca levantando despacio las manos en señal de calma y se apresura a decirme que mi hermano está bien. Y cuando lo hace, entiendo por su gesto que se refiere a que no está muerto. Porque nuestro concepto de lo que está bien ha cambiado mucho en los últimos tres años.

Mi padre permanece de pie, de espaldas a nosotros y mirando por la ventana mientras mi madre me explica que Chris tiene una infección respiratoria y que le están haciendo una placa de tórax y una gasometría. No necesito verle la cara a él para adivinar su rostro: serio e inaccesible emocionalmente. Justo al contrario que la chica que está casi escondida en un rincón de la habitación. Cuando sus ojos llenos de miedo me alcanzan, descruza los brazos y se acerca para abrazarme sin mediar palabra. La sujeto contra mi pecho sin dejar un milímetro de separación, o tal vez es ella quien me sujeta a mí, no sabría decir. Tampoco sé por qué ha llegado aquí antes que yo ni en qué momento desapareció de mi cama, aunque no es el momento de mencionarlo.

La espera en la habitación transcurre en silencio, en una calma tensa a la que nadie quiere acostumbrarse, con cabezas que miran al suelo y se levantan de golpe ante cualquier mínimo ruido procedente del pasillo. Y se extiende cuarenta minutos hasta que traen a Chris. Llega tumbado en una cama con ruedas empujada por un auxiliar. A su lado va Tiago, quien se esfuerza por esbozar una sonrisa cuando nos ve, cosa que me tranquilizaría si su cara no hiciese juego con el color de la pared.

El auxiliar lo ayuda a subir a la cama —pesa tan poco que no hace falta mucho esfuerzo— y mi hermano le dedica una sonrisa sincera de agradecimiento que ilumina la jodida habitación. Antes de irse, le comenta que el médico pasará a verlo en un rato y Chris, a su vez, le recuerda que considera una ofensa personal que no haya visto *Juego de tronos*. Se lo dice con las ojeras marcadas y con unas gafas nasales que le suministran oxígeno, pero sin perder ese brillo divertido en los ojos. Ese que no se apagará hasta que los cierre del todo.

Mi madre se acerca hasta la cama y acaricia la cabeza de mi hermano con delicadeza. Yo me quedo inmóvil, luchando internamente por contener la impotencia y la rabia que me reclaman a gritos que las deje explotar. Y mi padre no tarda en hacer lo que mejor sabe —cuando no está entretenido machacando al personal—, que es desaparecer. Porque quien no quiere estar, encuentra la manera de irse, aunque nunca se vaya del todo.

Excusa su salida de forma práctica y nos avisa de que va a llamar a la villa para pedir que alguien del servicio se encargue de recoger todas nuestras pertenencias. Incluso se ofrece él mismo para ir a buscarlas. Jamás le he visto cargar con un bulto más allá de un maletín, pero no seré yo quien le impida largarse. Mi madre podría reprochárselo, aunque se abstiene por una vez. Ni lo mira y me sorprende. Por otro lado, me alegro de no verme obligado a mediar entre ellos.

Justo antes de que mi padre salga por la puerta, es Minerva quien habla. Le comenta que no hace falta que nadie se encargue de su maleta, que la tiene en el coche. Él se va y yo me preguntó cómo tuvo tiempo de hacerla antes de llegar al hospital. A no ser que...

—Tenéis que dejar de mirarme todos como si esto fuera un funeral —advierde Chris

reclamando nuestra atención, como si no la tuviera ya, y a la vez espantando de golpe al elefante de la habitación—. No lo es. Aún no. Y a pesar de este atentado sanitario que me han obligado a ponerme y se atreven a llamar camisón —comenta con asco sujetando la tela del hombro entre el pulgar y el índice—, no tengo tan mala pinta.

Me busca con la mirada y me clava los ojos lanzándome un mensaje mudo para que le eche un cable. Las palabras me queman la garganta y la sangre me pica en las venas cuando digo:

—A mí me sentaría de puta madre ese camisón porque tengo el mejor culo de esta familia, pero tú tampoco estás mal, *bro*.

—¿Lo veis? —trata de tranquilizar a los presentes—. Además, seguro que mañana mismo me dan el alta.

—No, mañana no —lo corrige Tiago a su lado—. Tienes un principio de neumonía, tienen que ponerte antibiótico y hasta que no pases veinticuatro horas sin fiebre ya te digo yo que no te vas a casa. Así que mínimo estarás ingresado cuarenta y ocho horas.

—Sí, pero ya llevo aquí un día entero —asegura.

—Llegamos hace dos horas, cariño —le recuerda nuestra madre.

—Madre de Dios, estoy viviendo un rollo de esos de atrapado en el tiempo —dramatiza poniendo los ojos en blanco, aunque se recupera con rapidez para pedir que le traigamos su iPad y poder ver HBO—. Y también voy a necesitar unas cuantas revistas.

—Yo te traigo las revistas —se ofrece Minerva encaminando ya sus pasos hacia la puerta.

—No, señorita, tú precisamente te quedas aquí, que tenemos que hablar —le advierte, incorporándose en la cama.

Ella se tensiona y le dedica una mirada que no admite protesta.

—Ya hablaremos, ahora lo importante es que descanses.

Sale de la habitación sin esperar réplica y yo lo hago a continuación.

—Eh —la llamo en medio del pasillo y se da la vuelta. Lleva el pelo recogido en una coleta medio deshecha, los ojos con restos de maquillaje y el cansancio escrito en la cara.

—Dime, ¿necesitas que te traiga algo? —me pregunta solícita y con un tono de lo más correcto. Cosa que no le pega porque ella es muchas cosas, pero correcta no es una cualidad que la defina. Y ni siquiera me parece una cualidad del todo.

—¿Qué es lo que tiene que hablar Chris contigo?

—Nada que no pueda esperar. Le conté que no voy a volver a Nueva York y quiere saber los detalles de mi penosa experiencia.

Convincente, sin duda, pero falso. Hay muchas cosas que desconozco de Minerva, hasta ayer no sabía ni su apellido, por ejemplo. Pero podría dibujar con los ojos cerrados la forma en la que siempre arruga la nariz antes de llamarme gilipollas. Podría contar sin equivocarme las sonrisas que intenta reprimir cuando no quiere reírse de alguna de mis chorradas. Ayer fueron seis. Y sé que ahora me está mintiendo, porque me mira directamente a los ojos, sin dudar. Igual que lo hizo hace dos años en aquella sala de baile. Al contrario que la mayoría, cuando dice la verdad, baja la guardia y agacha la mirada.

No me da tiempo a responder porque aparece Elena, y Minerva aprovecha ese momento para irse a comprar las putas revistas como si fueran lo más importante del mundo. En ese momento, traslado mi atención a lo urgente de verdad y le pregunto a la doctora de mi hermano algunas dudas sobre su estado. No es que desconfíe de lo que ha dicho Tiago, pero soy consciente de que hay determinada información sensible que no se cuenta a los pacientes. Ella me explica que ha estado hablando con el médico de urgencias y me tranquiliza un poco el pulso. Han cogido la

infección en su estado inicial y esperan que con la medicación se recupere pronto. Aunque «recuperarse» y «pronto» sean dos términos muy relativos.

—Oye, Alex... —Se lo piensa y duda un poco antes de continuar—. Cuando veas a Klaus, por favor, no seas duro con él.

—¿A qué te refieres? —pregunto confundido—. No tengo intención ni de hablar con Klaus, ni siquiera sé dónde está... Supongo que atendiendo a algún cliente descontento por alguna mesa de comedor que llega un día tarde.

Enmudece, baja la vista y, para cuando la levanta, sus ojos grises me apuñalan.

—Tú no tenías ni idea ayer, pero yo puedo decirte con exactitud la última vez que lloró Klaus. Ha sido en el pasillo de Urgencias hace una hora. También lloró el día que tuve que jurarle que no podía hacer nada para curar a su hermano. Y ha habido muchos otros días antes de ese durante los últimos dos años. Siempre a escondidas, siempre avergonzado por algo que es tan natural como respirar.

—Espera, espera... —Frunzo el ceño—. ¿De qué me hablas? No estoy entendiendo nada.

—Lo entiendes más de lo que crees. Y sé que Klaus se enfadaría muchísimo conmigo si supiera que te cuento esto, pero cree que tú eres mucho más valiente que él. Tú te enfrentas a tu padre y admira eso de ti. —Parpadeo compulsivamente ante esa revelación—. No te conozco mucho personalmente, pero estoy bastante segura de que la sombra de Philipp Ackermann es alargada y de que también habrá tenido algún tipo de influencia sobre ti. —Como para necesitar un par de años de terapia—. Imagínate sobre él —añade y veo en sus ojos que sabe perfectamente de lo que habla—. Una vez llegó a decirme que Chris es la luz de vuestra familia y que sin él os apagaríais del todo. Y si te cuento conversaciones tan íntimas —apunta con una sombra de culpabilidad en el rostro— es solo porque sé que él no lo va a hacer. Porque tiene una idea muy distorsionada de lo que supone ser fuerte. Pero sufre tanto como tú, como todos vosotros. Simplemente su armadura es más aparente.

No conozco esa versión de mi hermano de la que está hablando, al menos no en los últimos diez años, pero Elena tampoco tiene motivos para mentirme. Evidentemente sí los tiene para defenderlo. Y lleva razón en algo. Es muy difícil librarse de la influencia de Philipp Ackermann. Además, Klaus es, con diferencia, quien ha pasado más tiempo con mi padre. Es a quien ha intentado moldear a su imagen y semejanza. Con bastante éxito, según cree él. Quizá se equivoca. Quizá nos equivocamos todos.

—¿Dónde está?

—Si no está ahí —señala la habitación de Chris— es porque necesita tiempo para calmarse. No quiere que tu madre ni tu hermano lo vean así. Y no creo que tampoco quiera que tú lo veas. Se siente mal y la vulnerabilidad no es algo a lo que reaccione demasiado bien.

Me paso una mano por el pelo buscando una respuesta interna que no llega y la dejo apoyada en la nuca.

—¿Entonces qué coño quieres que haga? Porque está claro que tú lo conoces mejor que yo.

En parte, le pido consejo porque es evidente que Elena es la jodida pareja de Klaus, y en parte, lo hago con tono de mala hostia. Porque empieza a dolerme mucho la cabeza y gracias a ella ya no estoy preocupado por un hermano, sino por dos.

—Yo tengo una hermana que es todo lo contrario a mí. Una cabra loca que se deja llevar por lo que siente a cada segundo y sin medir las consecuencias de sus actos. No la soporto —admite con un gesto de irritación—, así que muchas veces chocamos. Otras veces le doy consejos que la ponen en su sitio y evitan que haga estupideces como dar dinero a novios que conoce por internet

y que, de repente, necesitan una cirugía de urgencia vital. Y otras veces es ella la que me da patadas en el culo que me descentran y me recuerdan que no debo ser tan cuadriculada — reconoce con una leve sonrisa—. Yo soy más difícil de convencer que ella, pero aun así la necesito. Nos necesitamos la una a la otra, porque por separado somos un desastre. Y creo que eso es lo mejor que puedo decirte. Necesítalo, Alex. Necesita a Klaus tanto como él te necesita a ti.

39

CHRIS

Vivir en lugar de imaginarlo

El sonido persistente de mis mensajes me hace agarrar el móvil cada dos minutos, provocando resoplidos igual de constantes en Tiago, tumbado a mi lado en la cama de hospital más incómoda del mundo mientras tratamos de ver una película. Que no digo que esto sea un hotel y necesite un colchón de plumas de oca para descansar, pero un poco de consideración por la metástasis que empieza a invadir mis huesos no estaría de más.

Tampoco me haga mucho caso. Estoy de mal humor. Me siento como si una ola de tres metros me hubiera golpeado el pecho y me hubiera revolcado bajo la superficie de mar, solo para volver a salir a flote y que la siguiente ola me tumbe de nuevo. Y así en un ciclo sin fin. Pero como mi corazón sigue latiendo de momento, tengo cosas importantes que hacer.

El aviso de otra notificación me hace levantar de nuevo el móvil. Es un mensaje de Instagram que no me molesto en abrir. Lo único que me interesa ahora mismo es la respuesta que no recibo de Mini. La última vez que se conectó a WhatsApp fue hace casi una hora. Leyó mi mensaje, el doble *check* azul da fe de ello, y decidió, por lo visto, que no era lo bastante importante como para atenderlo.

Antes de consultar a un abogado las formas legales de incapacitar mentalmente a mi mejor amiga para obligarle a hacerse su revisión, vuelvo a intentarlo con otro mensaje. Esta vez mis pulgares vuelan sobre el teclado y escribo directamente en mayúsculas. Empiezo a cabrearme con ella. Los problemas no desaparecen ocultándolos. Crecen y se hacen más fuertes, literalmente en su caso. Y sé que va a volver a ignorarme, pero no pienso dejar de insistir.

Cuando termino, poso el móvil en el reducido espacio de colchón que tengo para mí y este suena apenas diez segundos más tarde. Lo cojo y chasqueo la lengua cuando veo que es un mensaje de TikTok. Mascullo un par de insultos por lo bajo y Tiago se incorpora para detener la reproducción en el iPad que descansa sobre su estómago. La cara de Timothée Chalamet se queda congelada en la pantalla. Acabo de darme cuenta de que es el protagonista de la película.

—¿Se puede saber qué es tan importante? —me pregunta con un cansancio evidente en la voz.

—Necesito hablar con Mini y no me contesta, la muy cenutria —me quejo sin apartar la vista del móvil, como si pudiera invocar su respuesta con el poder de mi mirada asesina.

—Son las doce menos cuarto de la noche, a lo mejor está dormida —razona.

—Mini no duerme, ya te lo digo yo. —Abro los ojos tan rápido como la idea aterriza en mi mente—. Llámala tú.

—¿Qué? —Se aparta el pelo de la frente y sus cejas trepan hasta el techo—. No. ¿Para qué?

—Para que venga. Tengo que hablar urgentemente con ella.

—Lo que sea puede esperar a mañana.

—No, no puede, tú no lo entiendes.

—Pues haberle pedido a Mini que se quedara a dormir contigo —replica molesto.

—Llámala —insisto y trepo por su cuerpo para alcanzar su móvil de la mesita que tiene al lado—. Dile que me encuentre fatal o algo.

—Se te ha ido la pinza.

—¿Quieres llamarla de una vez?! —vocifero levantando el teléfono y a continuación me da un ataque de tos de los gordos.

Tiago se baja de la cama y llena un vaso de agua que me bebo a pequeños sorbos con dedos temblorosos. Se lo devuelvo cuando recupero algo de aliento y me recuesto con un gemido ronco que reverbera en mi espalda dolorida. Las pocas fuerzas que conservo las utilizo para llevarme una mano al pecho y asegurarme de que este no se ha salido de mi cuerpo.

—Dios, cómo duele —musito con el corazón acelerado por el esfuerzo—. Es como si me hubieran prendido fuego a los pulmones.

—Ya... —Deja el vaso en la mesita y aprieta los labios hasta convertirlos en una línea fina y tensa—. ¿Y cuánto tiene que dolerme a mí para que pares?

—¿Cómo?

—No sé a qué juegas. Con Mini, con tus padres y con tus hermanos, pero me da igual. —Niega con la cabeza—. Sé que quieres que te trate como si no estuvieras enfermo, pero lo estás. Y a lo mejor soy un egoísta por decirte esto, pero es que nunca puedo decir nada porque... —Se queda callado y se pasa la mano por la cara sin atreverse a continuar.

—Nunca puedes decir nada porque...

—Porque te mueres. —Lo pronuncia tan bajo que casi tengo que leerlo de sus labios—. Pero si no lo digo, cualquier día será tarde.

—Di lo que tengas que decir —le pido, aunque al mismo tiempo siento un escalofrío recorriendo mi columna vertebral.

—Haces chistes, Chris. Haces chistes sobre a quién voy a ligarme cuando no estés —me reprocha con un gesto abierto de dolor—. Tienes la cabeza en mil sitios excepto conmigo, y yo necesito este tiempo contigo. Necesito recuerdos y algo a lo que poder agarrarme cuando no estés de verdad. —Coge aire antes de poder seguir, pero se desinfla a medio camino y suspira derrotado—. Si tu intención es arreglar a la gente a la que quieres, ¿te importaría acordarte de mí también? —suplica con la voz a punto de romperse—. Porque yo me voy a morir también cuando me faltes.

Siento que mi pecho se hunde, esta vez no por la infección, sino por esas palabras que se me han clavado como astillas, una detrás de otra. Él se limpia tan rápido las lágrimas que estas no llegan a resbalar por sus mejillas y centra la vista en un punto indeterminado de la pared para recuperar el control de sus emociones.

No me queda sonrisa en la que escudarme ni chiste con el que salir ileso de aquí. Nadie me preparó para esto tampoco.

—Lo primero que pienso al despertarme cada mañana es que sigo vivo. Lo segundo que pienso es que me muero. —Sus ojos de gato regresan a mí y ya no se despegan más—. Después me da por imaginar todo lo que me gustaría vivir contigo. Porque eso es todo lo que puedo hacer, imaginármelo... El perro que tendríamos, un golden retriever, que tienen cara de buenazos y sé que no podrías resistirte si llegara a casa con uno. Porque nos mudaríamos juntos, a un piso con mucha luz y con una terraza que llenaríamos de plantas. Y también nos casaríamos —añado muy seguro—. Celebraríamos nuestra boda un día soleado de invierno y yo caminaría por un pasillo blanco en el que tú me esperarías con ese gesto tuyo tan sereno, pero hecho un flan por dentro... Eso es lo que pienso cuando me despierto, y unas cuantas veces más a lo largo del día. Y también al acostarme. —Las lágrimas aterrizan en mi cuello formando un charco y aprieto los dientes con fuerza—. Pero no habrá nada de eso para nosotros. Y duele más aún de lo que lo hace esta puta enfermedad que odio con toda mi alma. —Sus lágrimas empiezan a hacer juego con las mías y le empapan el rostro, pero esta vez no se molesta en disimularlas—. No trato de quitarnos tiempo, es solo que mantenerme ocupado con los demás y hacer chistes me ayuda a no

pensar precisamente en que no nos queda tiempo. Incluso me ayuda a soportar el hecho de que tú ya solo me ves como a un enfermo.

—¿Qué? —Su gesto se contrae en una mueca horrorizada—. ¿Como puedes pensar eso?

—Porque solo me tocas con dos dedos, Tiago, y es para tomarme el pulso. No quieres acostarte conmigo. Y una parte de mí lo entiende, porque sé que... —Se me corta la voz y trago saliva para poder continuar—. Sé que físicamente no soy el mismo que antes y...

—No, no, no, Chris, joder, no. —Se abalanza prácticamente sobre mí y me agarra la cara con ambas manos hasta espachurrarme la escasa piel que cubre mis mejillas—. No es eso. Te lo juro.

—¿Entonces?

—Es solo que yo... Me da miedo hacer algo que pueda empeorar tu estado. Cualquier cosa, no sé, y que te pongas peor.

—Nadie me ha prohibido el sexo.

—Lo sé —musita avergonzado.

—Y no hablo de tener un puñetero orgasmo —le aclaro—. Hablo de ti y de mí. De nuestra intimidad. La echo de menos.

Su respuesta consiste en cerrar los ojos con fuerza y besarme. Con mucha fuerza también. Un beso intenso que se lleva por delante como un tsunami la contención de los últimos meses. Y soy yo el que, muy a mi pesar, debo ponerle fin. Porque esta reconciliación no va a terminar como me gustaría, ya que ahora mismo la falta de aire a causa de un solo beso acabaría conmigo.

—Lo siento si has pensado que yo no quería —dice apurado—. Chris, yo... Yo...

—No pasa nada —trato de apaciguar sus nervios—. Yo siento haberte dejado de lado. Te juro que es lo último que quiero.

—No, pero es que yo... —Se lleva una mano a la cabeza y acaba tirándose de los pelos hacia arriba—. Joder, yo... —Coge aire y lo expulsa con fuerza por la boca—. Yo lo quiero todo contigo.

Antes de que me dé tiempo a abrir la boca, se agacha y apoya una rodilla en el suelo.

—Christoph Ackermann...

—Ay, mi madre. —Abro los ojos desmesuradamente.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué? —espeto con voz de pito—. ¡No! —Parpadea de golpe y se echa un poco hacia atrás—. O sea, sí, claro que quiero, por supuesto que quiero. —Entonces sonrío—. Pero no, no, espera. Tiago, levántate, haz el favor.

Me hace caso y se pone de pie sin que esa sonrisa desaparezca. Le agarro de ambas manos y se las aprieto con cariño.

—No necesito esto.

—Ni yo, pero quiero hacerlo. Quiero casarme contigo, mañana mismo.

—Dudo que me den el alta para casarme mañana y además estas cosas no funcionan como en las películas, llevan su tiempo —razono porque alguien parece haber invertido nuestros papeles y es Tiago quien habla sin filtro.

—Pues nos casamos en cuanto te den el alta. Seguro que alguien de la familia Ackermann puede acelerar el proceso en el juzgado. Y si no, da igual. Nos casamos y ya lo formalizaremos otro día.

—Lo dices en serio. —Apenas proceso mis propias palabras mientras las pronuncio.

—Muy en serio —asegura.

—Mierda, voy a volver a llorar. —Y no solo lo hago, mi nariz empieza a gotear en

solidaridad con mis ojos. Me limpio de un restregón muy poco elegante con la manga del camión. No tengo un espejo delante, pero estoy convencido de que nadie ha tenido peor aspecto en una pedida oficial de mano. Y no me hagas hablar del escenario y de la luz.

—¿Eso es un sí? —inquire nervioso de verdad. Mi evidente deshidratación y mis ojos chillando de felicidad no son suficientes. Mi chico siempre necesita una respuesta literal.

—No es un sí, Tiago, son cuatro síes. Uno para ti y otro para cada uno de tus pezones, que llevan mucho tiempo desatendidos.

—Bueno, para solucionar eso vamos a tener la noche de bodas —me promete sugerente.

Y sé que no se refiere a follar como locos ni a probar acrobacias sexuales. Más bien, un estilo cucharita de los clásicos y dormir abrazados después en esa misma postura. Y me parece perfecto.

Le hago sitio para que se tumbe en la cama, que ya no me parece tan pequeña ni tan incómoda como antes de estar prometido. Nos quedamos acurrucados frente a frente, besándonos despacio durante buena parte de la noche, jugando a estirar ese tiempo que tanto miedo nos da.

—Estamos puto locos —susurro apoyando mi frente contra la suya.

—Eres el amor de mi vida y yo soy el de la tuya. Nunca hemos estado tan cuerdos como ahora mismo.

Nos dormimos en esa misma postura y mi primer pensamiento al día siguiente no tiene nada que ver con la muerte. Abro los ojos al amanecer y contemplo mi futuro, que sigue durmiendo plácidamente frente a mí. Y con una sonrisa cosida en la cara me digo que vamos a vivir el tiempo que nos quede en lugar de imaginarlo.

Una boda amish y un sueño infantil

El cielo salpicado de nubes blancas de esta mañana se ha transformado por la tarde en un bloque denso y gris oscuro que amenaza con rajarse a sí mismo y empezar a llorar. La enorme cristalera del salón de los Ackermann nos protegerá de la tormenta que se avecina, aunque el centro de la misma se encuentra aquí dentro. Somos nosotros tratando de organizar la boda de Chris y Tiago, la más improvisada y rápida de la historia de las bodas.

Camila lleva una hora hablando por teléfono y ha dado tantas vueltas por la alfombra con los tacones que hoy puede ahorrarse la clase de *spinning*. Intenta encontrar un salón para banquetes disponible para el domingo, algo complicado teniendo en cuenta que es miércoles y ni siquiera sabemos el número de invitados que asistirán porque aún no se han enviado las invitaciones.

Tiago es quien se encarga de diseñarlas. Está en la mesa de comedor, sentado frente al portátil de Chris y alterna un gesto de concentración ante la pantalla con otro que podría traducirse como «¿por qué coño me he ofrecido voluntario para esto?». Su manejo de cualquier herramienta de diseño y edición es básico, por no decir nulo, pero sospecho que es su manera de quitarse de en medio y dejar a su chico organizar el cotarro libremente.

Mi mejor amigo lo supervisa todo, o todo lo que está en su mano. Ha salido esta misma mañana del hospital y se encuentra semiacostado a mi lado en el sofá, tecleando frenético en el móvil y poniendo los ojos en blanco cada dos por tres. Está estresado con los preparativos, pero cada vez que levanta la vista puedes ver la ilusión y la felicidad llenando sus ojos, y esa es razón suficiente para estar aquí arrimando el hombro y soportando sus bufidos.

A pesar del *shock* inicial por la noticia —cuando todavía no nos habíamos quitado el susto de verlo en una cama de hospital—, tenemos el firme propósito de darle a Chris la boda de sus sueños. O como mínimo, la mejor boda que se puede organizar en tres días y medio. Nadie se ha atrevido a pedirles a los novios que la retrasen un poco, porque nadie puede —ni quiere— adivinar cuánto supondrá ese «poco».

Hasta Klaus se ha sumado al comité organizativo y anda por aquí haciendo llamadas. A quien no he visto por ninguna parte es a su padre, cosa que tampoco me extraña puesto que Camila le ha pedido el divorcio —dato que solo conozco yo y me provoca una seria acidez de estómago—. Por suerte, la ausencia paterna es habitual en esta casa y no parece preocupar a nadie. Esperan que Philipp haga lo de siempre y financie el evento sin protestar. O protestando, lo mismo da.

Chris lleva veinte minutos martilleándome con sus dudas sobre el color de su traje y también sobre lo que debería ponerme yo. No vaya a ser que me dé por aparecer con un peto vaquero. Debe pensar que me crie en un establo.

Sigue hablando sin parar, pero el sonido de su voz pasa a segundo plano a medida que el aire se vuelve más denso a mi alrededor y encuentra cierta resistencia para entrar en mis pulmones. Me levanto con rapidez y le digo que voy al servicio. Cuando alcanzo la puerta, amenaza con cronometrarme porque no hay tiempo que perder. Subo las escaleras y me encierro con pestillo en el cuarto de baño más alejado de la planta superior, arriesgándome a tener que aguantar chistes sobre mi tránsito intestinal a la vuelta. Lo prefiero mil veces a que alguien me vea así.

Me siento en el suelo con un sudor frío deslizándose por mi nuca y pego la espalda contra la bañera buscando un punto de apoyo. Estoy algo mareada y cada vez me cuesta un poco más respirar. Las manos me empiezan a temblar y la sensación se extiende por toda mi piel

provocándome una tiritona. El corazón empieza a bombearme tan fuerte y rápido contra el pecho que siento que va a agujerearlo. El repentino descontrol de mi cuerpo no mitiga el dolor en la pierna, al que también acompaña el miedo. El que siento por mi mejor amigo y el que siento por mí misma, tan mezclados que ya soy incapaz de distinguirlos.

Inspiro por la nariz y me enfoco en cantar mentalmente una canción. Reproduzco la letra de *Lonely* en mi cabeza al tiempo que imagino los movimientos de mi cuerpo por un espacio vacío e infinito. Las contracciones entre el ombligo y la pelvis desde el suelo. Los brazos, manos y piernas alzándose libres, pero en un estado de concentración permanente. Bailo sin parar en mi cabeza y noto cómo, poco a poco, mis músculos contraídos se relajan, los nudos de mi mente se disipan y el aire vuelve a entrar en mis pulmones, estabilizando también mis latidos.

No es mi primer ataque de ansiedad —el primero lo sufrí el día antes de mi operación de rodilla, hace cinco años—, aunque no había tenido uno en mucho tiempo. Y tampoco es una sensación a la que desee acostumbrarme nunca.

Al salir del cuarto de baño, diez minutos más tarde y algo más recompuesta, me encuentro de frente en el pasillo con la única persona capaz de romper todas las defensas que acabo de levantar.

—Hola —me saluda Alex acercándose despacio.

—Hola —respondo amable, pero sin pasarme.

—Te he escrito hace un rato —comenta parándose frente a mí y metiéndose las manos en los bolsillos traseros.

—Tu hermano ha secuestrado mi móvil. Por lo visto, puede usar dos a la vez. ¿Era algo importante?

Entrecierra los ojos y ladea la cabeza como si lo estuviera sopesando.

—Diría que mucho —asiente finalmente—. Era un mensaje bastante guarro sobre lo que me apetecía hacerte en mi cama. Con la lengua concretamente.

—Y eso te parece muy importante —tercio sin poder reprimir la sonrisa.

—Sí, porque, en el fondo, lo que escondía ese mensaje es que te echo de menos en mi cama y no tiene nada que ver con follar en ella.

Solo Alex es capaz de convertir un mensaje sexual en una declaración de amor.

Y solo yo soy capaz de esquivarla, aunque me golpee de lleno en el pecho. Por eso respondo una tontería como:

—Si tuvieras que dormir conmigo todos los días, cambiarías rápido de opinión. Doy patadas.

—Sí, en la boca, pero ya estoy acostumbrado. —Arquea una ceja dándome a entender que no se la cuelo—. ¿Cómo van las cosas por el centro de mando?

—Pues nadie ha gritado a nadie aún, así que manejables de momento. Ahora tengo que bajar para ayudar a Chris a definir su estilo para el traje. No sabe si quiere que sea *boho chic*, *country chic* o *folk chic*. No sé las diferencias, solo me ha quedado claro que tiene que ser *chic*. Aunque tampoco sé muy bien lo que significa.

—¿Necesitas una vía de escape? Puedo sacarte por la cocina sin levantar sospechas. Y así me acompaña a la floristería. Me ha tocado encargarme de las flores.

—No, sálvate tú y no mires atrás —bromeo—. Además, seguro que las flores las tienes controladas, pero el debate sobre el cortador de jamón todavía no lo hemos solucionado.

—Las flores no son problema, pero podrías echarme una mano con el resto de la decoración. —Se rasca la cabeza con gesto inseguro y me hace gracia verlo así por una vez—. Tienen que estar muy desesperados para habérmelo pedido a mí.

—No necesitas ayuda, contigo no hay peligro de que sea una horterada.

—¿Estás alabando mi buen gusto? —deduce y se humedece el labio inferior mientras me mira de arriba abajo.

—No, lo digo porque solo conoces tres colores: blanco, negro y gris. Así es imposible fallar.

Mi argumento se ve reforzado por su vestuario: sudadera negra con capucha y pantalones vaqueros a juego. Y sería muy repetitivo explicarte lo guapo que está mordiéndose la sonrisa ahora mismo.

—Te acerco luego a casa, sabionda.

Lo da por hecho y me encantaría que lo hiciera, pero no puede ser, porque llevo tres días esforzándome por evitarlo, aunque solo lo justo para que no lo note.

—He venido en coche.

En uno gigante y compartido con unas treinta personas más. Vamos, que he utilizado el autobús, pero me niego a encerrarme en un espacio reducido con Alex. No soy de piedra. De hecho, cuando estoy a su lado, me acerco peligrosamente al estado líquido.

—Pues vamos luego a cenar y después te acerco a tu coche.

—No puedo... No... No... Hoy imposible... —No se inmuta, pero es porque sigue esperando a que le dé un motivo. Sus ojos verdes me traspasan el cráneo y me aturullan, así que tardo el equivalente a cinco vidas en responder—. Voy a cenar con mi padre.

Una excusa factible, aunque mal ejecutada. Joder, y eso que ayer cené de verdad con él.

Da un paso hacia mí con una mueca de desconfianza y a la vez de preocupación.

—Minerva, ¿estás bien?

—¡Muy bien! —exclamo con demasiado entusiasmo y una sonrisa escalofriante, como si sufriera una bipolaridad instantánea—. Te veo luego.

Odio mentirle. Y odio más aún estar lejos de él. Me molesta hasta el aire que flota entre nosotros y lo único que necesito ahora mismo es trepar por su cuerpo, hundir la mejilla en su cuello y que me susurre al oído que todo va a estar bien, aunque no lo esté. Deseo con todas mis fuerzas que Alex sea mi lugar seguro, pero no puede ser. Su hermano se muere y yo no puedo cargarlo además con mis cuarenta y ocho kilos de peso más una tonelada de miedos, ansiedad y lo que sea que venga después.

Estudia mi cara durante unos segundos hasta que por fin deja salir el aire por la nariz y se rinde. Da media vuelta para irse y el frío se instala en mi piel en cuanto se aleja caminando, pero justo antes de llegar a las escaleras se gira como si hubiera olvidado algo y regresa con rapidez. Me agarra el cuello con una mano y me atrae hacia él, haciendo coincidir nuestros labios con una precisión milimétrica. Le reconocería semejante habilidad si no fuera porque mi cabeza cortocircuita y se apaga de golpe. Su lengua roza la mía lo justo para despertar mis sentidos y gimo en su boca. Me aferro a él tirando del cuello de su sudadera y le devuelvo el beso. El más desesperado de toda mi vida. El último que voy a permitirme.

Es Alex quien rompe el contacto unos segundos más tarde porque yo no tengo intención ni capacidad de hacerlo y fija la vista en mis labios.

—Esta es la primera verdad que me dices en cuatro días —asegura.

Un trueno ruge sobre nuestras cabezas y me obliga a parpadear de golpe. Ahora mismo me gustaría no creer en las señales, porque si lo hago, esta es una clarísima advertencia de que me aleje. En cambio, es él quien se va y desaparece escaleras abajo.

Su roce aún sigue hormigueándome la piel cuando escucho cerrarse la puerta que conduce al garaje. La lluvia comienza a repiquetear en los cristales y en cuestión de un minuto escaso

amenaza con partirlos. Alex se ha largado directo a la tormenta mientras yo me quedo con la mía dentro.

Dos horas después, ha parado de llover y no hay rastro del temporal, más allá de unas cuantas gotas que todavía resbalan por el tejado y al caer al suelo rompen tímidamente el silencio que se ha instalado en el salón. No hemos conseguido avanzar mucho con los preparativos cuando Camila se acerca hasta el sofá para confirmar lo que ya suponíamos.

—No hay ningún salón disponible para el domingo —sentencia con el teléfono aún en la mano y con una mezcla de tristeza y frustración a la vez—. Me avisarán si hay alguna cancelación de última hora.

—O sea, que nuestra única posibilidad es que algún novio se dé a la fuga con la mejor amiga de la novia o algo así. —Se ríe Chris sin ganas y mira a Tiago, todavía entretenido con las invitaciones. Este le devuelve la mirada sin saber qué decir—. Todo esto es superromántico, de verdad que sí, pero también muy precipitado. Organizar una boda en condiciones lleva meses... —Meses de los que no disponemos, es lo que refleja el tono de su voz. —Igual es mejor dejarlo.

—¿Y por qué no os casáis aquí? —sugiero.

—¿Aquí? ¿En casa? —Arruga la nariz y me mira como si me hubiera crecido un pene en la frente—. No tenemos sitio.

—Chris, he estado en parques públicos más pequeños que ese jardín. —Levanto el brazo y lo señalo con el dedo—. Es gigante, precioso y es lo que tenemos.

—No me parece mala idea —opina Tiago tamborileando con los dedos en la mesa—. Y tú podrás dar órdenes sin tener ni que moverte del sofá. No finjas que no te encanta la idea.

—¿Mamá? —pregunta Chris buscando su aprobación o todo lo contrario, creo que ni él lo tiene claro.

—Será mucho trabajo, pero podrás hacerlo como tú quieres. Como vosotros queréis. —Camila sonríe y, a continuación, mira a Tiago sin perder el gesto—. Y sería un recuerdo precioso.

—Yo digo que sí, que celebremos todo aquí —apunta Tiago levantando la mano—. Y mi opinión vale cuatro votos. Más el de Mini y el de tu madre son seis en total. —Le guiña un ojo a su chico y a mí no me salen los números por más que lo intente, pero le gusta la idea y es lo que importa.

—Vale, pues tendremos una boda *homemade* y *do it yourself* al mismo tiempo —declara Chris.

—Di que sí, una boda casera, rollo *amish* —comento—, pero muy *chic*. Siempre *chic*.

Me gano que me estampe un cojín en toda la cara, pero también una sonrisa. Y me encanta ver el brillo de la ilusión regresando a sus ojos.

Aprovechando que ya no llueve y que aún no ha anochecido, Camila nos propone salir al jardín para decidir dónde colocaremos el pasillo nupcial y a los invitados. Tiago se levanta, pero cuando voy a hacerlo yo, Chris me frena con la mano.

—Ahora vamos, tengo que hablar un momento con Mini.

Me tenso en el asiento en cuanto Tiago y Camila desaparecen por la cristalera que conduce al jardín. No todo podía ser tan bonito. Llevo desde el domingo temiendo este momento. La noticia de la boda eclipsó temporalmente nuestra conversación, pero no va a dejarlo pasar ni un minuto más.

—Ya sé lo que me vas a decir, de verdad, pero puedes ahorrártelo —me adelanto cruzándome de brazos.

—Te he dado espacio, te he dado tres días, y eso es un milagro viniendo de mí —asegura—. Mini, ya sé que da miedo, mucho miedo, ponerle nombre al dolor, pero...

—Sé que lo sabes, y también sé que todo lo que vayas a decirme es lógico y tiene sentido.

—¿Entonces?

—A veces me gustaría divorciarme de mí misma, ¿sabes? Y pedir una orden de alejamiento en mi contra —confieso sin rastro de humor—. No es que me guste sufrir, es que no sé hacerlo de otra manera. —Clavo los ojos en la alfombra porque soy incapaz de mirarlo—. Me da miedo estar enferma otra vez, Chris. Me obsesiona y me bloquea de una forma que no puedo ni empezar a explicar. Y me siento la peor persona del mundo hablando de esto contigo. —Chasqueo la lengua—. Soy una mierda como ejemplo de superación.

—Espera, ¿a ti nadie te mandó el manual de cómo ser la paciente de cáncer ideal? —inquire abriendo mucho los ojos—. Claro, por eso estás así —finge entenderlo todo por fin—. Mini, estás en todo tu derecho de sentirte triste, cabreada, asustada y de mil maneras distintas. Pero primero tienes que saber por qué motivo estarlo. No tiene que ser necesariamente lo que tú crees que es. Y quedarte con la duda puede hacerte más daño que el resultado.

Tal vez sí. Por eso estuve a punto de salirme de una carretera a propósito, pero me da tanta vergüenza que opto por guardármelo.

—Tengo cita para el lunes.

Me gustaría poder decir que lo he decidido yo, pero ha sido Elena quien se ha encargado de gestionar mis pruebas para la revisión y avisarme.

—¿Piensas ir o tengo que llevarte yo al hospital? Porque no tengo muchas fuerzas, pero las sacaré. Y si no, contrataré a alguien para que te arrastre de los pelos hasta allí en plan dramático.

—Iré.

Casi seguro. Cambiaré de idea mil veces en los próximos cinco días.

—¿Vas a contárselo a Alex?

—No, y tú tampoco —le advierto tajante y me callo lo impresionada que estoy de que no lo haya hecho él—. No quiero que se vea obligado a estar a mi lado.

—No es una obligación, te quiere. Se nota hasta en el mensaje cerdo que te ha enviado hace un rato. —Alza la mano sin darme opción a replica—. No me juzgues, saltó la notificación mientras buscaba regalos para invitados en Pinterest. Y ni siquiera lo leí del todo, porque lo último que me apetecía era empalmarme a través de mi hermano.

Niego con la cabeza.

—No es justo para él.

—Lo que no es justo es que lo apartes sin contarle nada. Déjale decidir cuánto puede aguantar. No lo subestimes, todos lo hemos hecho en algún momento y no se lo merece.

Como si lo hubiéramos invocado, aparece caminando hacia nosotros.

—¿Hablando de mí?

No temo que nos haya escuchado porque es imposible. En este salón necesitas un teléfono para poder comunicarte de una punta a otra con otra persona.

—Estábamos hablando de mí —comenta Chris apuntándose a sí mismo con gesto teatrero—. Porque soy el protagonista toda esta semana. Yo y mi boda en casa.

—¿Os vais a casar aquí? —Se deja caer a mi lado en el sofá y con un gesto distraído coloca una mano sobre mi muslo. Cierro el puño y reprimo las ganas de alargar la mano y entrelazar mis dedos con los suyos.

—Estamos improvisando sobre la marcha, y no es mala opción. De hecho, es la única que

tenemos —le explica su hermano—. Además, la boda perfecta está descartada, así que...

—¿Por qué está descartada? Con pasta todo tiene arreglo —declaro.

—Esto no —responde con una nota agridulce en la voz—. Siempre he soñado con casarme en invierno. Con nieve. Con mucha nieve cubriéndolo todo. Y con farolillos que se encenderían a medida que fuera oscureciendo. Pero no podemos esperar a que nieve. —Se encoge de hombros y aprieta los labios—. En fin, no pasa nada, era un sueño infantil y ya está. Al menos no tendré una boda pasada por agua. He consultado el tiempo y el domingo habrá sol durante todo el día y veinticuatro grados. —Se levanta del sofá despacio y se niega a que lo ayudemos—. Voy al jardín a ver mi pasillo nupcial.

Debería ir detrás de él, pero me quedo con Alex, arañando unos segundos más su cercanía. Parece haberse perdido en sus pensamientos y creo que ni siquiera es consciente de que ha empezado a trazar círculos con el pulgar sobre mis pantalones. Abro la boca para preguntarle qué le pasa, pero en ese momento entra Klaus. Viene hablando por teléfono, da las gracias a quien sea que esté al otro lado de la línea y cuelga cuando llega a los pies del sofá.

—Ya tengo un cuarteto de cuerdas para la ceremonia, aunque por lo que cobra estoy por pedir presupuesto también a la Filarmónica de Viena. —Levanta la vista del móvil y veo un chispazo de fastidio en sus ojos antes de recuperar su gesto neutro habitual. Supongo que esperaba encontrar a Chris o a su madre. Creo que le valdría cualquiera que no fuera Alex—. Ehm, también he conseguido agilizar los trámites en el juzgado —nos informa ya que está y porque creo que le parece de mala educación irse sin más—. Y hay un concejal disponible para casarles el domingo.

—Eso es genial, otra cosa solucionada —respondo ante el mutismo de su hermano, quien sigue en su mundo—. Falta organizar también la noche de bodas. He pensado que podría ser una sorpresa.

—He alquilado un apartamento —me explica Klaus—. Lo van a amueblar y decorar siguiendo el estilo de Chris y lo que a él le puede gustar. Estará listo para el domingo.

—¿Has alquilado y amueblado un apartamento para su noche de bodas? —pregunto alucinada. Lo normal es una habitación de hotel, pero qué sabré yo. Tengo doscientos euros en mi cuenta corriente. Así es imposible desarrollar mentalidad de rica.

—Sí, he pensado que podrían aprovechar y quedarse allí todo el tiempo que quieran. Lo lógico es que vivan juntos, y por muy grande que sea esta casa, no creo que a Tiago le apetezca mucho mudarse con sus suegros. Así podrán tener intimidad.

—Al jefe no le va a gustar —replica Alex por fin.

—Es mi regalo de boda y él no tiene nada que opinar.

—Y es un regalo muy bonito, Klaus —reconozco. Porque lo es y alguien debe decírselo.

—Gracias. —Asiente con un amago extraño de sonrisa y carraspea a continuación—. Bueno, yo me voy ya.

—A lo mejor sí podemos cumplir el sueño de Chris —comenta Alex al aire y a continuación mira a su hermano—. Pero voy a necesitar tu ayuda.

Este tarda un par de segundos en reaccionar.

—¿Hablas conmigo? —inquieta sin poder disimular su sorpresa.

—Sí, hablo contigo, *bro*. —Estira las comisuras hasta esbozar una sonrisa. No una sarcástica ni afilada. Una sincera, de las que hacen que te enamores de él más si cabe.

—¿Qué necesitas?

Saber qué es el amor

Junto los labios y los separo un par de veces para acostumbrarme al tacto del pintalabios mientras la maquilladora coge un espejo rectangular para enseñarme el resultado. En cuanto lo coloca frente a mi rostro, mis cejas espesas trepan por la frente y podrían alcanzar el techo de la habitación de invitados. Mis ojos lucen rasgados, pero al mismo tiempo más grandes y están enmarcados por unas pestañas infinitas, aunque sorprendentemente ligeras. Mis pómulos parecen más altos y mis labios, pintados en tono *nude*, sutilmente más gruesos. Sentada en la silla, giro el cuello despacio para observarme también de perfil, casi esperando que el reflejo no siga mi movimiento. Es como si uno de esos filtros perfectos de Instagram hubiera pasado por mi cara en lugar de las manos de esta chica.

—Impresionante. O sea, literalmente impresionante —comenta la autora de mi cara, que no ha parado de hablar desde que llegó hace una hora y nos metimos en la habitación que me ofreció Camila para vestirme y maquillarme antes de la boda—. Está feo que lo diga yo, pero es que me he superado. —Sonríe emocionadísima y como cobre respecto a lo orgullosa que se siente de su trabajo, le voy a salir por un ojo de la cara a Philipp Ackermann—. A ver, que tú eres mona y eso, y además tienes un cutis increíble, pero es que ahora estás espectacular. Como una estrella de cine. Incluso te das un aire a Emma Watson —opina y posa el espejo sobre la cómoda que descansa contra la pared, donde ha dejado desperdigada una buena colección de productos de maquillaje.

—Es verdad que estoy guapa —afirmo y mi sonrisa no llega a ser ni la mitad de radiante que la suya—. Gracias.

Su cara es angelical y preciosa, sin necesidad de emplear tanto maquillaje como el que ha usado conmigo. Y no deja de serlo ni cuando se dibuja en ella una mueca.

—Aunque tampoco soy capaz de hacer milagros. No hay maquillaje suficiente en el mundo para borrarle esa tristeza de los ojos. —Abro la boca y la cierro de golpe. En parte, por la incomodidad que me produce un comentario tan personal y en parte también porque no le falta razón—. Está a punto de celebrarse una boda, se supone que es un día feliz. A no ser que estés enamorada del novio, claro. —Ahoga un grito y abre horrorizada sus ojos azules—. Ay, joder, es eso. Estás enamorada del novio. Bueno, de uno de ellos —matiza.

—No, qué va, el que se casa es mi mejor amigo.

—Ya, como Julia Roberts en *La boda de mi mejor amigo*.

—No estoy enamorada de mi mejor amigo. —Sigue sin convencerse y no me preguntes por qué siento la necesidad de darle explicaciones a la maquilladora de la boda si no la conozco de nada. El caso es que dejo salir un largo suspiro y me veo confesándole—: Más bien, estoy enamorada del hermano de mi mejor amigo.

—Espera, espera. —Levanta las manos y juro que casi puedo escuchar sus pensamientos cruzando a toda velocidad por su cabeza—. Tiene dos hermanos, que los he visto al llegar. Y como para no verlos —añade con un resoplido que le despeina su flequillo rubio y recto—. ¿Estás enamorada del buenorro o del buenorro que está un pelín menos buenorro en comparación con el otro, pero que a la vez tiene un rollo más sexi y canalla?

La risa se me escapa por la nariz. Hay que tener una capacidad pulmonar muy desarrollada para pronunciar esa frase sin ahogarse. Y aunque es también una definición algo retorcida, se

ajusta bien a los hermanos Ackermann.

—Del sexi y canalla.

—Claro. —Chasquea la lengua y asiente con comprensión—. Esos son mi debilidad. Pero también son los que te rompen un poco por dentro y de alguna manera ya no vuelves a ser la misma.

No confieso que soy yo la que tiene miedo de romperlo a él.

—No, él es de los buenos. —Me muerdo el labio olvidándome del maquillaje—. Y me quiere.

Se agacha inclinándose un poco y me recoloca un pelo rebelde que se ha escapado de la diadema dorada que adorna mi sencillo recogido bajo.

—Entonces tienes más motivos para sonreír que para estar triste. Hoy es la boda de tu mejor amigo, estás guapísima y con un chico también guapísimo que te quiere. Tienes mucha suerte. —Me quita la capa que me puso alrededor del cuello para proteger mi vestido antes de maquillarme y acto seguido comienza a recoger sus cosas sin dejar de hablar—. En el fondo me das envidia. Y eso que yo acabo de dejarlo con mi novio. Estábamos bien, pero me he mudado aquí para trabajar y lo último que quiero es todo ese drama de las relaciones a distancia, ¿sabes? Tengo diecinueve años, no treinta. —Por su aspecto, yo le hubiera echado unos veinticinco. Claro que no debería fiarme de las apariencias. Mi cara todavía dice «pídeme el carné de identidad antes de entrar en una discoteca»—. Supongo que también me faltaba esa chispa. Esa que te hace estremecer cuando él está cerca y hace que valga la pena intentar imposibles —reflexiona con una especie de inocencia romántica que me encantaría creerme—. En cualquier caso, no quiero ataduras tan pronto, tú ya me entiendes...

Debería entenderla, solo tengo tres años más que ella. Sin embargo, mi vida está llena de *deberías* que nunca he llevado a cabo, porque mi miedo a vivir rivaliza seriamente con el que tengo a morir.

—Tampoco es que pretenda desfasar cada vez que salgo, aunque eso se piense mi madre. Siempre ha sido pesada, pero lo de ahora es otro nivel —sigue explicándose—. Vengo de un pueblo pequeño y desde que estoy lejos de casa se pone superintensa. Que vale que ella se quedó embarazada de mí muy joven, pero precisamente por eso tuve claro para qué servían los condones antes de aprender a montar en bici. Encima ahora está más estresada que nunca porque se casa el mes que viene, pero eso mejor ya te lo cuento otro día. Se quedará más tranquila cuando sepa que tengo una amiga.

Entre mis propios pensamientos y todo el monólogo que se ha marcado tardo unos segundos en procesar sus palabras.

—¿Una amiga? ¿Yo?

—Si, vamos a ser amigas. Yo hablo mucho, como si fuera hasta arriba de anfetetas, pero te acostumbrarás. Y además pareces cómoda en silencio. Nos vamos a entender. —Sonríe y tiende la palma de la mano hacia arriba—. Pásame tu teléfono que te guardo el mío.

Estoy tan noqueada por su verborrea que solo puedo desbloquear el móvil y entregárselo.

—Podemos ir de tiendas. Y al Starbucks. Me flipa el Starbucks —recalca tecleando rápidamente con el pulgar sobre mi pantalla—. Hablamos la semana que viene y ya vemos.

La semana que viene... No quiero pensar en la semana que viene y a la vez es todo en lo que puedo pensar. Es posible que la pase llorando, destrozando cosas o huyendo lejos. Y también es probable que no vuelva a ver a esta chica, aunque me cae bien. Si todo el mundo fuera como ella, no me habría costado nada hacer amigos.

—Ya tienes mi contacto guardado y yo tengo una llamada perdida tuya. —Me devuelve el

móvil—. Me llamo Alba, por cierto. Y tú eras...

—Minerva. —Sin embargo, solo una persona me llama así, y ese nombre es tan suyo que no quiero compartirlo con nadie más—. Llámame Mini.

—No te doy dos besos para presentarnos oficialmente, Mini, porque no quiero que se te estropee el maquillaje. Aunque ya te digo que el mío es a prueba de bombas.

—Gracias, Alba.

Por el maquillaje a prueba de bombas y por ser mi amiga durante un rato.

—Un placer. Y, por cierto, ahora que tenemos confianza y eso, ya puedo preguntarte si tengo alguna posibilidad con el buenorro. Con el otro hermano me refiero, nunca intentaría levantarle el novio a una amiga —asegura muy convencida.

Estoy a punto de decirle que Klaus está bastante pillado por otra, pero un par de toques en la puerta nos interrumpen.

—Ya voy yo —me dice y se aleja mientras yo me levanto y estiro mi vestido con un par de pasadas con la mano. Es plisado y largo hasta los pies, con escote en uve y de color verde botella.

En cuanto abre, veo a Alex en el umbral. Me noquea con un traje negro y camisa blanca, sin pajarita ni corbata, y con el pelo estratégicamente desordenado. Aunque el impacto debe ser mutuo porque lo veo contener la respiración por un segundo mientras me mira.

Alba rompe apenas el silencio susurrando que vuelve más tarde para recoger sus cosas. Antes de cerrar la puerta tras de sí, señala a Alex y levanta ambos pulgares con un gesto de lo más macarra que me obliga a sonreír.

Él se acerca hasta mí sin apartar la mirada.

—No sé si me parece bien que seas la más guapa de la boda y le robes protagonismo a quien no debes.

—Dudo que nadie pueda robarle protagonismo a Chris.

—¿Qué dices? —Arruga la frente—. Me refiero a mí. Yo soy el verdadero divo de la familia.

—Pues te aguantas, divo, porque esta noche soy una estrella de cine —afirmo con chulería.

Me agarra la barbilla con suavidad.

—A mí me pareces una estrella del puñetero cielo, pero eso ya lo sabes. —Él y su habilidad para detenerme el corazón y reiniciarlo a continuación. Puede incluirla en el currículum—. Ya está todo listo. Ven conmigo —me pide y no me lo pienso dos veces para coger su mano cuando me la ofrece.

Bajamos hasta el salón y salimos al jardín. Cuando veo lo que han hecho, abro tanto la boca que mi mandíbula casi aterriza en el césped. Alex sonríe orgulloso a la vez que nos acercamos a Klaus y Camila, que ya están vestidos para la ceremonia y esperando, por lo que solo falta Chris.

Lo escuchamos rebuznar desde que sale de la casa, un par de minutos más tarde y aún vestido con camiseta y pantalón suelto de algodón. Los ojos no se los vemos porque Tiago va a su lado tapándoselos para mantener la intriga hasta el final.

—¿Se puede saber a dónde vamos? Nos casamos en una hora y todavía tengo que ponerme la mascarilla exfoliante.

—Es una sorpresa.

—Espero por nuestro bien que no estés ya vestido con tu esmoquin cuando te vea, porque no necesitamos más mala suerte —le advierte.

Tiago le hace detenerse justo delante de nosotros y se aparta rápido para colocarse a un lado y poder verle la cara.

—Ya puedes abrir los ojos —le dice impaciente y con una sonrisa prendida en la cara.

—No sé si quiero. —Arruga la nariz y tuerce la boca—. Me gustan las sorpresas, pero no en una boda. Nunca debería haber sorpresas en una boda.

—Abre los ojos, hazme caso.

—Al menos deberías haberme avisado de que habría una sorpresa para poder ensayar antes mi cara de fingir que me mola, aunque no me mole.

Su chico resopla y termina riéndose. El resto nos aguantamos las ganas.

—Que te va a gustar, pesado.

—Se me da fatal mentir y lo sabes.

—¡Abre los ojos, cabezón de los cojones! —exclama Alex.

Lo hace y se sorprende cuando nos ve delante. Pero se sorprende mucho más cuando contempla el paisaje que se extiende detrás de nosotros. Diminutos copos de nieve caen sobre un manto blanco y brillante que se despliega por el jardín y sube hasta las copas de los árboles, y continúa hasta rodear las sillas que ocuparán en breve los invitados. En el centro hay un pasillo por el que caminarán los novios. No está cubierto de nieve, aunque lo adornan una hilera de farolillos.

Chris camina alucinado por el jardín y da vueltas con las palmas de las manos extendidas para poder tocar la nieve con las manos.

—Madre mía, esto es... —La voz se le corta y niega con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que tiene delante—. Es lo más bonito que he visto en mi vida —musita con los ojos al borde de las lágrimas.

Espero que de verdad el maquillaje de Alba sea a prueba de bombas porque Camila ya está llorando y a mí me falta muy poco.

—Gracias —le dice a Tiago con una sonrisa sincera y preciosa.

—Me encantaría apuntarme el tanto —replica el novio, todavía vestido con vaqueros y camiseta negra—, pero no ha sido idea mía.

Los ojos de Chris se van directos a Alex.

—Has sido tú.

—No, a mí tampoco me mires. Dale las gracias a «Santa Klaus». Él se ha encargado de todo.

El hermano mayor mira sorprendido al mediano. Supongo que no se esperaba que le diera tanto crédito. Es cierto que la idea inicial fue de Alex, pero ha sido Klaus quien lo ha hecho posible. Ha conseguido casi de un día para otro un cañón de nieve artificial y montar todo el atrezzo necesario para recrear una boda de invierno como en las puñeteras películas.

—Yo, bueno..., ha sido más bien un trabajo en equipo entre Alex y yo —afirma el aludido rascándose la nuca.

Chris se acerca a él y se estampa contra su pecho, abrazándolo con todas sus fuerzas. Incluso con las que le faltan. Klaus se queda inmóvil y sin saber qué hacer durante unos segundos, hasta que decide corresponder el abrazo con una torpeza bastante tierna. Tiago sonrío, yo empiezo a llorar y a Camila hace rato que le importa una mierda si al final se le estropea el maquillaje.

—Me gustaría hacer este momento todavía un poco más incómodo para Klaus —apunta Alex y se acerca hasta sus dos hermanos para fundirse con ellos en un abrazo fraternal.

El mayor termina riéndose y al verlos juntos a los tres me doy cuenta de que me equivocaba cuando le dije a Camila que no estaba segura de saber qué es el amor.

Lo tengo muy claro.

El amor es hacer que nieve a veinticuatro grados.

42

CHRIS

El mejor día de mi vida

Entre doscientos y trescientos cincuenta gramos. Eso es lo que pesa un corazón humano. Se lo escuché un día a un par de estudiantes de Medicina que estaban repasando sus apuntes en el hospital mientras yo esperaba mi turno para hacerme una de mis tantas pruebas de rutina.

Doscientos gramos mueven el mundo cada día, y no solo de manera literal. El cine y las comedias románticas nos han inculcado cómo establecer nuestras relaciones en torno a él. La poesía lleva siglos rindiendo tributo a los corazones rotos. La música ha sangrado letras a través de ellos. Si no, que se lo digan a Shakira. Y seguro que algún imperio ha caído a causa de algún corazón encabronado, también como el de Shakira. Aunque no me preguntes cuál, siempre he sido flojo en historia.

El caso es que se han hecho, y se siguen haciendo, muchas cosas en nombre del corazón. Algunas de ellas, auténticas estupideces. Tal vez esta sea una de las grandes. Casarse cuando sabes que al tuyo solo le quedan un puñado de latidos.

Sinceramente, me importa muy poco. Soy feliz y pienso mantener esta sensación lo máximo posible.

La mayoría de la gente desconoce el cómo y el cuándo de su propio final. Es una ventaja, desde luego, pero yo cuento con pistas para poder escribir el mío. Por eso pienso hacerlo a mi manera. Y qué quieres que te diga, me va el rollo pelicularo.

Mi madre se acerca en cuanto termino de vestirme para colocarme la pajarita. Ya está recta, por lo que resulta un gesto más cariñoso que útil. Sonríe y me mira con los ojos vidriosos. Desde que ha abierto el grifo de las lágrimas ya no es capaz de cerrarlo.

—Eres el novio más guapo del mundo.

No es exagerada ella ni nada. A pesar de ello, le devuelvo la sonrisa y decido creerla. No por mi aspecto físico, evidentemente, sino porque estoy en todo mi derecho de ser el novio más guapo del mundo. Hoy es mi día. Mío, de Tiago, de mi familia y de los cincuenta y tres invitados que están abajo esperándonos.

Me acerco al espejo de mi habitación para echarme un último vistazo. Voy vestido con un traje *beige* tostado de estilo *vintage*, bastante normalito para lo que soy yo. Es incluso formal, aunque no tanto como un chaqué. Al fin y al cabo, no celebro mi boda en una abadía, sino en el jardín de casa, por el que me he paseado más veces en bolas para tomar el sol que vestido.

Mi madre me avisa de que ya es momento de bajar. Inspiro profundo por la nariz y dejo salir el aire despacio. No sirve de nada. El corazón se me acelera a lo loco y las manos me empiezan a temblar.

También tengo derecho a ser el novio más histérico del mundo.

—Ya estoy listo. —Mi madre me mira y se echa a llorar otra vez—. Mami..., ya sé que esto es difícil para ti, pero lo último que quiero es que hoy te pongas triste.

Niega con la cabeza y se da toquecitos en las mejillas con el pañuelo arrugadísimo que sostiene.

—Estoy llorando de felicidad, te lo juro.

Si un genio saliera de una lámpara y me concediera tres deseos, tres veces le pediría lo mismo: ahorrarle la pena a ella.

—Estás preciosa —le digo colocando la mano en su mejilla—. Y tienes que preguntarle a la

maquilladora qué base de maquillaje usa, porque debe estar hecha con cemento armado.

Nos estamos riendo cuando llaman a la puerta con un par de golpes secos.

—¿Querías verme? —pregunta mi padre asomándose por ella.

—Sí, entra.

Le he mandado un mensaje hace diez minutos para que viniera, aunque tenía mis dudas de que lo hiciera. En realidad, dudaba hasta de que fuera a aparecer en una boda que no aprueba, por mucho que no lo haya verbalizado. Todo un detalle.

—Te espero fuera —me avisa mi madre dándome un beso.

Mi padre no aparta los ojos de ella mientras se va, creo que espera algún gesto por su parte, pero no se molesta ni en girar el cuello en su dirección. Sale de la habitación como si no existiera.

Supongo que después de treinta y seis años el amor no se recompone con cenas sorpresa a la luz de las velas ni con paseos en globo acompañados de champán. Porque supongo también que después de tanto tiempo, el amor no consiste en sorprenderse, sino en seguir queriendo lo que ya conoces.

Está claro que no es el caso. Y si pretendo que los demás asuman lo que yo no puedo cambiar, yo también debería hacerlo a la inversa.

—Tú dirás —suelta tras un leve carraspeo.

Alcanzo el *pendrive* de mi escritorio y se lo entrego. Arruga levemente la frente antes de cogerlo.

—No voy a encargarme de más proyectos, estos son los últimos —lo informo—. También he incluido una colección que he diseñado por mi cuenta. Ya sé que mi trabajo es decorar y no diseñar muebles, pero tenía algunas ideas y quizá sirvan de algo. —Asiente con la cabeza y se lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta negra—. Cuídalo bien, es mi legado —bromeo, aunque sé que no le hace ninguna gracia. Nada en general.

—Ehm... ¿Alguna cosa más?

—No, solo eso.

—Ah... —Se mete las manos en los bolsillos y tarda tanto en hablar que miro de reojo mi reloj. Son las seis y siete minutos. Creo que Tiago va a empezar a pensar que me he arrepentido—. Pensaba que querías que... bueno, no sé —titubea, y mi padre no titubea—, que te acompañara.

—¿A dónde? ¿Al altar? —Asiente y se me escapa la risa—. No, papá, tranquilo. No te haré pasar por ese vergonzoso trago.

—Lo haré si es lo que tú quieres —declara tenso.

—Se encarga mamá. Tiene más sentido, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

Juro que mi intención es dejar ahí el tema, pero aparta la mirada como de costumbre, con ese gesto que ha marcado mi infancia y adolescencia, y que siempre he llevado como una piedra en el zapato.

—¿También te voy a decepcionar por eso? ¿Hasta por algo que ni tú mismo quieres hacer?

—¿Cómo? —se sorprende. En serio, se sorprende—. Tú no me has decepcionado.

—Ya, puede ser... A lo mejor ni lo he conseguido. Nunca he alcanzado la categoría suficiente —alego con una sonrisa más conformista que triste.

—No te entiendo, Christoph, sé más claro. Sabes de sobra que no me gustan los rodeos.

—Vale, te lo diré más claro. Nunca me has considerado un hombre de verdad.

—No digas tonterías.

—Al menos no como Klaus o como Alex. Si ni siquiera eres capaz de mirarme cuando estoy con Tiago.

—Nunca he tenido ningún problema con Tiago. Ni tampoco con que seas *gay*, ¿de acuerdo? —Enarco una ceja como réplica—. Es verdad, me da igual con quién te acuestes. Lo único que quiero es... —Cierra la boca y es como si las palabras se removieran dentro de la misma, pero luchando por no salir—. No quería que sufieras más de lo que te ha tocado ya. La gente puede ser muy cruel.

Deduzco entonces que su problema no es mi orientación sexual, sino lo que puedan pensar los demás respecto a ella. Que sea un motivo de rechazo y que me den de lado. Es curioso que, como consecuencia de su preocupación, él fuera el primero en hacerlo.

—Siempre habrá gente así en el mundo, gente que no entenderá la diferencia, que insultará o le parecerá incluso divertido dar una paliza a un *gay*. Pero ni siquiera esa gente tiene el poder de hacerme sentir tan pequeño como quien debería apoyarme, sea como sea, y decide mirar para otro lado. El silencio cómplice es mucho más cruel, papá.

—Yo no sabía que te sintieras así —comenta a la defensiva—. Siempre estás haciendo chistes sobre todo.

Un chiste es solo un chiste. Cincuenta chistes sobre todo se llama mecanismo de defensa. Hasta yo lo sé.

—Nunca te has molestado en preguntar. A veces, basta con preguntar cómo estás. Te lo habría contado todo. He querido hacerlo toda mi vida.

Enmudece y es la primera vez que lo veo agachar la cabeza sin saber qué decir. Ya es algo, supongo.

—Te quiero, papá, y te prometo que no te guardo rencor. No sirve de nada y no voy a poder llevármelo a ninguna parte. Además, no tengo tiempo para eso. Tú sí y espero que sepas aprovecharlo.

—A mí estas cosas no se me dan bien —musita incómodo.

—Sí, es obvio. Pero te conviene aprender, porque te estás quedando solo y más pronto que tarde vas a echar de menos a tu familia. Y si ni siquiera ves eso, tienes un serio problema.

Salgo de mi habitación y lo dejo ahí, porque sigue siendo mi día, no el suyo, y pienso celebrarlo por todo lo alto.

Al bajar las escaleras veo a mi madre esperándome en la puerta del salón que conduce al jardín. Cuando llego a su encuentro, me agarra con fuerza del brazo, porque ella es la que me ha sostenido siempre.

En cuanto ponemos un pie en el jardín, me obligo a tragar saliva para no ponerme a llorar inmediatamente. Llevo una pizca de máscara de pestañas y no pretendo hacer mi entrada triunfal con ojos de suricato.

El jardín se ha convertido en un cuento de invierno. Como una escena miniaturizada de las que se meten en una bola de cristal. Al final sí voy a celebrar la boda de mis sueños. Y lo es, en parte, gracias a mis hermanos. No solo hablo de casarme con nieve cayendo sobre mi cabeza un 29 de septiembre. Haber visto a Alex y Klaus echarse un cable el uno al otro por hacerme feliz y acabar dándonos un abrazo los tres ha sido el mejor regalo que podría pedir. He hecho una foto mental de ese momento y pienso llevármela conmigo, vaya donde vaya.

Al llegar al pasillo, veo a Tiago de perfil, esperándome al final de este, bajo el arco nupcial cubierto de rosas blancas y acompañado del concejal que oficiará la ceremonia. Mi chico va

vestido con un esmoquin negro clásico y lleva el pelo peinado hacia un lado. Cruza las manos hacia delante, estiradas en plan muy formal. A mí me entra un poco la risa al verlo así de tieso, pero juro que nunca ha estado tan guapo como ahora mismo. La música comienza a sonar y se gira hacia mí. Cuando nuestros ojos se cruzan es él quien traga saliva y yo me recuerdo que debo seguir respirando si quiero llegar hasta el final del pasillo.

La nieve sigue cayendo y los invitados se vuelven hacia nosotros en sus sillas mientras dos violines, una viola y un violonchelo interpretan *Fix You*, de Coldplay. En el último momento decidí sustituir la típica música nupcial por la canción favorita de Tiago. No lo avisé del cambio, así que sus ojos de gato se abren con sorpresa. Su aparente estoicismo se va al carajo y me dedica una sonrisa de oreja a oreja mientras avanzo hacia él. Actualización: nunca ha estado tan guapo como ahora mismo.

Obligo a mi madre a ralentizar un poco el paso, no porque me guste ser el protagonista de este momento —que también—, sino porque no quiero que él deje de mirarme así jamás.

Hay miradas que valen una vida entera.

Al llegar a su lado se aparta el pelo con gesto nervioso. Mi madre nos da un beso a los dos y se retira para sentarse en primera fila junto a Klaus, Alex y Mini. Procedemos con la ceremonia, que es más corta de lo habitual porque me niego a sentarme en una silla a pesar de que el cansancio me puede a ratos, y antes de que el concejal anuncie oficialmente que estamos casados, lo interrumpo y miro al que es ya mi marido.

—A ver, sé que acordamos que nada de discursos...

—Ya, bueno, y yo sabía que te lo ibas a pasar por el mismísimo forro —declara sin ápice de duda, arrancando unas cuantas risas y gestos de asentimiento que no veo, pero imagino—. Puedes empezar cuando quieras. Estoy deseando oírlo.

Mis doscientos o trescientos gramos de corazón se vuelven locos. Nunca he estado más atacado. Ni cuando conocí a Laura Pausini en un descanso de publicidad de *La Voz*. Tiago lo nota y me coge las manos.

—No hay palabras equivocadas entre tú y yo —susurra, infundiéndome la confianza que no creí que necesitaría.

Cojo aire y lo suelto entre los dientes antes de hablar.

—Quien crea que en el amor todo debe ser fácil es porque nunca ha estado enamorado —comienzo—. De hecho, una bronca es lo que nos ha traído hoy hasta aquí. —Sonríe y él sonríe—. Y, aun así, me has dado todo esto. —Miro a nuestro alrededor—. Todos vosotros. Incluso me habéis dado un invierno en un día de sol. —Me fijo en Klaus y él me guiña el ojo—. Es perfecto y no cambiaría nada... Bueno, tal vez la elección de la mantelería. ¿Cómo se nos ocurrió dejar eso en manos de Alex? —Se escuchan unas cuantas risas y mi hermano niega con la cabeza como si él tampoco lo entendiera. Vuelvo a coger aire para continuar con la parte difícil—. Sé que vais a estar tristes y no lo puedo evitar. —Esta vez miro a mi madre y a Mini antes de posar mis ojos de nuevo en Tiago—. Y he aprendido gracias a ti que tampoco es algo que os deba quitar. —Mi chico asiente y veo su garganta subir y bajar cuando traga saliva—. Pero cuando lo estéis, cuando estéis tristes por mí, quiero que recordéis este momento exacto, que me recordéis así y que recordéis también que me habéis dado el mejor día de mi vida. En especial, tú. Porque verás, Tiago, yo era ateo, como C. Tangana. —Risas otra vez, aunque nunca he hablado más en serio—. Pero igual que él, ahora creo en los milagros. Y estoy seguro de que tú eres el mío. —Los ojos se le humedecen y empieza a llorar—. Siempre vivimos pensando que lo mejor está por llegar, pero yo ya lo tengo. Así que a partir de este instante dejo de medir el tiempo o cuánto

durará la vida. Porque veo la vida delante de mí, y es preciosa. Y es lo único que importa.

Me agarra de las mejillas y me besa sin darme tiempo a terminar el discurso. Acto seguido me abraza y los demás aplauden y se levantan. Escucho música, pero es como un eco lejano. Solo estamos él y yo.

—Tenemos suerte —susurra contra mi oído—. Hay gente que no tiene esto en toda su vida, pero nosotros sí. Eres lo mejor que me ha pasado y solo puedo dar las gracias por haber llegado hasta aquí contigo. Te quiero, Chris. Te voy a querer toda mi vida.

—Y yo te quiero a ti.

Nos enseñan que donde hay amor no se sufre, pero que sabrá nadie. El amor es esto; él y yo aquí de pie, abrazados. El amor es quedarte cuando tienes la certeza de que se va a terminar pronto y, aun así, te atreves a vivirlo como si fuera para siempre.

Quizás bastaba respirar

No veo inocencia en los ojos de Chris cuando se dirige a Tiago en el altar. Veo valor. Y entereza. Y mucho, muchísimo amor. Aunque de eso siempre ha ido sobrado. Siento orgullo y admiración por mi mejor amigo, mezclados con algo más que no me gusta tanto, mientras pronuncia un discurso precioso, pero también real. Ojalá yo lo fuera menos. Ojalá pudiera ser un poco menos real por un momento y un poco más ilusión, como la nieve artificial que cae sobre nuestras cabezas. Así quizá la mía podría llenarse de pensamientos blancos y brillantes y dejar de cederle el mando a la oscuridad. Porque hay tanta en mí que si miro hacia dentro no me encuentro.

Supongo que eso explica que las lágrimas que ruedan por mis mejillas no se deban únicamente al orgullo y la emoción por las palabras que pronuncia Chris, sino también a la envidia. Tan vergonzosa que me hace agachar la cabeza en la silla y tan corrosiva que me quema la garganta.

Mi mejor amigo se muere y yo soy la egoísta que desea quedarse una parte de él. Muchas partes, en realidad, que a mí me faltan. Su optimismo, su fuerza y su forma de entender y afrontar la vida, porque si hay un ejemplo de superación, es Chris, diga lo que diga su cuerpo. Y es una locura sentirse así dada la situación. Una persona normal, cuerda y sana —o cualquiera que no sea yo— no contaminaría un momento tan especial en su propia cabeza.

Como no puedo destruir mis pensamientos, los desvío girando el cuello hacia Alex, sentado a mi lado. Sorbo por la nariz y me limpio las lágrimas, esperando ver las suyas. Sin embargo, mira al frente, con la espalda rígida y apretando tanto la mandíbula para no llorar que temo que se vaya a romper un diente. Me encantaría girarme hacia el otro lado y pegarle un puñetazo a su padre, quien, por cierto, ha llegado tarde a la ceremonia. Estoy segura de que la contención de Alex lleva su firma.

Pero como no soy la más indicada para juzgar los sentimientos ocultos de los demás y tampoco tengo intención de convertir la ceremonia en una telenovela, lo que hago es estirar el brazo y entrelazar mis dedos con los suyos. No sé si es lo que necesita en este instante, pero es lo que necesito yo. Deduzco que acierto cuando aprieta mi mano con fuerza sin dejar de observar a Chris.

Solo me la suelta cuando los novios se besan y todos se levantan aplaudiendo y silbando. El cuarteto de cuerdas empieza a tocar y no puedo evitar reírme cuando reconozco la canción. *Baby One More Time*, de Britney Spears. La mejor canción pop de todos los tiempos, según Chris.

Los novios comienzan a caminar en sentido inverso por el pasillo, saludando a todos los invitados. Soy una de las primeras en abrazar a mi amigo.

—Enhorabuena, ya eres un respetable hombre casado —me burlo estirándole las solapas de su chaqueta.

—Por favor —bufa—, si me vuelvo respetable, mátame.

El impulso me sale de las tripas y lo vuelvo a abrazar. Fuerte. Muy fuerte. Noto cómo sonrío contra mi mejilla cuando susurra:

—Te quiero, Louise.

—Y yo a ti, Thelma.

—Hasta el final.

—Hasta el final.

Quiero quedarme así y no soltarlo nunca más. O como mínimo hasta que se haga de noche y se me duerman los brazos. Pero las circunstancias me obligan a apartarme. En concreto, los cuatro sobrinos de Tiago, que corren, saltan y chillan alrededor de mi amigo para que este les haga caso.

Alex se entretiene a un lado del pasillo hablando con algunos amigos de Chris y yo aprovecho para saludar a Elena, quien me da un abrazo, me comenta lo guapísima que estoy y, de paso, me recuerda mi cita de mañana en el hospital. Como si fuera capaz de olvidarla un maldito minuto.

Camila es la que se encarga de avisar a los invitados para que se vayan moviendo a la zona del jardín donde se sirve el cóctel. Se detiene un poco más con nosotras para darle dos besos a Elena y repetir el típico ritual en que ambas partes reconocen lo guapa que está la otra. Aunque en este caso no se trata de halagos fingidos. Cada una lo está, a su manera. Camila con esa elegancia que no se compra en ninguna tienda, vestida con un mono largo de color azul marino, de manga francesa y escote tipo barco, y Elena, con un estilo más atrevido, con un vestido de pecho cruzado y cintura marcada, acabado en una falda de capa y estampada de varios colores.

—Camila, no sé cómo te las has apañado en tan poco tiempo, pero ha quedado todo precioso —apunta Elena echándose atrás su pelo suelto y peinado con ondas al agua.

—Ha sido un estrés y voy a necesitar dormir veinticuatro horas seguidas cuando acabe, pero sí, ha merecido la pena sin duda. —Unas risas suenan muy altas entre los invitados y Camila sonríe. —Echaba de menos tener ruido en esta casa —admite con nostalgia antes de regresar al modo hiperproductivo de los últimos días y disculparse para seguir ejerciendo de anfitriona, madre del novio y organizadora de boda.

Se aleja unos pasos, pero enseguida da media vuelta.

—Ah, por cierto, Elena, si Klaus se queda a dormir contigo esta noche, dile que antes pase por la cocina y coja algo de comida. Va a sobrar muchísima y sería una pena desperdiciarla.

Noto como la sonrisa de Elena se congela a mi lado y su rostro pierde el color hasta volverse tan blanco como la nieve que hay bajo nuestros pies. Solo le falta una copa de champán en la mano para dejarla caer al suelo y hacer el *shock* algo más dramático y sonoro.

Camila sonríe aún más.

—Querida, lo he parido yo.

—Camila... —Su voz sale sin fuerza—. Lo... lo siento. No sabía cómo...

—Hoy es un buen día —asegura—. Tengo a mi familia en casa, mis hijos se comportan como hermanos por fin y adoro verlos enamorados. A los tres —recalca y me mira a mí esta vez antes de irse.

Elena deja de parecer un fantasma solo para girar el cuello hacia mí y mutar en psicópata a punto de cometer un asesinato.

—Te juro que yo no he abierto la boca. —Levanto las manos como en un atraco—. Será un superpoder de madre o algo así.

Es evidente que a Camila no se le escapa nada. Ni lo mío con Alex. También cabe la posibilidad de que mis gritos en la cama de su hijo la semana pasada mientras me hacía un *cunnilingus* le dieran una pista. Dios, qué vergüenza.

Elena empieza a abanicarse rápido con la mano.

—Me estoy mareando.

—¿Quieres que llame a Klaus? Tiene pinta de ser de los que te cogen en volandas como un príncipe antiguo de Disney.

—No tiene ninguna gracia, Mini.

—Perdona, no intento reírme de ti, te lo juro. Aunque deberías estar aliviada, ¿no? Camila lo sabe y está claro que no tiene ningún problema con que estés con Klaus. Acaba de quitarte un peso de encima.

—Es... complicado. —Niega con la cabeza mientras sus ojos le llevan la contraria y barren el jardín buscando a Klaus con la mirada—. Tengo trece años más que él. No va a funcionar a la larga.

—No hay un para siempre para nadie. Estamos en una boda que lo demuestra y, aun así, aquí estamos —insisto—. Y, por otra parte, Klaus y tú lleváis juntos más de dos años. A mí me parece que os va bastante bien de momento.

No conozco todas las razones de Elena para tener dudas, pero sí soy experta en reconocer el miedo. Cruza su rostro como un mapa hacia lugares donde no está segura de querer ir.

Levanto la barbilla en dirección a Chris y Tiago, quienes no pierden la sonrisa mientras hablan con los invitados.

—Creo que lo complicado es ser ellos... Tú solo le debes a Klaus un baile —le recuerdo.

Me voy y la dejo a solas con sus pensamientos. También me llevo los míos auestas, porque soy muy consciente de que yo también le debo algo a Alex. La verdad. Y necesito encontrar el momento para contársela.

El atardecer empieza a posarse sobre el jardín con una intensa luz anaranjada y se convierte en el telón de fondo del cóctel, que consiste en una mezcla poco ortodoxa de canapés basados en las comidas favoritas de los novios. *Uramakis* de atún picante, croquetas de boletus, tortilla de patata, minihamburguesas de *wagyu* y hasta auténticas cerdadas como los donuts con bacon que adora Chris, a los que se hizo adicto cuando pasó un verano en San Francisco para perfeccionar su inglés.

Los novios decidieron en el último momento que no les apetecía tener mesas separadas y desperdigadas por el jardín para su banquete, así que todos nos sentamos juntos alrededor de varias mesas alargadas, pegadas unas a otras, formando una gigantesca mesa rectangular cubierta por idénticos manteles de flores. De muchas flores de colores mezcladas, como si hubieran montado una orgía entre ellas.

El plato principal consiste en *rigatoni a la Norma*, el plato que Tiago y Chris pidieron en una *trattoria* la primera noche que pasaron en Roma, en el que fue también su primer viaje juntos. Les gustó tanto que volvieron todas las noches a cenar a aquel restaurante y terminaron bebiendo *amaretto* y cantando hasta las tantas con los dueños.

De postre, no hay tarta nupcial, sino roscón de Reyes relleno de trufa. El mejor dulce de todos los tiempos, otra vez según Chris. Aunque sus dos hermanos también parecen estar de acuerdo. Bueno, casi. Tienen un don para encontrar la manera de llevarse la contraria.

—El roscón no debería llevar chocolate —tercia Klaus inspeccionándolo con una mueca.

—¿Qué dices, gañán? Si es la mejor parte —le contradice Alex, sentado frente a él.

—La mejor parte es la fruta —defiende comiéndosela con tenedor y cuchillo.

Su hermano arruga la nariz y meneaba la cabeza.

—Pero mira que eres rarito.

—El roscón de toda la vida es un bollo dulce con fruta escarchada y punto —concluye muy serio.

—El roscón de toda la vida me la pela, y tú deberías bajarte de la burra alguna vez. —Vuelve la cara hacia mí—. Así no lo vamos a casar nunca.

Mis ojos vuelan hasta el asiento vacío que se encuentra al lado de Klaus, ocupado

previamente por Elena, quien ahora mismo está en el baño. Él me mira y aunque el gesto no le cambia, siento un pinchazo de pena. Supongo que está más que acostumbrado a disimular.

—No sabía que te preocupara mi vida sentimental.

—Bueno, eres como la fruta escarchada. No me gustas mucho, pero eres parte importante del conjunto, *bro*.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Es muy posible.

Sonríen vacilones al mismo tiempo y es la primera vez que veo un parecido real entre ambos.

—Solo por curiosidad —apunto chupándome un poco de chocolate del dedo—. ¿La tortilla con o sin cebolla?

—Sin cebolla, por supuesto —asegura Klaus.

—Con cebolla, joder —afirma rotundo Alex dando una palmada en la mesa, comenzando así con otro importante debate de la historia de la humanidad.

La noche cae sin que nos demos apenas cuenta y yo sigo tratando de encontrar el valor para girarme hacia Alex y decirle que necesito hablar con él. No lo encuentro en la copa de champán que nos sirven para brindar y me trago de golpe como si fuera agua, ni desde luego en la sonrisa que él me dedica al mirarme y que estoy a punto de apagar. No lo encuentro por ninguna parte, pero dudo que vaya a hacerlo en un futuro próximo, así que simplemente voy a decírselo. En cuanto abro la boca, tengo que volver a cerrarla por inoportuna. Ha llegado el momento de que los novios abran el baile.

Todos nos levantamos y los acompañamos hasta una pequeña pista de madera en el centro del jardín, iluminada por una hilera de bombillas colgadas entre dos árboles que rompen la oscuridad que envuelve todo. Chris y Tiago se colocan en el centro de la misma y los demás, alrededor.

El DJ hace sonar una canción. La mejor canción romántica de todos los tiempos, según ya sabes quién.

*Quizás bastaba respirar
Sólo respirar, muy lento*

Se miran el uno al otro al tiempo que se mueven muy despacio y no existe nada más. Es tan suyo el momento que me siento una intrusa.

*Recuperar cada latido en mí
Y no tiene sentido, ahora que no estás
Ahora, ¿dónde estás?*

Busco los ojos de Alex y veo una expresión extraña en ellos. Mira en dirección a los novios, como todos, pero es como si no viera lo que tiene delante. En cuanto comienza el estribillo, da media vuelta y se aleja sin decir nada. Salgo detrás de él, pero camina a un ritmo que yo no me puedo permitir, así que le pierdo de vista por un momento. Sin embargo, no tengo dudas de dónde van a terminar sus pasos.

Cuando llego al invernadero la puerta está abierta y al entrar me recibe la oscuridad casi total. Lo escucho antes de intuir su figura en la penumbra. Está sentado en el suelo y apoyado en un rincón de la cristalera, con las piernas flexionadas y los codos apoyados en las rodillas, sujetándose la cabeza entre las manos. Levanta la vista hacia mí por un segundo y vuelve a

agacharla junto con las lágrimas que resbalan sin control por su rostro.

Me acerco y me coloco de rodillas frente a él. Tiro de su brazo y se deja llevar sin resistencia. Lo abrazo y sujeto su cuerpo tembloroso contra el mío mientras el sonido de la música se pierde bajo los quejidos ahogados que brotan entre su pecho y su garganta.

Sé que, por muy fuerte que lo abraze, no puedo absorber su dolor. No me importaría hacerlo, tragármelo y hacerlo desaparecer en ese agujero negro que llevo dentro. Aunque soy consciente de que necesita esto. Llorar a su hermano, antes y después.

Acaricio su nuca rítmicamente hasta que noto como su cuerpo va cediendo y calmándose, permitiéndole volver a respirar.

—¿Estás mejor? —quiero saber, aunque el alivio sea solo momentáneo.

Se separa de mí para limpiarse las lágrimas, como si acabara de recordar que siguen ahí.

—Sí... Ha sido de repente. No sé qué me ha pasado.

Todo. Ha pasado todo.

—Una vez me dijiste que no necesitábamos justificarnos entre nosotros. Tampoco lo necesitas para llorar por tu hermano.

—Ya... Supongo que no.

Termina de limpiarse y cuando lo hace apoya la cabeza contra la cristalera y suelta el aire por la boca, sin decir nada. Y yo decido callarme lo que iba a contarle; aquello que me hace a mí querer llorar.

No puedo. Simplemente, no puedo. Ahora no.

Está destrozado por Chris y lo último que merece es cargar con otra persona que podría provocarle casi el mismo dolor, así que chasqueo la lengua y suelto:

—La culpa de todo la tiene Laura Pausini.

Me mira confundido durante un segundo, para asentir a continuación.

—Jodida Laura Pausini.

Y se echa a reír. Y yo con él, aunque por dentro me ahogue un poco más.

—Jodida Laura Pausini.

44

ALEX

Rompiendo patrones

No tenía dudas de que la quiero, pero que me haga reír mientras sigo sentado en el suelo limpiándome las lágrimas, consigue que me enamore un poco más de ella.

—Gracias.

—No me las des. —Minerva niega con la cabeza—. No he hecho nada.

—Estás aquí —señalo, porque en realidad es todo lo que necesito para sentirme mejor. Curva la boca en una sonrisa tirante que intuyo a pesar de la falta de luz del invernadero—. Vale, ahora te toca a ti contármelo.

—¿El qué? —musita con desconfianza.

—Algo, todo, no sé. Lo que sea que te pasa y a veces hace que dejes de estar donde estás.

Conozco la sensación por experiencia propia. Hace diez minutos estaba viendo a mi hermano bailar con su marido y mi mente decidió volar lejos por su cuenta, solo para imaginar cómo sería la vida cuando él me falte. Y por eso he terminado llorando en el suelo del invernadero.

No sé dónde ni cuándo llora Minerva, porque no me permite saberlo, pero estoy seguro de que existen razones por las que lo hace aparte de Chris, igual que sé que lleva días evitándome, aunque de un modo sutil.

—No me pasa nada —aclarar, esforzándose esta vez por dedicarme un gesto mucho más convincente.

—Y una...

«Polla», es lo que estoy a punto de añadir, pero me lo impiden unos pasos acercándose hasta nosotros y la luz encendiéndose a continuación. Por un segundo me extraña ver a mi padre, aunque él parece más descolocado aún. A juzgar por su expresión cualquiera diría que nos ha pillado chingando.

—Perdón, no sabía que estabais aquí los dos. —O puede que verme con los ojos llorosos le resulte incluso más desagradable—. Alexander, quería hablar un momento contigo si no te importa.

Minerva me tantea con la mirada, esperando que decida si voy a hablar con él, porque de lo contrario no piensa moverse del sitio. Y joder, solo por eso la vuelvo a querer un poco más.

—Resérvame un baile, no creo que tarde.

Asiente apretando los labios y sale del invernadero con ese gesto suyo de sabionda que, cuando se lo dedica a mi padre en lugar de a mí, resulta mucho menos cariñoso. Este se acerca y se sienta a mi lado. Ni siquiera echa un vistazo al suelo antes de hacerlo. Philipp Ackermann ensuciándose su traje carísimo es toda una novedad. Aunque también lo es que pretenda mantener una conversación conmigo.

—Tiene carácter. Me gusta —comenta apoyando los codos en las rodillas—. Pero no se lo digas a ella.

Arrugo la frente y echo la cabeza hacia atrás ante su manera de darle el visto bueno a Minerva o simplemente por el hecho de dárselo, no lo tengo claro.

—Creo que le importa un carajo. Es más, es muy posible que se ofenda si se entera de que te cae bien.

—Ya... —Hace una mueca de disgusto—. Por lo visto, me lo he ganado.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto directamente por aquello de tener la conversación más

corta posible.

—Tu madre me ha pedido el divorcio.

Tal vez otra clase de hijo se disgustaría, pero yo nunca he sido la clase de hijo que él esperaba. Y aun con toda la mierda que carga esta familia encima, no puedo decir que no me alegre de su separación.

—Eso sí que te lo has ganado.

Estoy preparado para recibir una réplica desagradable que no llega. En cambio, encaja el golpe pasándose una mano por el pelo y emite un suspiro cansado mientras eleva los ojos hasta el techo y pasea la mirada por él.

—Creo que es la primera vez que entro aquí —admite casi sorprendido—. Está bastante bien. —Aquí va mi teoría. A algún amigo de Chris le ha parecido una idea cojonuda drogar al padre del novio. Vale, no es una teoría muy realista, pero nada explica un «está bastante bien» viniendo de mi padre y refiriéndose a mí, a no ser que esté bajo los efectos de algún potente alucinógeno—. Yo quería ser arquitecto. Me gustaba imaginar las posibilidades de un lugar para transformarlo en otra cosa. Pero tu abuelo no quiso ni oír hablar del tema. Nunca hablábamos de nada, en realidad —me explica, Dios sabe por qué—. Y después de eso, me mandó a descortezar troncos. Así es como empecé en el negocio familiar. Todavía recuerdo los pinchazos de las astillas clavándoseme entre las uñas. Lo odiaba con toda mi alma. —Se ríe sin ganas—. Cogí algo que odiaba y lo hice mucho más grande de lo que tu abuelo podía imaginar. Pero a él nunca le pareció suficiente. Creo que llevo enfadado desde entonces.

No recuerdo a mi abuelo más que por las fotos que hay en un par de álbumes guardados en una caja en el sótano. Murió cuando yo era pequeño y mi padre jamás habla de él. Supongo que el árbol familiar empezó a torcerse mucho antes de que yo naciera.

—Nosotros no tenemos la culpa.

—Lo sé. Solo quiero que entiendas por qué no me resulta fácil hablar en general. Pero voy a intentarlo —añade y se aclara la garganta—. Y también quiero que sepas que me parece bien que sigas tu propio camino.

—Espera... —Me inclino un poco de lado para sacar el móvil del bolsillo y lo levanto—. ¿Te importa repetirlo? Me gustaría grabarlo para cuando se te pase el efecto de lo que sea que te hayas tomado.

Aprieta los labios en una sonrisa casi derrotada.

—He empezado por ti suponiendo que serías el que más difícil me lo iba a poner. No me equivocaba. Al menos eso demuestra que te conozco un poco.

«Ni siquiera he empezado a ponértelo difícil», estoy a punto de soltar, porque es nuestra dinámica habitual, pero la frase me deja un regusto amargo incluso antes de pronunciarla.

Cojo aire y observo el que ha sido mi santuario durante años, mi refugio, el lugar que he utilizado para escapar precisamente de él.

No hay nada hecho al azar. Todo en la naturaleza está perfectamente medido. Incluso la enredadera que sube por el techo, aparentemente a su bola. Porque todo se basa en secuencias numéricas, en fórmulas matemáticas que se repiten millones de veces.

Y las personas también somos un poco así, respondemos a patrones y los repetimos una y otra vez.

Mi padre es el capullo más estirado e intransigente que he conocido en toda mi vida. Verlo a mi lado, tirado en el suelo, con ojeras, ahora que me fijo bien, haciendo un esfuerzo por encontrar algún tipo de conexión conmigo rompe ese patrón por completo. Y es la primera vez

que me parece medianamente humano.

Sinceramente, no sé si de verdad tiene intención alguna de cambiar, pero sé que Chris le daría al menos el beneficio de la duda, así que, de momento, lo haré por él.

Me levanto del suelo y le tiendo la mano.

—Vamos a por una copa.

Dos minutos y veinticuatro segundos

Poco más de una decena de invitados siguen moviéndose en la pista sin intenciones de dar por concluida la noche. Sé que habrá cientos de fotos de esta boda para poder recordarla nítidamente. Los novios bailando. Los invitados dándolo todo a cuenta de la barra libre. Chris posando. Camila riéndose con su familia política. Chris posando otra vez. Y también unas cuantas instantáneas de los tres hermanos juntos, además de alguna otra con su padre, sin malas caras ni discusiones.

Resulta que de una boda no siempre sale otra boda. A veces, sale una familia entera.

Aunque si tuviera que captar mi momento favorito, sería este precisamente. Chris sentado en una silla con las piernas estiradas y los pies apoyados en otra silla, sonriendo sereno mientras observa a Tiago bailar con Camila.

Lo último que me apetece es romper su solitario momento de paz, pero quiero avisarlo de que me voy a casa.

—No, no puedes irte todavía —protesta gimoteando en cuanto me coloco delante de él—. Es prontísimo.

—Son las tres de la madrugada y ya se han ido casi todos.

—Sí, pero tú eres familia.

Ladeo la cabeza y le sonrío agradecida.

—Me voy ya, de verdad, estoy can...

Los ojos de mi amigo se abren desmesuradamente y un grito ahogado sale de su boca.

—¿Qué te pasa? —Lo agarro por el hombro asustada—. ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

—¡No me jodas!

No entiendo nada hasta que sigo la dirección de su mirada y veo a Elena y Klaus agarrados el uno al otro en la pista de baile, morreándose cual adolescentes.

—¿Elena es Miss Daisy?!

—¿Quién?

—Nada, da igual. Pero ¡qué fuerte! —Posa los pies en el suelo y se inclina hacia delante para verlos mejor. Me debato entre traerle unas palomitas o darle un guantazo por el susto que me ha dado. En cambio, le pregunto:

—¿No te alegras por ellos?

—Pues... sí, la verdad es que sí. Mucho. —No puede evitar sonreír cuando dejan de besarse y siguen meciéndose abrazados al ritmo de *The Night We Met*—. Parece que todo queda en casa —reflexiona y devuelve su atención hacia mí—. Y hablando de eso, ¿dónde está tu novio?

Me agacho en respuesta y le doy un beso en la mejilla para despedirme.

—Espera, quédate un momento —me pide y señala con la mano el asiento libre que está a su lado.

Lo hago a pesar de mis reticencias. Alex ha ido al baño y, por muchas copas que se haya bebido esta noche, su vejiga no puede mantenerle ocupado tanto tiempo como para que yo pueda mantener una conversación que pinta trascendental con Chris y largarme sin que se dé cuenta.

—Sé que estás nerviosa por lo de mañana y no me hace gracia que pases esta noche sola.

—¿Prefieres que la pase contigo y con tu marido? No es que me cierre a experimentar, pero antes deberíamos establecer los roles para que no haya confusiones. Demasiados penes y

agujeros como para improvisar.

—Hacer chistes para evitar hablar de lo que duele. —Se da un par de toques en la barbilla con el índice—. Mejor no lo intentes con el que lo inventó.

—No voy a estar sola. Mi madre está en casa.

—¿Tu madre sabe que mañana vas a hacerte la revisión? —Enmudezco y desvío la mirada hacia mis sandalias, ganándome un resoplido frustrado—. Joder, Mini.

Tampoco es que se lo haya ocultado del todo. Mi madre no es tonta y permanece al tanto de mis revisiones, así que le he contado que la cita es en un par de semanas. De esa forma le ahorro la visita al hospital y los nervios hasta saber los resultados. Si son buenas noticias, perfecto, y si no... Noto la ya familiar sensación de ahogo en el pecho y me esfuerzo por terminar con esto.

—Prefiero ir sola. Voy a estar bien, en serio. Disfruta de lo que queda de tu día.

—Mi día está más que acabado. Después de bailar *Tiki Tiki* con mi suegra considero que ya he hecho todo lo que tenía que hacer.

—Pues céntrate entonces en tu noche y no te preocupes por mí.

Se deja caer con un suspiro largo en el respaldo de la silla, aunque su cuerpo pesa tan poco que esta ni se molesta en gruñir.

—Es verdad lo que dije en el altar. Es el día más feliz de mi vida. Pero antes de este he tenido muchos otros muy buenos. Muchos momentos que merece la pena recordar. Lo que no sé es cuántos vas a tener tú si te empeñas en hacerlo todo sola. —Vuelvo a callarme y mi cuerpo se tensa. Suele hacerlo cuando escucha verdades que no quiere admitir—. ¿Te acuerdas de cuando vimos *Moulin Rouge*?

Frunzo el ceño ante el cambio de tema.

—Si intentas animarme, por ahí vas fatal.

—Ya, es una historia muy triste. Nicole Kidman muere y te lo cuentan en el primer minuto de película. No hay sorpresa ni engaño.

—¿Y?

—Que te pasaste toda la puñetera peli negándolo. Estabas convencida de que se salvaría. No aceptabas el final, aunque ya lo supieras desde el principio. Resulta que tienes esperanza y confianza para cualquiera que no seas tú, porque eres injusta contigo y muy poco amable.

—¿Y qué quieres que te diga? —Me froto los brazos con las manos para mitigar la sensación de frío repentino, aunque nada tiene que ver con la temperatura—. Lo siento. Yo no sé ser como tú.

—Es que no tienes que ser como yo. Sé tú y encuentra tu manera. Vivir es jodido a veces, Mini, pero si no lo haces, si no disfrutas ni te ilusionas, no me estás ofendiendo a mí, sino a ti. —Se inclina hacia delante como si fuera a contarme un secreto—. Mira, yo no creo que la vida consista en dejar pasar el tiempo sin que nos arañe. No es llegar hasta los noventa sin cicatrices y con un electrocardiograma perfecto. Vivir es... —Se vuelve a echar hacia atrás y se frota su cabeza desnuda con gesto pensativo antes de hablar—. Cantar una canción en la ducha como si estuvieras delante de un estadio hasta los topes. Y una buena bronca seguida de un polvazo de reconciliación que haga temblar los muebles. Y una simple conversación frente a una máquina de café que te provoque una montaña rusa en el estómago. Vivir es sentir todas las veces que se te acelera el corazón. Y no le pidas a tu cabeza hiperactiva que le dé un significado, tienes que sentirlo golpeándote el pecho con fuerza. —Se lleva una mano al suyo y deja salir el aire por la nariz—. Y cuando te des cuenta de eso, será la hostia.

Me marchó de la fiesta pocos minutos después y acompañada de esas palabras, aunque

mentiría si dijera que me veo capaz de ponerlas en práctica ahora mismo. Ni siquiera cuando Alex me alcanza en plena calle, frente a mi coche.

—Chris me ha avisado de que te ibas. —Se detiene en la acera, delante de la puerta del copiloto con gesto serio y media camisa por fuera del pantalón—. Sin despedirte por lo que veo.

—Alex, ahora no, por favor. —Me llevo los dedos a la sien ante el pinchazo que atraviesa mi cabeza de un lado a otro.

—Ahora no, ¿qué? Porque empiezo a perderme contigo.

—Pues no lo hagas, no merezco la pena.

Abro la puerta del coche y él hace lo mismo con la del copiloto.

—No, no te vas sin antes contarme qué cojones te pasa.

—No lo sé, ¿vale? —Elevo la voz y esta parece adueñarse de la solitaria calle—. No sé qué me pasa, ese es justo el problema.

—Estás empezando a asustarme.

—Ya, pues bienvenido al club —apunto con una risa medio desquiciada.

—¡Minerva, joder! —Pega un manotazo en el techo del coche tan fuerte que hasta yo siento el picor en la palma de mi mano.

Mi cerebro me da la orden de agachar la cabeza antes de hablar, pero por esta vez no le permito dominarme. Necesito ver su reacción.

—Me duele la pierna y tengo miedo de que sea cáncer. Otra vez.

Mi miedo alcanza su rostro en apenas una fracción de segundo. Sus ojos se abren con horror y una tormenta se desata en ellos.

—Mañana tengo que ir al hospital a hacerme pruebas, pero estoy planteándome seriamente si ir o no, porque si lo estoy, si estoy enferma otra vez, no creo que pueda soportarlo.

Se pasa una mano por la cara, incapaz de disimular su preocupación. Y odio ser la causante.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no es problema tuyo.

—Y una mierda, estamos juntos.

—No, no lo estamos.

—Vale, pues me da igual, voy a ir contigo mañana a la revisión y...

—No, no vas a ir. —Me sorprende la seguridad de mi propio tono—. Si no te he contado nada es porque no quiero que vayas.

Aprieta los dientes y un músculo se mueve con tensión entre su mandíbula y su garganta.

—¿En serio vas a alejarme ahora? ¿No has aprendido nada en estos dos años?

—Se ve que no.

Niega con la cabeza sin poder creérselo, pero me mantengo firme hasta que me mira con más rabia de la que jamás he visto.

—Entendido. —Cierra la puerta del copiloto con muy mala hostia—. Que te vaya bien, Minerva. —Se despide con la misma frase con la que me dijo adiós hace dos años y se aleja calle arriba.

Me meto en el coche con un golpe de puerta mucho más suave, ya que mi cabeza no puede soportar más ruido en este instante y tiro el bolso en el asiento del copiloto. El enganche no cierra bien y su contenido —las llaves de casa, el carné de conducir, un billete de veinte euros, un paquete de pañuelos y el móvil— se desparrama. La pantalla del teléfono se ilumina al recibir una notificación. Lo cojo y veo que es de Chris. Un mensaje de audio de dos minutos y veinticuatro segundos.

Mi cabeza se ha convertido en un maldito nido de avispas, pero le doy igualmente al botón de reproducir. Su voz llena el espacio, igual que lo hizo hace menos de dos semanas, cambiándome la vida.

Lo primero que olvidas de una persona es su voz, y yo estoy seguro de que tú no vas a querer olvidarte nunca de la mía. Por eso, en lugar de escribirte otra lista en papel de estupideces que deberías hacer, te envío este audio. Voy a darte una lista de consejos de mejor amigo para que la uses siempre que la necesites. Tómatelo como una herencia anticipada.

En primer lugar, voy a empezar con un anticonsejo. A la mierda el *carpe diem* y todo eso de vivir el momento. Quizá valga para muchos, pero no para ti. Complicáte la vida, Mini, haz planes, muchos planes, aunque luego no salgan como esperabas. Pero hazlos. Son importantes.

Segundo consejo: no te guardes besos ni abrazos ni ningún *te quiero*. Son irrecuperables.

Tercer consejo: no digas que estás bien cuando no lo estás. Las personas no somos jarrones y no siempre hacemos ruido al rompernos. Haz todo el ruido que puedas, por favor.

Cuarto consejo: ríndete, pero solo un rato. Después inténtalo otra vez. Y equivócate, no pasa nada. Aprende que la vida es un borrador, es ensayo y error y, a veces, un poco puta también. Pero lo cierto es que no nos debe nada.

Quinto consejo y el más importante: me da igual lo mucho que esté de moda decir que no necesitamos a nadie para estar completos. Nadie va a salvarte excepto tú misma, eso seguro, pero todos necesitamos a alguien en quien apoyarnos cuando tropezamos. Una madre, un amigo, el hermano de tu mejor amigo..., por si estoy siendo demasiado sutil. Porque el peso hay que repartirlo con las personas que quieres. Y por muy bien que esté bailar sola de vez en cuando, hacerlo acompañada es mucho más bonito.

Y ya que estamos, voy a regalarte un consejo extra: haz el favor de ponerte sujetador alguna vez. Vale que tienes pocas tetas, pero no quieres que los pezones te lleguen al suelo antes de cumplir los cuarenta. Y con eso estaría todo. Ese es mi último consejo vital.

Ahora te tengo que dejar porque debo hacer algo muy importante también, que es echar un polvo con mi marido.

Te quiero mucho, Louise. No lo olvides nunca.

Bailamos

Antes de irme me acerco a la cocina para despedirme de mi madre. Está delante del fregadero lavando los platos del desayuno y canturreando una canción de Pablo López. La abrazo por detrás y se sorprende tanto que la taza de café resbala entre sus dedos y cae con un golpe seco y metálico en la pila.

—Hija, ¿qué pasa? —Coloca su mano mojada de espuma sobre la mía.

Segundo consejo: no te guardes besos ni abrazos ni ningún te quiero. Son irrecuperables.

—Pasa que te quiero mucho y nunca te lo digo.

Gira el cuello y me mira de reojo con extrañeza.

—Me estás asustando un poco, aunque yo también te quiero. ¿Estás bien?

No, pero voy a intentar estarlo.

—No te asustes, anda. —Le doy un beso en la mejilla—. Y tampoco hagas la cena esta noche, que me encargo yo.

Y hablaremos por fin de muchas cosas.

—Vale —sonríe todavía algo confundida y vuelve a lo suyo.

Salgo de casa y camino directa al metro. No me veo capaz de conducir hasta el hospital, me tiemblan demasiado las manos, me duele la rodilla y no he dormido ni un solo minuto, así que lo más responsable es ir andando. De camino, me pongo los auriculares y vuelvo a escuchar el audio de Chris. Terminaré por aprendérmelo de memoria.

No sé si seré capaz de seguir todos sus consejos, pero esta mañana al vestirme me he puesto sujetador. Y no lo he hecho por mis pezones, que conste. Es más, no hay evidencias científicas que apoyen que las tetas se mantengan más firmes por usarlo. Lo he buscado en Google. Sin embargo, he decidido hacerle caso porque Chris tiene tanta razón en tantas cosas que ya no pienso llevarle la contraria. Ayer, después de escuchar su audio me quedé una hora llorando en mi coche. Sola. O lo que es peor, acompañada solo del miedo. Somos uña y carne él y yo. Me he dedicado a cuidarlo mejor de lo que me cuido a mí misma. Mucho mejor. Le he dado techo durante años, lo he alimentado, lo he mimado e incluso le he regalado alas para volar a sus anchas.

Le he dado todo. Y no debes dar todo a nada ni a nadie, como bien me dijo Alex.

Al salir de la estación de metro, lo primero que ven mis ojos es el hospital. Estoy todavía a unos quinientos metros de distancia, pero es imposible obviar ese bloque siniestro de cemento gris que hoy hace juego con el color del cielo.

A él lo veo antes de llegar a la entrada. También es imposible que pase desapercibido, pero por razones muy distintas. Se baja la capucha de su sudadera blanca cuando me ve y empieza a caminar hacia mí.

No es que sea una sorpresa que haya venido. Hace tres horas, a las seis menos cuarto de la mañana concretamente, encontré el valor necesario para enviarle un mensaje con esta dirección y la hora de mi cita. He llegado con quince minutos de adelanto. No sé desde cuando me está esperando él.

Me detengo a unos veinte metros de la puerta. Me quedo inmóvil sin ser capaz de dar otro paso más y es Alex quien termina de cubrir la distancia que nos separa.

—Hola.

—Hola —respondo y aspiro ligeramente su olor a recién duchado.

—Me alegro de que me escribieras. —Coloca una mano sobre la otra como si fuera a crujirse los nudillos, pero termina frotándoselas algo nervioso. Ya somos dos—. Pensaba venir de todas maneras, pero prefiero saber que me quieres aquí por voluntad propia.

—Aún no sé si te quiero aquí. —Cierro los ojos con fuerza y meneo la cabeza antes de volver a abrirlos—. No es eso lo que quería decir. Sí que te quiero aquí, pero...

—Me quieres aquí y me quieres a mí. Llámame chulo y créído por estar tan seguro, pero lo estoy. ¿Qué sentido tiene alejarse de aquello que te hace feliz?

—Intento protegerte.

—¿De ti?

—Sí.

—No lo necesito. —Levanta la mano hacia mí, pero duda a medio camino y la baja de nuevo. Si yo no debo guardarme ningún te quiero, él tampoco debería guardarse ninguna caricia. Pero eso es culpa mía—. Mira, si no quieres que estemos juntos, vale, no me queda más remedio que aceptarlo. Pero pase lo que pase entre tú y yo, jamás te voy a dejar sola en esto. Así que, si intentas protegerme, lo único que vas a conseguir es que te eche de menos estando a tu lado.

Desvió la mirada hacia la puerta automática, que se abre y se cierra constantemente con el paso de la gente que entra y sale del hospital.

—Querermelo puede ser un problema a la larga.

Se inclina un poco para buscar mis ojos.

—No quererte ni siquiera es ya una opción.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Vivir es sentir todas las veces que se te acelera el corazón. Quizá debería tatuármelo para no olvidarlo nunca.

—¿Estás lista para entrar? —me pregunta.

—Sí —respondo—. No —reculo al segundo—. Espera... yo... —Tiro de la manga de mi sudadera hasta que no da más de sí y la retuerzo entre los dedos.

—Háblame, Minerva, por favor.

Tercer consejo: no digas que estás bien cuando no lo estás. Las personas no somos jarrones y no siempre hacemos ruido al rompernos. Haz todo el ruido que puedas.

—¿Y si las pruebas van mal? ¿Y si estoy otra vez enferma? Y si... —Se me corta la voz.

—Bailamos —concluye él levantándose la barbilla con la mano—. Para todo lo que venga después de todos los «y si», bailamos. Porque a ti te calma y te centra.

—¿Cómo?

—Y si las cosas no salen como esperamos, bailamos —asegura—. Y si el mundo arde, bailamos. Y si el cielo se nos cae encima, bailamos.

—Si se nos cae encima, nos aplasta —apunto torciendo la boca.

—Pues, después de que nos aplaste, nos levantamos como podamos y seguimos bailando, sabionda. Y si necesitas llorar un puto mar antes de cruzar esa puerta, hazlo, porque te juro que tú y yo bailaremos sobre el agua. Y también sobre esa tumba imaginaria en la que te has metido demasiado pronto. Bailaremos tantas veces como haga falta.

Hay momentos que no sabes que te van a cambiar la vida ni cuando los estás viviendo. Y después están los otros. Los momentos en los que todos tus sentidos se agudizan y eres

plenamente consciente de que marcarán un antes y un después. Y eres tú quien tiene la posibilidad de decidir cómo va a ser ese después.

—Te estás metiendo en un jardín —le advierto.

Sonríe con esa chulería que me encanta, por mucho que lo niegue, y tira de la trabilla de mis vaqueros para acercarme un poco más a él y así rodearme la cintura con los brazos.

—Los jardines son mi especialidad.

Quiero a Alex. Muchísimo. Y lo echo de menos. Y me echo de menos a mí cuando estaba con él.

Quinto consejo: por muy bien que esté bailar sola de vez en cuando, hacerlo acompañada es mucho más bonito.

—Baila conmigo, Alex.

—Siempre, Minerva.

Alargo la mano y la cuelo en el bolsillo trasero de sus pantalones para sacar su móvil. Selecciono la primera lista que veo en Spotify. La canción es lo de menos, aunque no puedo evitar reírme con incredulidad cuando veo cuál es la que más veces ha escuchado últimamente.

—¿Lady Gaga? —Arqueo una ceja.

—Es la puta caña y quien diga lo contrario miente o es gilipollas —espeto muy digno.

Bajo el volumen para que solo nosotros dos podamos escuchar y le doy al *play*. Me acerco a su pecho y apoyo la cabeza en él.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

Y durante los tres minutos y cuarenta y tres segundos que dura *Hold My Hand*, Alex es mi lugar seguro y yo deseo con toda mi alma ser el suyo también. Y para eso voy a tener que cuidar un poco más y mejor de mí.

Nada más terminar la canción, agarro su mano para cruzar la puerta del hospital y no se la vuelvo a soltar.

47

CHRIS

Puntos suspensivos

Nos gusta recordar nuestras primeras veces. El primer beso —con doce años jugando a la botella y con una chica con aparato. Una experiencia desagradable por varias razones—. El primer cigarro —que me hizo vomitar, aunque tuvo algo que ver que justo antes me hubiera pimplado a morro un cuarto de botella de Martini, porque esa noche cumplía catorce años y también era la primera vez que probaba el alcohol—. La primera vez que te parten el corazón —mi mejor amigo a los quince, cuando le confesé que era gay y decidió que aquello era un obstáculo insalvable para nuestra amistad.

Tendemos a recrearnos en las primeras veces, independientemente de lo desastrosas que fueran, porque a nadie se le ocurre pararse a pensar en las últimas.

Nunca crees que lo sean.

La última vez que verás una película. En mi caso fue con Mini, por supuesto. *Cómo perder a un chico en diez días*. Un clásico donde los haya.

La última vez que harás el amor. Con mi marido, evidentemente, en el sofá tras despertar de una de mis siestas, cada vez más largas.

La última conversación importante. Con Alex, quien me prometió que, pasara lo que pasara, cuidaría de Mini igual que Mini cuidaría de él.

La última conversación no tan importante, pero que te hace sentir a salvo. Mi madre avisándome de que me iba a preparar una sopa.

Me quedo con esas últimas veces. Y con las primeras veces. Y me quedo también con lo que hay en medio. Me quedo con todo.

Ya no puedo ver los tulipanes blancos que decoran mi dormitorio, pero sí puedo olerlos. Pedí que los colocaran en un jarrón de cristal junto a la ventana cuando llegara el momento. También encargué una almohada especial para el dolor cervical y unas sábanas de algodón egipcio de doscientos hilos peinados y mercerizados. Sí, admito que me puse en plan estrella de pop con mis exigencias, pero bueno, solo se muere una vez. Y ha llegado mi momento.

Los párpados ya me pesan demasiado como para abrir los ojos y no sé cuánto tiempo llevo durmiendo. Tengo cada vez más y más sueño y siento como si mi cuerpo comenzara a elevarse, aunque no me muevo.

¿Tendrán ascensores allá donde voy? ¿Tendrán cuerpos? ¿Tendré mi cuerpo? ¿Podré comer? ¿Habrá *sushi*?

No me pidas pensamientos profundos en este instante, todos los que merecían la pena los pronuncié en voz alta y en su debido momento. Además, estoy hasta arriba de morfina y un pelín confuso. Y acojonado, no te voy a mentir. Pero no sufras por mí. O hazlo si quieres, aunque te prometo que he sido muy feliz.

Por un instante, la voz grave de Klaus suena en mi cabeza y me ata de nuevo al mundo de los vivos. «Está nevando», dice. Tampoco puedo ver la nieve, pero me la imagino, blanca y reluciente, cuajando en la terraza que Tiago y yo llenamos de plantas cuando nos mudamos a esta casa.

Noto la mano de mi madre posarse sobre la mía. No me preguntes por qué sé que es la suya, simplemente lo sé. Igual que ella sabe que ha llegado el momento. Me da un beso en la frente que me hormiguea por la piel. Todavía puedo sentirla. Me dice «te quiero», que es la forma en la

que todos deberíamos despedirnos, y así es como lo hago.

Sé que dije que escribiría mi final, pero ahora que estamos en él, no me seduce nada la idea de acabar, así que dejémoslo en puntos suspensivos si no te importa.

No sé qué vendrá ahora, lo único de lo que estoy seguro es de que, vaya donde vaya, entraré con una sonrisa.

¿Qué quieres que te diga? Siempre he sido un optimista.

CINCO AÑOS Y MEDIO MÁS TARDE

A Chris los médicos le dieron de tres a seis meses de vida. Vivió siete y se fue un día inusualmente frío de marzo mientras comenzaba a nevar.

Se suele decir que algo muere dentro de ti cuando pierdes a una persona que quieres. No lo creo, sinceramente, porque yo nunca me he sentido tan viva como cuando murió mi mejor amigo. El dolor me aullaba por dentro y fui plenamente consciente de él a cada segundo. Me rompió. Nos rompió. A su marido, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, y a cualquiera que tuviera la suerte de haberlo querido.

Con el tiempo aprendí a vivir sin él, o más bien, a convivir con su ausencia. Una parte va a doler, siempre va a doler, y está bien que sea así, porque tiene su propia parcela en mí. Simplemente, no dejo que lo invada todo. Ya no dejo que nada lo invada todo.

Además, me gusta pensar que Chris está en algún lugar, llámalo cielo, llámalo como quieras, y que lo está haciendo un poco más bonito con su estilo y buen gusto. Por supuesto, en ese lugar siempre suena Laura Pausini y él luce su sonrisa eterna.

Y cinco años después, yo sigo aquí, sentada alrededor de la mesa con su familia, que ahora es la mía también. Porque si algo consiguió Chris, aparte de rompernos, fue dejarnos las piezas bien colocadas para volver a unir las.

Es domingo y son las cinco, el sol luce en lo alto de un cielo despejado y aún estamos de sobremesa. Me recuesto cómodamente en la silla, con el calor suave de finales de septiembre rozándome las mejillas. La pereza me invade y dudo seriamente que sea capaz de moverme. Dos platos de arroz con bogavante y un trozo de tarta de queso se han encargado de dejarme inutilizada para el resto de la tarde.

Tequila empieza a corretear ansioso por el jardín y a dar vueltas buscando algunas flores que arrancar con los dientes. Alex amenaza con cortarle los huevos, no al perro sino a su dueño, que es Klaus, si eso llega a ocurrir otra vez. Este se levanta de la silla riéndose junto con Elena, la otra dueña del border collie que adoptaron a principios de este año y al que todos adoramos — Alex incluido por mucho que rebuzne—, y se van a dar un paseo con él.

Camila y Philipp se ofrecen a recoger los platos. Dejan sus asientos y empiezan a llevarse las cosas del jardín al interior de la casa. Alex y yo les dejamos hacer sin protestar demasiado y puede que eso nos convierta en unos anfitriones penosos, pero ya se sabe que donde hay confianza...

Alex y yo nos mudamos juntos hace tres años, a una casa a las afueras de la ciudad que es casi más jardín que casa, a juzgar por el tamaño del mismo. Es lo que pasa cuando decides compartir tu vida con un paisajista enamorado de su trabajo. Aunque tuvo el detalle de cederme un trocito de su santuario de flores y plantas para construir una tarima en la que pudiera bailar al aire libre siempre que me apeteciera.

No es que mi pierna izquierda sea la de antes ni mucho menos, pero, a veces, me pide desfogarme con un poco de música.

Han pasado muchas cosas desde que Alex y yo entramos por la puerta del hospital hace seis años para enfrentarme a mi revisión. La principal es que mi mayor miedo no se cumplió. El cáncer no había vuelto. El dolor tan intenso en la rodilla me lo provocó un aflojamiento de mi prótesis. Algo infrecuente pero posible que no encontré en mis cientos de búsquedas obsesivas

en Google, pero que hizo que necesitara una operación de remplazo y varias sesiones de fisioterapia para recuperar la movilidad de la pierna.

Aun así, la recuperación física supuso la parte fácil. La difícil fue gestionar todo lo que llevaba tragándome y enterrando desde los diecisiete años. Un trastorno de ansiedad y un diagnóstico de carcinofobia, o lo que es lo mismo, un miedo enfermizo a sufrir cáncer. Algo relativamente frecuente entre quienes han padecido la enfermedad. Por ese motivo necesité tratamiento a nivel psicológico y psiquiátrico durante un tiempo.

Tuve que ir paso a paso. Me apunté a un grupo de apoyo para expacientes de cáncer y no lo abandoné a la primera de cambio. Fui a todas las sesiones, hablé con gente que estaba pasando por lo mismo que yo, lloré por ellos, lloré por mí y trabajé mucho para entender mis partes más oscuras. Y también comprendí que, si te pasas la vida esperando lo malo, llegará tarde o temprano.

Fue horrible por momentos y también un alivio a la larga. Todavía hoy voy a terapia de vez en cuando si creo que lo necesito. Porque hay cosas que no se aprenden a los diecisiete ni tampoco diez años después. Hay cosas que lleva toda la vida aprender.

Incluso hubo un momento en el que me planteé estudiar la carrera de Psicología. Rápidamente caí en la cuenta de que ya tenía bastante con mis propios demonios como para ponerme a lidiar con los ajenos. Sin embargo, creo que he encontrado la manera de ayudar a otros. Al menos cuando se trata de gestionar su dolor físico. Este mes he empezado el último curso de Fisioterapia y me encanta.

Divido mi tiempo entre los estudios y la academia. Resulta que Chris no solo me dejó como herencia una lista de consejos de mejor amigo, también estipuló una cantidad de dinero considerable y me pidió que la empleara para abrir una escuela de baile.

Nunca supe llevarle la contraria, así que lo hice. Para ser justa, me encargué de la parte divertida, elegir el local y preparar el contenido de las clases. De todo lo demás se hizo cargo Camila, que es la actual directora de la academia de baile Chris Ackermann. Contratamos a mi madre como recepcionista y principalmente damos clases a niñas y niños de entre seis y doce años. Ellos son quienes me recuerdan cada semana por qué amo el baile.

Cuando no estoy estudiando ni dando clases, salgo con mis amigas. Sí, tengo amigas, y en plural, aunque parezca increíble. Un par de compañeras de la universidad, una profesora de la academia y Alba. Seguro que te acuerdas de ella, la maquilladora de la boda de Chris y Tiago. Alba es quien se encarga de que hoy luzca una melena larga y rubia en lugar de hacer experimentos que no debo con mi pelo y también se ha convertido en mi segunda mejor amiga. El primer puesto estará siempre ocupado.

Con Tiago quedo de vez en cuando. A las comidas familiares ya no viene, se le hacía demasiado difícil después de perder a Chris. Hace un par de meses me contó casi con vergüenza que estaba saliendo con un chico que conoció en la universidad. Estudiante de Medicina como él. Y por la forma en la que sonreía supe que era especial.

Philipp y Camila siguen recogiendo los platos entre risas tontas y murmullos cómplices. Llevan años divorciados, aunque últimamente parecen entenderse bien. Demasiado bien. Philipp Ackermann nunca será santo de mi devoción, pero es que los santos tampoco existen. Existen las personas que se equivocan y se esfuerzan por mejorar. Y él lleva años haciéndolo, así que digamos que he aprendido a apreciarlo.

Cuando vuelven a alejarse, le doy un toque a Alex en la pierna. Está sentado a mi lado, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados y cubiertos por unas gafas de sol.

—Mmm... —Es todo lo que obtengo como respuesta.

—Te apuesto veinte euros a que tus padres están ahora mismo montádoselo en la cocina.

Levanta la cabeza y se quita las gafas con un ademán de buenorro que pocos pueden permitirse. Me mira intensamente con esos ojos que parecen más verdes a la luz del sol y se pasa la mano por la mandíbula marcada y cubierta de una barba de tres días. Puto Ackermann. La treintena le está sentando de lujo, pero eso ya te lo imaginas.

—No pienso apostarme ni un euro. Si es verdad que se están enrollando, voy a necesitar todos mis ahorros para pagarme la terapia. —Me apunta con el dedo muy serio—. Y parte de los tuyos también.

Después de todos estos años, conozco a la perfección cada centímetro de su cuerpo y él conoce cada centímetro del mío. Incluso aquellas partes que siguen sin entusiasmarme, como la cicatriz de mi rodilla. Aunque tiendo a olvidarme de ella cuando la besa y me recuerda que mis piernas son su camino a casa.

Un pensamiento se presenta tan claro y contundente en mi cabeza que soy incapaz de guardármelo.

—Alex...

—Sí.

No hay entonación de pregunta, es una afirmación rotunda.

—¿Sí a qué? —inquiero.

—Sí a lo que sea que vayas a preguntar.

—¿Y cómo estás tan seguro si no sabes lo que voy a decir?

—Da igual. Por la forma en la que te brillan los ojos ya sé que, sea lo que sea, estoy jodido y voy a ser incapaz de decirte que no.

—Cásate conmigo.

—Sí —responde sin inmutarse, tan tranquilo.

—Quiero una celebración.

—Vale.

Entrecierro los ojos.

—Grande y muy absurda. De esas en las que lanzan palomas, a saber por qué.

—Me parece bien. En esta familia somos muy de fiestas a lo grande.

—¿Y ya está? —Tuerzo la boca con incredulidad—. ¿No vas a hacer ningún chiste ni a resistirte un poco haciéndote el interesante?

—Cuando la cosa va de hacerte feliz, no hago bromas.

Estira la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Observo las tres letras grabadas con tinta en la cara interna de su muñeca derecha. *Bro*. Yo llevo otro tatuaje en la izquierda: *Thelma*. Nos los hicimos el primer cumpleaños de Chris que él ya no pudo celebrar con nosotros. Klaus también se tatuó el nombre de su hermano. Eso sí, después de hacer un interrogatorio exhaustivo al dueño del estudio de tatuajes que había escogido Alex para comprobar si cumplía con las medidas sanitarias requeridas para tal acto.

—Entonces nos casamos —afirmo verbalmente para asegurarme de que me está tomando en serio.

—Nos casamos —asiente él, mirándome como quiero que me mire todos los días que nos quedan por vivir.

Sonrío y me acerco para besarle.

—Aunqueee... —Me detengo a escasos centímetros de su boca. Ahí está mi chico. Empezaba

a preocuparme—. Debo admitir que estoy un poco decepcionado con la petición. No te has puesto de rodillas.

—Ponerse de rodillas no siempre implica que la cosa termine en mamada. —Me río—. Lo sabes, ¿verdad?

—Ah, ¿no? —pregunta con una mezcla de extrañeza e indignación—. Pues estoy más decepcionado aún.

Me río todavía más y lo beso. Él sonríe contra mis labios.

Y entonces lo siento. El corazón bombeando más fuerte, acelerándose.

Espero que él nos esté viendo y se sienta orgulloso.

Seguimos viviendo, Thelma.

Nota de la autora

Los caminos de la autopublicación son inescrutables (o sea, chungos), así que, si dejas una valoración o comentario en Amazon después de leer, te estaré muy agradecida.

Y por cierto, si le has cogido un poco de cariño a Minerva, te prometo que también te gustarán mis otras chicas.



Disponible en
amazon

Agradecimientos

No soy ninguna de mis protagonistas, pero todas tienen una mínima parte de mí. El sarcasmo de Vera (bueno, igual ella tiene mucho de mí), la autoexigencia de Aura o el «yo tiro p'alante por mis ovarios» de Lúa...

La parte que le ha tocado a Mini es una de las menos divertidas, lo admito. Es de esas que te van robando el oxígeno tan poquito a poco que ni siquiera eres consciente de que no respiras del todo bien. Así que sí, ha sido complicado llegar hasta aquí. He sufrido con ella más que con ninguna otra. Que me creí yo actriz de repente, me puse en plan Stanislavski y me metí tanto en el papel que incluso empecé a somatizar. Ahora me río, pero el parón de casi dos meses que tuve que hacer porque me veía incapaz de escribir esta historia no es broma.

Es difícil escribir sobre el cáncer, más aún cuando intentas encontrar un punto de humor en todo el asunto. Quizá debería ser un poco más fácil, quizá deberíamos tener menos miedo de hablar de lo que nos da miedo. Y no creo que deba disculparme por mi forma de escribir, soy libre de hacerlo como lo siento y como me nace (siempre desde el respeto), aunque espero no haber incomodado ni ofendido a nadie en ningún momento.

No sé si habré cumplido expectativas, esta gente me ha alejado bastante de mi zona de confort, pero Mini, Alex, Chris, Tiago, Camila, Klaus, Elena y Philipp (sí, él también) son especiales de formas que ni siquiera puedo empezar a explicar. Menos mal que soy escritora... Solo puedo decir que me han golpeado fuerte el pecho. Y espero de corazón que eso se haya notado en cada página.

Y ahora, desvaríos dramáticos aparte, tengo mucho por lo que dar las gracias a mi otra gente:

A ti, por supuesto, por leerme y tener ganas de aguantarme hasta aquí.

A Merce, mi enfermera de cabecera y consultora sanitaria. No hay libro con el que no le haya acosado a preguntas médicas y ella siempre ha resuelto mis terribles dudas (las de esta vez han sido telita) con infinita paciencia y explicándome todo al detalle.

A Marta, por ser una de las primeras personas que me dijo que yo debería dedicarme a escribir novelas y por confiar en mí bastante más que yo misma.

A Lara (@lara_blanc_escritora), mente pensante y maravillosa escritora, por estar siempre al otro lado cuando la necesito, por los consejos y las sesiones de *coaching* emocional que nos sacamos de la manga, pero que nos ayudan a desahogarnos. Las botellas de vino se nos están acumulando y habría que darles salida pronto.

A mis lectoras cero, que no se cansan de recomendarme desde que empecé a autopublicar. Y eso que esta vez han querido asesinar me y prenderme fuego. He adorado muchísimo cada uno de sus mensajes, *stickers* y audios, incluidos los «te voy a matar». Ellas hacen que el camino de la escritura sea mucho menos solitario y me dan esa tranquilidad que tanto necesito para saber que voy por el buen camino, incluso cuando amenazan mi integridad física.

A Laia (@librosdelai), mi *bookstagrammer* de cabecera y la que me genera necesidades literarias por encima de mis posibilidades económicas. Me ha odiado a ratos, pero en el fondo me quiere porque soy la única que la entiende cuando dice que es *team* Jesse, y yo solo puedo darle infinitas gracias por adorar tantísimo a Chris.

A Aroa (@loslibrosdearoa), por contarme siempre lo que le gusta y lo que le suena raro. Por sus sugerencias de estilo, por advertirme sobre los murcianos de Boston y sobre tetas que no se

caen porque no son más que cuentos de viejas. Me he reído con ella lo más grande y todavía estoy flipando con que adivinara el título de la novela.

A Carmen (@abookinmybag), por sus maravillosos (y variopintos) audios y por su debate interno entre Alex y Dani. Ella siempre me dice que es demasiado intensa, pero a mí me parece una cualidad fantástica y espero que no la pierda nunca. Sobre todo, porque no se cansa de repetirme que soy una de sus escritoras favoritas y eso siempre hace mogollón de ilusión.

A Mery (@librosdemery), por convertirse en mi amiga así como quien no quiere a cosa, por regalarme a mi muso para esta historia (nunca se lo agradeceré lo suficiente), por los otros musos, por las recomendaciones lectoras, por los «créetelo ya», los «leed a Carmen» y por estar al otro lado del teléfono a menudo preguntándome por los mocos de Dani.

A Bianca (@biri.biankis), cuyos audios y risa contagiosa me han alegrado unas cuantas mañanas nada más despertarme. Tengo muchísima suerte de haber contado con ella como lectora cero para esta historia, porque además de saber crear personajes sensibles y adorables como escritora (si no habéis leído *Menorca*, ya estáis tardando), es bailarina y me ha ayudado a comprender mucho mejor a Mini.

A Soraya, que siempre me da ese punto de vista diferente como lectora y me ayuda a comprender que cada novela es un mundo para cada persona, y así es precisamente como debe ser.

A Miriam (@tengolibrospendientes), que igual pensaba que se iba a librar de aparecer aquí, pero no. A ella le tengo que agradecer mi marcapáginas favorito del mundo mundial y el suministro continuo de vizconde (droga buena) que me ayuda a distraerme cuando estoy cansada o atascada.

A Nora (@lamagiadeunbuenlibro), que sé que no le ha dado la vida para leerme esta vez, pero estoy segura de que va a querer a mis chicos muchísimo.

A Mge (también conocida como Titamages y @mgemil), mi lectora cero (con retraso), quien me ha amenazado con hacerme daño de manera muy agresiva si no aparece en estos agradecimientos. Como si hubiera alguna posibilidad de que se quedara fuera. Ella y yo vamos de la mano hasta el infierno, que es donde acabaremos probablemente de todas formas. Siempre juntas.

A Sara, que me lee cuando la vida se lo permite, pero que siempre me lee. Juntas vamos descubriendo las bondades y las putadas de la maternidad y eso me deja más tranquila en general.

A Elena, mi correctora, porque gracias a ella ya casi no tengo pesadillas con las erratas.

A Laura, que no pertenece a la RAE porque no quiere. Ella es de la que me aprovecho cuando tengo una duda ortográfica y mis sinopsis nunca están terminadas hasta que pasan por su filtro y les da el visto bueno.

A Marisa (@marisasefra), por ese último repaso. Se merece por ello muchas tazas y culos bonitos. Y ya que estamos, si todavía no conoces a su panda de cafres, te estás perdiendo muchas risas. Así que hazte un favor, ve a Amazon y busca *El final que nos merecemos*.

A Juan, que por alguna extraña razón todavía no se ha cansado de recordarme lo mucho que valgo para esto ni de hacer portadas preciosas gratis. Porque con él la vida es mucho más graciosa y porque, vivamos donde vivamos, nosotros siempre seremos casa.

A Dani, que también quiere escribir novelas como mamá, aunque luego no le parezca nada bien que yo trabaje.

A mis suegros y a mi madre, porque gracias a las horas que han pasado corriendo detrás de su

nieto (y corre mucho), tenéis esta novela en las manos.

A todas las autoras autopublicadas que me apoyan, a quienes me escriben por privado para contarme lo mucho que se han reído y/o llorado con mis novelas y a quienes se toman el tiempo y la molestia de escribir una reseña en Instagram, Amazon, Goodreads o de recomendarme como autora. MILLONES DE GRACIAS.

Sobre la autora

Carmen Arteaga (León, 1984) es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad CEU San Pablo de Madrid, tiene un máster en Guion por Globomedia y la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y un máster en Marketing Digital por la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Ha trabajado como guionista de entretenimiento y redactora jefa en una empresa de contenido digital. En 2020 aut publicó en Amazon su primera novela La banda sonora de Vera junto a M.Eugenia Matesanz. En 2021 llegó la biología de Aura y las cosas se pusieron más serias. Pero solo en el terreno profesional, para lo demás sigue siendo una mamarracha. No concibe la vida sin música y GIFS de gatos.

Puedes seguirla en Instagram: @entremiticoylamentable

Índice

EN ALGÚN LUGAR DE KANSAS DOS AÑOS Y OCHO MESES ANTES

1. [Asustar al miedo](#)
2. [Los Ackermann](#)
3. [La performance familiar](#)
4. [El sobrado y la sabionda](#)
5. [Estupideces necesarias](#)
6. [Una noche libre de pensar](#)
7. [El café venenoso y el chico de los ojos de gato](#)
8. [Bum, bum, bum](#)
9. [Un buen día](#)
10. [En este caso, el sabiondo soy yo](#)
11. [Complicarse la vida](#)
12. [Primer polvo, segunda parte](#)
13. [Tres pezones y algunas confesiones](#)
14. [Sin hacer preguntas](#)
15. [Lugares seguros](#)
16. [Una entre cien mil](#)
17. [Nueva York](#)
18. [Por primera vez](#)
19. [Pena](#)
20. [El puto océano Ártico](#)
21. [Thelma sin Louise](#)
22. [Monstruos que matar](#)
23. [Sin mirar atrás](#)

DOS AÑOS DESPUÉS

24. [Respira, Minerva](#)
25. [Gafas de todos los colores posibles](#)
26. [Suspiros y conversaciones que no queremos mantener](#)
27. [Un juego en el que siempre salgo perdiendo](#)
28. [Fingimos una noche más](#)
29. [Guardar secretos](#)
30. [Y hasta se me olvida](#)
31. [La ameba](#)
32. [La mentira más bonita de todas](#)
33. [¿Verdad o reto?](#)
34. [Retroceder](#)
35. [Hablar de lo más importante](#)
36. [Licenciada en esquivar conversaciones complicadas](#)
37. [Mientras no lo sepa](#)
38. [Mentiras, revelaciones y una mañana de mierda](#)
39. [Vivir en lugar de imaginarlo](#)

40. [Una boda amish y un sueño infantil](#)
41. [Saber qué es el amor](#)
42. [El mejor día de mi vida](#)
43. [Quizás bastaba respirar](#)
44. [Rompiendo patrones](#)
45. [Dos minutos y veinticuatro segundos](#)
46. [Bailamos](#)
47. [Puntos suspensivos](#)

[CINCO AÑOS Y MEDIO MÁS TARDE](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)